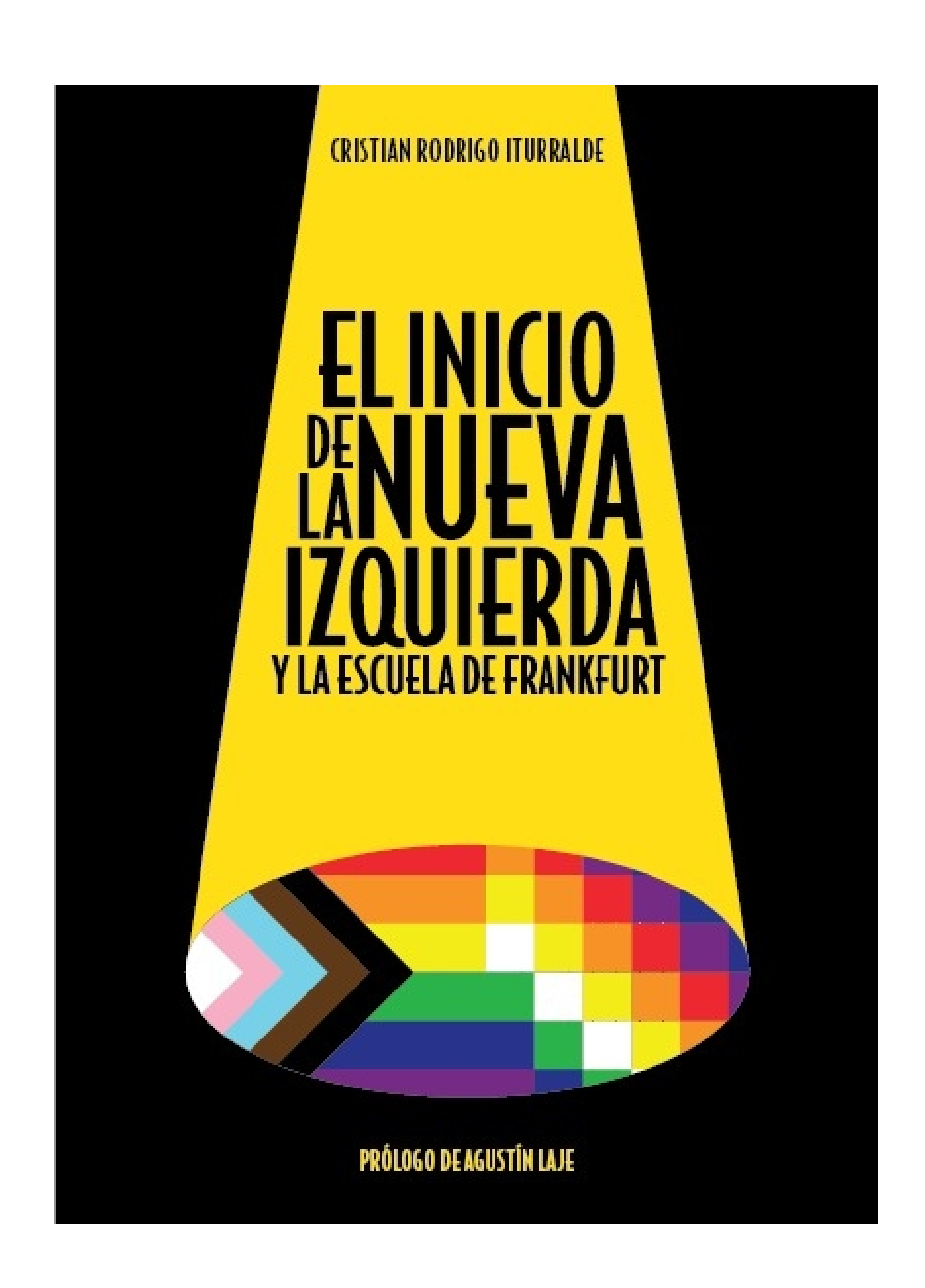



# EL INICIO DE LA NUEVA IZQUIERDA

## Y LA ESCUELA DE FRANKFURT

PRÓLOGO DE AGUSTÍN LAJE


CRISTIAN RODRIGO ITURRALDE
EL INICIO DE LA NUEVA IZQUIERDA
Y LA ESCUELA DE FRANKFURT
PRÓLOGO DE AGUSTÍN LAJE

Cristián RODRIGO ITURRALDE

# LA ESCUELA DE FRANKFURT
# Y EL INICIO DE LA NUEVA IZQUIERDA

PRÓLOGO AGUSTIN LAJE

*Dedicado a mi hijo recién nacido, con la esperanza de que sea un soldado de Dios y de la Patria*

Pozzi, por su asesoramiento y estoica paciencia; a Eduardo Peralta y mis amigos trasandinos Dr. Ricardo Ramírez y P. Rodrigo Miranda, introduciéndome en el mundo artístico clásico y su verdadera esencia y teleología. Aprovecho asimismo para dar las gracias a mi padre por acompañarme en este proceso.
Por último, pero no menos importante, debo reconocer muy especialmente a S.S. Benedicto XVI, a quien me encomiendo, por acompañarme en todo momento con su siempre vigente coraje, influencia y sabiduría.

*“un estado totalitario realmente eficiente, es aquel en el que las élites controlan a una población de esclavos que no necesita ser coaccionada, porque en realidad ama esta servidumbre”.*

**Aldous Huxley**

*“Hasta ahora, las naciones morían con las conquistas, es decir por las invasiones, pero aquí surge el gran tema: una nación puede morir en su propia tierra, sin llegar a reinstalarse en otro lugar y sin invasión, permitiendo que las moscas de la descomposición corrompan, desde la misma médula, aquellos principios originales y constitutivos que hacen a la esencia de lo que ella es”.*

**Joseph de Maistre (1753-1821)**

**ÍNDICE**

## NOTA DE AUTOR

*“Las palabras más silenciosas son las que traen la tempestad. Pensamientos que caminan con pies de paloma, dirigen el mundo”.*
Friedrich Nietzsche

En el año 2017, durante una breve estadía en Frankfurt, tuve la oportunidad de apersonarme en la mitológica universidad y entrevistarme con la persona a cargo en ese momento, comentándole que deseaba aportar unos trabajos que podían ser de utilidad para una mejor comprensión de la «teoría crítica» y de los «enemigos del progreso». Encantada por la visita y la propuesta, la mujer accedió inmediatamente a recibir los libros que había traído conmigo e incluso a sacarse una fotografía con ellos, muy sonriente. La señora, claro, jamás sospechó que lo que estaba recibiendo de mis «generosas y desinteresadas» manos era un pequeño Caballo de Troya, que tarde o temprano, activaría la contrarrevolución cultural, sacando del estupidismo mental y del esnobismo intelectual a los genuinos librepensadores. Desde ya, como bien presupondrá el lector, los ensayos en cuestión eran de claro signo restauracionista y contra-hegemónico, donde se denunciaba y destruía los falaces argumentos de los filósofos alemanes y del posmodernismo en general.

Desde entonces tuve en mente escribir algo sobre el mentado instituto, no sólo por el comprensible interés que suscita la materia sino porque observaba que escasean los trabajos en lengua vernácula y muy especialmente aquellos no proclives al panegírico o alejados de la crítica marxista *ad intra*. Salvo por notables excepciones, nadie conoce verdaderamente, con alguna precisión, aquella institución luego conocida como “Escuela de Frankfurt”. Sí, todos hemos escuchado alguna vez su mención en tertulias y distintos intercambios intelectuales, pero cuando uno pretende indagar algo más sobre la entente de marras cae en cuenta que el conocimiento que de ella se tiene es casi puramente nominal, lo que equivale en realidad a tener un entendimiento nulo de la materia. ¿Cómo es posible que en pleno auge de la izquierda cultural no se

conozca a quienes primero sembraron el terreno para la proliferación de aquella corriente, variable de marxismo, que hoy ocupa cada estamento social e institucional del orbe?

Indudablemente, el mayor obstáculo que ha encontrado este estudio es el marcado academicismo de sus agentes, tornándose en ocasiones casi imposible navegar entre el intrincado y rebuscado lenguaje de sus escritos y teorías, desalentando a todo aquel que pretendiera abordar y comprender la obra del mentado instituto, sin llegar siquiera a aprehender sus conceptos más básicos y, por lo mismo, comprender la influencia que ha tenido en los exponentes más relevantes de la actual *new left* y de la filosofía posmoderna, y en sucesos como la rebelión estudiantil de mayo de 1968 en Francia.

Una clara muestra de esto es el sinceramiento del propio Herbert Marcuse, cuando entrevistado en 1968 sobre la complejidad semántica de la obra de su amigo y colega Teodoro Adorno, reconoce que “hay muchos pasajes de Adorno que yo mismo no entiendo”. No obstante, seguidamente ensaya una justificación, advirtiendo que mediante el empleo de un lenguaje ordinario y la prosa corriente “se puede incurrir en un riesgo igual de peligroso en la popularización precipitada de los problemas tremendamente complejos que enfrentamos actualmente". Sin embargo, si nos guiáramos por su derrotero -particularmente desde la década del 60-, Marcuse no parece demasiado convencido de la veracidad de lo antes expuesto en defensa de su correligionario, puesto que fue justamente la simplificación de algunos aspectos de la teoría y su modo de transmisión lo que facilitó la aprehensión de su tesis e ideario en el orbe occidental, patente en el ya mencionado evento de 1968 y sus postreras metamorfosis desde Berkeley a Berlín.

Pero como fuere, lo que aquí nos proponemos es un objeto bastante modesto, ciñendo el estudio a ciertas cuestiones e intelectuales concretos, particularmente en lo concerniente a la vinculación entre el pensamiento de los de Frankfurt con la Nueva Izquierda y sus rasgos más salientes que han tenido aplicación fáctica y vigencia en la actualidad, como la ideología de género, el feminismo radical, el homosexualismo, el correctísimo político, el libertinaje sexual, la destrucción de la familia y de la figura de

autoridad, el ecologismo o medioambientalismo, etc. Asimismo, quedará en evidencia el invaluable aporte de los intelectuales alemanes en la configuración de la hoy imperante filosofía antirrealista que pretende construir la realidad a través del discurso, alejado de cualquier consideración de orden natural, racional, lógico o científico, rompiendo así definitivamente con el modernismo y la Ilustración del siglo XVIII.

Deliberadamente, por tanto, dejaremos de lado otros postulados, conceptos, teorías y abstracciones tanto incomprensibles como inconducentes, más propias de la vanidad intelectual que del sincero aporte o afán académico, que a los efectos de este breve ensayo no interesan.

No planteamos ni concebimos, pues, este trabajo como una obra especializada para abarrotar bibliotecas de libros de consulta. Para ello están ya los voluminosos y clásicos trabajos de Martin Jay y Rolf Wiggershaus o del reciente Stuart Jeffries, que entre todos comprenden cerca de 2000 páginas. Lo que se busca aquí es ofrecer un *racconto* sobre su historia y principales tesis, explicado del modo más claro y didáctico posible, para que aquellos que se aventuren por primera vez a esta cuestión específica puedan encontrar una introducción o aproximación precisa sin necesidad de acudir a decenas de gruesos volúmenes de difícil acceso y enroscada prosa. El tiempo es valioso y son muchos los temas y conocimientos en que esta generación necesita nutrirse para librar el «buen combate» en esta *kulturkampf* contra el orden generalizado de descomposición que afecta al mundo y muy especialmente a las sociedades occidentales.

Sin perjuicio de ir actualizando y mejorando la presente edición en un futuro –pues como toda obra, por norma, es perfectible-, creemos no obstante que estamos en condiciones de afirmar sin temor a equivocarnos al menos dos cosas: 1) que tratamos aquí con el primer *think tank* realmente organizado del marxismo anti dogmático y 2), que ha sido determinante la influencia ejercida sobre los primeros triunfos de la nueva izquierda –y del posmodernismo- y en los postreros estudios, estrategias y consignas adoptadas por los máximos exponentes de esta corriente del maximalismo inmanentista, incluidos nombres hoy por todos

conocidos como Michel Foucault, Ernesto Laclau y Judith Butler, entre otros. Si debiéramos referir en pocas palabras cuál ha sido la contribución principal del instituto, habrá que decir que fue su insistencia en el poder de la cultura como órgano adoctrinador y herramienta político-ideológica, detectando asimismo el poder y enorme influencia de los *mass media*.

Pero sobre todo, insistimos, corresponde a los hombres de Frankfurt el haber abierto de par en par las puertas hacia la posmodernidad y esta «rebelión de la nada» que hoy padece la civilización occidental. Entendían sus hombres que si bien la revolución iluminista y jacobina, la razón y la ciencia, habían cumplido un papel primordial para el paso del teocentrismo al antropocentrismo, no habían podido sin embargo romper totalmente con la alienación cultural del cristianismo, terminado por crear un «monstruo» peor: el capitalismo y su «razón instrumental». Del Dios «opresor» del hombre se había pasado ahora al «hombre como lobo del hombre y de la naturaleza». El problema que encuentran es que lejos de constituir el capitalismo un sistema unívoco, intrínsecamente perverso y explotador, era un modelo que cada día ofrecía más y mejores condiciones materiales a todos. ¿Cómo influir entonces en el hombre bajo estas sociedades de la «abundancia»? ¿Cómo hacerlo reaccionar y rebelarse contra un sistema en cual estaba cómodo y conforme? Por lo pronto, había que trascender la dialéctica clasista y el discurso economicista y romper con todas las barreras de lo posible y de la realidad. Había que convencerlo de que en efecto era víctima de una estructura opresora y de una ingeniería social que él no alcanzaba a inteligir.

En suma, para los de Frankfrut el tiempo de la revolución de las «masas» había pasado: era tiempo ahora de la rebelión de las minorías, que actuarían como vehículo hacia la anhelada revolución total. El tirano no era ya –o no únicamente- el dueño de la fábrica y los medios de producción sino la cultura occidental cristiana.

Si bien no siempre comprendida en su momento por la totalidad del espectro marxista, la magnitud de su influencia en el pensamiento y desarrollo de la nueva praxis revolucionaria ha sido notable y hoy, viendo el cuadro en retrospectiva y tomando sana distancia de los hechos, es indudable. Inclusive en el ámbito de la

alta política. Sumado a su activa participación en convenciones organizadas por la Organización de las Naciones Unidas, nos servirá de muestra el público reconocimiento y desembozado elogio que en 2010 prodigara la entonces presidente de Argentina Cristina Fernández de Kirchner hacia la referida institución, en ocasión a la firma de un convenio con la misma a través de su director Axel Honneth[1]. Otrosí, la «teoría crítica» frankfurtiana viene siendo el modelo filosófico que entre otras organizaciones utiliza la UNESCO desde los años 70 y 80, como reconocen Thomas Wheatland y Mario Ropoport[2].

Tal vez ni los propios exponentes actuales del marxismo –y de cierta falsa derecha o *progre-libertarismo*- tengan consciencia de cuanto fueron influidos realmente, directa o indirectamente, por el trabajo de esos filósofos alemanes. Laclau, padre actual del postmarxismo iberoamericano, llega a la conclusión de que la «clase» no es determinada –o determinante- por el factor económico sino por el «pensamiento» –moldeado a través de la cultura-, tesis que con anterioridad a Gramsci habían intuido los de Frankfurt. Lo mismo por el elemento psicoanalítico fusionado al marxismo: antes que el comunista italiano intuyera su utilidad –aunque él mismo reconocía no haber leído las obras de Freud-, la Escuela de Frankfurt lo había convertido en esencial elemento constitutivo de su pensamiento, conformando una psicología política –de masas- al servicio de la subversión moral y cognitiva. Indudablemente, Gramsci fue un gran intuitivo, de enorme sentido común, conocedor del pueblo y sus motivaciones, con una gran capacidad para transmitir sus ideas y para la aplicación práctica de sus postulados. Pero el corazón de todo fue Frankfurt. Ellos detectaron primero la necesidad de una profunda revisión y análisis del pensamiento maximalista, conformando los estudios más serios y sistemáticos entonces conocidos o elaborados por la izquierda.

En resumidas cuentas, la Escuela de Frankfurt salvó al marxismo de sí mismo; especialmente del entonces ya obsoleto marxismo institucional, cuyos ensayos caían estrepitosamente por su propio peso en todo el mundo. Los filósofos alemanes lo revitalizaron, dándole un nuevo rostro –pasando a retiro al proletariado- y añadiendo nuevos miembros y manifestaciones a su

cuerpo, ahora sustentado y alimentado por otras víctimas: nuevos idiotas útiles y sujetos revolucionarios (mujeres, estudiantes, homosexuales, ecologistas, animalistas, negros, indígenas, etc.). Desvincularon al marxismo de una revolución que sensatamente juzgaron imposible, evitando su completo descrédito y eventual extinción.

**Cristian Rodrigo Iturralde**
8 de diciembre, 2020
Día de la Santísima Virgen María

## **PRÓLOGO**: PENSAR DESDE EL FRACASO

En los últimos años, lo que por economía del lenguaje podría llamarse sencillamente “derecha”, ha venido esforzándose por comprender las más o menos recientes mutaciones de su enemigo. Estos esfuerzos parten de la constatación del éxito estratégico de esas mutaciones. Rastrear un recorrido intelectual, contrastar históricamente diversos contextos de lucha y las teorías que las alimentaron, comparar ciertas escuelas de pensamiento, con sus vaivenes, con sus particularidades, con sus coincidencias y diferencias… la derecha quiere entender todo esto y más, porque quiere entender un proceso que ha valido numerosos éxitos a sus enemigos.

La idea de que “la izquierda cambió y hoy es distinta a lo que era antes” ya está en boca de todos. Si cambió, entonces existiría una “Nueva Izquierda”. Junto a Nicolás Márquez intentamos contribuir al estudio de estos cambios en El libro negro de la Nueva Izquierda, que escribimos en 2015 y se publicó en 2016. Pero por entonces, enfoqué mi estudio en los cambios que vinieron sobre todo de la mano del gramscismo, que llega contemporáneamente a las propuestas teóricas y prácticas de autores como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Visto a la distancia, semejante recorte probablemente se debió al contexto del momento: veníamos de doce años de populismo de izquierda sostenido, precisamente, al menos en términos intelectuales, por categorías de Gramsci y por la asesoría de Laclau.

El trabajo estaba ciertamente incompleto. La “Nueva Izquierda” no se constituye simplemente como derivación de cierto corpus teórico gramsicano. Más aún, hoy diría que ni siquiera principalmente se deriva de aquél. Además de la vena gramsciana-laclauniana, identifico al menos dos corrientes de pensamiento sin los cuales la “Nueva Izquierda”, tal como hoy la conocemos, sería inexplicable: los pensadores de la Escuela de Frankfurt por un lado, y los pensadores (franceses sobre todo) del post-estructuralismo (Foucault, Derrida, Deleuze, Guattari, etc.).

De tal suerte que si El libro negro de la Nueva Izquierda rastreó las pistas gramscianas, el trabajo de Cristian Rodrigo Iturralde que hoy me toca prologar viene a seguir las enormemente

complejas pistas de otra de las más importantes fuentes del izquierdismo contemporáneo: la Escuela de Frankfurt.

Aquí hay, pues, una colosal contribución. No conozco ningún libro que provenga de la “derecha” que haya querido (y podido) tratar este intrincado tema de manera sistemática. Sí ha habido algunos libros específicos sobre algún aspecto de la Escuela, o sobre algún autor particular, como Marcuse. Pero aquí Cristian se propone algo mucho más general: tomar la Escuela de Frankfurt como objeto de estudio para ofrecer una introducción al lector. El objetivo del libro, después de todo, y según el propio autor me ha comentado en privado, consiste en constituirse en una suerte de “puerta de ingreso” al tema, en virtud de la cual uno pueda familiarizarse con ciertos nombres, con ciertos procesos intelectuales y políticos cuyas consecuencias llegan a nuestros días.

Después de leer el libro, creo que ese objetivo se ha logrado muy bien. El lector podrá conocer aquí quiénes fueron los pensadores más reputados de la Escuela de Frankfurt; podrá conocer algunos aspectos de sus formas de pensar; podrá evaluar la innovación que significaron para el marxismo y para la izquierda en general; podrá entender de qué manera la cultura se volvió tan importante, a partir de aquí, para una tradición ideológica que, a la sazón, privilegiaba en general los análisis económicos e “infraestructurales”.

En este sentido, quisiera agregar a este prólogo algún comentario sobre esto último, porque creo que para la “derecha” debería ser lo más importante del estudio de Frankfurt. Es decir, otra vez, la comprensión del giro hacia la superestructura cultural. Y me permito este espacio que resta para tratar de hacer alguna contribución al libro de Cristian, para que este prólogo no se limite a ser simplemente un comentario sin mayores consecuencias.

La Escuela de Frankfurt fue hija del fracaso. En general, el neomarxismo y el posmarxismo fueron consecuencia del fracaso (del lado gramsciano del neomarxismo habría que recordar a Gramsci escribiendo desde la cárcel). El primero surgió sobre todo del fracaso de las revoluciones en Occidente. El segundo, más tarde, surgiría del fracaso de seguir concibiendo la lucha revolucionaria en términos de clases. Y es que el fracaso

desespera, y obliga a replantearse críticamente lo que anteriormente se daba por sentado. Las redefiniciones estratégicas siempre provienen del fracaso.

Como es sabido, el legado de Marx y Engels trascendería a su propia generación, pero experimentaría un desplazamiento geográfico hacia las regiones meridionales y orientales de la Europa más atrasada, tal como ha notado Perry Anderson en un brillante libro sobre la materia. [3] En efecto, las figuras más destacadas de la generación marxista que sucedió a los maestros (nacidas entre las décadas de 1840 y 1860) eran fundamentalmente Labriola (Campania), Mehring (Pomerania), Kautsky (Bohemia) y Pléjanov (Rusia central). Tras ellos vinieron Lenin (Volga), Luxemburgo (Galitzia), Hilferding (Viena), Trotsky (Ucrania), Bauer (Viena), Preobrazhenski (Rusia central) y Bujarín (Moscú), nacidos entre las décadas de 1870 y 1880. Lo importante de estas dos generaciones, y sobre todo de la más joven, fue su participación activa en la dirección intelectual y política de los partidos obreros. Las condiciones históricas signadas por el ascenso de las masas socialistas en el mundo así lo hacían posible, a un nivel que Marx jamás conoció. Y a partir de la propia experiencia práctica, la teoría política marxista —decididamente escasa en los estudios y publicaciones de Marx y Engels— vio desarrollarse, fundamentalmente, a través de la pluma de Lenin. [4]

La Primera Guerra Mundial, desatada en 1914, tendría dos efectos de suma relevancia para esta generación. Primero, la división interna entre aquellos que mantenían el internacionalismo en un conflicto bélico global pero de tinte nacional, y aquellos otros que terminaron cerrando filas a favor de sus respectivos Estados-nación. Segundo, la oportunidad que la gran guerra generó para que en febrero de 1917 un levantamiento de masas derrocara al zarismo en Rusia y terminara, a la postre, con la revolución bolchevique de octubre. Las esperanzas se avivaron entre los socialistas por entonces como nunca antes. La revolución debía expandirse rápidamente hacia el resto de Europa, si los bolcheviques no deseaban quedar aislados en un mundo predominantemente capitalista.

Los sucesivos fracasos mostraron, empero, los límites de estas esperanzas. En Alemania, la revolución fogueada en 1918, que en 1919 llegó a declarar la República Soviética de Baviera como Estado independiente, terminó por ser aplastada en 1920. En Hungría sucedió algo similar: se creó una República Soviética que fue desarmada rápidamente por tropas rumanas. En Austria el proletariado directamente capituló frente a la idea de llevar adelante su revolución. En Italia sí se intentó con las huelgas y revueltas de Turín entre 1919 y 1920, sucesos conocidos como el biennio rosso que protagonizaron medio millón de obreros que respondían al socialismo y al anarquismo. Pero el gobierno de Giovanni Giolitti desactivó la revolución más rápido que tarde, y el camino quedó abierto para que Mussolini se pusiera al frente de Italia dos años más tarde. Poco después, por su parte, sobrevendría la guerra civil española y el nacional-socialismo haría pie en Alemania.

Paralelamente, Lenin moría en 1924 y Stalin pasaba a ocupar tres años más tarde el máximo cargo político dentro de la URSS. El advenimiento total de la burocracia fue la nota distintiva de sus tiempos, conjugada con un régimen de terror, hambrunas y pensamiento único cuya violencia, no obstante, estaba ya teorizada por Lenin como un paso necesario de la "dictadura del proletariado" hacia la "sociedad sin clases".[5] Las purgas llegaron a las filas del propio partido comunista, terminando con la vida de Trotsky, Bujarin, entre otros. Si la de Marx y Engels había sido una generación de teóricos socialistas aislados de las masas reales, y la de Lenin una totalmente orgánica respecto de los partidos obreros todavía sin poder, la consolidación del régimen soviético bajo la bota de Stalin disciplinó a los intelectuales poniéndolos al servicio ya no de una revolución —pues ésta ya había acontecido y su repetición, en todo caso, sólo hacía imposible la organización estatal— sino de la burocracia. Los límites de la acción intelectual quedaban definidos por la "doctrina oficial".

En este contexto, el menguante pensamiento marxista sufre otro desplazamiento geográfico, que vuelve de oriente a occidente. Emerge, pues, lo que Anderson ha denominado "marxismo occidental", que nace y se desarrolla entre el período de entreguerras hasta fines de los años '60. Sus representantes más

destacados, con la excepción de Lukács (Hungría), provienen de regiones más occidentales que la generación de pensadores marxistas anterior: Gramsci (Cerdeña), Korsch (Sajonia occidental), Della Volpe (Romaña), Sartre (París), Althusser (Argelia francesa), y los más importantes miembros de la Escuela de Frankfurt como Benjamin (Berlín), Marcuse (Berlín), Horkheimer (Suabia) y Adorno (Frankfurt). Es entonces aquí, en esta generación que nace al calor de estas condiciones políticas, económicas y bélicas, en la que hay que ubicar a la Escuela de Frankfurt.

En esta generación, en general, puede hallarse ya el germen de un desplazamiento hacia lo cultural. En efecto, es en ellos donde el interés teórico por la superestructura va a revelarse por primera vez con tanta fuerza. El problema de la teoría económica, que estuvo en el centro del interés del propio Marx durante sus últimos años y que fue continuado por las dos generaciones subsiguientes que añadieron consideraciones de teoría política como resumí, fue abandonado por el neomarxismo occidental en favor de un creciente interés por asuntos abstractos de filosofía y por problemáticas culturales varias. A este respecto, los teóricos de la Escuela de Frankfurt se lanzarán a empresas disímiles que iban desde la crítica musical y literaria, el análisis del cine y la sociedad de masas, estudios relativos a formaciones sociales como la familia, hasta discusiones epistemológicas y otras vinculadas a la sexualidad y el erotismo.

¿Qué determinó este viraje desde la teoría económica y política, hacia la preocupación por los aspectos ideológico-culturales? El ya mencionado Anderson ha hecho especial hincapié en el alejamiento experimentado por estos pensadores respecto de la práctica política concreta, es decir, de los movimientos de masas. En los tres pioneros de esta generación, Lukácks, Korsch y Gramsci, ya se preanuncia el destino del resto: el primero fue duramente reprendido por el Komintern a causa de unos escritos suyos sobre los cuales debió retractarse si no quería ser expulsado del partido, aunque terminó perdiendo sus posiciones de poder de todas maneras; el segundo fue expulsado del Partido Comunista de Alemania en 1926 como consecuencia de haber dicho que el capitalismo había logrado estabilizarse y haber criticado la política

exterior soviética; el último, por su parte, fue encarcelado por Mussolini en 1926 y pasaría su vida recluido hasta 1935, para finalmente morir dos años más tarde. Los pensadores del neomarxismo occidental se caracterizan por este divorcio de teoría y práctica, producto bien de una autocensura que no ayuda ni al desarrollo de la teoría ni al protagonismo real de la práctica, bien de una renuncia al partido político de pertenencia, bien de una negación desde el vamos a formar parte de estructura partidaria alguna. Althusser, por ejemplo, era miembro del Partido Comunista Francés (PCF), pero sus esfuerzos teóricos (como Lucácks) no estaban conectados siquiera con las posiciones del propio partido. Coletti, miembro del Partido Comunista Italiano, renunciaría a éste en 1964. Sartre no fue nunca afiliado del Partido Comunista Francés pero mantenía con él relaciones estrechas, aunque éstas llegaron a su fin en 1956 tras los sucesos de la revolución húngara. En lo que hace concretamente a los pensadores de la Escuela de Frankfurt, Marcuse, Horkheimer[6] y Adorno[7] renunciaron directamente a mantener vínculos con ningún partido obrero.

La disociación de teoría y práctica, cuya unidad resulta tan cara a la propia epistemología marxista, generó un esperable desplazamiento intelectual desde lo concreto, como la economía y la política, a lo más abstracto, como la filosofía y la cultura; visto desde otro ángulo, tal desplazamiento fue desde el partido político revolucionario a la cátedra universitaria.[8] No es en este sentido una casualidad que las universidades —y de ninguna manera las fábricas o los campos— se hayan convertido en los '60 en espacios pseudo-revolucionarios, alimentados principalmente por los libros y las conferencias de Herbert Marcuse. El líder del Comité General Estudiantil de la Universidad Libre de Berlín supo decir a la prensa que "Marcuse significa mucho para nosotros. Él es un trasfondo para lo que hacemos".[9]

Pero a esto hay que agregar algunos factores más que contribuyen a explicar de manera más precisa el interés superestructural que aparece en los pensadores del neomarxismo occidental. Y es que éstos son, otra vez, pensadores del fracaso; un fracaso evidenciado no sólo por la sistemática derrota de las distintas intentonas revolucionarias que siguieron al triunfo de la

Revolución Rusa en otras partes y, además, por las miserias que el socialismo real ya mostraba con bastante claridad, sino fundamentalmente por un capitalismo que —a pesar de la crisis de 1930 que esperanzó a más de un socialista—, había llegado para quedarse, expandirse y generar prosperidad.

Las décadas del ’50 y ’60 fueron consideradas, no en vano, como la “edad de oro” del capitalismo. Se registra por entonces un crecimiento económico generalizado y sustantivo en los países desarrollados (el PIB creció a un ritmo promedio de 4.9 puntos anuales para los países de la OCDE, entre 1950 y 1973).[10] La clase obrera vivencia, además de cuantitativos, importantes cambios cualitativos: los avances tecnológicos aligeran los trabajos otrora manuales; la energía mental empieza a desplazar cada vez más a la energía física como fuerza de trabajo; las funciones de dirección (al revés de lo que pensaba Lenin) se multiplican; el ascenso social pasa a ser una realidad entre las familias obreras; la fuerza del obrero desciende en relación con la del empleado. Del otro lado de la ecuación, la propiedad y la administración se separan, complejizando todavía más la estratificación social: los dueños de la empresa ya no gestionan, sino que contratan gente para cumplir esa función. El mundo desarrollado está en las puertas de la “sociedad posindustrial” que tan bien trataron entre los ’50 y ’60 autores como Daniel Bell o Alain Touraine. Pero incluso antes de esto, los de Frankfurt ya habrán conocido las mieles del capitalismo, viviendo como exiliados precisamente en Estados Unidos. Y los problemas ya se habían manifestado con evidencia. ¿Cómo movilizar a una clase obrera que cada vez vive mejor? ¿Cómo han sido integradas las clases a la cultura burguesa? ¿Cómo funcionan las industrias culturales en este sentido?, etcétera.

Pero el contexto a considerar no sólo debe explicarse por la economía, sino también por la política. Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, el sistema democrático-representativo basado en el sufragio universal se estableció definitivamente en los países capitalistas más desarrollados. La integración no era sólo económica sino también política. Y a este respecto, una pregunta quedaba a veces explícita y a veces implícita para las izquierdas de los países desarrollados en general: ¿Cómo agitar y lanzar a la

revolución a una clase obrera que tiene a su disposición un sistema político que legitima sus decisiones con arreglo a la voluntad de las mayorías de las que ahora participan también los proletarios? Más todavía: ¿la clase proletaria, en su devenir ciudadana, puede seguir siendo revolucionaria? La revolución económico-estructural parecía cada vez una cosa más lejana. El obrero como sujeto revolucionario se iba apagando, y hubo algunos que terminaron tratándolo de "conservador" y "contrarrevolucionario", como el mismo Marcuse.

> En virtud de su puesto fundamental en el proceso de producción, en virtud de su fuerza numérica y del peso de la explotación, la clase trabajadora es todavía el agente histórico de la revolución; en virtud de que comparte las necesidades estabilizadoras del sistema, se ha convertido en un factor conservador, incluso contrarrevolucionario. Objetivamente, "en sí", la clase trabajadora es todavía, potencialmente, la clase revolucionaria; subjetivamente, "para sí", no lo es.[11]

Es así que las críticas ideológicas y culturales surgen casi como catarsis intelectual frente a un sistema mucho más difícil de socavar de lo que alguna vez imaginaron, y mucho más exitoso del que ellos proponían; un desquite ante la profecía no cumplida de Marx, ésa que anunciaba la necesaria destrucción del capitalismo y el advenimiento del socialismo como consecuencia de "leyes históricas" que se pretendieron científicas pero que no se cumplieron. Es esperable, pues, que la teoría económica de Marx no les generase a los neomarxistas occidentales el mismo encanto que a generaciones anteriores, máxime cuando Moscú publicaba por primera vez en la década del '30 los —hasta entonces extraviados— trabajos más importantes del joven Marx: los manuscritos filosóficos de 1844. En efecto, éstos serán estudiados y puestos en el centro de la atención por los pensadores de la Escuela de Frankfurt, en un paradójico camino que desandaba los pasos del maestro: si éste fue de la filosofía a la economía, aquéllos volvían de la economía a la filosofía. Asimismo, la discusión filosófica llevó a los neomarxistas en general a hacer dialogar su propia tradición de pensamiento con tradiciones ajenas, en las que se buscaban conceptos, ideas e incluso paradigmas que pulieran o renovaran sus propias teorías. Weber, Dilthey, Sorel, Croce, Maquiavelo, Freud, Lacan, Heidegger, Nietzsche, Husserl, Spinoza, entre otros, influyeron en los distintos

autores mencionados. (Es en este sentido que prefiero hablar de “neomarxistas occidentales” en lugar de “marxistas occidentales”, como Anderson).

El neomarxismo en general, y la Escuela de Frankfurt en particular, se levanta, pues, desde el fracaso. Pero el trabajo que realizan resulta ser tan importante, que renueva a la izquierda en general, le brinda nuevas armas políticas, le da ingreso a un nuevo marco de lucha que antes era considerado, cuando menos, insulso. Así, Mayo del ’68 termina siendo para muchos la inauguración gloriosa de esta “Nueva Izquierda” y, sobre todo, el éxito de pensadores de Frankfurt como Herbert Marcuse e incluso otros, como Adorno y Horkheimer, que sin embargo terminaron renegando de aquellos sucesos. La corriente demonización de todo lo que no sea izquierdista a través del estigma de “fascismo”, por ejemplo, también proviene de estos pensadores. Incluso la patologización del disidente (como “fóbico”, etc.) se anticipa en textos vinculados a los de Frankfurt.[12] La actual “cultura de la cancelación”, a su vez, es hija de la teoría de la “tolerancia represiva” marcusiana, con la que estos sujetos sentaron las bases de la censura cool en nombre de las “minorías”. La utilización de la sexualidad como espacio a partir del cual generar fracturas políticas[13] e incluso revolucionarias, se deriva de importantes trabajos de Frankfurt.[14] La guerra contra la familia, contra la religión, contra la tradición, contra las jerarquías, contra los sentimientos nacionales, también surge con gran protagonismo en la pluma de estos autores.[15]

En concreto, una genealogía de la “Nueva Izquierda” pasa necesariamente por Frankfurt. Ese es el vacío al que me refería más arriba, que había quedado sin llenar, desde que la derecha intenta hacer esta genealogía con el objeto de reacomodarse, ella también, teórica y estratégicamente a los tiempos actuales. Llenar ese vacío es la misión que se ha propuesto Cristian Rodrigo Iturralde.

Cierro con una última reflexión. Si el fracaso ha marcado los denodados esfuerzos de los de Frankfurt y han salido finalmente victoriosos en tanto que su pensamiento pudo reconfigurar en gran medida a la izquierda y darle numerosos triunfos político-culturales, quizás seamos hoy, nosotros, los de “derecha”, quienes desde el fracaso tengamos también que levantarnos y dar una batalla cultural

exitosa, reconsiderando muchas cosas. ¿Y no hemos acaso fracasado nosotros también? ¿No venimos fracasando en la batalla cultural de los tiempos que corren? ¿No puede, por lo mismo, ser este fracaso el puntapié necesario para lanzar nuestra contraofensiva? ¿Qué podemos aprender del fracaso? Analizar al enemigo puede ser un primer paso. Espero que este libro de Cristian sirva a este propósito.

**Agustín Laje**
Febrero 2020

CAPÍTULO I

# PRIMERA APROXIMACIÓN AL TEMA

*"La Historia, como lucha de ideologías, ha terminado (…)".*
Francis Fukuyama

En general, cuando se habla o analiza el fenómeno contracultural actual y su origen, todos los caminos parecieran conducir casi exclusivamente a la figura del comunista italiano Antonio Gramsci (fundamentalmente a los *Cuadernos de la cárcel* escritos durante su confinamiento bajo el fascismo) y a algún que otro intelectual inorgánico del marxismo. Este es un equívoco muy común. No son muchos los que conocen con alguna profundidad la institución que será objeto de este trabajo. Por lo común, su conocimiento de la obra *frankfurtiana* y su influencia en las corrientes posteriores no suele pasar de lo meramente nominal, superficial, y así entonces, la asocian sistemática e indefectiblemente con el comunismo convencional de signo moscovita. Otros, sin caer en aquel error e intuyendo cierta ligazón con la llamada *Nueva Izquierda*, no comprenden verdaderamente la magnitud de tal vinculación y mucho menos la paternidad de Frankfurt sobre aquel fenómeno. Por lo dicho, a fuer de poder abordar correctamente la temática propuesta -y comprenderla- creemos necesario advertir una o dos cosas en tal sentido.

**Común error analítico. ¿Un solo marxismo histórico? ¿Comunismo=marxismo?**

En ningún otro caso es tan claro el desfasaje conceptual como en este. Persiste en el común denominador de las personas la creencia que solo es marxismo aquello que se presenta bajo estruendosos pabellones rojos, hoces y martillos. La realidad, sin embargo, es muy distinta y cada vez más evidente, especialmente cuando vemos que quienes llevan adelante la agenda contracultural globalista no suelen presentarse las más de las veces como comunistas ni aun como marxistas. Sus trajes y corbatas, sus rostros sonrientes y dientes blanqueados, su discurso moderado y su aparente respeto a las instituciones conquistan ingenuas y acríticas voluntades (ahí tenemos a cristianos y presuntos anticomunistas apoyando a figuras como Barak Obama, Hillary Clinton, Joe Biden, Mauricio Macri y a la socialdemocracia europea). Se cree, en suma, que los totalitarismos y las injusticias solo provienen de tanques soviéticos, Kaláshnikovs y populismos al modo de Cristina Kirchner, Nicolás Maduro, Hugo Chávez o un Evo Morales. Empero, las propias ciencias naturales nos empujan a ser escépticos en cuanto a las apariencias. Sabemos, por ejemplo, que en el reino animal hay quienes tienen la capacidad de mimetizarse completamente con su entorno para volverse prácticamente invisible para sus presas y depredadores. Pueden cambiar de forma o color de acuerdo a las circunstancias sin perder un ápice de su esencia y sin variar en sus objetivos, y en este sentido veremos seguidamente que los cromatóforos no son células solo propias de la fauna sino, fundamentalmente, de la ideología marxista.

---

Desde la muerte de Carlos Marx en 1883, el marxismo ha sido interpretado de diversos modos, con un menor o mayor apego a sus postulados, especialmente en lo concerniente a su implementación política. A rasgos generales, además de cuestiones de orden doctrinal, sus divisiones internas giraban en torno a diferencias más bien estratégicas o tácticas: cómo, cuándo y dónde realizar la revolución.

Hasta los primeros lustros del siglo XX la ideología del materialismo dialéctico no había logrado más que algunas revueltas aisladas sin mayor significancia política y social.[16] La ansiada revolución de los utópicos –Marx también lo era- en Occidente

parecía ser otro anhelo destinado al cajón de los fracasos y teorías escolares del marxismo. Pero llegó octubre de 1917. Aprovechando cierto descontento popular hacia el zar Nicolás II, exaltando y sobredimensionando toda falencia de aquel régimen, los revolucionarios se hicieron con el poder, tomando por primera vez el control completo de un país.[17]

La noticia recorrió el mundo inmediatamente y generó entusiasmo en algunos grupúsculos socialistas del continente. No obstante, aquel inicial fervor y esa confianza ciega en el modelo se extinguirán prontamente. Aquella revolución será a fin de cuentas una victoria pírrica, puesto que su éxito demostró pronta y claramente al mundo no solo que la teoría de Marx y sus altruistas banderas eran en verdad utopías escolares, sino que su implementación en la práctica implicaba necesariamente la negación de sus declamados ideales y estandartes. ¿Por qué decimos esto? Porque las condiciones del pueblo trabajador no solo no mejoraron sino que pasaron a agravarse; en rigor, se terminó sustituyendo a un tirano por otro: la supuesta oligarquía monárquica fue sustituida por la oligarquía del Partido Comunista, y la libertad de pensamiento y huelga –por la que bregaban en tiempos del zar- fue abolida completamente apenas se hicieron del cetro, reprimidas por las feroces *checas*.

Asimismo, mencionemos la traición de los revolucionarios al campesinado, que constituía el estrato social mayoritario y a quien había logrado atraer a su causa prometiendo expropiaciones masivas de latifundios a ser repartidas entre ellos. La expropiación existió, pero las tierras fueron socializadas, de manera que ningún campesino fue propietario de nada: todo pertenecía al Estado. Lenin y su prole habían engañado a todos. La guerra civil (1918-1921) agravó y multiplicó las hambrunas y las epidemias, la emisión descontrolada de papel moneda disparó la inflación, creció el desempleo (los salarios se pagaban en especie) y los obreros industriales fueron desplazados a los frentes de batalla, utilizados como soldados de la revolución. La producción industrial cayó a niveles mínimos (especialmente en el acero y el hierro), casi todas las vías férreas habían sido inutilizadas y la superficie cultivada se había reducido en una cuarta parte. A su vez, los sindicatos habían

sido absorbidos por el aparato estatal.[18] Situación ésta que se agudizó notablemente con la irrupción de Stalin en 1924, intensificando las purgas internas, la vigilancia, el terror policial y la explotación de los trabajadores.

Lo cierto es que después de Solzhenitsyn y su libro *Archipiélago Gulag*[19] sobre los horrores soviéticos, no pocos marxistas –aun los dogmáticos- comenzaron a renegar del comunismo moscovita o se cuidaban ahora de defenderlo explícita o públicamente. Si este sistema no cayó de inmediato fue únicamente por la sistemática aplicación de violencia ejercida sobre el pueblo, que de trabajador pasó a ser esclavo del Estado totalitario y burocrático. En rigor de verdad nada de ello debería haber sorprendido en demasía a nadie, pues el propio Lenin reconoce en 1917 que no existía un plan de acción para cumplir con sus declamados ideales y promesas: “Desgraciadamente –decía el mandamás comunista- nuestros maestros no nos han dicho que hemos de hacer para construir el socialismo”.[20]

Ya en aquel preciso momento histórico podía distinguirse un rasgo constitutivo y evidente del marxismo, que es su falta de empatía hacia los grupos que clama defender; característica ésta reconocida por sus propios teóricos. En este sentido, el reputado ideólogo marxista Henri Lefevre escribía lo siguiente: “El marxismo no trae un humanismo sentimental y llorón. Marx no se inclinó sobre el proletariado porque estuviera oprimido, ni para lamentarse de su opresión… El marxismo no se interesa por el proletariado en cuanto es débil sino en cuanto es una fuerza”.[21] Otro marxista, Liu-Chao-Tchi, declara en 1950: “La reforma agraria es una lucha sistemática y salvaje con el feudalismo… Su meta no es dar tierra a los campesinos pobres ni aliviar su miseria. Esto es ideal de filántropos, no de marxistas (…)”.[22] Por último, nos dice Arthur Rosenberg: “Marx no partió del proletariado, de su miseria y de su angustia, de la necesidad de liberar esta clase, para desembocar en la Revolución. Recorre el camino exactamente inverso…. Buscando los medios que le permitan realizar la Revolución, Marx descubre el proletariado”.[23] Es decir, como hoy, al marxismo le interesan las mujeres y las minorías solo en tanto puedan operar como sujetos políticos y revolucionarios. No existe, pues, una relación de

espontaneidad, amor y respeto por aquellos sino una vinculación de orden estrictamente utilitario.

Indudablemente, la muestra más palmaria del rotundo fracaso del «Octubre Rojo» estuvo dada en su imposibilidad de exportar y replicar aquella revolución en los países industrializados del oeste europeo. Lo cual, naturalmente, no debería haber sorprendido en demasía habida cuenta de lo anterior. Existe, empero, un motivo capital que explica en gran medida la ineficacia en extrapolar la revolución a Occidente: su sobrevaloración del factor económico y la consiguiente subvaloración de la cuestión cultural-religiosa. Los ideólogos del marxismo leninismo y los doctrinarios del marxismo ortodoxo cometieron la misma equivocación que su contraparte capitalista varias décadas después a través de Daniel Bell y Francis Fukuyama, entre otros. Partiendo de un análisis superfluo y reduccionista del fenómeno y de la realidad cayó en el anacronismo analítico, concibiendo a su enemigo como un ente estático, incapaz de reinventarse y destinado indefectiblemente al fracaso rotundo e inminente, según vaticinaban las «leyes históricas» del «socialismo científico».

Los intérpretes moscovitas de Marx no lograron advertir que bajo las luchas obreras de finales del siglo XIX el capitalismo se había visto obligado a transformarse, a flexibilizarse, cediendo ante varias de las demandas del socialismo obrerista (suba de los salarios reales, reducción de horas de trabajo, otorgamiento de pensiones públicas, el surgimiento del seguro social, la alfabetización al alcance de todos, etc.), mientras se introducían en las sociedades inmensas transformaciones científicas, culturales, artísticas.[24] Dicho sencillamente, no comprendieron entonces que el capitalismo de los tiempos de Marx no era el mismo que aquel de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Si la primera revolución industrial (1750-1840 aprox.) había generado cambios sustanciales en las sociedades occidentales, la segunda revolución industrial (1870-1914) será aún más determinante, experimentándose en este periodo el mayor conjunto de transformaciones económicas, tecnológicas y sociales de la historia de la humanidad desde el Neolítico.[25] En palabras del premio Nobel Robert Lucas: "(…) por primera vez en la historia, el nivel de vida de las masas y la gente

común experimentó un crecimiento sostenido (…) Nada remotamente parecido a este comportamiento económico es señalado por los economistas clásicos, ni siquiera como una posibilidad teórica…”.[26]

Cuestión ésta que ya había intuido el revisionista marxista Eduard Bernstein en su obra *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia* (1899), sosteniendo que las predicciones del marxismo eran erróneas: el capitalismo estaba más fuerte, existía una legislación social y el obrero occidental se encontraba a gusto y asimilado a las sociedades industrializadas, de manera tal que el discurso obrerista y proletario de los revolucionarios no hacia mella en ellos.[27] Además, los hechos habían dejado desautorizado al propio Marx y sus principales postulados, pues cabrá recordar que sus pretensiones eran mundialistas y guardaba una confianza ciega sobre el rol que cumpliría el proletariado en los levantamientos: deseaba lograr el *gobierno del proletariado* en cada nación, especialmente en aquellas industrializadas. Sin embargo se triunfa en Rusia, que no era una nación industrializada -aquel segmento apenas superaba el 1%-.

En vista de ello, lo cierto es que la muerte del pensamiento marxista hubiera sido inmediata de no haber sido por un reducido grupo que sí reparó en aquella situación, verbigracia, los miembros de la Escuela de Frankfurt.

La Escuela de Frankfurt trasciende a los ya mentados interrogantes del *establishment* marxista del cómo, cuándo y dónde, planteando una cuestión fundamental que terminará por reconfigurar al marxismo de entonces, dándole nuevo aire: ¿Qué es una revolución? Desde aquí surgen seguidamente nuevos planteos: ¿Debe la revolución sostenerse en el tiempo o culmina ésta con la toma del poder? ¿Puede sostenerse en el tiempo un sistema impuesto al pueblo a base del sometimiento y del terror o se generará más pronto que tarde una reacción que terminará por destruirlo? ¿Es posible crear un hombre o una sociedad que no tenga consciencia de su estado de opresión? ¿Es realmente la lucha de clases el mejor antídoto y conductor hacia la revolución? ¿Resulta imperativo presentarse abiertamente como marxista para hundir a las sociedades occidentales en el más abyecto

materialismo o será mejor ocultar la procedencia y esencia de sus directores?

No tardarán en dar con la respuesta: la verdadera y más efectiva revolución es la del pensamiento. Y esta debe desarrollarse de un modo no violento y en forma paulatina, a través de la subversión de todas las esferas de la cultura, cuestión que de algún modo habían ya adelantado los exponentes de la Sociedad Fabiana de fines del siglo XIX. Todo el resto se daría por añadidura, como enseñara Antonio Gramsci. Algo era evidente e incontestable: la estructura económica no movería masas durante el apogeo de las sociedades industriales y de la «abundancia», especialmente por la real posibilidad de ascenso socioeconómico que les confería.[28] Por esto mismo, en ese contexto, entendía Erich Fromm a la revolución como *el reemplazo de un orden existente por otro históricamente más progresista*[29], queriendo significar que no había que aspirar a destruir inmediata y visiblemente a la sociedad occidental sino a modificarla de modo gradual.

Si bien todos los miembros de la Escuela de Frankfurt eran declarados marxistas no implica de suyo que hubieran sido comunistas. Recordemos que la categorización de «comunista» iba casi invariablemente dirigida al modelo soviético y sus acólitos adscriptos al Partido Comunista.[30] En este sentido, los filósofos germanos actuaban inorgánicamente: no compartían ni los tiempos ni los métodos del marxismo-leninismo, permitiéndose revisar parte importante de la doctrina, conceptos y postulados del marxismo clásico.

Los hombres que dieron inicio a esta escuela de pensamiento que darán luego en llamar «teoría crítica», eran izquierdistas que, en su mayoría, desencantados con el modelo soviético y sus líderes políticos, sintieron la necesidad de revisar los postulados teóricos de Marx y sobre todo la aplicación fáctica que de aquello hicieron los bolcheviques o marxistas-leninistas. Entendían asimismo que para que el materialismo histórico fuera más eficaz a la hora de transmitir su ideario y que su recepción fuera mayor en el vértice occidental había que estudiar en detalle –y eventualmente añadir- ciertas disciplinas, actualizando y adaptando así la doctrina maximalista a los tiempos y coyunturas. A este propósito resultó fundamental la

incorporación de la psiquiatría -fundamentalmente las teorías freudianas- para comprender y/o pretender explicar el comportamiento humano y ciertos sucesos históricos y culturales. Toda esta maquinaria intelectual e interdisciplinaria serviría mejor a la revolución que cualquier otra estrategia de coyuntura y ciertamente mejor que la desproporcionada fuerza y violencia utilizada por los moscovitas en su experimento de «Octubre», que no hizo más que confirmar tempranamente al mundo el carácter utópico de sus postulados y la fragilidad de su sistema, destruido por las evidentes contradicciones entre teoría y praxis.

El mismo error analítico de los primeros comunistas será cometido casi un siglo después por el capitalismo. No entendieron que no existe ni jamás existió un solo marxismo histórico; que éste, el marxismo, es y siempre fue una ideología dinámica, en constante evolución, que sólo retrocede un lugar si se asegura avanzar dos o tres en la próxima jugada. No pocos de los referentes más conspicuos del comunismo advertían que no debía darse un contenido estático a las formulas marxistas. El comunismo, como bien advertía hace medio siglo el intelectual contrarrevolucionario Jean Ousset, no es la esencia de la Revolución, y para estudiar y comprender el fenómeno marxista hay que examinar el espíritu de la Revolución antes que "las posibles formas que puede tomar según las circunstancias". Y lo esencial de la Revolución, continúa Ousset, "consiste en disolver todo lo que pueda ser substancia de verdad, de orden objetivo. No conserva, no quiere retener sino el aspecto evolutivo, el aspecto perpetuamente cambiante de los seres y de las cosas".[31] Por esto mismo decía Charles Maurras que *la verdadera Revolución no es la Revolución en la calle, sino la manera revolucionaria de pensar*[32].

"El curso de esos acontecimientos –escribe Ousset en referencia al mayo francés- demostró que existe una autentica renovación de la Revolución. De factura comunista y con pretensión marxista pero, sin embargo, no moscovita (…) Así la noción de «alienación» aplicada hasta hoy por los moscovitas solamente a los tabúes tradicionales burgueses, la invoca la «nueva ola» -nda: la «nueva izquierda»- contra las opciones, consignas, precauciones o criterios impuestos por el Kremlin, en razón de la mayor y más

eficacia revolucionaria". Como señala Enrique Díaz Araujo, la esencia más íntima de la ideología (o revolución) "es la subversión de lo accidental contra la substancial, de lo múltiple contra la uno, de lo contingente contra lo necesario, de la cantidad contra la calidad, de lo inferior contra lo superior, de la NADA contra EL SER".[33] Es decir, son estos los rasgos y signos propiamente revolucionarios y no su estética, que como la fisonomía humana, cambia año tras año.

Increíblemente, esta distinción –que comunismo soviético/chino/cubano y marxismo no son necesariamente lo mismo y que los estratagemas y estrategas del socialismo para infundir el materialismo histórico son infinitos- fue pasada por alto por los más encumbrados analistas políticos del *establishment* capitalista de fines de los años 80, siendo paradigmático en este sentido el caso de Francis Fukuyama. A través de un difundido trabajo de aquel entonces (*El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, 1992), embriagado de un triunfalismo cuasi escolar por la caída del Muro de Berlín, expone una polémica tesis que nadie entonces puso en duda: *la Historia, como lucha de ideologías, ha terminado, con un mundo final basado en una democracia liberal que se ha impuesto tras el fin de la Guerra Fría*. No entendió el politólogo neoconservador que cuanto se había destruido, en todo caso, era la pata geopolítica y la fisiología totalitaria y economicista de la gran bestia roja, pero su esencia, su vector fundamental, seguía muy vivo y en franco ascenso en el mundo occidental. Dicho sencillamente, podría haber caído el comunismo internacional ruso pero no así el marxismo *in totum*, que además hacía décadas que aplicaba estrategias de coyuntura distintas en cada nación o región; en ocasiones apoyando ciertos postulados o grupos nacionalistas en sus luchas contra el imperialismo sajón (llamados luego «nacionalistas de izquierda»; algo no contemplado inicialmente por el marxismo en su pretensión o fase internacionalista).

Lo más llamativo de esta ceguera del liberal capitalismo occidental es que hasta el propio Lenin había advertido claramente su programa en la década de 1920: "Si para conservar el poder hemos de invertir completamente nuestra orientación, lo haremos".[34]Afirmaba abiertamente que todo lo que servía a la revolución era

ético y que todo lo que la perjudicaba era antiético[35], sentencia que confirmaba claramente que todos los medios eran lícitos en aras de la revolución, incluida lógicamente su transformación. Continuando con Lenin, advierte desde su obra *Enfermedad infantil del Comunismo*: "Hay que estar preparado a todos los sacrificios y, si hace falta, usar todas las estratagemas de astucia, de métodos ilegales, estar decididos a callarse, a ocultar la verdad, con el solo fin de infiltrarse en los sindicatos, de quedarse y realizar, por encima de todo, la tarea comunista (…)".[36]Así se explica, por ejemplo, el viraje de Moscú a propósito de la educación sexual, el aborto y el divorcio: todo puede tomarse y dejarse alternativamente, según convenga a la revolución.[37]Si algo ha demostrado sobradamente el marxismo a través de la historia es que no temió ajustar las fórmulas disolventes cuantas veces hizo falta, adaptándolas a cada pueblo, a cada raza y a cada religión.

Históricamente, este fue el error fatal de Occidente en su lucha contra la izquierda revolucionaria: no advertir su pluriformidad.[38]

Es cierto, no obstante, que no fue Fukuyama el único ni el primero en sucumbir ante esta trampa o embrollo. Existía un antecedente muy claro. Concluida la Segunda Guerra Mundial, promediando los años 50´, con un Occidente reconstruyéndose poco a poco económicamente (especialmente a través del Plan Marshall), se produjo un exitismo entre las clases y naciones dominantes, proclamando el fin de las ideologías. Confiando en que el bienestar económico, la progresiva mejora de las condiciones de vida de la clase trabajadora y la pérdida de peso del sector industrial –lo cual dejaba en la marginalidad a los partidos comunistas y su prédica- sería suficiente para sepultar definitivamente al marxismo y sus dialécticas. El *New Deal* norteamericano y su keynesiano estado de bienestar parecían haber terminado de destruir las células del internacionalismo rojo en occidente. De esta opinión era el sociólogo neoconservador estadounidense Daniel Bell, quien desde obra *El fin de las ideologías* (1960) afirmaba que: "En el mundo occidental existe hoy un robusto consenso entre los intelectuales sobre las cuestiones políticas: la aceptación del estado del bienestar; lo deseable de la descentralización del poder; un sistema de economía

mixta y el pluralismo”. En este sentido, concluía taxativamente que “la era ideológica ha terminado”.[39]

Pues bien, se equivocaron. Para ese entonces, el veneno de la izquierda cultural –sembrado especialmente por Adorno, Fromm, Horkheimer y Marcuse- se había enquistado en las universidades estadounidenses, desde donde partirá con renovado vigor hacia el resto del mundo. Mientras tanto los EEUU, líder y potencia indiscutida del orbe occidental post-Yalta, abocaba todos sus recursos a combatir política y geopolíticamente al comunismo en cada rincón del planeta, desatendiendo completamente la ascendente penetración cultural del marxismo en su propia tierra. Los efectos de esta desatención o subestimación del fenómeno se hicieron sentir rápidamente, explotando a fines de los años 60 y 70, con una juventud abandonada al irrealismo político, al hedonismo y el libertinaje sexual, a las drogas y el *hippismo*, a la cultura de la irresponsabilidad, etc.[40] La estrategia contracultural había dado resultado.

“En los años sesenta”, comenta el filósofo Antoni B. Luque:

> El triunfo del capitalismo consumista y la ausencia de crisis económicas graves hicieron que los marxistas repensaran sus presupuestos. La clase obrera no era capaz de acabar con el capitalismo; el avance de la productividad había detenido el desarrollo de la conciencia revolucionaria. Según Marcuse los individuos se reconocen en sus bienes, él lucha por un hombre capaz de superar la auto-alienación. Acabó teniendo una gran influencia en los movimientos sociales de los sesenta, modelando una nueva perspectiva sobre las posibilidades utópicas contenidas en el arte, la literatura y la música de dichos movimientos.[41]

De la misma opinión es David Horowitz, quien llegó a ser uno de los referentes más importantes de la *new left* americana por aquellos años:

> El marxismo es un credo en bancarrota y estaba en bancarrota en los años 50´ e incluso antes. La gente entendió que no funcionaba. No había clase trabajadora para hacer una revolución. Las personas estaban contentas con el capitalismo, básicamente porque tenía sentido. Repartió más dinero a más gente que cualquier otro sistema en la historia. Entonces intentaron encontrar otras fuentes de energía revolucionaria. Una era la idea de la represión sexual de los 60´ (…) Había que encontrar nuevos sujetos, fueran

estudiantes, negros, mujeres o gays o lo que sea, y Marcuse tenía un marxismo fluido que encajaba perfecto con esto.[42]

Como se ha visto, los esquemas clásicos de marxismo fueron abandonados desde hace mucho tiempo, adoptando un sin fin de modalidades.[43]

Esta supina e imperdonable ingenuidad del espectro general de la derecha en los últimos días de la Guerra Fría trajo consigo un relajamiento total de las estructuras y barreras ideológicas de Occidente, focalizándose en adelante casi exclusivamente en cuestiones geopolíticas y económicas. La izquierda mundial, que comprende prontamente el nuevo escenario mundial y detecta el enorme equivoco de su contraparte, se renueva y reinventa completamente, respondiendo prontamente con la creación del Foro de San Pablo en 1990 – el *think tank* internacional marxista más influyente y organizado desde la Escuela de Frankfurt[44]- y distintas usinas de pensamiento y organismos colaterales para penetrar en Occidente mediante la cultura y la educación, apoyándose especialmente en la labor acometida por Gramsci, los posestructuralistas y los intelectuales de Frankfurt y sus discípulos.

La derecha no produce pensadores o instituciones de fuste o masivas que se ocupen de contrarrestar sus ataques y efectos, ni toma verdadera consciencia de la gravedad del asunto y de esta subestimación hasta décadas después.

Ya era tarde. El marxismo había concretado e implementado *urbe et orbi* su mejor invención e instrumento político para difundir su ideología y adoctrinar a los ciudadanos del otro lado de la « Cortina de Hierro»: una socialdemocracia *ad hoc* como sistema político, construido sobre la base ideológica de la izquierda: la contracultura y el *correctismo político*. Gobiernos en apariencia democráticos o liberales que presentan al elector falsas alternativas, donde los partidos políticos elegibles difieren solo en las formas y/o en cuestiones meramente accidentales (como la regulación total o parcial del mercado, el nivel aplicado de Estado de Bienestar, etc.), conservando todos la esencia materialista y activamente anti cristiana –a veces de modo más o menos solapado-, lo que es especialmente visible en el cumplimiento de la agenda cultural globalista. Cuestión evidente en la actualidad, donde partidos

tenidos como de derecha o centro derecha –salvo casos aislados de *outsiders* como Trump o Bolsonaro- comparten lo esencial con sus presuntas contrapartes izquierdistas: la necesidad de instaurar un nuevo orden moral y cultural, erradicando cualquier vestigio, tradición o principio proveniente del cristianismo y de la filosofía clásica o realista.

Podremos decir de estas socialdemocracias y partidocracias modernas lo que Teodoro Adorno y Max Horkheimer escribían en su *Dialéctica de la Ilustración* sobre el sistema capitalista: “Teníamos la libertad de escoger lo que fuese siempre igual”.[45] Ya en ese entonces había intuido éste último la posibilidad de generar la revolución bajo sistemas no ostensiblemente dictatoriales o totalitarios, llegando a afirmar lo siguiente: “Dicho con franqueza: con todos sus defectos, la dudosa democracia es siempre mejor que la dictadura, la cual debiera dar origen a un cambio revolucionario, que, no obstante —hablando en bien de la verdad— me parece que hoy no existe”.[46] Posiblemente, la nueva organización política democrática surgida después de la guerra (1945) deba mucho a la mentada Sociedad Fabiana del matrimonio Webb, que desde 1884 promulgaba la aplicación de los principios del socialismo mediante reformas graduales dentro de un régimen democrático.[47]

Era harto evidente que la revolución no llegaría a través del proletariado sino de la burguesía, especialmente por sus intelectuales provenientes de la pujante clase media/media alta no alineada en la moralidad o tradicionalismo cristiano. Ésta se alzaría y derrotaría al capitalismo, como antes hicieron lo propio los revolucionarios jacobinos del siglo XVIII con el orden aristocrático, cristiano, monárquico y feudal. Los hechos demuestran que la tercera etapa anunciada por Marx parece haber sido abandonada, esto es, la fase final en cual la burguesía –luego de su rol revolucionario- sería destituida por el proletariado. El motivo es evidente: el proletario no es más revolucionario. El intelectual burgués y el lumpenproletariado se han constituido en los nuevos revolucionarios. Son los sectores burgueses –generalmente de clase media, financiados por los grandes capitales y corporaciones- los que han tomado la calle y las instituciones: estudiantes, feministas, descontentos existenciales, marginales y contestatarios

varios, libertinos sexuales, etc. Un caso paradigmático en este sentido lo ofrece el mayo de 1968: cuando el gobierno de De Gaulle ofrece concesiones y palpables mejoras salariales a los sindicatos, los trabajadores se alejan inmediatamente de aquel levantamiento, dejando trunca a la pretendida «revolución» y a los utópicos estudiantes y burgueses. Insistimos: No son obreros ni entidades o partidos marginales quienes marcan la agenda mundial, sino los intelectuales acomodados, aburguesados, de izquierda e incluso muchos nominalmente «derechistas» o de centro –cristianos o no-, que terminan haciendo el juego a su pretendida contraparte y a la revolución anticristiana.

A este último fenómeno conviene prestar especial atención: a ciertos derechistas y centristas, presuntamente anticomunistas, como agentes inorgánicos de la revolución (aquellos «idiotas útiles» de los que hablaba Lenin). Este asunto de vital importancia y poco advertido ha sido tratado recientemente por Paul Edward Gottfried en su muy interesante libro *La extraña muerte del marxismo* (Ciudadela, 2007). Desde allí se pregunta si combate realmente la derecha europea la tarea de destrucción sistemática de la cultura y la moral occidental y si acaso existe un contrapeso ideológico a la izquierda post marxista. El autor termina concluyendo de modo taxativo que la derecha política ha hecho suyos los dogmas de la izquierda post marxista, acompañando con mansedumbre los dogmas progresistas. Si bien en muchos casos el individuo no es consciente de este proceso, existe un sector que opera deliberada y subrepticiamente desde rótulos aparentemente derechistas para confundir y corromper a incautos, como los libertarios *randianos* y los neoconservadores en general, entre otros.[48]

Volviendo a los teóricos de Frankfurt, bien pronto descubrirán la fórmula para la nueva alienación total de la sociedad. Dan en el clavo en las páginas de su *Dialéctica de la Ilustración*, detectando que: "El triunfo de la publicidad en la industria cultural es que los consumidores se sientan compelidos a comprar y usar sus productos aun cuando perciben su engaño".[49] Solo había que crear un producto lo suficientemente atractivo con el *packaging* adecuado. Resulta indudable que esta conclusión, este aporte, será recogida y

atesorada como una máxima por toda la órbita de la «nueva izquierda» y el posmarxismo actual.

----

Decíamos antes que como testigos privilegiados de la revolución de octubre de 1917 y observando detenidamente su desarrollo en los primeros años -sobre todo su manifiesta brutalidad y su incapacidad por penetrar en Occidente-, entendieron los hombres de Frankfurt que aquel modelo no solo estaba destinado al fracaso en el mundo, sino que terminaría por destruir completamente el pensamiento materialista del marxismo, que era en realidad lo que importaba implementar y exportar –el resto se daría por añadidura-. Tal vez no siempre de modo manifiesto o declarado, entendieron que había que trascender a los escritos de coyuntura y los panfletos partidarios, y comenzar por estudiar profundamente la historia del hombre y de las sociedades y sus motivaciones –especialmente la mentalidad occidental-; su psicología, filosofía, religión, cultura, valores, principios, etc. No podía convertirse en sujeto revolucionario a aquel que no se conocía acabadamente. Quedaba claro ya que el factor económico y la lucha de clases, contrariamente a lo presagiado por Marx, no iba a ser generador inmediato de revoluciones en los países industrializados y capitalistas por excelencia, pues se ha dicho ya que las condiciones y posibilidades económicas y de ascenso social del proletario ruso y las del trabajador occidental eran muy distintas.

Existía además una sustancial diferencia entre la mentalidad y cultura oriental y la occidental europea, de manera tal que no podría penetrarse en esta última sin estudiarla profundamente. A este respecto, estudiando el legado de George Lukacs, dice Michael Minnicino:

> Lo que diferenció a Occidente de Rusia, identificó Lukacs, fue una matriz cultural judeo-cristiana que enfatizaba exactamente la singularidad y la sacralidad del individuo de las que Lukacs abjuró. En su núcleo, la ideología occidental dominante sostenía que el individuo, mediante el ejercicio de su razón, podía discernir la Voluntad Divina en una relación no mediata. Lo que era peor, desde el punto de vista de Lukacs, es que esta razonable relación necesariamente implicaba que el individuo podía y debía cambiar el universo físico en su búsqueda del Bien; que el Hombre debería ejercer

> dominio sobre la Naturaleza, como está declarado en la prescripción bíblica en el Génesis. El problema era que mientras el individuo tuviera la creencia —o incluso la esperanza de la creencia— de que su divina chispa de la razón podría solucionar los problemas que afronta la sociedad, entonces aquella sociedad nunca alcanzaría el estado de desesperación y alienación que Lukacs reconoció como el requisito previo necesario para la revolución socialista.[50]

Era claro, pues, que para acceder a los pueblos occidentales y conquistar sus voluntades no eran suficientes los panfletos de barricada, la agitación del sentimentalismo, los tanques o líderes políticos carismáticos y fervorosos. Había que penetrar mediante la consciencia, el pensamiento, generar un cambio de paradigmas socioculturales que permitieran cooptar las voluntades sin que las personas sospechen que son víctimas de una manipulación mental: que trabajen para la revolución sin saberlo. He aquí el máximo triunfo de la izquierda en su historia. Ante todo había que debilitar y –luego- corromper la herencia cristiana, portadora de la moral occidental, creando nuevas formas y manifestaciones contraculturales y grupos que las representaran.

Si bien es cierto que no pocas de las críticas que los de Frankfurt dirigen al orden occidental cristiano -y al capitalismo en general- pueden encontrarse en varios filósofos y pensadores de siglos anteriores, la particularidad aquí reside no solo en que éstos lo hacen invariablemente desde la óptica del inmanentismo marxista, operando articulada y organizadamente, sino en que logran combinar una serie de disciplinas y técnicas que les otorgará una efectividad mayor en su empresa. No son *librepensadores* sueltos, intelectuales orgánicos del *establishment* marxista o lobos solitarios con filiación político partidaria. No son meros contestatarios. Conforman un equipo interdisciplinario que estudia y aprehende los conceptos críticos de los pretéritos, incorporando de ellos todo cuanto sea favorable y complementario a la tesis marxista, reuniéndolo todo bajo un mismo corpus o vademécum: la «teoría critica». Si uno leyera la obra frankfurtiana, pareciera que su objetivo hubiera sido dejar todo masticado y desensillado para los izquierdistas del futuro: una fuente pretendidamente científica de socialismo que permitiera a otros dedicarse casi exclusivamente a la

tarea de la aplicación fáctica de tales postulados. Esto es, al diseño de la ingeniería social necesaria para su aceptación e implementación.

Si los de Frankfurt hicieron esto conscientemente o no, si éste fue o no su objetivo, no interesa a nuestro propósito. Lo cierto es que así sucedió. Aunque en este sentido alguna pista pueden ofrecernos las palabras que Max Horkheimer escribe a un amigo en 1930, preocupado por el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania: "Ante esto que ahora amenaza con tragarse a Europa y tal vez al mundo, nuestra obra está esencialmente diseñada para preservar cosas a lo largo de esta noche que se avecina: una especie de mensaje en una botella".[51]

------

**Escuela de Frankfurt y Nueva Izquierda**

Cómo hemos visto, la crisis del marxismo clásico y del experimento soviético hizo que en los años 20 se alzaran voces reclamando la necesidad de modificar la epistemología del socialismo, especialmente en lo referente a su determinismo y a su doctrina excesivamente apoyada en la lógica y la razón. En este sentido, Mao se distancia de sus padres ideológicos señalando que era un error esperar pasivamente hasta que se diesen las condiciones materiales para la revolución: había que crear las condiciones prerrevolucionarias.[52] Por su parte, el entonces poco conocido Antonio Gramsci, rechazando el exitismo del establishment comunista, advertía que la Gran Depresión de 1929 en EEUU no significaba en absoluto el final del capitalismo. Para destruirlo había que crear lo que denominaba «iniciativa creativa de las masas»: "Esta iniciativa creativa, sostuvo Gramsci, no era sin embargo, ni racional ni inexorable, sino más bien subjetiva e impredecible".[53] Y en esta dirección se pusieron a trabajar tempranamente los ideólogos de Frankfurt de modo sistemático, centrando sus estudios en la esfera cultural o lo que Carlos Marx llamará superestructura.[54]

Los años sesenta y la consolidación del capitalismo consumista y la ausencia de crisis económicas graves ponían de manifiesto el acierto de los tempranos revisionistas del marxismo clásico. Quedaba claro que la clase obrera no era capaz de acabar con el capitalismo por el sencillo motivo que se encontraba inmersa

en éste; además, el avance de la productividad y la nueva *cultura de masas* habían detenido el desarrollo de la conciencia revolucionaria. Para Marcuse, este nuevo hombre solo se reconocía en sus bienes, incapaz de superar la auto-alienación.

Esta facción de la izquierda que se permitía revisar y descartar algunos de los ya caducos postulados del marxismo clásico será conocida como «Nueva Izquierda», que proclamando que lo *personal es político* -es decir, que toda manifestación que interpela al régimen imperante es política-, adquirirá gran notoriedad como movimiento político en Occidente a partir de los años 60. Esta nueva izquierda abandonaba las tentativas universalistas, internacionalistas y cosmopolitas, dejando asimismo de lado sus generalizaciones y concepciones abstractas. Las masas requieren otro modo de abordaje, pensaban. Había que girar del universalismo al multiculturalismo, focalizando en los colectivos más pequeños "formados sobre la base de minorías étnicas, raciales u otras identidades".[55] Este proceso es descripto con claridad por Stephen Hicks:

> Pero los teóricos epistemológicamente más modestos de la década del cincuenta comenzaron a preguntar: ¿podemos esperar realmente que las masas acepten la idea de que somos todos hermanos y hermanas bajo piel? ¿Pueden las masas concebirse como una armoniosa clase internacional? La capacidad intelectual de las masas es mucho más limitada, por lo que movilizarlas requiere hablarles acerca de aquello que les importa a ellos, y en un nivel que puedan entender. Lo que las masas pueden comprender y lo que los entusiasma es su identidad sexual, racial, étnica y religiosa. Tanto las modestia epistemológica como la estrategia de comunicación efectiva prescribían entonces cambiar desde el universalismo al multiculturalismo.[56]

Estas conclusiones y giro epistemológico y estratégico de la izquierda que comienza a ver sus resultados a fines de los años 60´ venían siendo pergeñados por la Escuela de Frankfurt desde la década de 1920. So pretexto de defender los derechos civiles, políticos y humanos de las minorías (que jamás había preocupado al comunismo o a la izquierda) fueron promoviendo en el mundo occidental el feminismo, el homosexualismo, la ideología de género, el medio ambientalismo, la utilización de drogas, un difuso

antirracismo, etc. Abandonando al menos retóricamente la violencia directa y al proletario como sujeto revolucionario, lograron salir de la marginalidad para enquistarse poco a poco en todas las estructuras del sistema (política institucional, universidades, escuelas, etc.).

De modo que las consignas por las cuales se identifica y se conoce actualmente a la llamada Nueva Izquierda o izquierda cultural no son nuevas ni fueron creadas de un día para el otro. Como bien queda consignado en la magnífica obra *El libro negro de la nueva izquierda* (2016) de Agustín Laje y Nicolás Márquez, sus postulados fueron concebidos hace varias décadas, en referentes como Simone de Beauvoir, Michel Foucault, Angela Davis, Shulamith Firestone, Kate Millet, entre otros. Sin embargo, conviene advertir que su influencia decidida comienza a partir de los años 70´ y que este impulso se lo deben muy especialmente a un hito histórico para la izquierda que fue el llamado *mayo del 68* o *mayo francés*.[57] Esta rebelión juvenil constituyó nada menos que el primer gran movimiento de trasgresión moral-cultural en Occidente, traducido prontamente en *hippismo*, sexo libre, pacifismo anticastrense, desafío a toda autoridad, apatridismo, racismo antiblanco, anticristianismo, música y drogas psicodélicas, culto a lo espontáneo y caótico, reverencia a la juventud, etc.[58]

De manera tal que existe un antes y un después de 1968. Ahora bien, ¿quiénes fueron los mentores e instigadores del mismo? Existe una tendencia mayoritaria a atribuir este episodio y/o sus postulados a Antonio Gramsci y, en menor medida, a ciertos intelectuales de la *escuela francesa* de la izquierda cultural como Simone de Beauvoir, Sartre o Michel Foucault. Y en rigor de verdad, según hemos visto, lo cierto y verificado es que el crédito y dudoso honor corresponde a la Escuela de Frankfurt, y muy especialmente a Teodoro Adorno, Herbert Marcuse, Walter Benjamin, Erich Fromm y Max Horkheimer. Y sin embargo, salvo por el segundo del listado, aquellos nombres y sus obras permanecen casi completamente desconocidas para el común denominador de las personas o sin contar con el reconocimiento que merecen en este proceso de subversión contracultural.

Es cierto que las obras fundamentales de los franceses y del comunista italiano habían sido escritas con bastante anterioridad al

evento de marras, pero lo que en verdad interesa aquí es medir su influencia hasta 1970, por proponer una fecha aproximada. Los trabajos de Gramsci, por caso, fueron sistematizados y publicados varios años después de su muerte, con una circulación muy limitada[59]. Para encontrar la primera edición en inglés o español habrá que esperar varias décadas. Los *Cuadernos de la Cárcel* fueron publicados por primera vez en Turín en 1975 (en italiano) y la primera edición completa en español se realiza en México en 1981.[60]

La primera versión completa del trabajo en inglés es de 1994.[61] Gramsci comienza a ser bien conocido a escala mundial en los años 80´. La mujer de Jean-Paul Sartre (Beauvoir) publica su obra magna (*El segundo sexo*) en 1950, pero en francés… Si bien podemos encontrar una primera edición en inglés que data de 1953[62], sus escritos, empero, adquieren notoriedad mundial luego de los sucesos parisinos de 1968.[63]Además, hay que señalar que la cuestión del feminismo no fue un estandarte de aquella rebelión.[64]

Los de Frankfurt no solo fueron pioneros en las temáticas contraculturales, sino que publicaron rápidamente y tradujeron sus obras a distintos idiomas, contando con un aparato de difusión mayor, en gran medida gracias a la financiación de Félix Weil, sus mecenas norteamericanos y el propio gobierno de los EEUU. A esto hay que añadir la ventaja comparativa que les otorgó su estancia en los EEUU desde mediados de los años 30´, ocupando cargos en reputadas universidades –accediendo su influencia a miles de estudiantes- y obteniendo una variedad de recursos que facilitó en mucho su tarea. Otra ventaja en favor de los de Frankfurt es la libertad con la que contaron para escribir y difundir sus ensayos, pues a diferencia de los franceses y del italiano no estaban afiliados al Partido Comunista ni sujetos a su estructura burocrática.

¿Fue Gramsci el creador de la izquierda cultural y de la Nueva Izquierda? En absoluto. Ni el comunista italiano ni los franceses, por ejemplo, aparecen mencionados siquiera en una nota a pie de página en los escritos de los principales ideólogos de 1968 ni son reconocidos por las fervorosas juventudes que acompañaron aquel proceso. Los estandartes entonces levantados por esa izquierda transgresora eran dos (además de Mao y Marx): Marcuse

y Adorno –luego caído en desgracia-. La influencia decisiva de la Escuela de Frankfurt fue admitida por quien podríamos considerar tal vez como el mayor exponente de la contracultura, el siempre vigente Michel Foucault. Reconocimiento que el francés manifiesta en estos términos:

> Cuando le reconozco todos estos méritos a la Escuela de Frankfurt, lo hago con la mala conciencia de quien habría debido leerlos antes, que lamenta no haberlo hecho antes y que se dice, en una suerte de oscilación: si hubiera leído esas obras, hay un montón de cosas que no hubiera necesitado decir, y de errores que no hubiera cometido, mucho trabajo que me habría ahorrado. Pero acaso también tengo una satisfacción, porque tal vez, si los hubiera leído muy joven, me habría sentido tan seducido que no habría hecho otra cosa que comentarlos. Respecto de esas influencias retrospectivas, de esa gente que habría podido tener en uno una influencia inmensa y que sólo se descubre después de la edad en que se habría podido ser permeable a dicho influjo, uno no sabe si debe alegrarse o desconsolarse.[65]

Por mencionar solo dos caso más, señalemos la influencia ejercida por Walter Benjamin sobre deconstructivistas como Jacques Derrida, Paul de Man, Samuel Weber, Rainer Nagele y Werner Hammacher, entre otros[66], o Teodoro Adorno en Hanna Arendt.

No caben dudas sobre que todos ellos influyeron de un modo determinante en el desarrollo de la subversión cultural de Occidente, aportando cada uno su cuota acorde a su especialidad. Más allá de la identidad de sus creadores, todos fueron referentes indiscutibles de la *new left* o izquierda cultural. Empero, resulta interesante reparar en que sus receptores dentro de la izquierda rara vez eran los mismos. Los frankfurtianos, como intelectuales multidisciplinarios y con formación universitaria superior –incluidos posgrados-, provenientes de acaudaladas familias, apuntaron y se manifestaron dentro de la academia, dirigiéndose a hombres de mediano a alto nivel sociocultural.[67] No cualquiera podía comprender la complejidad de algunos de sus escritos, y en este sentido corresponde a Marcuse el mérito de lograr dar a conocer universalmente a la Escuela de Frankfurt. Su tono combativo y claro (haciendo más asequibles sus conceptos y abstracciones), sumado

a su faceta política y pragmática, despertará y encantará por igual a intelectuales y estudiantes izquierdistas de todo el mundo.

A diferencia del resto de sus colegas, Marcuse había tenido una militancia juvenil más comprometida con los ideales revolucionarios. Un caso ilustrativo a este respecto fue la posición tomada por cada uno de los frankfurtianos cuando estalló la fallida Revolución Espartaquista de 1919 (que intentó tomar el poder en Alemania). Marcuse había llegado a intercambiar disparos con las fuerzas armadas del régimen, mientras otros como Adorno y Horkheimer, aunque ayudaron a esconder a algunos revolucionarios, no se plegaron al levantamiento por considerarlo prematuro y destinado inevitablemente al fracaso por la falta de condiciones objetivas para efectuar un verdadero cambio social.[68]

Aunque el Marcuse como teórico radical surge después. Hasta ese momento se había dedicado mayormente a la filosofía académica y a la teoría social, estudiando filosofía con Husserl y Heidegger.[69] Hasta entonces, su producción intelectual era sólo conocida en reducidos ámbitos, y aún en ellos, nos dice Pierre Masset desde su libro *El pensamiento de Marcuse*, "sus lectores sentían por ella un soberano desprecio, considerándola una horrenda mixtura de freudismo fantasioso y de marxismo heterodoxo, tan reprobable para los discípulos de Marx como para los devotos de Freud".[70]

Indudablemente, su experiencia norteamericana tendrá mucho que ver en su orientación cada vez mayor hacia la praxis política y en el inicio de su popularidad, y es cuando su producción sufre un "cambio cualitativo", como señala Enrique Díaz Araujo, girando hacia el *lumpenproletariat*, donde a trabajos con alguna consistencia filosófica[71] le suceden obras como *El fin de la utopía, Eros y civilización, Tolerancia represiva* y *Un ensayo para la liberación*, "con los que alcanza la fama y el escándalo".[72] Es aquí, en sus clases universitarias, cuando comienza a comprender la predisposición del estudiantado para contestar y combatir a la hegemonía, detectando en éste un ánimo casi desesperado por transgredirlo todo. Esta era la llave hacia la revolución. "Por naturaleza los jóvenes", escribe Marcuse, "están en la primera línea

de los que luchan por Eros, contra la muerte y contra la civilización que acorta los caminos hacia la muerte".[73]

Según David Berry, Marcuse creía en 1965 que la nueva izquierda tenía muchas posibilidades de sacar de su conformismo a los americanos.[74] Veía que el movimiento estudiantil, el movimiento por los derechos civiles y la contracultura estaban animados por un noble impulso subversivo que constituirían una gran amenaza al *establishment*. En el prefacio de la edición francesa de 1967 de *El hombre unidimensional* puede notarse más claramente la influencia de los sucesos norteamericanos en su pensamiento, observando las multitudinarias marchas y protestas estudiantiles contra la Guerra de Vietnam.[75]

Dentro de este "giro cualitativo" realizado por Marcuse se incluye el abandono de su anterior complejidad conceptual hacia un lenguaje que pudiera ser comprendido por los nuevos activistas de la contracultura, que, como anota Vivas, "solo conocen dos idiomas, inglés americano y el de las malas palabras". En aras de esta simplificación conceptual, "él expresa todo en blanco y negro para ellos, como les gusta: todos los amigos de un lado, los enemigos del otro. Algo así se puede manejar sin pensar, coléricamente. Lo que él no simplifica o lo que pasa por alto, ellos también pasan por alto. Insinúa que ellos representan la esperanza del mundo y como son ignorantes, arrogantes y crédulos, le creen".[76]

En rigor de verdad, el acierto de Marcuse fue decirles a los jóvenes que estaban reprimidos, sometidos, alienados, marginados en el momento justo que querían oírlo –de ahí su popularidad entre éstos-, ofreciéndoles la justificación seudo intelectual para dar rienda suelta a sus pasiones más bajas. De esta opinión es David Horowitz, quien supo ser uno de los abanderados de la *new left* norteamericana hasta 1975: "(…) La gente quería… (beep)… mucho en los 60´, entonces Herbert Marcuse les dio la justificación intelectual para tener mucho sexo con mucha gente todo el tiempo. De eso se trata su famoso libro *Eros y civilización*".[77] Para Marcuse, los estudiantes más jóvenes son los más capaces de "vincular la liberación con la disolución de la percepción ordinaria y ordenada"[78], es decir, de la vinculación con la realidad y lo objetivo.

Nadie podrá negar que los eventos de 1968 dieron la razón a Marcuse, más allá de no haber podido transformar aquella rebelión en revolución, quedando a salvo, por tanto, varias de las estructuras de fondo del sistema capitalista. La fallida revolución llegó a granjearle críticas de no pocos sectores marxistas, especialmente luego de que sus colegas –Adorno, el primero- le advirtieran sobre ello, entendiendo que se estaban forzando los tiempos de la praxis. En su defensa dirá posteriormente Marcuse que él jamás había sostenido que las actividades de aquellos estudiantes eran en sí mismas revolucionarias: el objeto del levantamiento, decía, estribaba en sembrar el terreno para una *ola fresca de pensamiento radical*. Creía que esa atmosfera mental caótica y perversa rajaría el caparazón de la sociedad unidimensional, creándose así nuevamente las condiciones para que los intelectuales radicales destruyan por completo el orden existente. No se equivocó.

En este sentido, indudablemente su trabajo *El fin de la utopía* (1968) fue de gran influencia para aquella generación levantisca, donde se proponía "considerar un camino que vaya de la ciencia a la utopía, y no, como creyó Engels, de la utopía a la Ciencia".[79] Veamos por caso los murales pintados por los agitadores parisinos con consignas como "la imaginación al poder" o "seamos realistas. Pidamos lo imposible" acompañado de otros como "la escuela está en la calle" o "hay que joder al orden establecido". Como sabemos, la utopía es opuesta a la realidad y no entiende de limitaciones, lo que en un orden político da origen en la práctica –como de hecho ha sucedido- a sistemas totalitarios, puesto que al creer el utópico, desde la teoría, que todo es posible –como la paz eterna o la perfección, por ejemplo-, intenta romper todas las barreras de lo establecido, de lo permanente, de lo absoluto. Por ello la utopía ha sido históricamente un medio utilizado por los ideólogos marxistas para agitar al hombre hacia la revolución permanente.

En ningún trabajo queda mejor sintetizada esta nueva etapa de Marcuse que en su libro *Un ensayo sobre la liberación* (1969), reafirmando el decisivo rol de los marginales o grupos minoritarios en la lucha revolucionaria. Analizando el *mayo francés*, nos dice:

> La coincidencia entre algunas de las ideas sugeridas en mi ensayo y las formuladas por los jóvenes militantes fue sorprendente para mí. El carácter

> utópico radical de sus demandas sobrepasa con mucho las hipótesis de mi ensayo… Los militantes han invadido el concepto de «utopía»: han denunciado una ideología viciada. Revuelta o revolución abortada, su acción es un viraje decisivo. Al proclamar la «impugnación permanente» (la contestación permanente), la «educación permanente», el Gran Rechazo, reconocen la marca de la represión social, aun en las manifestaciones más sublimes de la cultura tradicional, incluso en las manifestaciones más espectaculares del progreso técnico (y esta vez es un espectro que no solo espanta a la burguesía, sino a todas las burocracias explotadores): el espectro de la revolución… para crear la solidaridad del género humano, para abolir la pobreza y la miseria más allá de todas las fronteras y los ámbitos de interes nacional, para obtener la paz. En una palabra: ellos han sacado la idea de *revolución* fuera del continuum de la represión, y la han situado en su auténtica dimensión: la de la liberación.[80]

Volviendo al violento giro epistemológico de Marcuse hacia la praxis, pareciera clara en este sentido la decisiva influencia que sobre él tuvo Mao Tse-Tung (especialmente a través de su ensayo *El pequeño libro rojo*, 1964). Desde sus páginas, el comunista chino destacaba el rol fundamental de la voluntad y la praxis por sobre las consideraciones teóricas, llamando a generar las condiciones para la revolución en vez de esperar por algo que podría no concretarse jamás. Indudablemente, su trabajos posteriores tienen el sello de la voluntad, la violencia y el movimiento, y en las postrimerías de la década de 1960 y a comienzos de la siguiente comienza a avizorar de un modo más claro la esperanza en los procesos de autodeterminación del tercer mundo: “La oportunidad histórica de los países atrasados está en la ausencia de las condiciones que favorecen la tecnología represiva y explotadora y la industrialización para la productividad agresiva. El hecho de que el Estado opulento y bélico lance su poder aniquilador contra los países atrasados ilustra la magnitud de la amenaza”.[81] De manera tal que la influencia de Marcuse se haría presente también en los grupos terroristas que asolarán nuestro continente en los 70. Habrá por tanto Marcuse para todos los paladares: para los subversivos de la cultura en las naciones industrializadas y para los guerrilleros revolucionarios de los países emergentes o en desarrollo, si bien nosotros nos centraremos en el primero de los grupos mencionados.

Salvo por Marcuse y Wilhelm Reich, lo veremos luego, nunca fueron los de Frankfurt oradores para las masas ni hombres de acción o pragmáticos desmedidos. Para algunos como Adorno y Horkheimer, sólo en la máxima tensión entre teoría y praxis podía pasarse hacia una praxis dinamizadora y a la acción concreta, y para ellos, el momento de esa «máxima tensión» no había llegado aún. En general, para los de Frankfurt la verdadera función revolucionaria del intelectual marxista estribaba más bien en conformar y desarrollar una clase intelectual de izquierda de gran nivel académico. Apuntaban más bien a la conformación de una elite de pensamiento marxista que eventualmente pudiera transformar las estructuras de la sociedad, y por su intermedio, re-educar al *hombre masa* o *autómata*. Su influencia ha sido notable hasta nuestros días en todos los ámbitos, reivindicados públicamente por las figuras más relevantes tanto de la escena cultural como de la política. Martin Jay, el más importante historiador de la Escuela de Frankfurt –junto a Rolf Wiggershaus-, señala que la primera generación de ese instituto "preparó el terreno para el giro posmoderno, encontrando una audiencia para sus trabajos".[82]

Resulta interesante la comparación que el filósofo Eliseo Vivas realiza entre el marxismo clásico y el marxismo heterodoxo de los frankfurtianos y posmodernos:

> Un fantasma frecuenta nuestro mundo, el espectro del nihilismo. El fantasma que Marx y Engels dejaron suelto en su mundo fue una amenaza calamitosa. Pero tenía una gracia redentora. Ellos querían la destrucción de nuestra sociedad con el fin de crear, decían, un mundo sin iniquidad y sin explotación. El fantasma que frecuenta nuestro mundo no se propone otra cosa que la destrucción. El nihilismo contemporáneo no tiene planes para construir un mundo mejor y se jacta de no tenerlo. Está empecinado en destruir por destruir… Todo lo que existe sirve únicamente para la botella incendiaria, y luego para la bomba y la dinamita.[83]

Resumiendo, si algo quedará claro es que la «Nueva Izquierda» y los postulados del posmarxismo son obra de la institución nacida al calor de Weimar en los años 20´ del siglo pasado: la Escuela de Frankfurt.

CAPITULO II

# FUNDACIÓN Y ORIGEN

*“Corromperemos occidente de manera tal que apestará”*
Willi Münzenberg[84]

## Historia y generalidades

El fracaso del comunismo ruso por extenderse a las regiones occidentales y la *in crescendo* vitalidad del capitalismo –contrariamente a lo presagiado por Marx- dejó perpleja y paralizada a la izquierda mundial. Había pasado ya más de un lustro desde la revolución bolchevique y su rechazo al otro lado del poniente era cada vez mayor. El *establishment* comunista procura responder instaurando nuevas internacionales y decenas de congresos con delegados de todo el mundo, buscando nuevos modos de promover el gobierno del proletariado. Será en vano. La insistencia en las formas revolucionarias y las caducas dialécticas no estremecían ya a nadie y su experimentación era cada vez más desastrosa fuera de Rusia, visto lo cual Joseph Stalin decide implementar la política de socialismo en un solo país, estableciendo que el objetivo principal de la *Komintern* fuera "defender y fortalecer a la Unión Soviética" y no ya promover el comunismo a escala internacional.[85] En pocas palabras, el marxismo-leninismo parecía más preocupado por hacer

la bomba molotov perfecta que en analizar metódicamente las causas profundas de su fracaso.

Sin embargo, esta cosmovisión del comunismo será desestimada por un reducido grupo de heterodoxos marxistas ubicados a 2300km de Moscú. Creían éstos que la implementación del materialismo dialéctico en occidente era posible. Solo había que encontrar las herramientas y estrategias adecuadas. Y en este espíritu, en 1922, se organiza en el estado alemán de Turingia un congreso que llevó como nombre Primera Semana de Trabajo Marxista, financiado por el politólogo y empresario germano-argentino Félix Weil. Entre sus participantes conviene destacar a George Lukács, Hede Gumperz, Karl Korsch, Karl Wittfogel, Richard Sorge (el famoso espía soviético), Friedrich Pollock, entre otros, sumados naturalmente a Félix Weil.[86] Luego de intensas jornadas de debate, se resuelve allí la conformación de un instituto dedicado a estudiar no solo el marxismo sino a analizar profundamente el fenómeno capitalista y la cultura occidental. Lo que se pretendía en este nuevo proyecto era trascender a los discursos del marxismo entonces hegemónico, proveniente tanto de la academia como de la estrechez mental del Partido Comunista.[87] El marxismo se había vuelto para ellos demasiado racional y determinista. Desde su biografía sobre Weil comenta Mario Rapoport que éste deseaba "renovar al marxismo de la putrefacción en la que lo tenía olvidado la ortodoxia; hacerlo esquivo a los dogmatismos partidarios: esas eran las tareas".[88]

Así entonces, en 1923 surge lo que se conoce popularmente como la «Escuela de Frankfurt» en Fráncfort del Meno (Alemania), que era en aquellos tiempos uno de los focos culturales más activos de Europa. Según refiere el alumno de Teodoro Adorno, Rolf Wiggershaus, aquella ciudad era ideal por varios motivos. En primer lugar, porque contaba con la comunidad judía más numerosa e importante del país –solo detrás de Berlín-, lo cual les aseguraba cierta protección y tolerancia (pues todos los filósofos de la *escuela* eran judíos), y también un ámbito favorable para la difusión de sus postulados, pues es sabido que históricamente los hebreos han sido afectos a abrazar ideales revolucionarios (de hecho, los máximos referentes del marxismo tienen o han tenido ese origen). En

segundo término, abundaban allí las actividades filantrópicas de las clases altas, especialmente en relación a las instituciones educativas conectadas con los estudios sociales, sociopolíticos o económicos (como era su caso). Sumado a todo ello, el número de simpatizantes tanto del socialismo como del comunismo en aquella ciudad era inusualmente alto.[89]

A fuer de ser precisos, lo que allí se funda es el Instituto de Investigación Social (en alemán *Institut für Sozialforschung*; en inglés *Institute for Social Research*), luego más conocida por la denominación de origen («Escuela de Frankfurt»). Si bien ésta surge como un apéndice de la preexistente universidad -adscrita por decreto del Ministerio de Educación alemán-, es importante señalar que esta anexión no suponía una dependencia u obediencia a sus autoridades. Su autonomía era plena: el instituto respondía directa y exclusivamente al ministro de cultura (un socialdemócrata simpatizante de las ideas de los filósofos).[90]

La elección por la Universidad Goethe de Fráncfort del Meno era ciertamente una opción lógica. Fundada en 1904, la casa de estudios era conocida especialmente por su orientación liberal-progresista, su foco en el área de investigación y sus modernas facultades de Ciencias Sociales y Naturales. Como dato altamente sugestivo, anunciando su posición ideológica, conviene reparar en que no tenía facultad de Teología (algo inusual en toda Europa). La Escuela de Frankfurt funcionó por unos meses dentro de las instalaciones de la Universidad Goethe mientras se construía su propio edificio, lindante a ésta. La obra había sido iniciada y financiada por Weil, contratando los servicios del arquitecto vanguardista Franz Rockle, quien diseñó una estructura con forma de cubo de 5 pisos siguiendo el estilo *NeueSachlichkeit* (*Nueva Objetividad*), de moda entre los círculos *avant-garde* de Weimar. La nueva y ostentosa casa de estudios fue inaugurada formalmente en 1924, contando con un salón de lectura con treinta y seis asientos, dieciséis aulas, cuatro salas para seminarios para más de cien personas y una biblioteca con espacio para setenta y cinco mil libros.[91]

De este modo nacía la primera gran usina de pensamiento (*think tank*) de lo que hoy conocemos como «izquierda cultural»,

nucleando prontamente a las mentes más esclarecidas del marxismo revisionista. En resumidas cuentas, Weil había creado algo único en el mundo, inexistente hasta entonces dentro del orbe académico occidental (no solo de Alemania): se trataba de la primera universidad marxista donde podía no solo estudiarse marxismo y los movimientos obreros a nivel universitario sino que podían obtenerse doctorados en temáticas de estos campos[92]. Indudablemente, la vinculación con la mentada universidad les confería desde el comienzo un importante prestigio académico y una proyección internacional que no hubieran logrado por sí solos –al menos en el corto o mediano plazo-. Existían ya decenas de esfuerzos aislados que terminaban sin pena ni gloria, desperdigados y olvidados por el casi interminable abanico de teorías y exponentes que, como hoy, surgen dentro del espectro de la izquierda. En poco tiempo, esta universidad y su *escuela* adquirirán fama mundial, logrando posicionarse como la institución del marxismo académico por antonomasia en el mundo, inaugurando en los años siguientes sedes en París, Londres, Ginebra y Nueva York.

Pero ¿en qué contexto surge, por qué y para qué? Algo hemos dicho ya. La Escuela de Fráncfort es el producto de un momento histórico muy concreto en el que las tesis del marxismo mecanicista hacían aguas por doquier. Desde su perspectiva, el capitalismo se había convertido en algo más que un modo de producción; era una cultura enquistada en los corazones, las mentes y los cuerpos. Abrevando, podemos decir que es creada en torno a una premisa básica: encontrar la explicación al por qué había fracasado en Alemania todo intento revolucionario a pesar de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa, planteándose asimismo la necesidad de desarrollar una reflexión global sobre los procesos que consolidan la sociedad burguesa-capitalista entonces en boga. Recordemos que cuando triunfa la revolución bolchevique se creía ampliamente que ésta se replicaría inmediata e indefectiblemente desde los Urales a Europa y, finalmente, hasta Norteamérica. Pero no fue el caso. Las dos únicas tentativas de un levantamiento proletario en Occidente —en Munich y Budapest— resistieron sólo un par de meses. En definitiva, pronto será evidente

que la URSS y sus jerarcas estaban más ocupados en sobrevivir que en implementar los declamados objetivos del socialismo.

Como señalamos anteriormente, contrariamente a las predicciones de Marx, el discurso dialéctico no había logrado romper las lealtades del proletariado para con sus respectivos países antes y durante La Gran Guerra, y no se vislumbraba que esto sucedería en algún momento: el difundido «paraíso-del-proletariado-sin-fronteras» de la propaganda comunista no hacia mella en los trabajadores. Y eso parecía ya ser un hecho evidente e inobjetable. Marcuse hará referencia a ello décadas más tarde:

> Yo tomé parte –recuerda- en la última concentración de masas en la que habló Rosa Luxemburgo; yo estaba en Berlín cuando Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo fueron asesinados. Ya en 1919 estaba claro para mí que la revolución estaba perdida. (...) La consecuencia que saqué fue: ponte a estudiar e intenta determinar cómo ha podido suceder esto en un país en el que gran parte de los trabajadores organizados pertenecían o estaban cerca de un partido comunista entonces aún revolucionario y militante.[93]

Tal desalentador panorama dejó el papel y la credibilidad del intelectual de izquierda muy cuestionado, que se veía además ante la disyuntiva de elegir entre el pensamiento autónomo objetivo y uno adecuado, *aggiornado*, a las exigencias coyunturales de la política del modelo soviético. Los hombres de Frankfurt toman el primer sendero, pues ven en la integración de un partido el peligro de transformase en intelectuales orgánicos que terminan por quitarse la cabeza –y no solo el sombrero-. Contrariamente a los intelectuales orgánicos del comunismo, que adolecían de cualquier autocrítica -culpando del fracaso a la cortedad de miras de los trabajadores-, asumieron estos filósofos la labor de introspección necesaria para explicarse y explicar a los suyos qué había fallado en la praxis de la teoría marxista en la Europa Occidental. Martin Jay coincide con lo expuesto, señalando que ninguna de las dos alternativas más importantes del marxismo en occidente les resultaba adecuada.[94] Podrían haber apoyado a los socialistas moderados de la República de Weimar -oponiéndose al experimento ruso- o ingresar al Partido Comunista Alemán, aceptar el liderato de Moscú y trabajar para socavar al burgués régimen de Weimar. Todo ello les parecía inaceptable, infructuoso, contraproducente, de modo que se

lanzaron a la ya mencionada tarea de reexaminar profundamente los fundamentos de la teoría marxista, con la esperanza de encontrar una explicación a errores pasados y prepararse para la acción futura.

En entrevista concedida en 1972, Marcuse sintetiza el objeto perseguido en sus obras, pero podría aplicarse al resto de sus colegas y a la institución de la que será, tal vez, el máximo referente: “Todo esto lo hice en aras de comprender por qué, en un momento en que las auténticas condiciones para la revolución estaban presentes, la revolución se había derrumbado o había sido derrotada, las viejas fuerzas habían regresado al poder y todo aquello estaba comenzando otra vez de una forma degenerada”.[95] Los filósofos no comparten la tesis de Marx y la filosofía moderna en torno al acontecer histórico; en esa confianza radical en que todo pueda ser tal como debe ser, pues los sucesos mundiales mostraban algo contrario a ello.

¿Por qué no se habían cumplido las predicciones de Marx y por qué no pudo consumarse una revolución burguesa como la de 1789? ¿Qué había cambiado? ¿Qué habían leído e interpretado mal? A todas estas interrogantes procurarán dar respuesta a lo largo de los años, desarrollando distintas tesis y estudios que serán luego recogidas y replicadas, total o parcialmente, por los futuros referentes del marxismo occidental o cultural. En resumidas cuentas, se comprometen con el esfuerzo sistemático y conjunto de formular una exegesis teórica de la crisis sociocultural del mundo contemporáneo y preparar el fundamento teórico de la actividad práctica.

Como punto de partida para sus análisis y postulados asumen parte de las teorías de Hegel y Marx, sumando luego a Freud –lo veremos más adelante-. No demorarán en caer en cuenta que el verdadero y acaso único obstáculo para la aplicación real y efectiva de los principios del materialismo histórico en Europa era la cultura occidental, cuestión ésta tempranamente intuida por uno de sus fundadores, George Lukacs. En palabras de éste último, el objeto del instituto era difundir un amplio «pesimismo cultural» para crear un estado de desesperación y alienación para la gente de

Occidente. Lo novedoso de estos filósofos –para escándalo de ortodoxos y bolcheviques- es que sostenían que el marxismo, al igual que cualquier otra doctrina, debía someterse a la crítica tanto de la teoría como de la praxis.

Los de Frankfurt consideraban que las dos propuestas comunistas principales en esos tiempos no solo resultarían insuficientes para trasladar y consolidar la esencia marxista en occidente, sino que, inevitablemente, terminaría por destruirla, sirviendo incluso a su antítesis capitalista. Siguiendo a George Friedman, podríamos afirmar que el propósito de la escuela de Frankfurt era salvar a Marx del marxismo institucional –por lo visto en la práctica política-. Les resultaba desagradable tanto la ortodoxia marxista-leninista como la socialdemocracia menchevique. La primera, por la desproporcionada violencia y su excesivo pragmatismo; los *soviets*, creían los de Frankfurt, imitaban la cultura afirmativa y centrada en la mercancía, cultura propia de los estados capitalistas. Con respecto a la segunda, la socialdemocracia, la consideraban burocrática y reaccionaria, poniendo demasiado empeño en la reforma política y en logros sociales moderados, acusándola de adoptar la postura e intereses de la burguesía (misma crítica le prodiga el leninismo). Visto y considerado aquello, los filósofos germanos coinciden plenamente en la necesidad de distanciarse, al menos nominalmente, del comunismo de la URSS, a cual tardíamente –por cuestiones de índole pragmático- algunos de sus miembros llegaron a calificar de dictadura disfrazada de democracia popular, definiéndola como una burocracia totalitaria que había distorsionado la filosofía de Marx.

La Escuela de Frankfurt tuvo una doble finalidad según George Friedman: recatar la investigación social marxista de manos de los marxistas vulgares y liberar la ciencia social del positivismo y su *razón instrumental* -a quien responsabilizaban por la consolidación del capitalismo-.[96] Pero también, como se ha dicho, la doctrina y varios postulados del propio Marx fueron puestos en duda e incluso rechazados completamente, verbigracia, la teoría de la historia cíclica y su determinismo histórico, que presagiaba “científicamente” la inevitabilidad del triunfo del marxismo y la caída del capitalismo. Las diferencias con Marx son notables y variadas,

aunque no podremos mencionarlas todas aquí. Abundando en ese sentido, Max Horkheimer, futuro director del Instituto, expresa con total franqueza lo siguiente: “La doctrina de Marx y Engels, todavía indispensable para comprender la dinámica social, no puede ya explicar el desarrollo interno y las relaciones exteriores de las naciones”.[97] De este modo, poco a poco y cada vez más abiertamente, los filósofos revisionistas terminan por descartar al proletario como sujeto revolucionario. Otrosí, afirman sin tapujos que el proletariado, lejos de radicalizarse bajo el capitalismo, se había vuelto cada vez más contemplativo y reaccionario. Escribe Horkheimer:

> Desde los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la idea de la miseria creciente de los trabajadores, en la que Marx vio la causa de la emergencia de la rebelión como paso transitorio hacia el reino de la libertad, había llegado a ser durante largos periodos abstracta e ilusoria y, cuanto menos, tan anacrónica como las ideologías despreciadas por la juventud. Las condiciones de vida de los obreros y empleados en la época del Manifiesto Comunista eran el resultado de la opresión abierta. Hoy, por el contrario, son causa de la organización de los sindicatos y de discusión entre los grupos políticos y económicos dominantes. El empuje revolucionario del proletariado hace tiempo que se transformó en una acción realista dentro del marco de la sociedad. En la mente de los hombres, al menos, el proletariado se integró a la sociedad.[98]

Por ello, más que servir de negación al capitalismo, el proletariado se ha convertido en su bastión, concluye Friedman, pues no intenta ya un cambio radical en la sociedad sino una nueva configuración material de su vida. Marx se había equivocado en pensar que de la miseria del proletariado surgiría entre ellos una especie de relación de solidaridad dando como resultado la justicia social. Por ello, para Horkheimer, los hechos inobjetables de la realidad demostraban que ya no es posible concebir al trabajo, la técnica y a la industria como antídotos contra la sociedad opresiva.

Sepultado entonces el obrero como sujeto revolucionario y descartadas por inoperantes y contraproducentes las dos opciones existentes dentro del marxismo clásico (mencheviques y bolcheviques), proponen ellos una tercera vía hacia el marxismo, que centra su objeto no ya tanto en conquistas sociales o

económicas sino en la conquista del pensamiento: *deconstruir* el entonces existente para poder ir luego moldeando al *nuevo hombre* en favor de los objetos de la revolución a través de lo que Marx llamo la «superestructura». Se le atribuye a Lukács la siguiente sentencia: "… este cambio mundial de valores sólo puede llevarse a cabo mediante la aniquilación de los viejos y la creación de otros nuevos por los revolucionarios"[99], lo cual iba de la mano del estandarte fundacional del instituto: «la abolición de la Cultura» (*Aufhebung der Kultur*). Y para ello van incorporando otros elementos para el análisis de la historia y de la humanidad, siendo determinante aquí la incorporación del psicoanálisis y específicamente gran parte de la obra y postulados de Freud. Wilhelm Reich, discípulo del psicoanalista vienés y cercano a los de Frankfurt, había detectado que "el psicoanálisis aplicado consecuentemente subvierte las ideologías burguesas"[100] (es decir, la religión, la familia, la cultura tradicional, etc.). Pensaban que Marx solo había dejado un esbozo muy simple de la concepción de la psiquis humana: "La dimensión psíquica salvaría al marxismo de la superficialidad de una liberación puramente política y económica, y la dimensión histórica liberaría las posibilidades psíquicas enclavadas en el sistema de Freud".[101] Y la revolución solo podía ser posible a través de la subversión cultural y moral.

A fuer de ello, utilizan la negatividad marxista-hegeliana como método histórico, lo cual deja claramente consignado Herbert Marcuse desde su libro *Razón y revolución* (1941), señalando que el camino de la revolución solo podía construirse negando la realidad tal como es, como algo dado, utilizando la razón como instrumento revolucionario desde una posición opuesta al *statu quo*. El objetivo y *modus operandi* de la nueva metodología revolucionaria queda bien descripta en su obra *El fin de la utopía* (1968): "Es necesario desarrollar necesidades humanas cualitativamente nuevas, necesidades entendidas en un sentido muy biológico (…) La nueva antropología implica así el nacimiento de una nueva moral que sea la heredera y la negación de la moral judeo-cristiana".[102] Esta necesidad imperante de nuevos grupos disruptivos y radicales en la sociedad para poder transformarla comienza a ser intuido de modo manifiesto al final de su famosa obra *El hombre unidimensional*,

esperando que “el sustrato de los marginados, de los explotados y perseguidos de otras razas y colores, de los desempleados, genere reacciones violentas y revolucionarias”.[103] Lo que en aquel momento veía casi como una utopía o mera expresión de deseo, comienza a concebirlo ya como una realidad incontestable, especialmente a través de su *Ensayo sobre la liberación* de 1969.

Había empero una cuestión a resolver: ¿Cómo hacer para predicar abiertamente en favor de la revolución antioccidental desde occidente, y sobre todo, desde una institución dependiente del gobierno? La sociedad alemana se encontraba todavía horrorizada por las masacres leninistas -y luego estalinistas- y por los revolucionarios *espartaquistas* que en 1919 pretendieron hacerse del poder en Alemania. Urgía mimetizarse para poder así escapar a la vigilancia gubernamental y a las turbas anticomunistas. Para esto los de Frankfurt proponen una estrategia básica pero efectiva: evitar el empleo de la palabra «marxismo» o hacerlo de modo muy solapado. Es decir, referir sus postulados pero recurriendo a otros términos o eufemismos. A este respecto, señalaba Georg Lichtheim: “Ningún lector de la Zeitschrift fur Sozialforschung pudo dudar por un momento de la inspiración marxista de los ensayos críticos sobre filosofía contemporánea y sociología aportados por el director del Instituto (Horkheimer). Pero, y ello constituye la peculiar fascinación de la revista en la década de los treinta, el marxismo no era el de Moscú. Marx era mencionado raramente; Lenin, jamás”.[104]

Aunque Carl Grunberg –primer director del instituto y miembro de la Sociedad Fabiana-[105], en ocasión a la fundación de la Escuela de Frankfurt en 1923, decía que podía considerarse marxista, solo que anti dogmático, existe una clara y deliberada intención desde el comienzo por ocultar su verdadera identidad y finalidad. Nótese que no llamaron al Instituto «marxista» sino «social» (Instituto de Investigación Social), a fuer de evitar suspicacias (lo mismo harán en los EEUU). De hecho, en un inicio la *escuela* iba a intitularse *«Instituto para el marxismo»*, aunque “por lo provocativo del nombre”, nos dice el historiador Jay, “decidieron cambiarlo”.[106] Para el mundo, marxismo era como estar alineado a Moscú. Entonces fue prudente políticamente que la escuela evitase un marxismo manifiesto. “El motivo no fue apaciguar a la burguesía

sino trabajar para la salvación del marxismo, verlo renacer en la acción política humana", dice George Friedman.[107]

Para la conformación de este ambicioso proyecto contaron con la inestimable ayuda de su mecenas Lucio Félix José Weil, que era un politólogo e intelectual judío nacido en Buenos Aires (1898-1975), hijo de una de las familias más potentadas de la Argentina, que había hecho su fortuna con el comercio de cereales, siendo el mayor distribuidor del mundo entre 1914 y la década de 1920.[108] De acuerdo al historiador Martin Jay, su principal interés y preocupación estribaba en «los problemas funcionales sobre la implementación del socialismo»[109], entendiendo que resultaba imprescindible la creación de un centro de estudios avanzados que analizara la sociedad del momento desde una perspectiva marxista.[110] Lo cierto es que sin los recursos aportados por el empresario por más de 20 años[111], la *escuela* no habría sido posible.

El núcleo del instituto giraba en torno a la investigación y estudio de la teoría social y la filosofía crítica. Entendían sus miembros que las teorías aplicadas en el siglo XIX ya no eran pertinentes para explicar los nuevos mecanismos –en constante evolución: económicos, políticos y sociales- de la sociedad a nivel mundial del siglo XX, centrando así gran parte de sus esfuerzos en explorar otras disciplinas y líneas de pensamiento para la concepción y reflexión del nuevo orden social. Como hemos dicho, revisaron y revitalizaron el marxismo incorporándole conceptos del psicoanálisis freudiano para intentar comprender por qué el movimiento dialéctico de la historia hacia una utopía socialista parecía haberse estancado. En este sentido, la psicología de Freud les permitía diagnosticar las patologías del capitalismo. A diferencia del marxismo tradicional que se apoyaba en las leyes inexorables del desarrollo económico, subestimando el rol de los actores humanos, la Escuela de Frankfurt observa que la historia depende no solo del hombre sino de cómo éste se comprende a sí mismo psicológicamente, de su situación existencial[112].

Desde su éxodo en EEUU se ocuparon luego en estudiar lo que denominaron "industria cultural" –como medio del capitalismo para la alienación de la sociedad- y exploraron una nueva relación entre la cultura y la política, donde "aquella era un simple lacayo del

capitalismo y sin embargo tenía el potencial, en gran medida no realizado, para ser su sepulturero".[113] "Específicamente", escribe Jeffrey, "reflexionaban sobre cómo la vida cotidiana podía convertirse en el teatro de la revolución y sin embargo en la práctica era casi lo opuesto, merced a un conformismo que frustraba todo deseo de derrocar un sistema opresivo".[114]

Conviene señalar no obstante que si bien existe un acuerdo general –sostenido en el tiempo- entre sus intelectuales en la necesidad de discutir teorías y políticas anteriores en aras de elaborar una nueva teoría social y política crítica de izquierdas, renovando y actualizando la ortodoxia teórica del marxismo clásico y la praxis marxista-leninista (tomando distancia por tanto de la ortodoxia del «socialismo realmente existente» de la URSS), sería un error considerar a la Escuela de Frankfurt como un todo lineal, univoco, sin divergencias doctrinales o metodológicas. Existía y existió, sí, unidad en lo esencial, pero existieron por momentos ciertas disidencias en cuestiones que en algunos casos terminarán por generar conflictos, enconos y alejamientos entre algunas de sus partes. Empero, cuanto los unía pudo más que sus divergencias o desavenencias privadas: la crítica conjunta desde la óptica marxista a la civilización occidental, el furibundo nihilismo y la necesidad de instaurar un nuevo orden social. Su «Weltanschauung» (cosmovisión) se nutre esencialmente del pesimismo cultural y su metodología será «la contestación permanente», aquel «Gran rechazo a la sociedad opulenta» por el que enérgicamente clamará luego Marcuse: la negación y ataque sistemático a toda institución o valor tradicional. Estaban de acuerdo asimismo en que no había que enaltecer desmedidamente las supuestas virtudes de la conciencia popular desde posiciones demagógicas, como acostumbraba el marxismo-leninismo, lo cual queda en evidencia en la condena de Adorno a la actitud "teóricamente suicida" de Bertolt Brecht, quien era partidario de la simplificación de la teoría para fines tácticos.

Generalmente se habla de tres generaciones en la Escuela de Frankfurt, siendo la primera la más decisiva, fecunda y determinante a nuestro propósito[115], de donde surgen figuras como Teodoro Adorno, Walter Benjamin, Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Erich Fromm, George Lukács, entre otros. Esta

generación fundacional (1923-1970 aprox.) surge y comienza a desarrollarse en la era post Versalles, tiempos de la fallida República de Weimar, donde pudieron escribir con tranquilidad hasta la llegada del nacionalsocialismo al poder en 1933, momento en que tuvieron que emigrar, recalando primero en Ginebra, luego en Paris y finalmente en los EEUU. Empero, dentro de esta primera fase de vida que podemos ubicar entre 1923 y 1933, existen dos tiempos distintos que conviene distinguir.

En sus primeros años, bajo la dirección del economista Carl Grünberg (y luego con Friedrich Pollock)[116], la escuela sigue la ortodoxia marxista para el estudio del socialismo y el movimiento obrero, centrándose en temas del marxismo convencional, apoyándose fundamentalmente en los trabajos de Georg Lukács y de Karl Korsch, que si bien comienzan a replantear la cuestión de la superestructura marxista, intuyendo su importancia para el estudio y comprensión de la humanidad, su foco prioritario continua siendo de naturaleza económica. A pesar de haberse planteado en un inicio como un instituto libre de dogmatismos, en la práctica les fue difícil desprenderse de aquel vicio y continuaron manteniendo un fuerte lazo con el Instituto Marx-Engels de Moscú, lo cual generaba cierta reticencia en algunos de sus estudiantes que esperaban encontrar por fin allí una nueva vitalidad, nuevas propuestas y teorías acorde a las circunstancias y contexto histórico. El desencanto resulta evidente en una carta que remite el estudiante de izquierdas Oscar H. Swede al marxista norteamericano Max Eastman en 1927:

> (Frustrado por) Las horas que he perdido escuchando el debate de los seminarios y los círculos de estudiantes sobre la dialéctica hegeliana, sin oír una sola voz que señalara que los problemas ya no pueden resolverse (si es que esto alguna vez fue posible) por medio de concepciones «filosóficas» ultra elaboradas. Incluso el director (Grünberg), enfrentado con una audiencia de jóvenes entusiastas convencidos de que la relatividad es un producto ulterior de la ideología burguesa para sustituir el materialismo absoluto de Newton por ideas fluctuantes, que el freudismo y el bergsonismo son ataques insidiosos desde la retaguardia, y que la guerra puede librarse con la espada en una mano y la «Geschichte der Historiko-materialismus» en la otra ... tropieza constantemente con las contradicciones inherentes en un M.I.H. ( ?) marxista y se ve obligado a

> idear defensas contra la conclusión lógica de que podemos sentarnos con los brazos cruzados y aguardar a que el milenario florezca entre los detritus de la decadencia capitalista. El hecho es que el determinismo económico no puede producir fuerzas creativas ni combativas, y que si para hallar nuevos adeptos tenemos que confiar en los poderes del frío, el hambre y los bajos salarios, nunca habrá comunismo.[117]

Este parecer era compartido más o menos secretamente por los miembros más jóvenes de la Escuela de Frankfurt, que veían impotentes como los estudiantes comenzaban a referirse sarcásticamente al instituto como «Café Marx». Sabían, empero, que su momento llegaría tarde o temprano, y así fue: a fines de aquella década enferma gravemente Grunberg por un daño cerebral, debiendo abandonar la dirección del instituto. Luego de un breve interinato ocupado por Pollock y de largas deliberaciones, se resuelve designar al filósofo Max Horkheimer para ocupar la presidencia.[118] Este es un momento clave en la historia del instituto, pues es aquí cuando comienza a conformarse la dirección por la cual es conocida la Escuela de Frankfurt, marcando un distanciamiento evidente con la postura de los miembros más antiguos -Grunberg, Weil, Sorge, Borkenau, Wittfogel, Grossmann etc.-, poco entusiastas y resueltos por reexaminar los fundamentos de la teoría marxista. Horkheimer tenía ideas muy distintas y lo manifiesta abiertamente en su discurso inaugural, donde sin dejar de reconocer la labor acometida por su predecesor, propone para lo sucesivo un cambio de enfoque en las investigaciones, apuntando ahora hacia la superestructura; en concreto a la ideología, la cultura y las ciencias.

El flamante director expande el instituto abriendo sedes en suiza –a cargo de Pollock[119]-, Paris e Inglaterra, incorporando formalmente a Erich Fromm el mismo año y a Herbert Marcuse y a Teodoro Adorno en 1932, entre los más destacados. Resulta curioso constatar –lo hace notar Martin Jay- que a pesar de la imagen y orientación claramente marxista del instituto, en ningún momento se evaluó la posibilidad de establecer alguna filial en las regiones sovietizadas. El dogmático Grossmann, que había albergado alguna esperanza en tal sentido, desechó la posibilidad luego de un breve e infructuoso viaje a Moscú a mediados de esa década.

Otra diferencia notable entre sendas etapas es evidente en el hecho que durante los años 20´ casi todos los miembros del instituto estaban afiliados al Partido Comunista, dándose el caso opuesto bajo la nueva administración, que si bien no prohibió formalmente la adscripción a éste, recomendaba no tener vínculo con estructuras partidocráticas.[120] En este sentido, llama la atención la inacción de las autoridades de la República de Weimar -compuesta mayormente de marxistas moderados- ante tal escenario, puesto que las intenciones del Partido Comunista Alemán –obediente a Moscú- por generar una revolución y derribar a aquel sistema era *vox populi* y reconocido abiertamente por ellos mismos. Fritz Schmidt, profesor de Teoría de la Economía en Frankfurt, se quejó de esto mismo ante el ministro de cultura prusiano, denunciando el carácter comunista y revolucionario de los asistentes y estudiantes del Instituto de Investigación Social, advirtiéndole que se estaba desarrollando allí un ambiente de agitación contra el Estado.[121]

En concreto, a partir de la nueva dirección, el Instituto fue alejándose del vicio economicista, transformándose en un centro multidisciplinario abocado al revisionismo marxista y a incorporar los hallazgos del sicoanálisis de Freud a la crítica de los mecanismos del control ideológico del capitalismo. Es decir, dejó de concebirse al capitalismo exclusivamente como un sistema económico y se centró en estudiar su superestructura: el capitalismo es también un sistema de dominación cultural, que oprime al proletariado de maneras sutiles a través de la cultura de masas. Como catedrático de filosofía en aquella universidad, Horkheimer y su equipo irán desarrollando una teoría marxista muy diferente a la convencional, buscando un nuevo sujeto revolucionario que sustituyese a la fallida «clase obrera».

En este sentido, el mérito de Horkheimer es innegable. Antes de asumir la presidencia del instituto y otorgarle su nuevo direccionamiento, había llegado a conclusiones pesimistas frente a la posibilidad del cambio político en la práctica, especialmente al ver que el proletario no se estaba sublevando. Buscando respuesta a ello, lo que hace seguidamente es dividir a las clases obreras en dos grupos, empleados y desocupados, notando que los primeros parecían satisfechos –estando bien pagos- y los segundos no. El

problema de los segundos, según el filósofo, es que eran la clase menos educada y menos organizada, lo que les impedía adquirir una verdadera consciencia de clase. Comenta al respecto Stephen Hicks:

> Un signo claro de esto era que vacilaban entre votar por los comunistas, quienes estaban siguiendo ciegamente a Moscú, o por los nacionalsocialistas, que eran un montón de nazis. El otro partido socialista era el de los socialdemócratas, pero eran demasiado pragmáticos y reformistas para ser efectivos. Así, Horkheimer llego a la conclusión de que la situación era desesperante para el socialismo. Los empleados estaban demasiado cómodos, los desocupados eran demasiado atolondrados, los socialdemócratas demasiado flojos y sosos, los comunistas demasiado obedientes y siguiendo a la autoridad, y de los nacionalsocialistas mejor ni hablar (…) La Escuela de Frankfurt sugirió que a historia depende tanto de los actores humanos y sobre todo de cómo estos actores humanos se comprenden a sí mismos psicológicamente, de su situación existencial. La incorporación de una psicología social en el marxismo permitiría, con suerte, explicar por qué no había ocurrido aun la revolución y sugerir que sería necesario para que ocurriera.[122]

Si bien no era hasta el momento un miembro particularmente destacado, habiendo escrito apenas algunos pocos ensayos sin demasiada relevancia, Horkheimer era un viejo conocido de aquellos círculos[123] y trataba a los miembros fundacionales del instituto desde tiempos anteriores a su conformación e incluso antes de ser él mismo marxista (su influencia en este sentido fue George Lukács). Al economista lo había conocido durante su juventud en el Liceo, y a Weil y a Adorno en 1922. Años más tarde, por intermedio de Leo Lowenthal, conoce a Erich Fromm y se interesa por sus trabajos, invitándolo en 1930 a dirigir el Departamento de Psicología del instituto. Como señalará décadas más tarde Jurgen Habermas, corresponde a Fromm el reconocimiento por haber sentado las bases para la apropiación marxista del psicoanálisis. Las buenas relaciones que en general mantuvo desde el inicio Horkheimer con todos sus colegas le permitió poder ir llevando el instituto hacia su cosmovisión crítica y entonces poco convencional. Según Martin Jay, gran parte del éxito del instituto en esta fase se debe a la complementariedad de carácter entre Pollock y su sucesor. El

primero, obsesivo, de carácter apacible, contrastaban con el temperamental de su sucesor.

Desde el inicio se tomó como punto de referencia la creciente integración de la clase trabajadora en el avanzado sistema capitalista y las investigaciones del instituto se realizan en una cooperación entre la filosofía de la historia, la economía política, la psicología freudiana y la teoría de la cultura. Hasta mediados de la década de 1930, la Escuela de Frankfurt se organizó y centró en tres áreas específicas. La primera, «Economía Política», quedó a cargo de Pollock, que llevó a cabo el análisis económico del capitalismo posliberal. Sobre la base de sus estudios sobre el nacional socialismo y el comunismo soviético elaboró el concepto de «capitalismo de estado». La segunda, «Desarrollo del individuo», designada a Erich Fromm, buscaba respuesta al por qué los individuos se sometían sin resistencia a regímenes de dominación centralizados. El psicoanalista encontró la explicación a tal interrogante en la formación del carácter psicosexual, tomando a Freud como modelo, fusionando al psicoanálisis con la sociología marxista. Fromm, junto a los *Estudios sobre la autoridad y la familia*, allanó el camino para la teoría de la «personalidad autoritaria», que más adelante veremos. La otra área, la de «Cultura», fue derivada a Adorno y a Marcuse. Básicamente, su tarea consistió, primero, en realizar un profundo análisis de la cultura de masas -basado en investigaciones empíricas de las costumbres morales y los estilos de vida de los grupos sociales-, y luego en elaborar una teoría de cultura de masas posliberal. Asimismo, también resultó de capital importancia la revisión que realizaron sobre el rígido esquema marxista de base-superestructura, focalizándose en adelante en la autonomía relativa de la cultura como un fenómeno superestructural crucial.

Fundamental en esta nueva etapa fue la publicación de la *Revista de Investigación Social* (*Zeitschift für Sozialforschung*), cuyo primer número aparece en 1931 y confirma el alejamiento de los filósofos de la metodología del comunismo moscovita y de ciertas tesis de Marx y Engels, publicándose trabajos sobre los campos de la filosofía, la cultura, la psicología, etc. A cargo de Leo Lowenthal, la publicación tendrá tres números por año y destacarán los aportes

de intelectuales cercanos a los ideales del instituto -que coincidían en la construcción de un nuevo orden social- y de personajes ligados a movimientos artísticos de vanguardia que cuestionaban los cánones estéticos vigentes, pretendiendo abolir el arte burgués y reconducirlo hacia una forma de praxis transformadora.[124] Entre los colaboradores de dicha revista encontramos al sexópata y futuro presidiario Wilhelm Reich (en cuyas teorías se apoyará Fromm y luego Marcuse).[125]

No podemos perder de vista el contexto histórico en que se desarrolla esta nueva etapa del instituto: el nacionalsocialismo estaba en auge en Alemania, a punto de tomar el poder, y los fenómenos fascistas comenzaban a proliferar y replicarse en toda Europa. Podría decirse que los filósofos, siendo todos judíos, tomaron esto de modo personal y redoblaron esfuerzos en detectar, investigar y analizar las raíces del autoritarismo y el antisemitismo. Existe indudablemente un interés sectario en sus tareas, prevaleciendo su marxismo sobre su judaísmo. En justicia podría reprochárseles su silencio ante los totalitarismos de signo soviético, que sea dicho, también persiguió judíos, especialmente durante el estalinismo. La misma indiferencia se manifestará ante los evidentes crímenes del bando Aliado en la Segunda Guerra Mundial, asesinando poblaciones civiles (por caso, los bombardeos de Dresde y las bombas atómicas a Hiroshima y Nagasaki). Actitud que parecería dejar claro que la denostada «razón instrumental» solo era detestable cuando la utilizaba el fascismo.[126]

Volviendo al período inaugurado por Horkheimer, será aquí donde comienzan a destacar quienes serán los máximos referentes del instituto. Entre ellos, algunos de los cuales hemos ya mencionado: Theodor W. Adorno, musicólogo y filósofo; Max Horkheimer, filósofo, sociólogo y psicólogo; Erich Fromm; psicoanalista, psicólogo social y filósofo; Walter Benjamin, filósofo y crítico literario; Leo Lowenthal, sociólogo; y poco después el filósofo y sociólogo Herbert Marcuse, sin olvidar a Franz Borkenau (ensayista y periodista), Siegfried Kracauer (escritor y periodista), Otto Kirchheimer (jurista y politólogo), Franz Neumann (abogado y escritor), Paul Lazarsfeld (sociólogo), los allegados al instituto Wilheim Reich (psicoanalista) y Julian Gumperz (sociólogo y

publicista), etc. Hemos mencionado asimismo la profesión de algunos de sus más antiguos miembros: Friedrich Pollock era economista, Weil politólogo y Carl Grunberg economista.[127]

La citada nómina ofrece una clara muestra del carácter multidisciplinario del Instituto y de la preparación académica de sus hombres. Siendo la mayor parte de ellos filósofos profesionales contaban además con otras carreras universitarias -incluidos posgrados y doctorados- y con sólidos conocimientos en las áreas de teología, antropología, ciencias de la comunicación, periodismo, etc. No existía nada igual en el mundo en aquel momento; ni en el ámbito marxista ni en el capitalista o conservador. La única usina de pensamiento comunista existente en aquellos tiempos era el Instituto Marx-Engels con base en Moscú, establecido en 1919, que abarcaba las temáticas convencionales del marxismo clásico y del marxismo leninismo, con una orientación primordialmente economicista y pragmática. En este aspecto resulta interesante advertir que, en general, los máximos referentes teóricos y líderes del comunismo eran más bien agitadores sin educación superior o formal, verbigracia, Joseph Stalin, León Trotsky, Ho Chi Minh, David Riazanov (director del «Instituto Marx-Engels»), etc. Mao Tse-Tung era bibliotecario y Saloth Sar (a) Pol Pot terminó con gran esfuerzo la secundaria. Por su parte, Fidel Castro y Lenin[128] eran abogados, profesión poco útil a efectos revolucionarios.[129]

Como hemos adelantado, cada uno de los hombres de Frankfurt tuvo sus particularidades e hizo su parte en este proceso de destrucción de la cultura occidental. El filósofo y crítico literario George Lukács, uno de los fundadores del instituto y de gran influencia al inicio, irá alejándose en esta etapa prefiriendo vivir en las regiones sovietizadas, ya que a diferencia del resto de los miembros él era un marxista mucho más ortodoxo y radical. Le parecía que sus colegas estaban convirtiendo la revolución proletaria en un mero análisis y contestación de teóricos críticos o académicos, como hace notar Stuart Jeffries. Les critica además el haberse olvidado del nexo entre teoría y praxis. En palabras de la filósofa británica Gillian Rose, la Escuela de Frankfurt “en vez de politizar la academia, academizó la política”. Y están serán críticas frecuentes que los núcleos más duros del marxismo prodigarán a los

heterodoxos alemanes. Benjamin, por su parte, fue quizá el más melancólico, sentimental y pesimista de todos ellos. Su vida está signada por depresiones constantes, problemas edípicos y existenciales, oscuridades y miserias propias de un alma descarriada y desgarrada; es la vida de un hombre que no puede encontrar su lugar y misión en el mundo. De aquí, tal vez, su enorme atracción por lo decadente que manifiesta en cada una de sus obras, ocupadas en sentar los fundamentos para un arte y una estética materialista revolucionaria. La patética existencia del crítico literario termina con su suicidio en 1940 en Portbou.[130]

En resumen, y como veremos luego, las tesis de los filósofos germanos girarán invariablemente en aras de la revolución y la subversión cultural. Marcuse, siguiendo a Freud, sostiene que el drama de la humanidad, la agresión, el autoritarismo y el totalitarismo tienen su base en la represión de los instintos sexuales; columna sobre la cual el capitalismo habría logrado sostenerse en el tiempo y manipular a las sociedades. El hombre y las sociedades solo encontrarían su plena realización, la verdadera libertad hacia una sociedad «no represiva», una vez liberada la libido y destruida la familia tradicional. Así entonces, los libertinos y/o desviados (cualquiera su especie o manifestación) pasarían a ser un excelente sujeto revolucionario. Su colega, Erich Fromm, se encargará de fusionar al marxismo con Freud, idealizando los sistemas matriarcales y al feminismo, a la par de incursionar sobre la temática de «ideología de género». Por su parte, los ya mentados Walter Benjamin y George Lukács van orquestando las bases para un arte y una estética disruptiva, materialista y revolucionaria.

Llama la atención que las obras más influyentes y conocidas de los hombres de Frankfurt son concebidas y publicadas en los EEUU, país donde se asentaron cuando el nacionalsocialismo se hizo del poder en Alemania. Habían llegado a ese país gracias a las gestiones de Julian Gumperz, enviado en 1933 por el instituto para explorar la posibilidad de establecerse allí[131]. Los resultados de su viaje fueron estupendos, superando toda expectativa: varias universidades estaban dispuestas a recibirlos con los brazos abiertos, entre ellas la Universidad de Chicago, la de Princeton y la de Columbia. Esta última era la primera opción de los germanos, por

varios motivos. Fundamentalmente, por su clara orientación izquierdista y por ser una universidad de la Ivy League y de las más prestigiosas del país, contando además con la Facultad de Sociología más importante del país. El grado de hospitalidad fue tal que sorprendió al propio Horkheimer, lo cual queda retratado en el primer encuentro con el rector de la Universidad de Columbia, Nicholas Murray Butler, quien sin mediar palabra le ofreció al filósofo alemán no solo la afiliación del instituto a la universidad sino también alojamiento y una serie de importantes recursos.[132]

Así entonces, el tan revolucionario y marxista instituto de los años 20 quedaba establecido ahora en el centro del mundo capitalista, Nueva York. Una vez en América, los filósofos ocuparon distintos cargos de relevancia y prestigio tanto en universidades como en el propio gobierno. Además de la Universidad de Columbia, trabajaron en la Universidad de California-Berkeley, la Universidad de Princeton, la Universidad Brandeis y en la Universidad de Chicago.[133] En términos de producción intelectual y difusión de sus contenidos y popularidad, resulta indudable que su periodo en aquel país fue muy fecundo.

“En pocos años”, escribe el investigador estadounidense Mike Shotwell, “Adorno, Fromm y Marcuse estaban «derribando campus, vilipendiando la decencia, glorificando la violencia y la pornografía y nazificando el deletreo de ‘Amerika'», escribió el periodista e investigador Ralph de Toledano en su libro *¡Griten caos!: La gran caída de América y cómo sucedió*. Así nació el lento e incesante desplazamiento hacia la izquierda de la academia estadounidense”.[134] En suelo americano, empero, a fuer de lograr mayor aceptación y obtener financiación para sus trabajos, se vieron obligados a hacer algunos ajustes semánticos y *aggiornar* algunas de sus teorías. Ahora, en sus textos, no se hablaba del «revolucionario» que se oponía a la personalidad autoritaria sino del «demócrata». Toda terminología y reminiscencia marxista evidente fue ocultada, lo cual les permitió ingresar en la nueva izquierda norteamericana y en los sectores liberales de la política de ese país.

En poco tiempo, tanto Adorno como Fromm y Marcuse –especialmente este último- fueron granjeándose una gran popularidad entre el estudiantado y la juventud estadounidense,

particularmente entre aquellos pertenecientes a grupos minoritarios y/o presuntamente marginados u oprimidos (mujeres, homosexuales, negros, libertinos sexuales, drogadictos, resentidos seriales, ateos, anticristianos, etc.), generándose los primeros levantamientos de transgresión en aquel país -muchos de ellos violentos-. De ser una nación mayoritariamente conservadora y cristiana, con la llegada de los filósofos alemanes –bien financiados y ubicados en posiciones de gran influencia- la sociedad americana fue experimentando un gran avance de los postulados izquierdistas y antioccidentales, resquebrajándose poco a poco pero a paso seguro. Desde EEUU, país indudablemente estratégico, irá migrando con gran facilidad al resto del orbe.

En concreto y para ir cerrando, conviene remarcar que el objeto del instituto fue reconocido desde el comienzo por sus propios cultores. Max Horkheimer no oculta los designios propuestos, insistiendo en que el objeto de la “escuela” era elaborar una crítica total de la cultura, más allá de la crítica marxista clásica, enfocada hacia la praxis revolucionaria. Señalaba asimismo que la manera de destruir la civilización occidental era mediante el ataque sistemático a todos sus valores asociados a esta, y así, por ejemplo, defendía la destrucción del matrimonio y la familia con hijos. Otro tanto en esta dirección añade George Lukács:

> Vi la destrucción revolucionaria de la sociedad como la única solución para las contradicciones culturales de la época… Tal volteamiento mundial de valores no puede ocurrir sin la aniquilación de los antiguos valores y la creación de otros nuevos por los revolucionarios». Consideraba además que: “cualquier movimiento político capaz de llevar el bolchevismo a Occidente tendría que ser, en sus palabras, "demoníaco"; que tendría que "poseer el poder religioso que es capaz de llenar el alma entera; un poder que caracterizó al cristianismo primitivo.[135]

“Ese Instituto”, concluye Michael Minnicino, “elaboró lo que llegaría a ser la más exitosa operación de guerra psicológica de la Internacional Comunista contra el Occidente capitalista”.[136] Tal vez la mejor muestra en abono de esta tesis haya sido el mentado *mayo del 68*, que aún sin haber constituido propiamente una revolución ni haber llegado a modificar las estructuras de fondo del sistema capitalista, fue indudablemente el comienzo. Generó en sus

sociedades, especialmente en las nuevas generaciones, un sentimiento disruptivo y de rechazo sin precedentes hacia el *status quo* y la tradición y moral occidental. Aquella rebelión, que fue subestimada y hasta denostada por los sectores del comunismo ortodoxo por considerarla insuficiente y de carácter eminentemente burgués, será el puntapié inicial que hará implosionar los fundamentos y estructura no solo del capitalismo sino del occidente cristiano. Se equivocaron asimismo los referentes de la *new left* en dar solo crédito a Marcuse y descalificar a hombres como Horkheimer y Adorno por alguna supuesta falta de radicalidad (Mark Rudd, líder estudiantil de la *new left* de la Universidad de Columbia y del radical movimiento *Weather Underground*, califica a éstos como «cobardes y vendidos»), puesto que cada uno de ellos fue fundamental para sentar los fundamentos de las teorías y movimientos que en adelante tomaran el rol de sujetos revolucionarios. Aserción ésta que confirma Martin Jay, al decir que esa primera generación de filósofos alemanes fue la "que preparó los cimientos para el giro posmoderno, encontrando una nueva audiencia para sus trabajos".[137]

A comienzos de los años 50´ solo quedaban en EEUU Fromm, Marcuse y Newman. El resto había vuelto a Frankfurt a fin de reactivar su actividad académica, quedando Adorno como director del Instituto, que había reabierto sus puertas en 1950. De este modo quedaba establecido y firmemente constituido un doble frente revolucionario, ocupando dos continentes: el europeo (con sede matriz en Alemania y filiales en Londres, París y Ginebra) y el americano (asentado en Nueva York y California). El avance e influencia de la Escuela de Frankfurt será entonces inconmensurable, alcanzando a influir decididamente en las organizaciones mundiales más importantes. Entre ellas, la Organización de las Naciones Unidas, como remarca Thomas Wheatland desde su trabajo del 2009 *The Frankfurt School in Exile*.[138]

CAPITULO III

# TEORÍA CRÍTICA Y «DIALÉCTICA DE LA ILUSTRACIÓN»

*(la teórica crítica) "es la liberación de la humanidad de Viejas verdades"*
Herbert Marcuse

Cuando se habla de la Escuela de Frankfurt, inmediatamente se hace referencia a la «teoría crítica». Pero ¿qué es? Comencemos mencionando que esta expresión que ha pretendido calificar y definir la orientación y el sistema filosófico utilizado por el instituto no será empleada por sus intelectuales sino hasta décadas más tarde y ha habido –y las hay- divergencias en cuanto a lo que

debe entenderse como tal. El propio Leo Lowenthal (el último sobreviviente de la primera generación de Frankfurt) reconocía por los años 80´ que si tuviera que dictar un seminario sobre ello no sabría cómo explicarlo con precisión, manifestando con un dejo de humor que: “En esas ocasiones suelo telefonear a mi amigo Martin Jay y le pregunto cuáles son las características de la llamada teoría crítica”.[139]

Veamos qué nos dice Max Horkheimer, a quién se tribuye la creación de este concepto: “En el interés de una sociedad futura organizada racionalmente”, la teoría crítica arroja “luz crítica sobre la sociedad actual (…) bajo la esperanza de una mejora radical de la existencia humana” (…) anhela “un estado de cosas en el que no habrá explotación ni opresión (…) una sociedad sin injusticia”, buscando “la emancipación del hombre de la esclavitud”, proponiendo “la idea de autodeterminación de la raza humana, esto es, la idea de un estado de cosas en el que las acciones del hombre no provienen de un mecanismo, sino de su propia decisión”.[140] La función del teórico crítico seria “emancipar a los hombres de las relaciones (Verhältnisse) que los esclavizan”.

Marcuse es más específico al respecto, señalando que la intención e interés de la teórica crítica “es la liberación de la humanidad de Viejas verdades”, entendiendo como tales no solo a la religión, la tradición y los valores y moral occidental cristiana sino también a aquellas verdades o realidades establecidas por la razón y la ciencia, rompiendo en gran medida con la modernidad y la concepción positivista de la ilustración (que a su juicio no ha sabido ser lo suficientemente revolucionaria y transformadora). El germano utiliza indistintamente los conceptos de «pensamiento crítico» y «poder de pensamiento negativo» como sistema de ataque contra lo que denomina “el infierno de nuestra sociedad opulenta». Como hemos mencionado anteriormente, para generar aquella ruptura se hace preciso apuntar a los elementos «marginales» de la sociedad, exacerbar sus resentimientos y liberar totalmente sus instintos e impulsos, en aras de lograr la utópica sociedad «no represiva». También hemos adelantado que la utopía se hace presente como vehículo revolucionario. Nos dice en este sentido Marcuse que: “El presente, o sea el mal, es la apariencia; el futuro, o sea el ideal, es

la realidad (…) La teoría crítica de la sociedad no posee conceptos que puedan tender un puente entre el presente y el futuro: no sostiene ninguna promesa ni tiene ningún éxito; por lo que sigue siendo negativa”.[141]

La Teoría Crítica, por tanto, pretende erigirse en la fuerza transformadora de la sociedad en medio de las luchas y contradicciones sociales. En pocas palabras, el objetivo de esta teoría es la destrucción definitiva del viejo orden moderno y de los vestigios sobrevivientes de la premodernidad, y la metodología para lograrlo es la crítica sistemática y permanente, enalteciendo el elemento utópico y fomentando un amplio pesimismo.[142] Debían, por tanto, destruirse las bases sobre la cual se sostenía la civilización occidental cristiana, culpable del orden de la «abundancia» en el cual el hombre ha perdido su instinto y capacidad revolucionaria. Y las bases y motores de aquella sociedad no eran de naturaleza material (económica) sino fundamentalmente intangibles (religiosas, culturales, históricas).

Para su análisis y crítica recogen de Carlos Marx (1818-1883) la crítica a las ideologías y el concepto de alienación, de Georg Hegel (1770-1831) toman los conceptos de dialéctica y la importancia del devenir histórico y de Emmanuel Kant (1724-1804) y la Ilustración la importancia e idealización de la libertad individual. Aunque también se nutrirá de otras disciplinas, como la psicología (especialmente del psicoanálisis de Sigmund Freud (1856-1939), cual veremos en otro capítulo) y la sociología de Max Weber (1864-1920).[143] Si bien la dialéctica hegeliana postulaba la identidad entre razón y realidad, justificando la sociedad y la historia como un proceso absolutamente racional, ellos la invierten, creando lo que llaman «dialéctica negativa». Para los de Frankfurt (especialmente para Adorno y Horkheimer) la realidad había llegado a alcanzar un profundo estado de irracionalidad, de manera tal que proponen adoptar una razón crítica que sirviese para fundamentar filosóficamente su rechazo a la sociedad dada. La teoría o razón crítica se va a ejercitar dentro de la llamada dialéctica negativa, que es «dialéctica» en tanto que asumen el carácter contradictorio de la razón humana y es «negativa» porque se encuentra como crítica y negación de la positividad dada.

En esta dialéctica negativa, donde a la premisa opuesta o antítesis se le otorga mayor entidad que a la afirmación –perdiéndose o disolviéndose entonces aquella verdad en el proceso de «síntesis»-, se incorpora el «principio de inmanencia», que postula no sólo que no puede el ser humano acceder a la realidad y conocer la verdad, la bondad y la belleza (siguiendo aquí también a Kant), sino que este «principio» exige una voluntad a priori por negarlo todo. Es un «querer» negar o rechazarlo todo sin fundamentos o motivos atendibles más que socavar los cimientos de la civilización occidental, particularmente al cristianismo y su cosmovisión.[144] Aquí reside el corazón del principio de inmanencia y del principio destructivo de la dialéctica de los de Frankfurt y los posmodernos. Para ellos, la filosofía solo existe si es crítica de la filosofía anterior, especialmente de la clásica. En suma, para éstos la filosofía debe ser fundamentalmente crítica negativa de todo lo pretérito, natural y sustancial, sustentada en el pesimismo y el materialismo más abyecto.

Si bien los frankfurtianos revisan y se distancian de varios postulados del creador del marxismo, especialmente de su determinismo y racionalismo, se nutren de muchos de sus conceptos –siendo a tomados como punto de partida-, dándole alguna dirección distinta o ambivalente. Por ejemplo, toman la inversión que Marx hace de Hegel en conceptos como la «idea» aunque modificando parte de su estructura. Para Hegel la idea lo es todo -creadora y motor de la historia- mientras que para su discípulo ésta es un producto de las fuerzas materiales trabajando en la historia: la historia y la materia crean y determinan a la idea.[145] Para los de Frankfurt, quien determina la idea o pensamiento son fundamentalmente las fuerzas intangibles, inmateriales, como la cultura. Coinciden asimismo con Marx en que no hay ninguna realidad fuera de la idea, fuera de nuestro pensamiento, y, siguiendo a Kant y a Ludwig Feuerbach (1804-1872), reducen el concepto de lo bello, de lo real, de la verdad y del bien exclusivamente a lo sensible. Es decir, no existen las cosas en sí mismas sino que éstas sólo existen en nuestra mente, producto de nuestra subjetividad, de manera tal que el ser humano se encontraría incapacitado para afirmar valores, realidades o verdades universales. De modo que,

conforme a ello, el ser humano no sería capaz de conocer la realidad –pudiendo a lo mucho llegar a percibir ciertas partes del «todo»-, llegándose a absurdo –como el actual posmoderno- de poner en duda que la nieve sea blanca o el pasto verde.

Luego, diferenciándose de Hegel, entienden junto a Feuerbach y Marx que la filosofía es completamente independiente de la religión; y la tarea de la filosofía es criticar la religión y no fundamentarla.[146] De esta crítica a la religión se desprende el concepto de alienación o enajenación. Y para salir de la alienación se propone el mentado método dialéctico, ya que éste se opone en todo a la metafísica, como reconoce el filósofo marxista Georges Politzer. La metafísica, la religión, lo trascendente, lo espiritual, es contrario a la turbulencia necesaria para la revolución. En este sentido ahonda el propio Stalin: "Contrariamente a la metafísica, la dialéctica mira la naturaleza no como un estado de calma, de inmovilidad, sino como un estado de movimiento y de cambios perpetuos, de renovación y de desarrollo incesantes (…)".[147]

Como Marx, el concepto de alienación lo encuentran justificado en Juan Jacobo Rousseau, especialmente en su recordada sentencia: "El hombre nace libre, y por doquiera esta encadenado". Pero alejados del monismo de Marx -en cuanto no refiere más que a un solo aspecto de la realidad y reificación-, los filósofos alemanes ven en esas cadenas fundamentalmente a la tradición, la religión, la cultura, el patriotismo, la filosofía clásica, etc., esto es, a todo lo que arraigue o fije al hombre. Así, la desalienación sistemática del hombre es la condición misma del avance dialectico. Débese suprimir todo elemento que aminore la marcha del motor revolucionario, favoreciendo "todo lo que tiene valor de acción, de movimiento, lo que es fuerza". Sintetizado en Engels: "Todo lo que existe merece morir".[148]

Mediante este método dialéctico que podemos llamar «filosofía de la contradicción», disuelven las nociones de verdad y de condición humana conforme a la naturaleza. El propio Engels subrayaba que esta "filosofía dialéctica disuelve todas las nociones de verdad absoluta, definitiva, y de las condiciones humanas que le son correspondientes. No hay nada definitivo, absoluto, sagrado; ella muestra la caducidad de todas las cosas y nada existe para ella

fuera del proceso ininterrumpido del Devenir y de lo Transitorio". "Lo que hasta aquí, en cada sistema, había sido negación fragmentaria, destrucción parcial, a veces aun inconsciente", escribe Jean Ousset, "el marxismo lo pone uno junto a otro y realiza la suma ¨consciente¨ y voluntaria. Él toma a su cargo y ordena metódicamente todos los rechazos, todas las preposiciones nihilistas, dispersas en las obras de los pensadores más o menos subversivos, desde Lutero y Descartes".[149]

Mencionábamos al comienzo la dificultad que encuentran los propios hombres de Frankfurt para definir de un modo univoco y claro su concepto de teoría crítica. Aquí se nos enuncia justamente el fuerte de este concepto: su movilidad y su ambivalencia. Posiblemente por ello Karl Popper la criticara, afirmando que detrás de toda la prosa grandilocuente y compleja, esta teoría se encontraba en realidad vacía de contenido. Este rasgo permanentemente móvil y zigzagueante de la teoría pertenece a la esencia misma del marxismo *in totum*, tanto del clásico como del heterodoxo. Porque no existe una doctrina marxista univoca e inmutable por el sencillo motivo que el marxismo no admite verdades absolutas e inamovibles. Todo puede modificarse sin por ello caer en contradicción, ya que para el marxismo la teoría se encuentra subordinada a la acción: la teoría es la acción y la acción es la teoría. Abundando algo más a este respecto, nos dice el filósofo marxista Roger Garaudy:

> La razón dialéctica es un momento de la construcción racional de la realidad. No es contemplación de un orden. El momento de la negación, el del rechazo del orden anteriormente constituido, del rechazo de la ilusión de un mundo ya completamente formado fuera de nosotros y sin nosotros, es un momento esencial (…) El marxismo no es una filosofía del ser sino una filosofía del acto. De aquí que la moral para nosotros marxistas, no está garantizada por la naturaleza sino creada por la historia.[150]

Para tener una idea más acabada de la concepción filosófica de los germanos convendrá primeramente estudiar la obra de Max Horkheimer *Teoría tradicional y teoría crítica* (1937), desarrollada más ampliamente en *Dialéctica de la Ilustración* (1947). En esta contraposición ofrecida entre ambas teorías y su tajante objeción a la denominada «teoría tradicional» o ciencia positivista

encontraremos importantes pistas acerca de su pensamiento. Comienza criticándosele a esta última su neutralidad o supuesta objetividad, que los mantiene ajenos a la intervención en materias políticas o éticas. Esta teoría actuaría aviesamente, ocultándose en una fachada de imparcialidad, ocultando sus verdaderos designios. Los alemanes dicen que la ciencia nunca es neutral, es decir, que siempre es condicionada por intereses establecidos o creados, sean estos políticos, sociales o económicos.

Otro error de esta tradición positivista sería –en su opinión- su carácter de abstracta, es decir, su atemporalidad, donde no se toma en consideración la historia donde emerge la teoría científica, siendo de este modo ajena a la realidad. Por el contrario, la teoría crítica asegura que el contexto histórico influye de modo casi decisivo en la evolución de la ciencia; es decir, que no surge de la nada sino que se encarna en individuos y sociedades determinadas donde influye el contexto social, histórico o económico.

La última crítica de importancia que se la hace a la teoría tradicional está vinculada a su carácter meramente descriptivo, limitando la tarea de la ciencia a describir al mundo sin dar juicios de valor (si algo es bueno o malo). Los de Frankfurt creen en cambio que la ciencia, además de descriptiva, debe ser normativa. Conforme a ello, se oponen asimismo al principio de «no valoración» defendido al menos nominalmente por la ciencia tradicional, proponiendo desde la teoría crítica buscar la emancipación del ser humano que lo conduzca a la “praxis liberadora”. En este sentido su concepción respecto al conocimiento y el saber humano se diferencia no solo de Aristóteles sino también del propio Marx. Mientras el griego sostenía que la filosofía es un conocimiento puro y desinteresado –sin otra intención que el saber-, el alemán entiende que gran parte de la filosofía es una ideología creada para controlar una sociedad por las clases hegemónicas. Para la Escuela de Frankfurt –especialmente en Habermas-, empero, todo conocimiento humano obedece al interés determinado del sujeto y de la sociedad en la que nace (no hay determinismo de clase como en Marx), de manera tal que la cooptación de las ciencias y la cultura se convierte en una necesidad imperante para

desalienar a la sociedad del sistema capitalista y del orden occidental.

En síntesis, para los de Frankfurt la ciencia no debe limitarse a informar sino a transformar el mundo, apoyándose en lo periférico y en lo inmediato, desatendiendo cualquier otro tipo de consideración permanente en el tiempo, principio perenne y/o universal.

Lo interesante de esta parcial crítica a la ciencia positivista elaborada por los germanos es que luego serán ellos mismos –y sus discípulos- quienes aplicarán lo mismo que denunciaban entonces. Esa falsa neutralidad que advertían se encuentra hoy más vigente que nunca, donde políticos y grupos financieros o multinacionales rentan a científicos y/o promueven por medio de los *mass media* postulados claramente anticientíficos y antinaturales, como la ideología de género y el homosexualismo, negando asimismo la existencia de vida humana desde el momento de la concepción. El determinismo socio-histórico de la teoría crítica es igualmente anticientífico, por el simple motivo que no existe evidencia que respalde tal audaz tesis: solo existe alguna evidencia empírica en torno a un posible condicionamiento socio-histórico sobre los eventos, pensamiento, actitud y motivaciones de los hombres. Los filósofos alemanes bregan finalmente por una ciencia normativa-valorativa en tanto y en cuanto se dirija a denunciar lo que ellos entienden por «opresión».

La subjetividad tiñe cada aspecto no solo de la teoría crítica sino de casi cada postulado de los hombres de Frankfurt. Y si alguien pretendiese llamar a cierta objetividad o sentido común, los alemanes responderán con la «tolerancia represiva» (cual trataremos más adelante). Esta subjetividad es bien clara en una famosa frase de Horkheimer: «La lógica no es independiente del contenido», queriendo significar que un argumento es lógico solo si favorece al grupo, pensamiento u objeto con cual se comulga. En otras palabras, adecuando al presente contexto, para éstos todo razonamiento o tesis sería lógica sólo si ayuda a destruir la cultura occidental. La lógica está siempre politizada e ideologizada en los de Frankfurt.

Otra crítica de peso que debe hacérsele al pensamiento frankfurtiano –adoptado luego por sus discípulos y por los posmodernos en general- es su consideración sobre la «libertad». Para ellos la libertad es un fin y un ideal en sí mismo, entendiéndola en su forma negativa, esto es, como ausencia de todo límite. Ciertamente, ninguna civilización o cultura en la historia ha florecido abrazando concepciones reduccionistas, utilitaristas e irracionales como ésta. Lo cual queda establecido por la evidencia empírica aportada fundamentalmente por la filosofía de la historia, señalando que, históricamente, el apogeo de las sociedades más fecundas coincide con la utilización de una libertad en arreglo al orden natural y a la naturaleza del ser humano. Los clásicos enseñan que la libertad es un medio para lograr la realización del individuo, que consiste en llevar una vida orientada hacia la virtud, en perfeccionarse en la virtud, haciendo el bien. En este sentido, advertía Schopenhauer que el hombre puede hacer cualquier cosa pero no puede desear cualquier cosa. La inteligencia debe guiar nuestros actos. Una inteligencia concorde con la naturaleza, esencia (que es anterior a la potencia), que nos deposite y nos lleve hacia la consecución de la causa final del ser humano.

Aristoteles tiene una clásica definición de libertad que " es la preferencia reflexiva de lo mejor", queriendo significar que no se trata de cualquier preferencia, de una preferencia arbitraria, capciosa, subjetiva, caprichosa, desproporcionada sino de una preferencia reflexiva, fruto de un acto de la razón, de la recta razón. La preferencia arbitraria puede terminar en libertinaje, liberticidio e incluso en locura o demencia. ¿Y qué es lo mejor? Lo mejor es aquello conforme con la naturaleza humana. Si alguien sostiene que lo mejor es contrario a la naturaleza del hombre lo que hace es dañar al hombre en su intimidad natural. El hombre no puede saber que es lo mejor si no vive en orden, porque el orden es la disposición armónica de las partes. Si se vive en el caos y la anarquía, si se es un ácrata, no se podrá reconocer cual es la preferencia reflexiva que conviene a lo mejor, a nuestra naturaleza. La felicidad, por tanto, es la virtud. El vicioso, el pecaminoso y aquel ganado por los vicios no puede ser feliz ni él ni el prójimo. Tiene una aparecía de felicidad pero no es más que hedonismo, esto es, de la

búsqueda de placer sin tener en cuenta los fines. Llevada a un punto extremo, esta concepción de felicidad puede llevar al homicidio.[151]

Dicho sencilla y sumariamente, la tesis general de los hombres de Frankfurt estriba en afirmar que el capitalismo oprime económica, física y mentalmente al hombre y a las sociedades, quienes se encontrarían manipulados por una (seudo) cultura intrusiva y alienante y una industria de entretenimiento, cuyo fin es anular el pensamiento crítico de las masas, pretendiendo así atontarlas, adormecerlas y dirigirlas en su favor para continuar explotándolas. A diferencia del marxismo clásico, los germanos ven en el capitalismo del siglo XX no solo una estructura de dominación económica sino también de alienación cultural. Y esta reificación sería producto fundamentalmente de la herencia cristiana recibida y sus instituciones, especialmente de su tipo de familia tradicional (patriarcal, heterosexual, conservadora, patriota).

----

En la primera etapa del instituto (1920-1930) la crítica se centró especialmente en el capitalismo como sistema de opresión y alienación sobre el proletario, focalizando en el aspecto económico o, en palabras de Marx, de la «estructura». Se denunciaba entonces al emergente –y exitoso- modelo fordista-taylorista, que fue un sistema en la producción industrial en serie que promovía la especialización del obrero –la división del trabajo-, supervisando y maximizando sus esfuerzos a fuer de reducir los costos de producción y mejorar la calidad de los productos.[152] Posteriormente, los de Frankfurt extendieron la crítica a la “industria” del arte, la cultura y los medios de comunicación, a cuales tenían por agentes de adoctrinamiento del capitalismo.

Es decir, según la visión de estos filósofos, “mientras el fordismo convertía a los seres humanos en máquinas y a la cultura y al arte en productos de consumo de masas, de modo que, mientras el capitalismo los controlaba durante las horas laborables, la industria cultural lo hacía en las horas de ocio. En otras palabras: existe una continuidad entre el tiempo de trabajo y el de ocio que a medida que las posiciones de la industria cultural se hacen más sólidas y estables más influyen sobre las necesidades del

consumidor, dirigiéndolas y disciplinándolas. Así, la Teoría crítica (nombre con el que se conoce su filosofía) afirma que en el tiempo de ocio el consumidor de los productos de la industria cultural recibe el mensaje apologético de una sociedad alienante, un mensaje que no llega a percibir porque se oculta tras un esparcimiento de gratificación”.[153]

Con respecto a lo primero, lo cierto es que poco pudieron hacer para denostar al sistema fordista, puesto que gracias a éste los obreros comenzaron a percibir salarios más altos y acceder a comodidades antes accesibles sólo a las clases superiores (como el automóvil, la TV, la radio, etc.), revitalizando las economías nacionales, lo que se traducía en mejoras sustanciales para la población general (hospitales, escuelas, subsidios, becas, prestamos de inversión, talleres de oficio, etc.). El único «hombre-máquina» explotado en aquel entonces no residía en los pagos occidentales sino en las tristísimas y metálicas mazmorras comunistas. Con el correr del tiempo y a la luz de la evidencia empírica, no les quedará más remedio a los filósofos que ir paulatina y solapadamente dejando de lado este rasgo fundacional del marxismo, aunque algunos de ellos nunca podrán desprenderse totalmente de ello.

En relación a lo segundo (la crítica a la cultura, el consumismo y los *mass media*), sostienen que el capitalismo ha creado una «industria cultural» (libros, filmes, música, programas de TV) como estrategia de control social (tesis reduccionista, cuanto menos, ya que aun admitiendo alguna tentativa ideológica o política, no puede descartarse su propósito mercantil). Pero como fuere, lo cierto es que los frankfurtianos utilizaron este pretexto para combatir lo que realmente importaba: la cultura y el arte como medio de transmisión de los valores cristianos y occidentales. Bajo el pretexto de pretender liberar las mentes de los «oprimidos», estudiaron todas las manifestaciones de la cultura de masas -desde los horóscopos hasta la fotografía, el cine, la publicidad, la radio, la naciente televisión y la música de jazz- creando un verdadera contracultura que vaciara la mente y espíritu de los receptores, llenándola eventualmente de un pensamiento nihilista, antioccidental, anticristiano, materialista: es decir, puramente marxista. En pocas

palabras, se denuncia la metodología de adoctrinamiento y dominación del capitalismo, pero luego, directa o indirectamente, utilizan y difunden esos mismos medios para implantar en los receptores las ideas contrarias (¿Qué son hoy los *mass media* sino instrumentos ideológicos de la hegemonía político-cultural?).

Para la progresía *bon vivant* de nuestros días, la teoría crítica se ha convertido en una suerte de objeto de culto. Izquierdistas de toda laya y pequeño-burgueses organizan a toda hora talleres, congresos y seminarios, empleando los términos más enrevesados posibles y algún que otro neologismo *à la mode*. Pero en concreto, ¿qué ofrece acaso la hasta hoy venerada «teoría crítica»?. Pues nada. O, en otras palabras, pesimismo y destrucción. ¿Qué ofrecen al mundo los de Frankfurt detrás de su rebuscada prosa? «La rebelión de la nada», como magistralmente compendió a este proceso Enrique Díaz Araujo. Como se ha dicho, Karl Popper fue contundente al respecto, señalando que empleaban un lenguaje inflado y pretencioso pero vacío de contenido. Desde su trabajo *La Escuela de Frankfurt: conspiración para corromper*, Timothy Matthews resume el objeto de los germanos: "El concepto básico de la "Teoría Crítica" es el siguiente: la necesidad de quebrar la familia contemporánea. Los principales expertos del Instituto proclamaban que "Incluso una interrupción parcial de la autoridad paterna en la familia podría tender a aumentar la disposición de la generación venidera a aceptar el cambio social".[154]

Recapitulando: la Teoría Crítica no es más que una pose intelectual, un difuso palabrerío, un falso altruismo *pour la galerie* (miope ante las regiones sovietizadas), que pretende ocultar inconfesables y ulteriores propósitos, cuyos oscuros frutos hoy vemos claramente.

## Dialéctica de la ilustración

Como ya hemos mencionado, *Dialéctica de la Ilustración,* escrito entre Adorno y Horkheimer en 1940 (publicado recién en 1947) es uno de los trabajos de cabecera de la Escuela de Frankfurt, en cual es evidente la influencia del pensamiento de Walter Benjamín.[155] Este ensayo resulta de vital relevancia para comprender el pensamiento frankfurtiano. Desde sus páginas

ambos filósofos se plantean básicamente una cuestión específica: ¿Cómo era posible que después del iluminismo y su excepcional esperanza en el progreso en la humanidad, de los enciclopedistas, de la Revolución Francesa, de Voltaire, Diderot, Kant, etc., que confiaban ciegamente en la razón humana, en el racionalismo; en que por medio de la razón el hombre alcanzaría su plenitud y felicidad hacia una sociedad civilizada y organizada, se hubiera llegado a formas extremas de barbarie y totalitarismo? Como ejemplos de lo último mencionan el ascenso del fascismo en Europa y el caso de Auschwitz. Naturalmente, como marxistas que son, omiten deliberadamente las ya entonces conocidas masacres e injusticias comunistas y la masacre del pueblo de la *Vendee* por parte del jacobinismo revolucionario galo -considerado con justicia el primer genocidio moderno-.

Si bien la teoría crítica niega, acorde con su planteo materialista, toda apertura hacia la metafísica, también cuestiona duramente al positivismo y su culto desmesurado a la razón. No obstante asumirse como heredera de la Ilustración –reivindicando su connatural antireligiosidad-, la Escuela de Frankfurt es al mismo tiempo consciente de sus limitaciones. La responsabilizan de haber engendrado la «razón instrumental», es decir, la «razón» utilizada como instrumento para esclavizar a la naturaleza y al hombre; para hacer la guerra y servir a las empresas imperialistas-colonialistas europeas del siglo XIX. Si bien rescatan en Kant su teoría de un uso de la razón que permitiese emancipar al hombre y hacerlo más libre, buscando conocer y dominar a la naturaleza, ven que lo que ha terminado sucediendo es que la razón ha servido para someter al hombre y a sus pares. Contrariamente a otros pensadores, creen que fenómenos como Hitler y los campos de concentración no fueron obra de actos irracionales sino completamente racionales, premeditados y organizados minuciosamente, con pautas claras, sin lo cual, afirman, no podrían haberse cometido (un simple loco no podría haber hecho aquello, creen). Terminan concluyendo de modo taxativo que la razón iluminista –aun a su pesar- trajo capitalismo, injusticias y atrocidades. Esa falta de delimitación de la razón permitió que fuera cooptada y utilizada por el capitalismo en su favor.

En síntesis, según los de Frankfurt, la razón termina por arrasar al hombre y a la naturaleza; termina por industrializarla, volverle arma de guerra, consumo, mercancía. Esta razón ilustrada adoptada por la sociedad occidental había destruido su potencial emancipador, sirviendo a la manipulación de las consciencias de las masas mediante industria cultural, que dificultaba cada vez más el pensamiento crítico. Esta razón ha sido utilizada por el hombre para justificar -mediante medios ilícitos o inmorales- fines irracionales e injustos.[156] De este modo, el proceso de «desencantamiento del mundo», sustentado en la promesa de la emancipación humana, contrariamente a lo esperado, había devenido en un sistema de alienación y opresión.

Esta razón instrumental se ve agravada y potenciada con la llegada de la tecnología, donde los científicos pasan a ser empleados de sus gobiernos (caso Einstein y Openheimer, entre otros), creando armas de destrucción masiva (como las bombas atómicas), armas químicas, ametralladoras, aviones, tanques, venenos, etc. Como se ha dicho, los de Frankfurt acusan al capitalismo de haber monopolizado el uso de la razón para someter a las naciones y a las sociedades.

A este respecto resulta imposible soslayar la hipocresía de los filósofos germanos, pues al mismo tiempo que denunciaban aquello trabajaban para el mismo gobierno que utilizó las bombas atómicas contra poblaciones civiles del Japón, aliado a la Inglaterra que en esa misma guerra masacró 500.000 civiles en Dresde –Alemania-. Hemos mencionado ya su silencio con respecto a las matanzas bolcheviques. La «razón práctica» que oponían a la instrumental, por ser ética antes que utilitaria, brilló por su ausencia entre los filósofos alemanes.

Es evidente que la tesis -hecha dogma- de los frankfurtianos es cuanto menos discutible desde no pocos ángulos. En este sentido, resulta interesante advertir que está crítica al iluminismo no será compartida por Habermas, mostrándose en desacuerdo con “la premisa de que la razón instrumental ha ganado tal dominio que no hay salida de un sistema total de engaño, en el que el conocimiento solo lo consiguen a través de ráfagas unos individuos aislados”[157]. Entiende éste último que la solución no es apuntar a la destrucción

de la sociedad industrial avanzada y su sustitución inmediata por el socialismo, sino a través del reformismo y el gradualismo dentro del sistema (recordemos que Habermas trasmutará de rancio comunista a firme defensor de la democracia liberal).

Pero más allá de las críticas recibidas con posterioridad, *Dialéctica de la Ilustración* constituye el órgano fundamental del pensamiento de la Escuela de Frankfurt y muy especialmente en la "teoría critica" que lo nutre, ya que aquí se hace el análisis de situación donde creen encontrar las causas del *status quo*. Descubren que el responsable del estado de cosas no era ya el capitalismo estudiado y denunciado por Marx en 1848. Se trataba ahora de un fenómeno de similar sustancia pero distinta fisiología: estaban ante un capitalismo que había evolucionado, que se mostraba polifuncional y aparentemente omnipresente. En otras palabras, este sistema avanzaba y apuntaba ahora no sólo hacia el acaparamiento de lo material, de la economía, sino a la cooptación, redefinición y producción de la cultura, de manera tal de sujetar al hombre y a las sociedades tanto desde la «Estructura» como de la «Superestructura». Esto dará lugar luego a la identificación de los mecanismos utilizados para dominarlos (la cultura de masas y su connatural alienación), identificando posteriormente a los agentes a utilizar para romper ese estado de cosas, pasando finalmente a describir el sistema en donde ese nuevo orden pueda ser consolidado. Cuestiones éstas que trataremos en los próximos capítulos.

Este trabajo es un manifiesto contra la modernidad y la Ilustración, abriendo completamente las puertas hacia el posmodernismo anti humanista vigente en la actualidad que rechaza tanto la razón como la ciencia y sobre todo al hombre. Para los de Frankfurt y sus discípulos la modernidad fue útil para quitar definitivamente a Dios del centro (período sintetizado en la frase de Nietzsche «Dios ha muerto»), reemplazándolo por el hombre. Creen, en suma, que si bien esta revolución moderna fue necesaria para dar paso del teocentrismo al antropocentrismo, para romper el Antiguo régimen, los medios utilizados para ello (culto a la razón y a la ciencia) habían terminado por engendrar fenómenos como los fascismos, los nacionalismos, el capitalismo y una férrea resistencia

y rechazo contra el marxismo. Para romper ese estado de cosas había que construir realidades a partir de un discurso y así modificar las categorías del pensamiento clásico y la percepción del hombre. Para ello se apoyarán en una filosofía eminentemente antirrealista y antinatural que pretenderá romper con cualquier concepto universal y objetivo, donde la verdad, el bien y la belleza serían meramente categorías subjetivas del individuo, quién no tendría la capacidad para apreciarlas y calificarlas.

Quitado Dios de la ecuación de la historia, ahora el posmodernismo frankfurtiano busca destruir al hombre, destruir su identidad ontológica-espiritual, patriótica y hasta biológica, culpándolo de todos los males de la sociedad. En síntesis, la particularidad de la nueva izquierda y de la posmodernidad es que no sólo se erige contra Dios sino que es profundamente antihumanista, completamente irracional y anticientífico. Los de Frankfurt y sus discípulos inauguraron así la era del absurdo y de la nada.

El filósofo canadiense Stephen Hicks abunda algo más en este sentido, señalando que los elementos de esta nueva izquierda que iba configurándose desde fines de los años 50 serían también tomados por la extrema izquierda comprometida con la violencia revolucionaria. A este respecto, advierte que desde entonces (especialmente a partir de los 60´) la academia y la intelectualidad marxista comienzan a atacar y/o a subestimar la razón. "Lo primordial pasa a ser ahora la «voluntad», «la pasión» auténtica y el «compromiso» no racional (…) lo que se necesitaba era «la acción decisiva, y ya»"[158]. "En el aspecto político", escribe Hicks, "encontraron una justificación para la violencia irracional en las teorías de la Escuela de Frankfurt, del modo en que eran aplicadas por Marcuse (…) El ascenso del terrorismo de izquierda en la década de los sesenta fue una de las consecuencias".[159]

Todo esto pone de manifiesto la vital influencia que tuvieron los hombres de Frankfurt no solo en todos los promotores de la contracultura sino también en aquellos que pretendían la revolución inmediata, armada y violenta. Ya se ha dicho que a diferencia de Marcuse, tanto Adorno como Horkheimer y Habermas eran partidarios de continuar concentrando la lucha en el ámbito

académico y cultural en general, entendiendo que aún no estaban dadas las condiciones para una revolución definitiva que perdurara en el tiempo.

Por último, resulta interesante reparar que los movimientos ecologistas (predominantemente de izquierdas) han encontrado en «Dialéctica de la Ilustración» un importante guiño para su causa, y no les falta razón. En ese trabajo, como hemos visto, no sólo se acusa al hombre de haber sometido al hombre sino también a la naturaleza. Esta posición será visible ya en un ensayo de Max Horkheimer 1933 titulado *Materialismo y Moral*, desde donde se acusa al hombre y al materialismo de adoptar una actitud de dominancia manipulativa frente a la naturaleza. "El asunto de la dominación de la Naturaleza por parte del hombre…", comentaba el profesor de Historia Martin Jay, "iba a convertirse en tema principal de estudio en la Escuela de Fráncfort en los años venideros".[160] Décadas después, tomando esta idea como punto de partida, los llamados ecologistas o medioambientalistas llevaron al extremo este pensamiento, orquestando incesantes campañas de criminalización del ser humano -haciéndolo responsable hasta del presunto cambio climático-, llegando al absurdo extremo de promover simultáneamente el asesinato de seres humanos (el aborto) y todo tipo de derechos para plantas y animales. A la par de animalizar y criminalizar al ser humano, se ha humanizado y deificado a los animales…

CAPÍTULO IV

# DISIDENCIAS INTERNAS Y ¿CONTRADICCIONES FRANKFURTIANAS?

*"(…) marxistas sin partido, socialistas dependientes del dinero del capital, beneficiarios de una sociedad contra la que luchaban".*
Walter Benjamin

## Disidencias internas

Es importante señalar que, al menos en sus primeras décadas, la Escuela de Frankfurt y sus hombres no estuvieron ajenos a la crítica del *establishment* marxista y muchas veces debieron nadar contracorriente y batallar contra parte de sus camaradas del maximalismo. Fueron por mucho tiempo incomprendidos y acusados por los propios hasta de servir al modelo que decían combatir. No pocas veces el marxismo leninismo manifestó un claro desprecio hacia estos «intelectuales burgueses», al punto de tenerlos casi como traidores o herejes. Se les criticaba especialmente por abandonar la referencia a la acción, a las prácticas concretas, por carecer de una propuesta política y por negarse –sobre todo Adorno- a nombrar en positivo a la utopía dándole unos contenidos específicos y un carácter programático.[161]

Esta situación se encuentra bien abrevada en el trabajo del británico Stuart Jeffries *Hotel Gran Abismo*, tomando el título de una acusación que el filósofo George Lukács lanzó sobre los miembros del instituto de marras y que sirve para ilustrar el concepto que muchos marxistas tenían de ellos. Les reprochaba Lukács su

desentendimiento con la revolución y su distancia de los hechos, habiéndose hospedado en lo que él llamaba el Gran Hotel Abismo. Un hermoso hotel, escribió, "equipado con toda clase de lujos, al borde de un abismo, de la vacuidad, del absurdo", donde "la contemplación diaria del abismo, entre excelentes comidas y divertimentos artísticos -escribió sarcásticamente el húngaro-, solo puede sublimar el disfrute de las sutiles comodidades ofrecidas".[162] Para sus críticos, los de Frankfurt pretenderían lograr la revolución con ropa de cama desde sus cómodos aposentos, sin sudar y sin tener que participar en el movimiento de las incultas «masas enajenadas».

"Al igual que Schopenhauer", escribe Jeffrey, "los últimos huéspedes del Gran Hotel Abismo extraían un placer perverso del sufrimiento; en su caso, contemplando reclinados en el balcón cómo allá abajo el capitalismo monopolista destruía el espíritu humano. Para Lukács, la Escuela de Frankfurt había abandonado la necesaria conexión entre teoría y praxis, que consiste en la concreción de la primera en actos. Para justificarse ambas tenían que estar unidas, reforzándose la una a la otra en una relación dialéctica. De otro modo, argüía Lukács, la teoría no llegaba a ser otra cosa que un ejercicio elitista de interpretación, como toda la filosofía antes de Marx".[163]

La crítica de Lukacs iba de la mano de la concepción de Marx, quien sostenía que: "Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversas maneras; de lo que se trata es de transformarlo". En fin, tanto para Lukács como para sus camaradas de la ortodoxia, los de Frankfurt llevaban el innoble sello del elitismo, teoreticismo y revisionismo, que en clave bolchevique equivalía a cobardía y defección. Su obsecuencia y fanatismo por el Estado totalitario y burocrático no les permitió colegir que estos hombres a los que despreciaban serán en definitiva los que lograrían la transformación social y el dominio largamente anhelado por el marxismo.

Empero, lo cierto es que tampoco el húngaro quedaba bien parado frente a las contradicciones o defecciones que denunciaba, lo cual queda claro en algunas de sus experiencias con el Politburó soviético. Por caso, aquella vez que esbozó una crítica a ciertas

decisiones y concepciones de Vladimir Lenin y los bolcheviques, acercando posiciones a sus adversarios internos Rosa Luxemburgo y los mencheviques. Cuando la mentada desobediencia llegó a oídos del mandamás comunista y sus burócratas, fue instado inmediatamente a rever su postura. ¿Qué hizo Lukács? Obedeció: se retractó. Pero el espíritu inquieto del trotamundos eslavo volverá a jugarle una mala pasada años más tarde, cuando en 1928, con motivo del II Congreso del Partido Comunista húngaro -que había sido declarado ilegal- redactó un documento denominado "Tesis de Blum", donde proponía una plataforma radical-democrática, abandonando la «dictadura del proletariado» en el sentido bolchevique. Lo que buscaba era concebir un plan para realizar una revolución democrática que condujera eventualmente al socialismo, esperando el apoyo popular. Nuevamente esto fue visto por la Internacional Comunista como un acto de sedición revisionista funcional al imperialismo, lo cual le granjeará un castigo ejemplar y ejemplificador: sus tesis fueron rechazadas *in totum*, siendo excluido de todos los niveles ejecutivos y obligado a confinarse a la filosofía y a la crítica literaria, llegando incluso a ser encarcelado más de una vez por el *establishment* moscovita –acusado no pocas veces de ser un espía trotskista-.

Como remarcan sus biógrafos, aun así Lukács intentó mostrarse toda su vida como buen y obediente leninista: pasado el enfado, el hijo pródigo siempre volvía a casa. Fue cómplice y víctima tanto del leninismo como del estalinismo, pero insistió en pertenecer a la misma estructura burocrática y obsoleta que denunciaba. En la cortoplacista visión del marxismo clásico, la opción de los de Frankfurt por el pensamiento y la contemplación antes que por la acción en sí misma no solo era inútil, sino que los convertía prácticamente en desleales timoratos. A este respecto, a efectos de conocer la posición y objeto inicial del mentado instituto, nadie será más claro que Adorno, cuando tras los hechos del mayo francés, indignado por la violenta metodología empleada por el estudiantado, dice lo siguiente en una entrevista: "Yo establecí un modelo teórico de pensamiento. ¿Cómo podría haber sospechado que la gente querría ponerlo en práctica con cócteles molotov?".[164]

Y serán aquellos sucesos parisinos los que suscitarán una de las disidencias más resonantes entre dos hombres de Frankfurt. Adorno renegaba de la metodología utilizada por los estudiantes -entendiendo que la revolución del pensamiento sería la única capaz de sostenerse en el tiempo y realizar verdaderos cambios estructurales en el sistema- y Marcuse, en cambio, se mostraba convencido de que era momento de dejar también lugar a la acción concreta en el terreno de los hechos, abriendo la puerta al estudiantado revolucionario y a las minorías contestatarias. Esta posición de Adorno fue tenida como pusilánime, generando gran decepción entre el estudiantado levantisco, que en adelante mostrará su fastidio hacia el filósofo de diversos modos, especialmente irrumpiendo en sus clases y conferencias, escribiendo en la pizarra cosas como estas: "Si dejamos en paz a Adorno, el capitalismo nunca desaparecerá".[165]

En otra ocasión, manifestantes de esta izquierda radical tomaron el departamento de Sociología de la universidad –donde Adorno era profesor- renombrándolo como "Departamento Espartaco", en honor al movimiento liderado por los revolucionarios alemanes Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht –ejecutados en 1919 cuando quisieron tomar el poder en Alemania-.

Salvo por Marcuse, los integrantes de la Escuela de Frankfurt rechazaron ese modo visiblemente violento por considerarlo contraproducente para los propósitos de la implantación y difusión del marxismo en el mundo. Para Adorno, el pensamiento era el acto verdaderamente radical y no las sentadas o las barricadas: "Quien piensa, ofrece resistencia; es mucho más cómodo nadar a favor de la corriente, incluso cuando uno declara estar en contra de la corriente".[166] Jürgen Habermas –discípulo de Adorno- llamó «fascismo de izquierdas» a aquellos jóvenes marxistas de «bombas Molotov», en consonancia con su colega Max Horkheimer, que reprochaba a Marcuse por su encendida defensa de movimientos estudiantiles que "se comportan como totalitarios nazis y fascistas".

Al respecto de la disputa entre Adorno y Marcuse tras los hechos de 1968 convendrá consultar sus intercambios epistolares,

que dejan en evidencia sus grandes diferencias en torno al asunto. En una de sus cartas, pretendiendo aleccionar a su contertulio, Adorno escribe que la tarea de los intelectuales radicales no es servir de animadores para estudiantes revolucionarios en su batalla contra la autoridad académica. Dice incluso que muchos miembros de la *nueva izquierda* han retornado a un estado pre-edípico de desarrollo, confundiendo la revolución con la violencia indiscriminada. Declaraciones como estas fueron generando un rechazo cada vez mayor del estudiantado en contra suyo, causándole un profundo estado depresivo que culminará con su muerte en 1969, luego de un ataque al corazón.[167] Por su parte, Marcuse respondía a las cartas de su colega en términos bastante duros, reprochándole el haberse aliado con los enemigos –la policía- para desalojar al grupo de estudiantes que habían tomado sus clases y en estar más ocupado en defender los fondos económicos del instituto que en defender sus ideas.[168]

**¿Contradicciones *frankfurtianas*?**

Resulta curioso que en pleno auge de la diversidad y las políticas de «*affirmative action*», hubiera sido la Escuela de Frankfurt tan homogénea y sectaria en casi todo sentido. Todos sus miembros, casi sin excepción, eran hombres, alemanes, judíos, blancos, marxistas no dogmáticos, provenientes de ricas familias burguesas y admiradores de sádicos y degenerados seriales como el torturador de mujeres marqués de Sade, el pornógrafo y ritualista Georges Bataille y el futuro presidiario Wilhelm Reich, entre otros. Vista la conformación del instituto en este sentido, podríamos bien decir que la alienación sociocultural que criticaban en el capitalismo estaba presente primeramente en ellos mismos. Los alemanes, que se jactaban de haber sido los promotores del feminismo, no tenían una sola mujer en su instituto.

La incoherencia y la contradicción entre las palabras y los hechos parecieran ser el sambenito que siempre vestirá el marxismo en todas sus variantes, y no encontraremos aquí la excepción. Ha visto sobradamente durante toda la historia, especialmente en la contemporánea, como ciertas consignas aparentemente altruistas terminan en barbarie al momento de su ejecución práctica. Fue así durante la Reforma protestante y bajo la Revolución Francesa,

donde a pesar de la perorata prerrevolucionaria pretendidamente humanista y libertaria lo primero que hicieron al llegar al poder fue orquestar una implacable y sistemática persecución de disidentes y refractarios, incluyendo el asesinato masivo de seres humanos.

No debería sorprender por tanto que el marxismo, como hijo dilecto que es de aquellos -como reconoce el propio Marx-, siguiera el mismo derrotero.[169] Otra característica inconsecuencia marxista es visible en el aburguesado nivel de vida ostentado por sus jerarcas y líderes tribales en cada rincón del orbe. Adalides todos ellos del *materialismo histórico* y de la dictadura del proletariado, pero salvo *rara avis*, ninguno fue hijo de obreros o campesinos sino más bien de lo contrario.

Pero es presumible suponer que ya conoce el lector esta historia. No obstante, algo más podríamos añadir a su prontuario en el caso de los de Frankfurt. ¿Debería sorprender, por tanto, que, sin excepción, los intelectuales alemanes del Instituto hubieran bregado por la destrucción de un sistema del que ellos mismos se beneficiaban y que hayan trabajado para la antecesora de la CIA, apoyando algunas de las tentativas imperialistas de los EEUU?

Hemos mencionado ya el caso del germano-argentino Félix Weil, principal financista del Instituto y uno de los empresarios más ricos del mundo. Sobre ello bromeaba el compositor socialista Hanns Eisler[170], diciéndole a un colega: “Un viejo rico (Weil, el especulador en trigo) muere, consternado por la pobreza mundial. En su testamento, lega una gran suma para la fundación de un instituto que investigue la causa de la pobreza. La cual naturalmente es él mismo”.*[171]* Todos los miembros de la Escuela de Frankfurt provenían de hogares privilegiados que habían amasado enormes fortunas aprovechando el escenario propicio para el comercio generado por las sociedades industrializadas del capitalismo. Y puesto que ninguno de ellos había trabajado en su vida –y mucho menos como obreros, campesinos o servidumbre en general-, acudieron a sus progenitores como mecenas de sus aventuras teóricas.

De adineradas familias judías asimiladas como los Horkheimer, los Marcuse, los Pollock, los Wiesen, Grund, Adorno,

Benjamin, etc., los de Frankfurt vivían en un lujo sin precedentes. Sobre ellos nos dice Stuart Jeffrey:

> Max Horkheimer (1895-1973), filósofo, crítico y, durante más de treinta años, director del Instituto de Investigación Social, era hijo del propietario de una fábrica textil en Stuttgart. Herbert Marcuse (1898-1979)_filósofo político y preferido del estudiantado radical de la década de 1960, era hijo de un acaudalado hombre de negocios berlinés y se crio como un joven de clase media alta en una familia judía integrada en la sociedad ale- mana. El padre del sociólogo y filósofo Friedrich Pollock (1894-1970) se apartó del judaísmo y triunfó en los negocios como propietario de una fábrica de cuero en Friburgo de Brisgovia. De niño, el filósofo, compositor, teórico musical y sociólogo Theodor Wiesengrund Adorno (1903-1969) vivía tan acomodadamente como el joven Walter Benjamin. Su madre, Maria Calvelli-Adorno, había sido cantante de ópera y su padre, Oscar Wiesengrund, era un exitoso comerciante de vinos judío en Frankfurt, del que, como dijera el historiador de la Escuela de Frankfurt Martin Jay, "[Theodor] heredó el gusto por las cosas buenas de la vida, pero ningún interés por el comercio", comentario que pudiera aplicarse a varios miembros de la Escuela de Frankfurt, que dependían d. Henryk Grossman (1881-1950), Erich Fromm (1900-1980) (…) Henryk Grossman (1881-1950), en cierto punto el principal economista de la Escuela de Frankfurt, llegó a poseer una mina y una pequeña fábrica.[172].

A la mentada nómina debemos añadir a George Lukács -cuya familia ostentaba incluso títulos nobiliarios-, a Josef Löwinger -su padre era uno de los directores del Budapest Kreditanstalt, el banco más importante de Hungría-, a Julian Gumperz –cuyo padre era dueño de una importante fábrica-[173] y a Wilhelm Reich, médico rico y heredero de un gran latifundio.[174]

En realidad, esto no debería sorprender puesto que los cultores del marxismo procedieron de ámbitos similares, llevando vidas plenamente burguesas, pululando burdeles y disfrutando de monumentales borracheras y lujos varios. Marx, por caso, pertenecía a una familia acomodada de clase media, casándose con Jenny von Westphalen, una baronesa de la clase dirigente prusiana, cuya familia financió su privilegiado estilo de vida. Karl contaba además con la ayuda de otros amigos millonarios, como Friedrich Engels, que le regaló una casa. Cuentan sus biógrafos que

veraneara en los mejores balnearios y mandaba a sus hijas a estudiar piano, idiomas, dibujo y clases de buenas maneras con los mejores profesores de Londres. No era esta justamente la vida de un proletario. Con respecto a los Engels, sabemos que eran una familia multimillonaria dedicada al rubro textil en Manchester, corazón de la Revolución Industrial. En un rapto de autocrítica, el propio Walter Benjamin denunció estas contradicciones de modo vehemente: "Marxistas sin partido, socialistas dependientes del dinero del capital, beneficiarios de una sociedad contra la que luchaban".[175]

Aun reconociendo esta realidad, los panegiristas de los filósofos alemanes insisten en que éstos "se rebelaban contra el espíritu comercial de sus padres". Ignoramos de qué modo podamos coincidir con tal ingenua aserción, puesto que en ningún momento rechazaron el dinero, poder e influencia recibido por sus mayores. Naturalmente, es evidente que no fueron como San Francisco de Asís, predicando y luchando contra la pobreza desde la pobreza más absoluta, desprendiéndose de todos los bienes y favores que su estatus les confería. Lo que sabemos de seguro es que ninguno de estos intérpretes y portavoces del pueblo conocía una fábrica por dentro. En rigor, encajaban perfectamente en una de las categorías con las que el admirado de Teodoro Adorno, Thomas Mann, se refería a las familias burguesas alemanas en su libro *Los Buddenbrook*: "La primera generación amasa la fortuna, la segunda consolida la posición social de la familia, y la tercera se retira hacia una suerte de trastorno estético". Los de Frankfurt pertenecían sin dudas al último de los grupos, pudiendo sufragar sus ociosas correrías gracias a la actividad comercial de sus progenitores que ahora denostaban. Realidad que no escapa al historiador del instituto Stuart Jeffries, haciendo notar que esa rebelión edípica era ridícula y propia de un púber: "Si el padre es un judío practicante, el hijo se rebela expresando su ateísmo; si el padre es un judío ateo sumergido en el nacionalismo alemán, el hijo se rebela reclamando su herencia religiosa judía o abrazando el creciente movimiento político del sionismo".[176] Marxistas…, pero financiados por capitalistas, como señalaba Benjamin.

Tampoco parecieron los de Frankfurt ver ninguna contradicción en colaborar con el muy imperialista y “opresor oligarca” por antonomasia. Así nos lo descubre Jeffrey:

> Löwenthal, Marcuse, Kirchheimer, Neumann y Pollock trabajaron para el gobierno estadounidense. Pollock trabajó para la división antimonopolios del departamento de Justicia, Löwenthal en la Oficina de Información de Guerra. Entretanto, William Donovan, alias “Wild Bill”, jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), la agencia estadounidense de espionaje de guerra fundada por el presidente Roosevelt en 1941, reclutó a los otros tres miembros de la Escuela de Frankfurt –Neumann, Marcuse y Kirchheimer– para trabajar como analistas de inteligencia.[177]

No obstante lo señalado, ninguno de estos autos intitulados “antisistema” sintió algún tipo de pudor ni pareció percibir en ello contradicción alguna (a pesar de que en aquel entonces no pocos les señalaron tal doblez). Antifascistas fanáticos y antisoviéticos tardíos, asumieron con sorprendente naturalidad y ligereza la defensa de la política exterior de nada menos que los EEUU, esto es, de la panacea del capitalismo. Evidentemente, el estilo burgués y las prebendas pudieron más que sus declamados principios. Marxistas…, pero al servicio de los EEUU.

En este sentido, convendrá recordar que en su tiempo de exilio en Estados Unidos, Max Horkheimer prohibió la utilización de la palabra «marxismo» y «revolución» de las ponencias y escritos del Instituto para no asustar a los patrocinadores estadounidenses, y por lo mismo censuró en 1950 una publicación del entonces joven Jürgen Habermas –pues no quería poner en peligro la financiación del Instituto, “en especial el lucrativo contrato de investigación con el ministerio de Defensa de Alemania occidental”, como advierte el escriba *frankfurtiano* Martin Jay. Tampoco querían poner en peligro sus rentados puestos en las universidades estadounidenses y sus contactos con la *crémme* de la izquierda liberal estadounidense o los finos banquetes ofrecidos por la farándula artística hollywoodense o neoyorkina. Es decir, los jactanciosos anticapitalistas no tuvieron escrúpulos en recibir, simultáneamente, financiación y salarios del gobierno estadounidense, de sus universidades, de la Fundación Rockefeller, de Alemania Occidental ¡y del comunista Félix Weil! Al parecer, también ellos querían su

parte del pastel *adamsmithiano*. Ellos, que decían renegar de sus padres, despreciar el vil metal plutócrata y rechazar la *razón instrumental* iluminista con su efecto alienador, eran ahora el más fiel reflejo de ello.

¿Qué decir de su apoyo a las intentonas imperialistas de otras naciones reciamente capitalistas? Por caso, cuando en 1956 defendieron públicamente el ataque militar de Francia y Gran Bretaña contra Egipto, justificando su postura del siguiente modo: "Nadie se atreve a decir que estos estados árabes ladrones han pasado años buscando la oportunidad de lanzarse sobre Israel y masacrar a los judíos que han encontrado refugio allí".[178]

En carta a Marcuse, Adorno y Horkheimer confesaban que se sentían más cómodos en Alemania Occidental que en Alemania Oriental, afirmando que en Occidente "gozaban de una libertad de pensamiento paradisíaca". Y todo esto a la par que denostaban pública y enérgicamente a los «represivos» valores occidentales -teorizando sobre su intrínseca «personalidad autoritaria»-, denunciando y horrorizándose de los regímenes fascistas… Sobre las masacres estalinistas y sus purgas, 'juicios', deportaciones masivas, *gulags* y demás excesos, poco y nada sobre lo que acusar recibo. Sobre las matanzas y el totalitarismo del comunismo en África, Asia o Cuba, silencio absoluto. Sobre los genocidios contra las poblaciones civiles de Dresde, Hiroshima y Nagasaki de sus ahora empleadores capitalistas, lo mismo. Como hábiles teóricos –y equilibristas- que fueron, siempre encontraban algún tecnicismo o recoveco semántico que los acogiera en sus contradicciones y defecciones.

Un caso claro y resonante de esta hipocresía nos la ofrece aquel gran admirador del genocida camboyano Pol Pot. Nos referimos al filósofo existencialista Jean-Paul Sartre, quien tras sus giras turísticas por la casa matriz de los campos de exterminio masivos -es decir, del socialismo «realmente existente»- declaraba sin tapujos en 1954 que "la libertad de crítica en la URSS es total".[179] Lo mismo podrá decirse de su compañera Simone de Beauvoir, que desde su vademecum libertario y feminista aleccionaba a la humanidad con consignas más propias de un comercial de

shampoo: "Ser libre es querer la libertad de los demás". Sin embargo, no veía contradicción en declararse abiertamente maoísta, apoyando de este modo un sistema cuyo rasgo característico era la censura y la persecución a disidentes, donde la existencia de la mujer oscilaba entre la indiferencia y la denigración sistemática. Ahora bien, visto esto, ¿debería resultar llamativo que tanto Sartre como los miembros de la Escuela de Frankfurt evitaran vivir en territorios sovietizados? En absoluto. Pues si algo ha demostrado sobradamente el intelectual marxista a lo largo de la historia es que escribe sobre realidades que solo existen en su imaginación y sobre hombres y clases sociales que no conoce ni quiere conocer. Teorizar sobre la revolución es el mejor pasatiempo del burgués comunista, y si por algún motivo se hace realidad –*vade retro*!-, siempre será mejor estar bien lejos.

Interesante resulta la escena que a modo anecdótico relata el frankfurtiano Rolf Wiggershaus acerca del momento en que llegan Horkheimer y su esposa a Nueva York. Fascinados por aquella imponente ciudad, escriben a Pollock animándolo a que fuera para allí lo antes posible, diciéndole: *“Europa es una villa africana comparada con los EEUU”*[180]. Claro que no pensaron en aquel momento que ese país que los entusiasmaba era fruto del sistema industrial y la cultura occidental que demonizaban y no del materialismo dialéctico que pregonaban. En esta dudosa lógica se manejaron siempre los de Frankfurt. La mayoría de ellos eligió pasar su retiro en la tranquilidad de los paradisíacos paisajes suizos -como Horkheimer y Pollock- y las tierras estadounidenses. Otros, como el frankfurtiano Julian Gumperz, no tuvo empacho en convertirse en un exitoso agente de bolsa y amasar así una gran fortuna.

En el contexto de la Guerra Fría los de Frankfurt prestaron un invaluable servicio a los EEUU –generosamente remunerado, por cierto-, denunciando y criminalizando al fascismo y luego a la Rusia soviética. Tal vez los casos más evidentes y entitativos sean los trabajos de Herbert Marcuse (*El marxismo soviético,* 1958) y de Erich Fromm (*Marx y su concepto del hombre* de Fromm, 1961), además de los ensayos contra el fascismo, como *La personalidad autoritaria* (Adorno) y *El miedo a la libertad* (Fromm), entre otros. Según Friedrich Pollock, Horkheimer consideraba la guerra de

Vietnam como “un esfuerzo justificado por detener a los chinos en Asia”. ¿Cómo se explica esta defensa a la política imperialista de los EEUU? Aun a riesgo de parecer simplista, lo cierto es que la única lógica que explica aquello de modo convincente es la del dinero. Que el dinero fue muy importante para los hombres de Frankfurt es algo que reconoce el propio Rolf Wiggershaus –admirador de los de Frankfurt-, cuyo trabajo cumbre sobre el instituto cuenta con prólogo del mismísimo Max Horkheimer.[181]

A este respecto, muchos procurarán indagar en el motivo por el cual los EEUU pusieron a estos hombres bajo su *payroll*. Evidentemente existió una gran desatención de su parte, mostrándose incapaz de comprender aquel contexto histórico en su totalidad. Creyendo en la tesis de Daniel Bell sobre el «fin de las ideologías», jugó todas sus fichas al desmoronamiento de la ex URSS, aliándose directa e indirectamente a los hombres de Frankfurt y a hijos dilectos como Michel Foucault (¡a quién la CIA consideró funcional a los intereses de EEUU!).[182]Ignoraron que aquella coincidencia era meramente política y circunstancial, subestimando al mismo tiempo la cuestión de fondo, donde residía el verdadero objeto de esta nueva izquierda reciclada. La batalla era ideológica –cultural- antes que política o geopolítica. Será el marxismo cultural el que destruiría el occidente cristiano, y no la «estructura» concebida por el marxismo clásico.

Cada uno de los frankfurtianos cumplió con su parte en la fiesta de la doblez y incoherencia, aunque tal vez la imagen que mejor resume el carácter “revolucionario” de estos burgueses alemanes en tierra del *Tío Sam* sea la de Teodoro Adorno tocando el piano para Charlie Chaplin en las selectas tenidas de Hollywood, a quien criticaba duramente desde sus escritos por considerarlo un agente de la cultura de masas al servicio del capitalismo. ¿Y qué decir de su proceder cuando en 1969 un grupo de estudiantes tomó el centro universitario que dirigía, en señal de protesta por su falta de radicalidad? ¿Qué hizo el cultor de la teoría de la «personalidad autoritaria»? ¡Llamó nada menos que a la policía! para que desalojara a los revoltosos (76 estudiantes fueron apresados).[183] Como recuerda David Berry, este tipo de procederes no eran novedosos en Adorno, puesto que en 1964 había demandado

penalmente a dos estudiantes del grupo revolucionario Aktion por haber producido un póster satírico que incluía citas de su trabajo sin su permiso.[184] Aunque con respecto al asunto de Adorno con la policía tampoco Marcuse queda bien parado. Sabemos que este último criticó duramente a su colega por tal proceder –patente en los antes mencionados intercambios epistolares entre ambos-, sin embargo, nadie parecería haber reparado en lo que Marcuse afirma que hubiera hecho en el lugar de Adorno. Dice que hubiera permitido que continuara la ocupación ilegal de los estudiantes y dejado que otra persona llamara a la policía… ¡Incluso dice que hubiera tolerado la ocupación de cualquier edificio universitario, excepto de su departamento o casa![185]

Por otro lado lo tenemos a Max Horkheimer financiando los postulados anti-familia, anti-monogámicos, pro libertinaje sexual y pro-abortistas de sus colegas, cuando él estuvo casado felizmente con la misma mujer durante toda su vida y apoyó públicamente al papa Paulo VI en su oposición a la pastilla abortiva del día después. Tampoco se entiende la lógica empleada para decidir enrolarse en el ejército alemán siendo él –al menos teóricamente- un internacionalista. Por su parte, el psicoanalista Erich Fromm denuncia airadamente la alineación y potencial violencia que producen las religiones monoteístas en los individuos y en la sociedad, pero hasta el fin de sus días fue un obediente practicante de su fe judía.[186]

Párrafo aparte merece el encontronazo de Marcuse, Horkheimer y Adorno con Erich Fromm, a quien por su perspectiva humanista de la psicología y su aparente falta de radicalidad en sus enunciados acusaban de «revisionista» e incluso de «socialdemócrata», que en términos marxistas es el equivalente a un insulto. Lo tenían por neo-freudiano, más focalizado en las relaciones y entorno social que en el psicoanálisis ortodoxo y más ocupado en tender puentes entre el psicoanálisis y la humanística que entre el primero y el marxismo. A ojos del *freudomarxismo* marcusiano y de Wilheim Reich, Fromm era un heterodoxo, alguien que al mismo tiempo manipulaba y criticaba conceptos elementales de Freud y de Marx.[187] Estos desencuentros motivaron el alejamiento de Fromm del instituto.

Lo llamativo del caso no es solamente que los filósofos utilizaran los mismos calificativos peyorativos con que la ortodoxia soviética se refería a ellos mismos, sino que dejaba en evidencia la falta de libertad de pensamiento que imperaba en el instituto, a pesar que puertas para afuera se mostraran como los más firmes defensores de ésta. Una vez más, la reificación denunciada estaba presente primeramente en ellos mismos. La heterodoxia y la libertad de expresión será solo un lujo para unos pocos elegidos: ellos mismos. No sorprende, por tanto, que hubieran sido estos mismos hombres los cultores de lo que será dado en llamar «tolerancia represiva», que veremos en otro capítulo.

CAPITULO V

# LA «INDUSTRIA CULTURAL» Y SU «HOMBRE ALIENADO»

*"La Revolución no es la sublevación contra el orden preexistente, sino la implantación de un nuevo orden que tergiversa el tradicional".*

José Ortega y Gasset

*Teoría tradicional y teoría critica* (1937) y *Dialéctica de la Ilustración* (1940) de Teodoro Adorno y Max Horkheimer (a la que luego se sumaría la *Filosofía y teoría critica* de Herbert Marcuse) constituyen el núcleo de toda la fundamentación de la *teoría critica*, cuyo propósito, dijimos antes, estribaba en impulsar un cambio sociocultural, en «emancipar» a occidente de sus estructuras fundacionales que aun sobrevivían en la sociedad moderna. Los hombres de Frankfurt ven claramente que aquella modernidad concebida por la Ilustración de los siglos XVIII y XIX había propiciado un culto desmedido hacia la razón y la ciencia, engendrando una razón instrumental que terminará por consolidar al capitalismo como fuerza dominante. El proceso (antirreligioso) de "desencantamiento" jacobino, la transición del antropocentrismo al teocentrismo, el paso de la religión a la ciencia, había generado un nuevo *encantamiento* en el hombre, que se veía reflejado ahora además en sus bienes materiales, alienado por el nuevo orden industrial y la sociedad de consumo.

Reducimiento al hombre a categoría de *homo œconomicus* y confiando en la inexorable caída del capitalismo, el marxismo clásico fracasa estrepitosamente en exportar su revolución, quedando gravemente desacreditada. Ya lo hemos dicho. Analizando fríamente las causas de aquel desastre, los de Frankfurt comprenden que el hombre es ante todo un ser cultural y espiritual, y que la cultura no solo conserva una autonomía respecto a los medios de producción y a lo meramente inmanente y tangible, sino que los influye de modo casi determinante. Habiendo leído a Max Weber (especialmente *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, 1905), entendían que el cristianismo (no tanto el catolicismo) y su cultura habían contribuido decididamente al surgimiento y proliferación del capitalismo, motivo por el cual Marcuse exigirá abiertamente el rechazo a la herencia cristiana. Para los de Frankfurt la religión sigue siendo el «opio del pueblo», pero mientras para Marx la alienación religiosa explica el sometimiento del proletariado, para éstos la mentada enajenación es además psicológica.[188]

Este sistema o fenómeno, según ven, es consecuencia de un proceso previo; una manifestación visible y lógica de causas anteriores. En todo caso, el efecto era económico, pero sus causas, su basamento, era primordialmente cultural y espiritual, y a ello había que apuntar destruir o «deconstruir». Es decir, todo intento por combatir al capitalismo sería infructuoso sin comprender esta realidad. ¿Cómo era posible que aquel sistema presuntamente explotador e injusto prevaleciera en las sociedades industrializadas, y aun peor, que el trabajador estuviera conforme?, se preguntaban. La explicación la encuentran en lo que Adorno llamaría «industria cultural”[189], que sería el medio que utilizaría el capitalismo para estandarizar y alienar a las masas.

Sintetizando, como ya adelantamos en el capítulo III, los filósofos alemanes descubren que se hallan frente a un nuevo tipo de capitalismo, ahora concebido y adoptado no exclusivamente como sistema económico sino como *modus vivendi*, abarcando ahora también la esfera superestructural de la sociedad. En términos marxistas, existía ahora una doble alineación social del capitalismo: material y cultural.

De modo que los de Frankfurt ven en todo objeto, bien o servicio cultural una intencionalidad política e ideológica, es decir, de reificación social. Para ellos la cultura es siempre portadora de valores ideológicos, ya sea de una manera explícita o implícita, aun en las manifestaciones a priori más inocentes. Así entonces, creen que el sistema capitalista había procedido a cooptar la cultura como agente de adoctrinamiento social y a tales efectos no trepida en manipularla, degradarla, simplificarla, generando lo que los germanos denominan «pseudocultura». Por tal refieren a aquellos productos culturales de baja calidad convertidos en mercancía y en vehículos ideológicos para el sistema dominante. Esta pseudocultura tendría como objeto entonces distraer al hombre en cuestiones sin importancia, entretenerlo, para mantenerlo sometido a un sistema explotador, ignorando así su condición de víctima y oprimido.

La aparición de la técnica y los avances e inventos tecnológicos (como la radio, el cine y la TV) agravarían el problema, puesto que esta cultura travestida y dirigida se vuelve

fundamentalmente peligrosa porque comienza a ser masiva e intrusiva, esparciendo rápidamente el mensaje del sistema rector en todo hogar y en tiempo récord. La masividad y propagación de esta pseudocultura genera lo que denominan «industria cultural». En esta fase, la cultura habría perdido su autonomía y finalidad, pasando a constituir una industria regentada por los aparatos estatales y los grupos económicos; una factoría metálica e impersonal, productora en serie de mensajes y normativas más o menos codificadas que el sujeto recibe acríticamente.

Esto es la «industria cultural» para los hombres de Frankfurt: la herramienta estratégica y subrepticia del capitalismo que, mientras al mismo tiempo adoctrina y entretiene al hombre, logra dominar su voluntad y preferencias sin que éste perciba la maniobra de ingeniería social de la que es objeto.[190]

-------

Resulta de interés advertir que hasta la llegada de la Escuela de Frankfurt, el marxismo no había dado a la cultura un lugar prioritario en la lucha revolucionaria, puesto que como se ha dicho, las masas responderían solo a dialécticas puramente economicistas. Como afirma G. Friedman:

> La prudencia pedestre de los hombres como Kautsky y Bebel, y el compromiso militante con los problemas urgentes por parte de un Lenin o un Trotsky, los condujeron a denigrar la cultura y a sentir indiferencia por lo que, por naturaleza, era superior (…) El marxismo no puede entender que su obsesión por la privación de bienes materiales representaba tan exactamente la fetichizacion de los bienes de consumo como lo hacía la preocupación burguesa por el status.[191]

En rigor, la izquierda siempre había rechazado la cultura de masas y, con ella, a la masa misma. Pensaba que ésta generaba una suerte de igualitarismo de las masas que resultaba fragmentario por naturaleza. De manera tal que «cultura» y «masas» no eran escritos en un mismo renglón por los teóricos e intérpretes del marxismo clásico: la cultura era subestimada -o directamente denigrada- y las masas, contrariamente, enaltecidas hasta el paroxismo. Los de Frankfurt ven en la ligación de ambas esferas una fórmula para construir un nuevo orden social. Para cooptar la atención y voluntad de las masas no alcanzaban ya los panfletos

revolucionarios o los postulados o máximas de los teóricos del marxismo ortodoxo; urgía una estructura de difusión mayor que llegara a cada hombre, lo buscara éste o no, pero sobre todo, de un nuevo discurso revolucionario que fuera capaz de transmitir todas las consignas de la revolución pero en clave solapada, sin el evidente sello de la hoz y el martillo. La mentada estructura era la del entretenimiento, del arte, de los *mass media*.

Había que acaparar y monopolizar aquella armazón para ser utilizada por la revolución, pero para hacerlo había primero que destruirla o al menos manipularla, criticarla, denunciarla, desprestigiarla y exagerar groseramente su influencia. Y en esta crítica a las masas, al hombre masificado y dirigido por una mega estructura, caía no solo la sociedad occidental sino –de modo indirecto- la soviética (con su violento estatismo y su discurso y políticas estandarizantes), lo cual les generó a los de Frankfurt el encono del comunismo moscovita, que los acusaban de elitistas, sin comprender entonces su estrategia y propósitos revolucionarios. Elitismo que la facción ortodoxa y populista del marxismo cree ver especialmente en Teodoro Adorno (despreciando la cultura popular) y en *El hombre undimensional* de Herbert Marcuse, desde donde se señala que las masas, pasivas y conformistas por naturaleza (incluyendo aquí a la clase trabajadora), no tienen la capacidad para comprender y expresar sus propias necesidades, por lo cual urgen de una minoría ilustrada y esclarecida que los eduque (o re eduque) y los salve. El mentado cuerpo de iluminados, naturalmente, no provenía de Moscú sino de Frankfurt.

Lo original o novedoso de los pensadores de Frankfurt fue intuir primero y desarrollar después el potencial revolucionario de las distintas manifestaciones de la cultura. En este sentido, como dijéramos, se muestran superadores del marxismo clásico, que considera al arte y a la cultura como meros reflejos de las estructuras económicas, esto es, como entidades sin autonomía, especificidad o de utilidad para los fines propuestos. En suma, los germanos vieron en estas expresiones una valiosísima herramienta de transformación social, especialmente una vez que fue evidente que el obrero no iba a ser un sujeto revolucionario, disuelto ya en la sociedad industrial capitalista.

----

Según los filósofos, la estética, el arte, la radio, la televisión, el lenguaje, la cultura en general, la religión, la familia, la tradición, todos, son mecanismos ideológicos primordiales del capitalismo para mantener la dominación social; alienación ésta agravada por la aparición de la tecnología y la técnica, siendo entonces más sencillo el proceso de manipulación. Como hemos dicho, la peligrosidad de esta industria cultural se da mayormente por su aparente omnipresencia, por su carácter sumamente invasivo y a la vez solapado, puesto que sus mensajes apologéticos del sistema serían recibidos por el hombre incluso en sus momentos de ocio: un mensaje que no llega a percibir conscientemente porque se oculta tras un esparcimiento de gratificación.

Observando aquel cuadro, pronto caen en cuenta los filósofos alemanes que para vencer al capitalismo había que adoptar este mismo mecanismo y volverlo contra él. ¿Cómo hacerlo? Básicamente, haciendo tres cosas de modo casi simultáneo. Al tiempo que se denunciaba la *seudocultura* y la industria cultural, había que ir generando una nueva cultura o contracultura alienante (a favor de la revolución), pervirtiendo la anterior. Esta reificación acaparará a toda la sociedad al volverse masiva, lo cual se logrará una vez cooptados los medios de difusión de la actual «industria cultural» (los *mass media*: TV, radio, música, cine, periódicos, etc.).

George Lukacs fue el primero en detectar la necesidad de la subversión de la cultura, especialmente en el campo de la literatura, a través de su *Teoría de la novela*, escrita en 1911 y publicada en 1916. Este libro representó un rompimiento con todos los esquemas anteriores del análisis literario, aplicando las categorías hegelianas de lo abstracto y lo concreto, la totalidad y la alienación[192]. El filósofo húngaro abocará también parte importante de sus investigaciones al análisis del desarrollo de la teoría estética, publicando en 1957 los 4 volúmenes de su obra *La estética,* donde plantea avanzar hacia una nueva estética a partir de la ruptura con la tradición occidental, quitándole especialmente su dimensión ética. Muchos autores marxistas atribuyen a Lukacs la simbiosis entre estética y materialismo histórico que tanto rédito dará a la izquierda disruptiva. Entendiendo a la obra de arte como un fin en sí mismo,

brega abiertamente por una estética que apunte hacia la revolución. También Marcuse dará gran relevancia al arte como manifestación revolucionaria, señalando que los artistas liberan a los hombres de las preocupaciones inmediatas que los esclavizan al trabajo y a la eficiencia y les dan el sentimiento de llegar a los fundamentos de la vida.

Otro hombre de Frankfurt que se ocupó de la cuestión cultural -tal vez no lo suficientemente reconocido- fue Leo Lowenthal, quien sostenía que el arte autónomo "es el mensaje de Resistencia de los socialmente irredentos. El arte, de hecho, es el gran reservorio de la protesta creativa contra la miseria social".[193] Adorno aportará lo suyo, especialmente a través de su obra *Kierkegaard - Construcción De Lo Estético*, donde le critica al filósofo danés su "extremado conservadorismo político" y la subvaloración del estadio estético respecto de los estadios ético y religioso.[194]Empero, como veremos en el capítulo IX, será Walter Benjamín quien comenzará a estudiar y abordar de un modo sistemático y profundo este tipo de cuestiones.

Nota asimismo el autor que la masividad de ciertas expresiones culturales lograda por la aparición de las nuevas tecnologías (radio, cine, TV) generaba un inusualmente alto grado de pasividad en el receptor, reificándolo: "El hecho de que la experiencia fuera infinitamente reproducible podría tender a desconectar la mente del auditorio, haciendo la experiencia menos sagrada, incrementando así la alienación. Adorno llamó a este proceso «des-mitologización». Esta nueva pasividad, supuso Adorno en un artículo crucial publicado en 1938, podría fracturar una composición musical en las partes «entretenidas» que serían convertidas en fetiche en la memoria del oyente, y las partes difíciles, que serían olvidadas".

Teodoro Adorno ahonda sobre ello:

> La contraparte del fetichismo es una regresión del escuchar. Esto no significa una recaída del oyente individual en una fase más temprana de su propio desarrollo, ni en una decadencia en el nivel general colectivo, ya que los millones que son alcanzados musicalmente por primera vez por las comunicaciones de masas de hoy no pueden ser comparados con los auditorios del pasado. Más bien, es la escucha contemporánea la que ha

> retrocedido, y se ha detenido en la etapa infantil. Los sujetos que escuchan no sólo pierden, junto con la libertad de elegir y la responsabilidad, la capacidad para la percepción consciente de la música... ellos fluctúan entre el completo olvido y zambullidas repentinas en la atención consciente. Ellos escuchan atomísticamente y disocian lo que oyen, pero precisamente en esa disociación ellos desarrollan ciertas capacidades que concuerdan menos con los conceptos tradicionales de la estética que con los de fútbol o el automovilismo. Ellos no son niños inocentes... pero son infantiles; su primitivismo no es el de los sub-desarrollados sino el de los retrasados a la fuerza.[195]

Este retardo y precondicionamiento conceptual causado por el escuchar, escribe Minnicino, "sugirió que la programación podría determinar la preferencia. El mismo acto de poner en la radio, supongamos, a Benny Goodman al lado de una sonata de Mozart, tendería a amalgamar a ambos en la categoría entretenida de «música de la radio» en la mente del oyente. Esto significaba que incluso las ideas nuevas y desagradables podrían hacerse populares «re-bautizándolas» mediante el homogeneizador universal de la industria de la cultura".[196] En este sentido, agrega Benjamin:

> La reproducción mecánica del Arte cambia la reacción de las masas hacia el Arte. La actitud reaccionaria hacia una pintura de Picasso se convierte en una reacción progresista hacia una película de Chaplin. La reacción progresista está caracterizada por la fusión directa e íntima del placer visual y emocional con la orientación del experto... En cuanto a la pantalla, las actitudes críticas y receptivas del público coinciden. La razón decisiva de esto es que las reacciones individuales son predeterminadas por la respuesta de la audiencia masiva que ellos están a punto de producir, y ésta no es en ninguna parte más pronunciada que en la película.[197]

El precondicionamiento del televidente sería utilizado muy especialmente por la industria cinematográfica, constituyendo en la actualidad el órgano de adoctrinamiento masivo más importante de la historia. Hollywood, el caso más palmario de esto.

## La industria cultural

Si bien ya algo hemos adelantado sobre el asunto, no dañará decir una o dos cosas más al respecto. Se ha visto que corresponde a Benjamín el título de pionero en el análisis de una anatomía de lo

que luego se conocerá como «industria cultural», aunque los ensayos más conocidos e influyentes al respecto terminarán siendo los de sus colegas Adorno, Horkheimer y Marcuse. La principal crítica que dirigen a lo que llaman «industria cultural» es el haber reemplazado el arte por una cultura de masas que se ha industrializado y degradado, focalizándose solo en llegar a grandes cantidades de personas con el objetivo de lograr su alienación al sistema dominante. Por eso dicen los dos primeros que "las películas y la radio deben dejar de pretender considerarse como arte".[198]

Teodoro Adorno (tomando a Benjamín como base), experto en sociología y comunicología, hace hincapié en sus estudios en investigar y analizar la mentada industria cultural y la televisión como fenómenos ideológicos, que tienden a la estandarización del gusto cultural, produciendo productos esencialmente iguales –envueltos en diferencias artificiales- que presenta en un lenguaje homogéneo de fórmulas vacías de contenido. Estos bienes o productos atrofiarían la capacidad de reflexión e imaginación del consumidor, quedando alienados al sistema capitalista dominante sin que lo sepan. Es decir, el capitalismo utilizaría todas estas manifestaciones culturales para operar inconscientemente en la voluntad del individuo, utilizando la ingeniería social de la psicología colectiva para fines políticos de dominación. Se da al individuo la sensación de libertad, pero siempre dentro de un sistema de control social, que reproduce siempre lo igual; el que no puede o no quiere adaptarse a la tendencia *mainstream* es automáticamente excluido del sistema.

Ocupándose luego específicamente de la televisión, Adorno denuncia que en sus programas la calidad se vea afectada por la duración, y que a través de una ideología moralizante, propicia el mantenimiento del estado de cosas actual, haciendo que el conformismo se adueñe de la voluntad del individuo, sin dejar lugar o espacio a la desobediencia y matando todo instinto revolucionario. Transmite la TV un pseudorealismo que llega hasta el detalle más ínfimo y lo pervierte: "Nada es más engañoso que cuando la televisión pretende hacer hablar a los hombres como en realidad hablan"[199], concretando las utopías solo para impedir que los

hombres alcancen verdaderamente lo utópico. En fin, es un medio de adoctrinamiento donde la escritura de imágenes se basa en un vocabulario plagado de estereotipos utilizados para definir lo que a ojos del sistema dominante es bello, feo, bueno o malo.

Resulta más que evidente que tal formula denunciada por los de Frankfurt y muy particularmente por Adorno es lo mismo que sucede en la actualidad con la difusión de postulados marxistas-progresistas: existe una utilización ideológica de la psicología colectiva no ya en favor del sistema capitalista (su política o economía) sino contra todo lo que importe civilización occidental cristiana y sus principios. No importa tanto ya el régimen político o económico del sistema o nación sino su ideología cultural.[200]

Es interesante asimismo el abordaje que hace Adorno del concepto de «tiempo libre», entendiendo que nunca es libre ese tiempo de aparente distendimiento o relajación, puesto que se trataría de una libertad controlada -por tanto, una falsa libertad- donde fuera del trabajo el individuo entraría voluntariamente –aunque sin saberlo realmente- en el verdadero centro de adoctrinamiento y alineación del sistema capitalista: la cultura. La función única de ese tiempo libre seria «reparar» al hombre para el tiempo de trabajo. Resumiendo, este tiempo de ocio, de descanso, transforma la libertad de los hombres en una ironía. Es libertad organizada, libertad obligatoria, integrado por actividades repetitivas similares a las del tiempo de trabajo, cuya función es adiestrarlo para lo único que importa: el trabajo y la economía. Entre otros ejemplos, Adorno menciona el caso de actividades deportivas y el funcionamiento en forma de «team». Son actividades que se realizan por presión social que provocan un efecto placentero artificial y a corto plazo. En síntesis, este sujeto doblemente esclavizado, dentro y fuera del trabajo, no solo no pondrá reparos a la continuación del sistema político dominante sino que asegurara consciente e inconscientemente su existencia *in eternum*.

En la misma línea que Adorno, Marcuse ofrece un claro ejemplo sobre como el hombre terminaría siendo un mero producto de un sistema que lo oprime y no comprende:

> Consideremos a Joe Sixpack. Joe trabaja como técnico de bajo nivel para una compañía que fabrica televisores, que es parte de un enorme

conglomerado de telecomunicaciones. Que él mañana tenga empleo o no depende de los especuladores de Wall Street y de las decisiones de una sede corporativa en otro Estado. Pero Joe no se da cuenta de eso: él simplemente va al trabajo cada mañana con una leve sensación de disgusto, tira de las palancas y oprime los botones a medida que recibe las instrucciones de la máquina y del jefe, y produce televisores en masa hasta que es hora de ir a casa. En el camino a casa recoge un paquete de seis latas de cerveza, otro producto de mercado masivo de mercantilización capitalista, y después de cenar con la familia se desploma delante de la televisión y los anuncios publicitarios; siente que el efecto narcótico del alcohol lo va sumiendo en un sopor que invade todo su cuerpo mientras las series de televisión y los anuncios publicitarios le dicen que la vida es genial, y que no se podría pedir algo mejor. Mañana será otro día.

Joe Sixpack es un producto. Él es parte de un sistema opresivo, disfuncional y competitivo, pero que está cubierto por una capa de paz y confort. Él es ignorante de la brecha entre la apariencia del confort y la realidad de la opresión, ignorante de que es una pieza del engranaje en un sistema tecnológico artificial, ignorante porque los frutos del capitalismo que el produce, y que piensa que disfruta con el consumo, está debilitando sus instintos vitales y volviéndolo física y psicológicamente inerte.[201]

Según los hombres de Frankfurt, esto explicaría la pasividad del proletario promedio, sujeto y dominado por un sistema omnipotente y omnipresente. La ostentación del monopolio de los *mass media* y la tecnología por el capitalismo facilitaría asimismo la difusión de una seudocultura alientante. En este sentido, desde *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada* (1951), Adorno denuncia y critica a la industria cultural de sustituir a la música sinfónica por la emisión en la radio, al arte de vanguardia por el jazz, a la gran literatura por los cómics, a la vieja pintura por el cine y a los paseos en el campo por la velocidad de los automóviles, etc. Esta industria, según Adorno, servía al fascismo, a la generación de la «personalidad autoritaria» y a la consolidación del capitalismo.

No obstante lo antedicho, conviene detenernos un momento en la distinta visión que tenían Adorno y Benjamin frente al proceso contracultural entonces incipiente. Benjamin adopta una actitud optimista frente al fenómeno, viendo que un arte de masas políticamente progresista podría transformar la sociedad. Caída el

«aura» en el arte (la contemplación frente a lo sacro, lo verdadero, lo bello y lo real), el hombre sería libre, propenso a lo inmanente y bien dispuesto a los nuevos mensajes ideológicos. Adorno, en cambio, cree que bajo esa pseudocultura vuelve el aura bajo otro modo: ahora bajo la forma del objeto mercantil y del consumismo, reificando al hombre, generando un individuo que se identificaba con lo siempre igual, incapacitado para la concentración. Adorno detestaba la cultura popular, señalando que producía una "atrofia de la imaginación y de la espontaneidad", llegando a decir: "De cada una de mis idas al cine salgo un poco más estúpido y más maligno, a pesar del perfecto estado de alerta sobre mí mismo". Adorno no explicitaba anhelos revolucionarios inmediatos; entendía que la labor del filósofo no era transformar el mundo como decía Marx sino buscar la verdad a través de la crítica negativa y sistemática, del pesimismo, desmitificando todo orden anterior. Consideraba que este tipo de filósofo era el realmente revolucionario, el de la crítica aun no explícitamente revolucionaria. En contraste, Benjamin ve desde el primer momento el gran potencial revolucionario de la seudocultura o contracultura. Evidentemente, en este sentido fueron las ideas de Benjamin (además de Marcuse) las que han demostrado ser más efectivas.[202]

## El hombre alienado

Y toda esta «cultura de masas» o «industria cultural» genera lo que Marcuse llama «el hombre alienado»; concepto éste, junto con el de «reificación», que había aprendido de Georg Lukács y Martin Heidegger[203]. El de Frankfurt cree estar frente a una sociedad completamente sometida a los cánones del sistema capitalista –que no es consciente de esta sujeción-, que utiliza distintos métodos para manipular y mantener a raya a la población. Esta sería una sociedad en verdad esclavizada, dormida, conformista, pasiva al extremo frente a los hechos, sin fuerza ni voluntad para cambiar la realidad, por el sencillo motivo que ni siquiera puede intuir la existencia o posibilidad de un cambio. Este "hombre alienado" ha perdido sus verdaderas necesidades en el confort y en el ambiente tecnificado, traicionando su verdadera esencia por un sistema avasallador de producción, para adaptarse

totalmente a éste. Criticando a este «hombre gris», nos dice lo siguiente: "El individuo unidimensional se caracteriza por su delirio de persecución, su paranoia interiorizada por medio de los sistemas de comunicación masivos. Es indiscutible hasta la misma noción de alienación porque este hombre unidimensional carece de una dimensión capaz de exigir y de gozar cualquier progreso de su espíritu. Para él, la autonomía y la espontaneidad no tienen sentido en su mundo prefabricado de prejuicios y de opiniones preconcebidas".[204]

Para Marcuse, el mejor ejemplo del hombre unidimensional es el mencionado «Joe Sixpack», como añade Stephen Hicks: "Joe es un hombre de una sola dimensión atrapado dentro de un «universo totalitario de racionalidad tecnológica», ajeno a la segunda y real dimensión de la existencia humana, en donde la verdadera libertad, la democracia y el progreso tienen lugar".[205] Para los de Frankfurt, bajo el capitalismo, el hombre termina constituyendo un mero e insignificante engranaje en una estructura impersonal; sistema que por su neutralidad se desentiende de todo componente ético.

Y este sistema «alienante» opera en todas las esferas posibles, adoctrinando al individuo incluso a través del lenguaje:

> ¿Dónde hay actualmente, en la órbita de la civilización industrial avanzada, una sociedad que no esté bajo un régimen autoritario? Conforme la sustancia de los distintos regímenes deja de aparecer en formas de vida alternativas, llega a descansar en las técnicas alternativas de manipulación y control. El lenguaje no sólo refleja estos controles sino que llega a ser en sí mismo un instrumento de control, incluso cuando no transmite órdenes sino información; cuando no exige obediencia sino elección, cuando no pide sumisión sino libertad. Este lenguaje controla mediante la reducción de las formas lingüísticas y los símbolos de reflexión, abstracción, desarrollo, contradicción, sustituyendo los conceptos por imágenes. Niega o absorbe el vocabulario trascendente; no busca la verdad y la mentira, sino que las establece e impone.[206]

"La tecnología como tal", escribe Marcuse, "no puede ser separada del empleo que se hace de ella; la sociedad tecnológica es un sistema de dominación que opera ya en el concepto y la construcción de técnicas".[207] En su conocido trabajo *El hombre*

*unidimensional,* Marcuse define a la Sociedad Unidimensional como la sociedad sometida a la continua fetichización y alienación de sus miembros. En este sentido, dice Blanca Muñoz:

> Resulta ser una sociedad en la que la razón instrumental ha logrado, mediante una utilización ideológica de la ciencia y la técnica, un impresionante poder de transformación de las necesidades y motivaciones de los individuos, y en este punto hay que situar el triunfo y pervivencia del sistema. Para Marcuse, el individuo "unidimensionalizado" es aquel que percibe y siente como suyas las perspectivas y necesidades que los mecanismos publicitarios y de propaganda le prescriben. La Sociedad Administrada ha conseguido establecerse no tanto en estructuras exteriores al sujeto sino que la unidimensionalidad se mueve en una doble dimensión psicológica: la sobrerrepresión y los esquemas de asimilación e introyección de los controles sociales. A partir de aquí, desaparece la bidimensionalidad; es decir, la capacidad del sujeto para percibir crítica y autocríticamente su existencia y su sociedad. En consecuencia, la culminación de la irracionalidad en la sociedad de consumo de Masas será la que bajo la aparente comodidad del bienestar y la felicidad organizada destruya los vínculos de interpretación causal e institucionalice un comportamiento colectivo en el que la desindividualización del ciudadano, pese a la propaganda del "individualismo", sea su efecto más evidente.[208]

Este pensamiento, concepción del entonces *status quo*, queda ampliamente desarrollada en su citado libro. Y es a partir de este escenario, de esta realidad presuntamente inobjetable, que irá buscando distintas posibilidades para hacer reaccionar a este hombre satisfecho económica y materialmente, encontrando entonces en estos grupos nuevos sujetos revolucionarios. Con André Gorz, Marcuse cree que hay que “establecer nuevas y superiores necesidades para ayudar a preservar el espíritu revolucionario en la saturada sociedad de nuestro tiempo”. A este respecto, indica Ludwig Schulte lo siguiente: “Debido a la incesante y progresiva integración de los estratos sociales, no se dan ya los condicionamientos para el movimiento revolucionario en la miseria material o el descontento económico. Las condicionantes para tal movimiento deben crearse artificialmente mediante una proyectada "re-ideología" de las masas”.

Observa claramente que ya la sociedad de masas se encuentra desprovista de ideología y nivelada: es decir, no es revolucionaria y está contenta con su suerte. “Los hombres –dice- se encuentran a sí mismos en sus utensilios; encuentran su almo en su auto, en su receptor de alta fidelidad, en sus aparatos electrodomésticos. Incluso el mecanismo que at al hombre a su sociedad se ha modificado y el control social está anclado en las nuevas necesidades, que ella misma ha creado”.[209] Es más, existe en esta fase del capitalismo avanzado una armonía de clases, un buen trato entre el patrón y el trabajador, pero no ve Marcuse en ello algo positivo, es decir, proveniente de una situación de igualdad y justicia social generada por la pujante sociedad industrial, sino que se enfada tanto con el obrero como con su empleador por estar «alienados» al sistema.

Movido por un resentimiento realmente irracional –y por qué no, parvulario-, Marcuse no concibe la posibilidad real de que exista un natural y voluntario entendimiento entre las partes, libre de ideología. “Si el obrero y su jefe disfrutan viendo el mismo programa de televisión y visitan los mismos lugares de esparcimiento; cuando la mecanógrafa viste tan bien como la hija de su empleador; si el negro posee en un Cadillac y todos leen el mismo periódico; semejante asimilación indica no la desaparición de las clases sino el punto hasta el cual las necesidades y satisfacciones que sirven para la preservación de la clase dirigente se comparten entre el sustrato de la población”[210], nos dice. Apoyado en Adorno y Horkheimer, ve con disgusto como los problemas sociales se ven solucionados por la abundancia de bienes y se lamentan que los obreros se alíen con sus «enemigos naturales», los patronos y tecnócratas.

Podemos ver en este claro ejemplo el punto al que llega la irracionalidad, resentimiento e intenciones del espectro frankfurtiano, pues aquello implicaría sostener que el sistema capitalista seguiría siendo inaceptable incluso si lograra erradicar toda la miseria del mundo. Este pensamiento de los filósofos pareciera dejar claro que su móvil jamás fue defender al proletario ni emancipar a la sociedad de las opresiones y desigualdades, sino mantenerlo sumergido en el más abyecto y sistemático odio y resentimiento, ofreciéndole en todo momento nuevas categorías dialécticas, nuevos enemigos. De

aquí que una de los mayores anhelos de la teoría crítica haya sido elaborar un sistema que nunca pudiera ser cómplice del orden establecido; una doctrina y discurso móvil, ambivalente, que siempre encontrara nuevos opresores, manteniendo al hombre en una revolución permanente.

Marcuse ve claramente –probablemente influenciado por Benjamin- el potencial subversivo de la industria cultural y de la contracultura. A este respecto, dice que: "El entretenimiento y el aprendizaje no se oponen; el entretenimiento puede ser el modo más efectivo de aprender".[211] Es decir, a través de la (seudo) cultura vuelta en entretenimiento podía adoctrinarse al hombre. Pareciera evidente que esta máxima ha sido la estrategia principal del progresismo para imponer sus postulados, a través de la televisión, las películas, los *talk shows*, programas de chimentos, *best sellers*, programas de radios, revistas, etc., presentadas de un modo atractivo al gran público, que acepta acríticamente cuanto los *mass media* -y la tendencia creada- por esta afirme.

También Erich Fromm abordó ampliamente el concepto de alienación bajo el sistema capitalista. Desde su libro *El arte de amar*, el psicoanalista se refiere a la *alienación emocional*:

> Aun los sentimientos están prescritos: alegría, tolerancia, responsabilidad, ambición y habilidad para llevarse bien con todo el mundo sin inconvenientes. Las diversiones están rutinizadas en forma similar, aunque no tan drástica. Los clubs de libro seleccionan el material de lectura, los dueños de cinematógrafos y salas de espectáculos, las películas, y pagan, además, la propaganda respectiva; el resto también es uniforme: el paseo en coche del domingo, la sesión de televisión, la partida de naipes, las reuniones sociales. Desde el nacimiento hasta la muerte de lunes a lunes, de la mañana a la noche: todas las actividades están rutinizadas y prefabricadas. ¿Cómo puede un hombre preso en esa red de actividades rutinarias recordar que es un hombre, un individuo único, al que sólo le ha sido otorgada una única oportunidad de vivir, con esperanzas y desilusiones, con dolor y temor, con el anhelo de amar y el miedo a la nada y a la separatidad?[212]

Dedica asimismo algunas páginas al consumismo:

> Somos consumidores con la boca siempre abierta, ansiosos y dispuestos a tragarlo todo: películas, bebidas, conocimiento. Esa falta de concentración

> se manifiesta claramente en nuestra dificultad para estar a solas con nosotros mismos. Quedarse sentado, sin hablar, fumar, leer o beber, es imposible para la mayoría de la gente. Se ponen nerviosos e inquietos y deben hacer algo con la boca o con las manos (fumar es uno de los síntomas de la falta de concentración: ocupa la mano, la boca, los ojos, la nariz…[213]

En la misma línea de lo antes señalado, ahora desde su obra *El corazón del hombre*, sostiene Fromm que el ser humano actual se caracteriza por su pasividad y se identifica exclusivamente con los valores del mercado por haberse vuelto el mismo un bien de consumo, sintiendo su vida como un capital que, por ende, debe focalizarse en incrementar sus dividendos. Y para que esta sociedad de consumo pueda funcionar, se requiere de individuos dóciles con gustos estandarizados, de modo que puedan ser fácilmente influidos y dirigidos. Bajo este sistema de consumo, los hombres deben sentirse libres e independientes pero a la vez estar dispuestos a ser dirigidos en las cosas que realmente importan (sobre lo que no tiene consciencia). Para que esto sea posible resulta indispensable que el individuo se encuentre alejado de cualquier principio o referencia moral. Este tipo de hombre, nos dice, es guiado sin fuerza, conducido sin líderes, suerte de robot programado solo para estar en movimiento y avanzar: el autómata. En base a lo antedicho, concluye Fromm que el sistema económico capitalista no solo enajena al hombre sino que lo imposibilita para amar.

----

Como vemos, existe en todos los hombres de Frankfurt una obsesión casi patológica con respecto a la presunta alienación que deliberadamente ejercería el capitalismo sobre los hombres. Sometimiento no sólo económico, sino cultural y hasta emocional. No se les ocurre pensar en la posibilidad que el hombre estuviese abrazando conscientemente aquel sistema aun con sus defectos.

Conviene señalar primeramente que la realidad de un hombre atomizado, preso del consumismo y acrítico era algo señalado por anterioridad por la Iglesia Católica y por hombres como Oswald Spengler y Ortega y Gasset, entre otros muchos. Lo novedoso tal vez del pensamiento de los filósofos alemanes es su recurrente reduccionismo a la hora de analizar ciertos fenómenos. Un rasgo

muy común de sus tesis es la pretensión de otorgar universalidad y atemporalidad a ciertas experiencias y conceptos que corresponden en realidad a tiempos y regiones específicas. Por ejemplo, difícilmente podría sostenerse que aquella denunciada sociedad de consumo determina la voluntad humana. Por otro lado, no puede llegarse a una conclusión taxativa y universal tomando sólo un caso, el de la sociedad de consumo en los EEUU. Luego, creemos que concluir sin más que la capacidad de amar es condicionada negativamente por el capitalismo -siendo imposible la existencia de genuinas muestras de amor bajo este sistema- no resiste análisis. Habrá que agregar además que no existe un solo tipo de capitalismo sino una serie de variantes con distinto grado de éxito en la aplicación, y señalemos asimismo que este sistema fue flexibilizándose y evolucionando a través de las décadas (especialmente desde el momento en que escribe Marx).

Asimismo, parece poco serio responsabilizar al capitalismo de todos los males de la humanidad y de la maldad, egoísmo, docilidad y estupidez del hombre, lo cual denota un completo desconocimiento de la naturaleza humana, tendiente hacia el mal se encuentre dentro del sistema que se encuentre.[214] ¿O caso no hubo *nerones* y *stalins* en toda la historia? Resulta indudable que el capitalismo dista mucho de ser perfecto y que no pocas veces ha cedido a la razón instrumental como medio para lograr sus fines. Los excesos y defectos del capitalismo, como de cualquier otro sistema, son fruto del rechazo al orden natural y del alejamiento de Dios, que exigen una moralidad y normativas concretas para proceder. Sin universales, sin verdades objetivas y conocimiento concreto de lo que es objetivamente bueno y lo que es malo, sin reconocer un orden o esencia anterior a la voluntad, no existe posibilidad de un futuro próspero y verdaderamente justo. Sintetizando: el problema no es el capitalismo sino la falta de cristianismo.

Volviendo a Fromm y su tesis sobre la alienación emocional del capitalismo, resulta sorpresivo que enaltezca el concepto de amor desde el marxismo, omitiendo el caso del comunismo internacional y de las «repúblicas» socialistas. En términos de amor, libertad, fraternidad e igualdad no quedarían ciertamente bien

parados, por motivos por todos conocidos (100 millones de muertos en 70 años de un régimen esclavista). Fromm y sus colegas escriben libros como *El arte de amar* pretendiendo aleccionar a la humanidad, pero lo cierto es que salvo excepción que confirma la regla de modo terminante, ninguno se ha destacado por amar absolutamente a nadie. Dedicaron sus vidas a promover el pesimismo cultural y el resentimiento, atacando la dimensión espiritual del hombre para subyugarlo en un vacío existencial, dejándolo preso del hedonismo. Los hombres de Frankfurt no podían dar lo que no tenían, es cierto. ¿Ha visto alguien alguna imagen de los filósofos donde se muestren genuinamente felices? Todo lo que vemos son rostros grises, abombados, derrotados, ceños fruncidos, producto de sus oscuras y atormentadas existencias.

Reparemos en el caso de Marcuse, particularmente en *El hombre unidimensional*, uno de sus libros más conocidos e influyentes (celebrado al punto de la veneración, a pesar de la crítica de Habermas[215]), donde demoniza a la tecnología, exagerando su poder y atribuyéndole un maquiavelismo que no tiene. Las sociedades industriales y la tecnología (y en suma, el capitalismo) que condena no se limitan a la producción de artefactos o productos sin sentido: por el contrario, muchas veces desempeñan funciones y tareas muy necesarias que sólo son posibles dentro de la abundancia (educativas, habitacionales, científicas, de ayuda social, creando puestos de trabajo, etc.). Las instituciones caritativas y filantrópicas del sector privado –que toma responsabilidades que no asume el estado- son posibles gracias a la moral cristiana y a la bonanza o estabilidad económica producida bajo el modelo de sociedades que los de Frankfurt rechazan y criminalizan.

Desde luego, como hemos dicho ya, la civilización industrial y el capitalismo se encuentran muy lejos de ser perfectas, tendiendo muchas veces a otorgar primacía al nivel de producción, competitividad y al rédito económico, desatendiendo la necesidad de una más justa distribución de la riqueza, pero sería erróneo suponer que aquello pertenece a su esencia. ¿Qué sistema, acaso, se encuentra exento de posibles justicias o arbitrariedades? Los hombres de Frankfurt –y el marxismo en general- no lo dicen. Lo

que sí sabemos es que aún con sus grandes defectos los sistemas capitalistas han mejorado notablemente la situación material del hombre. Cualquier índice histórico-estadístico de economía comparada confirma aquello. No es la abundancia lo que genera injusticias o aberraciones, como insisten los de Frankfurt sin aportar elementos que sustenten su tesis. ¿Qué sistema debería sustituir a la sociedad industrial? Marcuse no lo dice. Marcuse no tiene ninguna propuesta sino un método: la crítica y contestación permanente, lo cual es medio y fin al mismo tiempo.

Su ceguera ideológica pareciera tocar el límite de lo posible cuando traza un paralelismo entre el comunismo y el capitalismo. Y no sólo en términos económicos, sino, fundamentalmente, en cuestiones que presuntamente le son caras, como la libertad, la ética y la alienación social. ¿Qué equivalencia puede sostenerse entre el despotismo bolchevique –con su estado burocrático, asesino y policial y un pueblo mecanizado y esclavizado- con el régimen democrático de entonces que a pesar de todas sus falencias garantizaba al hombre las libertades esenciales? "El capitalismo y el comunismo –dice Marcuse– son, en último término, idénticos. Buscan las mismas cosas: comodidades y suavización de la vida". Sentencia esta que demuestra acabadamente que el de Frankfurt no pasó un segundo de su vida en las regiones sovietizadas. Lo de Marcuse es poco serio

Por otro lado, pero en el mismo sentido, las críticas que podrían hacerse al concepto de «alienación» sostenido por los filósofos alemanes son varias y entitativas, comenzando por el marcado subjetivismo con que es abordado. Pues si el obrero o cualquier otra persona no responden al ideario marxista, se trataría entonces de personas de limitada capacidad cognitiva y/o de traidores a su clase y a la libertad. Tal aserto quedaría justificado en su máxima según la cual "los esclavos no pueden concebir la felicidad verdadera", porque no han podido *«desalienarse»* todavía. "Entonces, ¿Quién podrá atisbar ese porvenir venturoso, aunque neblinoso?", se pregunta Enrique Díaz Araujo apoyándose en Vivas, uno de los principales objetores de Herbert Marcuse: "Marcuse, solo Marcuse; «solo un mestizo, mezcla de materialismo dialéctico y freudianismo, puede concebir la felicidad verdadera». Así ahora los

hombres parecen felices, se consideran felices, son relativamente libres. Y sin embargo, según Marcuse, no son, no pueden ser, no deberían ser libres ni felices… ¿Por qué deberían tener sentimientos, capacidades, reacciones sensibles que yo no tengo? Porque Marcuse lo dice".

Al sinsentido de Marcuse, responde Vivas: "Por eso no voy a soportar que un viejo atrabiliario, escupiendo odio, me diga que no he realizado mi humanidad, que no seré completamente humano hasta que el no destruya mi mundo y en su lugar nos llene de escombros y cadáveres putrefactos. Debido a que su concepto de la esencia del hombre (para usar otra sus palabras favoritas) es una «difamación» de nuestra humanidad, encuentro insufrible su desfachatez con que niega nuestra humanidad".[216]

En resumen, los hombres de Frankfurt sostienen que el sistema capitalista y su industria cultural generan el hombre unidimensional que, atrapado por una seudocultura, solo piensa en el consumo y cosas sin importancia, viéndose impedido de formular un pensamiento crítico. No solo porque el sistema lo ha atontado y adormecido, sino porque no tiene consciencia de su estado de opresión y sometimiento. El método que consolida el éxito del capitalismo es la «industria cultural» que, presentada bajo la apariencia de arte o alta cultura, es en realidad un producto de bajísima calidad que actúa como vehículo ideológico y adoctrinador.

No obstante –lo hemos dicho ya- no es difícil colegir que detrás de esta crítica atroz al capitalismo de entonces –algunas indudablemente ciertas- se esconde una clara intencionalidad por barrer a toda la civilización occidental… Dicen «capitalismo», pero en realidad quieren decir «Occidente» y «cristianismo». Agreguemos asimismo que las críticas a ese hombre consumista y materialista, a esa razón instrumental, es justamente producto de la acción de la *Ilustración* que en gran medida ellos reivindican. La eliminación de la tradición y del orden cristo céntrico que celebran es el primer causal de los excesos del orden que ahora denunciaban. Los prejuicios religiosos de los filósofos alemanes les impidieron ver el cuadro general con claridad.

## El Proyecto Radio

Respecto a la industria cultural y las tecnologías que aceleran y potencian la denunciada reificación, no podemos dejar de mencionar al «Proyecto Radio» de 1937, encargado a la Escuela de Frankfurt (a Adorno especialmente) por la Fundación Rockefeller, que financió las investigaciones. Lo que allí se buscaba era medir los efectos sociales de las nuevas formas de los medios de comunicación, en particular los de la radio. Se calcula que había en aquel momento cerca de 30 millones de aparatos de radio en los EEUU, pero nadie hasta entonces había emprendido una investigación seria sobre la influencia social de tan poderoso vehículo de transmisión cultural. Tomando como base operativa la Universidad de Princeton, se designó como director del Proyecto a Paul Lazersfeld, un antiguo colaborador de la Escuela de Frankfurt desde los años '30.[217] Junto a él estaba el psicólogo Frank Stanton, que será luego presidente del Columbia Broadcasting System (CBS) y del consejo de administración de la RAND Corporation, cercano al presidente Lyndon Johnson. Teodoro Adorno fue nombrado jefe de la sección de música del Proyecto.

El objeto del proyecto parecía ser probar empíricamente la tesis de Adorno y Benjamin sobre el efecto de los medios de comunicación en el hombre, tendiente a atomizarlo e incrementar su disposición al cambio (lo que la gente llamaría más tarde «lavado de cerebro»).

"De esa comprobación", nos dice Minnicino:

> Surgieron seriales en radio, las llamadas soap operas, que conectaban perfectamente con las amas de casa de nivel social inferior y vidas grises a quienes el relato trasladaba a parajes exóticos y, a través de encantadores personajes de ficción, les hacían vivir experiencias románticas propiciadoras del escapismo, es decir, del momentáneo olvido de la tediosa monotonía de sus vidas. Un estudio realizado por dos psicólogos de la Universidad de Chicago bajo el título de The Radio Daytime Serial: Symbol Analysis, confirmaba la bondad de esos programas y constataba la adicción que creaban en las oyentes, así como la credibilidad de que gozaban en su calidad de 'realidad alternativa'. Con ello empezó en serio la manipulación de los media para introducir en la sociedad los cambios que se considerasen necesarios: programas destinados a 'crear opinión', decían (...)La CBS fue el primer ente radiotelevisivo en disponer de una estructura

> técnica para analizar el impacto social de los programas, algo hoy presente en todas las grandes emisoras. Con el análisis empírico que llevan a cabo y las aplicaciones resultantes de ellos, los colosales entes audiovisuales USA son los responsables de la muy común sensación de que cuando uno ve determinada escena en una nueva película o programa, cree haberla visto antes. Y es que si un analista de programas indica que la audiencia ha vibrado o ha vivido intensamente una escena determinada en un drama de la II Guerra Mundial, o que se ha emocionado mucho cuando un actor cualquiera besaba a una actriz cualquiera, el formato de esa escena se habría de repetir en docenas de obras situadas en la Edad Media, en el espacio sideral o en el tiempo y situación que convengan.[218]

Hubo un suceso particularmente significativo y vistoso que comprobaba la tesis propuesta por el proyecto de marras, es decir, del precondicionamiento que podía lograrse sobre el individuo con las nuevas tecnologías. Nos referimos a la radionovela de 1938 Halloween de Orson Welles, basada en La Guerra de los Mundos de H. G. Wells, cuyos efectos sobre los escuchas investigó el Proyecto Radio. ¿Qué había pasado en ese programa de radio?:

> Seis millones de personas oyeron la emisión que de una manera realista describía una fuerza invasora marciana que aterrizaba en la Nueva Jersey rural. A pesar de afirmaciones repetidas y claras de que el espectáculo era ficticio, aproximadamente el 25% de los oyentes pensó que era verdadero, con algunos derechamente entrando en pánico. Los investigadores del Proyecto Radio encontraron que una mayoría de la gente que se aterrorizó no había pensado que hombres de Marte habían invadido; ellos realmente pensaron que los ALEMANES eran los que habían invadido. Sucedió de esta manera: Los oyentes habían sido psicológicamente pre-condicionados por informes de radio acerca de la crisis de Múnich antes ese año.[219]

Este descubrimiento dejó una conclusión muy clara a los investigadores, pronto convertida en máxima: quien ostente el monopolio de los medios de comunicación controlará la opinión, voluntad y disposición de la sociedad. Enseñanza ésta puesta en práctica de modo inmediato llegando hasta la actualidad, donde los *mass media* se han convertido en formadores más que informadores, controlados en su enorme mayoría por la izquierda (sea en su versión populista, burguesa, centrista o progrelibertaria).

En otras de las investigaciones acometidas dentro del mismo proyecto, se descubre que los estadounidenses, durante los últimos veinte años, se habían convertido en "mentalmente orientados hacia la radio" y también -continúa Minnicino-:

> (…) que su audiencia se había hecho tan fragmentada que la repetición del formato era la clave para la popularidad. La selección de canciones (play list) determinaba los "hits" (éxitos) —una verdad bien conocida por el crimen organizado, tanto entonces como ahora—, y la repetición podía hacer de cualquier forma de música o de cualquier intérprete, incluso uno de música clásica, una "estrella". Mientras se mantuviera una forma o contexto familiar, casi cualquier contenido podría convertirse en aceptable. "Las canciones exitosas, las estrellas y telenovelas no sólo son tipos cíclicamente recurrentes y rígidamente invariables", dijo Adorno, resumiendo este material unos años más tarde, "sino que el contenido específico del entretenimiento mismo se deriva de ellos y sólo parece cambiar. Los detalles son intercambiables.[220]

Ya había notado Adorno además el condicionamiento que las masas y los gustos mayoritarios ejercían sobre el individuo. Refiere el caso del Jazz, que surge como un fenómeno marginal, convirtiéndose en el espacio musical de aquellos que no tenían cabida en la cultura. Sin embargo, en pocos años el jazz experimenta un éxito sin precedentes. Observa Adorno en ese caso que el consumidor cultural no es fruto de un gusto individual, autónomo, sino que se encuentra coaccionado por las fuerzas sociales. De modo inconsciente el sujeto decide reprimir sus gustos individuales y adaptarse al del conjunto a fuer de no sentirse excluido. Con la repetición de los contenidos difundidos a través de los *mass media* se lograba moldear los gustos de las sociedades. Aquel que en un principio no hubiera caído o adherido a ello termina aceptándolo –e incluso buscándolo- por una presión social no siempre perceptible, para así lograr la aceptación grupal y no quedar fuera del sistema. De algún modo, podríamos decir que se adelantó al famoso experimento de Salomón Asch[221]. Décadas más tarde, el sociólogo estadounidense Herbert Schiller escribirá su famoso ensayo *Mind Managers* (*Manipuladores de cerebros*), en donde señala que los medios masivos de comunicación construyen una imagen de la sociedad que no responde a la realidad pero que

presentan como un fiel reflejo de la misma, con lo que las personas buscan adecuar sus conductas a esa imagen.[222]

Retomando el Proyecto Radio, se comprendió también que la televisión tenía el potencial para intensificar todos los efectos que ellos habían estudiado. No debería sorprender la temprana vinculación entre la Escuela de Frankfurt y la Fundación Rockefeller, pues esta última ha sido desde entonces –hasta la actualidad- la institución que ha financiado todos los proyectos y lobbies de la izquierda cultural en el mundo, alineada a la Organización de las Naciones Unidas. Sobre el soporte de la Fundación Rockefeller al instituto alemán y hacia otros de similar orientación en los tiempos de posguerra –especialmente en los EEUU- existe un detallado trabajo científico del sociólogo David Stanley titulado *The Rockefeller Foundation and the Patronage of German Sociology, 1946-1955*[223], que explica en gran medida el auge y la efectividad de la contracultura, explotando a fines de los años 60´. Por ofrecer solo dos ejemplos conocidos sobre ello, mencionemos que tanto *El hombre unidimensional* como *Eros y civilización* de Herbert Marcuse fueron financiados por la mentada Fundación -a la que el de Frankfurt agradece al comienzo de ambas obras- y que Max Horkheimer recibió dinero de la misma fundación para volver a Alemania en 1948[224]y continuar con las actividades el instituto.

CAPITULO VI

# FEMINISMO E IDEOLOGÍA DE GÉNERO

*“El dominio de los hombres sobre las mujeres es el primer acto de conquista, y el primer uso explotador de la fuerza…”*.

Erich Fromm

Habiendo logrado identificar el mecanismo mediante el cual el capitalismo lograba la alineación de la sociedad (la *cultura de masas* e *industrial cultural*), replantean la concepción y significación de las distintas manifestaciones artísticas vigentes para que esa gran estructura de cultura de masas opere ahora a favor de la revolución marxista. Y esta solapada contracultura que poco a poco iba difundiéndose *urbe et orbi*, irá preparando el camino para la irrupción de los nuevos agentes revolucionarios, que a la par de abrazar y difundir la mentada corriente subversiva-materialista, generarán nuevas y ruidosas rupturas sociales que quebrarán de un modo más directo y efectivo las instituciones fundacionales de occidente (la familia, la religión, la moral e ideales clásicos, etc.). Dadas ya las condiciones socio históricas, la Escuela de Frankfurt presenta al feminismo radical, que pasará a convertirse en su buque insignia contra la tradición occidental.

Proceso que comienza en la era Horkheimer y, más específicamente, durante el período de exilio del instituto en Suiza (1933), desde donde emprenden una serie de investigaciones sobre la familia, luego incluidas en el trabajo *Estudios sobre la Autoridad y la Familia*.[225] Las mentadas investigaciones consistían mayormente en una serie de cuestionarios cuyo propósito era indagar y recabar datos sobre los hábitos de la familia y el rol y pensamiento de cada uno de sus miembros.

Como ejemplo tomamos tres estudios conocidos y particularmente útiles a su propósito. El primer cuestionario se dirigió a familias urbanas acomodadas y a una serie de expertos cuya profesión estaba vinculada a estas temáticas. Entre otras cosas, se les pregunta sobre sus actividades en tiempo de ocio, sobre las relaciones intrafamiliares como resultado del desempleo, sobre su parecer sobre las causas de la actual crisis y sobre quienes a su juicio eran los hombres más grandiosos de la actualidad. La siguiente investigación, emprendida a fines de 1933, apunta a profesores universitarios de psicología y educación, jueces en cortes juveniles, trabajadores sociales, ministros, sacerdotes, trabajadores jóvenes, maestros de escuela, etc. Las dieciséis secciones del cuestionario contenían preguntas sobre la autoridad del padre, madre, hermanos mayores y hermanas, cambios en las relaciones de autoridad intrafamiliar, la conexión entre la autoridad y el soporte económico (una de las preguntas era: “¿está la autoridad del padre relacionada al hecho de que sea el principal proveedor?”), y la influencia de la educación en el carácter de los niños. Los cuestionarios eran clasificados de acuerdo a la clase social y localidad de residencia de los entrevistados; del total de preguntas, 99 eran dirigidas a la clase trabajadora, 27 a la clase media y 24 al estrato conformado por campesinos rurales.[226]

Los resultados arrojaban, por ejemplo, que las familias de los sectores rurales eran extremadamente patriarcales en comparación con las familias de la clase trabajadora. Se registraba asimismo un declive en la autoridad paterna y un incremento en el grado de independencia de los niños, cuyas causas esgrimidas son el desempleo, la guerra, el uso del tiempo de ocio, la irreligión y un declive en el terreno moral. En 1934 se conforma un nuevo cuestionario, esta vez dirigido a miles de jóvenes suizos, en cual se incluían preguntas como las siguientes: “¿recurres a tu madre o a tu padre cuando tienes problemas? ¿Por qué?”; “¿Fuiste castigado físicamente de niño?”; “Cuando tengas hijos, ¿los castigaras físicamente?”; “¿Los criarás estrictamente o serás tolerante?”; “¿A qué hombres actuales admiras más?”.[227] Los estudios de esta naturaleza proseguirán en los EEUU, especialmente a través de Fromm, cuyas investigaciones de campo en el período 1935-1938

resultan fundamentales, como aquella dirigida a mujeres del Sarah Lawrence College de Nueva York, con el objeto de estudiar la actitud de las estudiantes frente la autoridad.[228]

Todos estos estudios irán ofreciendo a los de Frankfurt un panorama situacional –sostenido más o menos empíricamente- de la psicología y hábitos de los distintos segmentos de la sociedad occidental, permitiéndoles detectar no solo su disposición al cambio o su nivel de conformidad o disconformidad en asuntos claves relacionados a la superestructura, sino sus debilidades o «huecos» por donde infiltrar sus postulados.

Con respecto al tema que nos ocupa, será indudablemente Erich Fromm quien más claramente se comprometió con la causa del feminismo y con la teorización de los problemas de género y las diferencias entre hombres y mujeres, convirtiéndose en el precursor del marxismo feminista y en el más conocido referente de la tesis según la cual el género es socialmente construido. Desde sus primeros trabajos sostenía que “la polaridad entre los principios masculino y femenino existe también dentro de cada hombre y cada mujer”, bregando por una sociedad matriarcal. Si bien es claro su apoyo en los estudios Johann Jakob Bachofen (1815-1887)[229], quién de algún modo adelantaba una síntesis entre el marxismo y feminismo, corresponde a Fromm el mérito de haberlo rescatado del olvido, desarrollando una dimensión feminista dentro de la Teoría Crítica, con base pretendidamente empírica.

Recordemos que acorde al planteo de la ideología de género, las diferencias entre hombre/mujer serían simples «construcciones sociales simbólicas» sin condiciones innatas o factores biológicos determinantes. El sexo, en suma, sería una mera construcción sociocultural pasible, por consiguiente, de ser modificado y reemplazado a discreción de cada uno. En palabras de Fromm, la masculinidad y la feminidad no eran reflejo de diferencias biológicas sino una imposición debida a la «opresión» que los heterosexuales –hombres, particularmente- ejercían en la sociedad. Tal tesis permitía replantear de un modo indirecto la histórica estructura patriarcal de las sociedades, pues si no existían en verdad diferencias decisivas y/o biológicas entre hombre y mujer, ¿por qué

aquel detentaba casi todas las posiciones de poder, dentro y fuera de la familia?

Por tanto, no debería sorprender en demasía que en general se presenten juntos el feminismo y la ideología de género. El feminismo ve un gran aliado en la ideología de género, puesto que al romper ésta última con los roles sociales tradicionales e históricos y con cualquier determinismo biológico, espiritual y antropológico, la mujer puede ahora disputar más fácilmente la primacía del patriarcado. Y derribado, criminalizado, el patriarcado «heteronormativo» queda resentida la estructura fundamental de la constitución familiar; institución «intrínsicamente opresora» en cual se sostendrían occidente y el capitalismo.

Por ello, el objetivo de todas las manifestaciones revolucionarias y contraculturales es la eliminación de la familia como centro de contención y educación del individuo en el orden natural, buscando a la vez que el estado adquiera el monopolio absoluto de la educación, especialmente de los niños. Lo cual es advertido por el psicólogo uruguayo Andrés Irasuste, notando que el feminismo -y más genéricamente la contracultura- "se han encargado de producir todo un bagaje teórico en donde la maternidad es considerada como una pesada maldición impuesta por el patriarcado a las mujeres: si la mujer desea ser libre, si no logra lesbianizarse, al menos que rechace la maternidad como ideal. El embarazo es, para ellas, una deformación sobre el cuerpo impuesta por el patriarcado al servicio de la especie y los intereses de la civilización, y el feto es proclamado como un inquilino no deseado y hasta como un parásito biológico colocado por el patriarcado en el cuerpo de la mujer. La maternidad es considerada un estado de decadencia psicológica y física".[230]

Quién primero se abocó a teorizar sobre el rol «opresor» de la familia tradicional y la necesidad de destruirla para materializar la revolución, fue Wilhelm Reich, a quién nos referiremos con mayor detenimiento en el próximo capítulo. En esta línea, dos de sus trabajos destacan particularmente: *La revolución sexual* (1936) y *La función del orgasmo* (1927). Escribe en el primero:

> La formación del carácter en la pauta autoritaria tiene como punto central no el amor paternal, sino la familia autoritaria. Su instrumento principal es la

supresión de la sexualidad en el infante y el adolescente… De hecho, la familia y la moral están minadas por la familia y la moralidad compulsivas… Para poder dominar la peste psíquica, tendremos que distinguir netamente entre el amor natural entre padres y niños y la compulsión familiar. La enfermedad universal llamada *familitis* destruye todo cuanto el esfuerzo humano honesto trata de realizar… La felicidad sexual de la juventud en vías de maduración es un punto central de la prevención de las neurosis. [231]

En el otro trabajo referido, nos dice:

Cualesquiera que sean las diferencias entre las familias de las diferentes clases sociales, tienen en común la propiedad importante de estar sometidas a idéntica atmosfera moralizadora desde el punto de vista sexual, influencia que no contraría en absoluto la moral de clase, la cual coexiste o pacta con ese moralismo sexual… El valor atribuido a la familia es, pues, la clave de la apreciación general de cada tipo de orden social. [232]

El odio de Reich a la familia tradicional fue motivada indudablemente por su propia experiencia personal, lo cual es una constante en casi todos los miembros de la Escuela de Frankfurt: la pretensión de otorgar carácter universal y absoluto a sus frustraciones y resentimientos. El psicoanalista volcó todo su odio a su propia familia: detestaba tanto a su padre como a su madre (a esta última se refería como “la idiota”), se negó a ayudar a su hermano enfermo de tuberculosis (terminará muriendo a causa de ello) y todas sus relaciones sentimentales se caracterizaron por la violencia y la locura, terminando pésimamente.

Para la destrucción de la familia, Reich propone además «liberar» a la mujer de su maternidad, promoviendo incluso la infidelidad:

Según nuestra experiencia, la relación sexual extramatrimonial, o la tendencia hacia la misma, constituye un elemento susceptible de desplegar una gran eficacia contra influencias reaccionarias… Debemos reconocer con toda claridad que la ideología de la madre… contiene un núcleo antisexual que hay que poner al descubierto: ser madre se opone a ser amada…; la afición a adornarse y al embellecimiento del cuerpo… constituyen un grave impedimento del pensar y sentir revolucionarios.[233]

Entre sus discípulas más conocidas, además de Simone de Beauvoir, tenemos a la afamada líder feminista Shulamith Firestone, que bregaba por la supresión de la niñez, entendiendo que el vínculo entre madre e hijo es el de una "opresión mutuamente compartida", que por consiguiente debe eliminarse. Opresión contra la mujer que Firestone y sus colegas ven en la crianza y en sus funciones procreadoras.[234] El corolario lógico de este pensamiento es la defensa del aborto en nombre de los derechos de la mujer. Hay que abolir la familia y acabar con la familia biológica, y para ello, entre otras medidas, la citada feminista promueve las relaciones incestuosas. Por su parte, ya los ideólogos y jóvenes del mayo del 68 denunciaban al hogar como «prisión burguesa» y defendían al sexo sin reproducción o «amor libre», rechazando asimismo todo limite moral, jerarquía y autoridad –lo cual es manifiesto en su famoso estandarte «prohibido prohibir»-.

Lo que de todo esto resulta evidente es que todos los movimientos contraculturales –homosexualismo, libertinos, abortistas, feminismo, ideología de género, anarquismo- apuntan y están conectados en un objetivo capital: la destrucción de la familia, célula fundamental de la civilización occidental cristiana.

En este plan, Erich Fromm fue otro gran pionero. Lo distintivo y novedoso del de Frankfurt con respecto a cualquier antecesor o teoría es sin dudas su pretensión de una síntesis entre marxismo, feminismo y psicoanálisis, que luego servirá de base para las teorías y postulados de la *new left*. Para lograrlo, empero, debió manipular parte importante del pensamiento y tesis de su maestro Freud, quien en muchos sentidos actuaba más como conservador burgués que progresista –a ojos de esa incipiente nueva izquierda-. Pues el psicoanalista austríaco tenía una visión claramente patriarcal del mundo, veía a la homosexualidad como una perversión, creía en el determinismo biológico entre hombres y mujeres, y no creía que los factores sociales fueran determinantes o condicionaran de modo decisivo al individuo.

Resulta interesante reparar que –para horror del feminismo actual- Freud entendía a la mujer como la compañera natural del hombre y que uno de sus objetivos principales en la vida era la de ser madre,[235] llegando a decir que "La mujer es un hombre

incompleto” y que “La mujer tiene envidia del pene”. Esto ha sido suficiente para que cierto feminismo e izquierda dura optaran por cancelarlo u omitir aquellas líneas hoy tan incomodas para muchos. El propio Miquel Bassols, presidente de la Asociación Mundial de Psicoanálisis dice que el austríaco era un “misógino contrariado”.

Lo que tanto a Fromm y a sus colegas Wilhelm Reich y Marcuse les interesa y rescatan de Freud es principalmente su visión de la sexualidad como parámetro y explicación de todas las acciones humanas; determinismo éste que servía a la revolución antioccidental por su oposición al status quo de entonces.[236]

Repasemos seguidamente algunos pasajes de sus trabajos más emblemáticos en relación al feminismo, al matriarcado y al patriarcado:

> La comprensión plena de esta ideología patriarcal exigiría un análisis más detallado. Baste decir que las mujeres constituyen una clase dominada y explotada por los hombres en todas las sociedades patriarcales; como todos los grupos explotadores, los hombres dominantes deben producir ideologías a fin de explicar su dominación como natural, y por lo tanto necesaria y justificada. Las mujeres, como la mayoría de las clases dominadas, han aceptado la ideología masculina, aunque en privado sustentaban sus propias ideas contrarias. Parece que la liberación de la mujer comenzó en el siglo XX, y que va acompañada por un debilitamiento del sistema patriarcal en la sociedad industrial, aunque ni siquiera hoy existe en país alguno una igualdad total, de facto, de las mujeres.
>
> El dominio de los hombres sobre las mujeres es el primer acto de conquista, y el primer uso explotador de la fuerza...
>
> Resumiendo, podemos decir que el individuo patricéntrico -- y la sociedad patricéntrica -- se caracteriza por un conjunto de rasgos en el que los siguientes son predominantes: un superego estricto, sentimientos de culpa, amor dócil a la autoridad paternal, deseo y placer en el dominio sobre personas más débiles, aceptación del sufrimiento como un castigo por su culpa y una lesionada capacidad para ser feliz. En contraste, el complejo matricéntrico se caracteriza por un sentimiento de confianza optimista en el amor incondicional de la madre, mucho menos sentimientos de culpa, un superego mucho más débil y una capacidad mayor para el placer y la felicidad. Junto con estos rasgos también se desarrolla el ideal de compasión maternal y amor por los débiles y otros que necesitan ayuda.[237]

Sin embargo, su mayor contribución y esfuerzos sobre la materia inicia a mediados de los años cuarenta, publicando en 1943 su trabajo *Sexo y Carácter*, donde hace notar el modo distinto en que abordaban el asunto los liberales de la Ilustración con respecto a los conservadores y románticos. Advierte desde sus páginas que mientras los primeros negaban alguna diferenciación innata entre hombre y mujer, los últimos remarcaban las diferencias existentes, con el objeto de lograr y asegurar la dominación masculina y justificar la desigualdad. Desde allí, leemos lo siguiente:

> Es la tesis de este trabajo que ciertas diferencias biológicas producen diferencias caracterológicas; que tales diferencias están mezcladas con aquéllas que son producidas directamente por factores sociales; que estos últimos son mucho más fuertes en su efecto y pueden ya sea aumentar, eliminar o revertir las diferencias de raíz biológica; y que eventualmente las diferencias caracterológicas entre los sexos, en tanto no sean determinadas directamente por la cultura, nunca constituyen diferencias en valor"[238] (…) "La hostilidad específica del hombre es oprimir; la de la mujer es socavar. [239]

Desde su libro *El arte de amar*, siguiendo las teorías y estudios del sociólogo suizo del siglo XIX Johann Bachofen (teórico del matriarcado) propone Fromm una vuelta al matriarcado; sistema al que considera superior, más justo, más amoroso y por sobre todo, compatible con el socialismo ("el amor materno se basa en la igualdad", llega a decir). En este sentido, escribe:

> Hablemos en primer término del paso desde las religiones matriarcales a las patriarcales. De acuerdo con los notables y decisivos descubrimientos de Bachofen y Morgan a mediados del siglo XIX, y a pesar de que la mayoría de los círculos académicos rechazó esos hallazgos, no parecen existir dudas acerca de la existencia de una fase matriarcal de la religión, anterior a la patriarcal, por lo menos en muchas culturas. En la fase matriarcal, el ser superior es la madre. Es la diosa, y así mismo la autoridad en la familia y la sociedad. Para comprender la esencia de la religión matriarcal basta recordar lo dicho sobre la esencia del amor materno.[240]

Algunas décadas más tarde, desde su libro *La crisis del Psicoanálisis* (1970), abunda en el mismo sentido:

> ...la "bendita" sociedad matriarcal de Bachofen contiene muchos rasgos que revelan una estrecha relación con los ideales del socialismo. Por ejemplo, la

preocupación por el bienestar material y la felicidad terrenal del hombre es presentada como una de las ideas centrales de la sociedad matriarcal. (...) Según él la ve, la sociedad matriarcal era una democracia primitiva en la cual la sexualidad se encontraba libre del menosprecio cristiano, en que el amor y la compasión maternos eran los principios morales dominantes, en que el daño a un semejante es el pecado más grave y en que aún no existe la propiedad privada. Como señala Kelles-Krauz, caracteriza la sociedad matriarcal aludiendo a la antigua leyenda del suntuoso árbol frutal y la fuente milagrosa: ambos se secaron cuando los hombres los convirtieron en propiedad privada.

(...) Es evidente que existe una profunda contradicción entre el Bachofen que admira la democracia ginecocrática y el aristocrático Bachofen de Basilea, que se opuso a la emancipación política de la mujer (...). El hecho de que Bachofen haya encarnado tales contradicciones y apenas tratara de ocultarlas se debe en esencia a las condiciones psicológicas y económicas de su existencia personal. La amplitud de su esfera humana e intelectual es considerable, pero su predilección por el matriarcado nacía, en apariencia, de su intensa fijación en su propia madre: no se casó hasta los cuarenta años, después de la muerte de ésta. Más aún, su herencia de diez millones de dólares le permitió mantenerse ajeno a ciertos ideales burgueses, y ese alejamiento era una necesidad para cualquier admirador del matriarcado. Por otra parte, este patricio de Basilea estaba tan profundamente arraigado en su tradición patriarcal, que no pudo dejar de mantenerse fiel a los ideales protestantes-burgueses tradicionales.

(...) El principio del matriarcado es el de la universalidad, en tanto que el sistema patriarcal es el de las restricciones. La idea de la hermandad universal del hombre tiene su raíz en el principio de la maternidad, pero desaparece con el desarrollo de la sociedad patriarcal. El matriarcado es la base del principio de libertad e igualdad universales, de paz y tierna humanidad. Es asimismo la base para la preocupación, sobre la base de principios, por el bienestar material y la dicha terrenal. El estudio de las culturas matricéntricas es importante para las ciencias sociales porque lleva a la luz estructuras psíquicas completamente distintas a las observadas en nuestra sociedad; al mismo tiempo, arroja una luz nueva sobre el principio "patricéntrico". El complejo patricéntrico es una estructura psíquica en que la relación de uno con el padre (o sus equivalentes psicológicos) es la relación central...

La sociedad puramente patriarcal no se interesa nada por el amor y la igualdad; está sólo preocupada con las leyes humanas, el estado, los principios abstractos, la obediencia. Está descrita bellamente en Antígona de Sófocles, en la persona y sistema de Creón, el prototipo de un líder del fascista.[241]

Resume en síntesis que los principios matricéntricos son "la base del principio de libertad e igualdad universales, de paz y humanidad con ternura. También es la base de la preocupación con principios respecto al bienestar material y la felicidad terrenal".[242] Destaca positivamente además los principios matriarcales en las revoluciones contemporáneas, como lo que llama «la revolución democrática», «la revolución de la mujer», «la revolución de los niños y adolescentes», «la revolución de la juventud radical» y «la revolución sexual».

A lo largo de los años las posiciones de Fromm irán radicalizándose, entrando no pocas veces en conflicto con sus trabajos anteriores. Veamos por caso su citado libro de 1943 (*Sexo y Carácter*), donde señalaba como esenciales las diferencias entre los sexos en el acto sexual. Sin embargo, tiempo después, en un artículo titulado *Hombre-Mujer* (1951) indicaba ahora a la función femenina de dar a luz y criar los hijos como una función productora de ternura, una cualidad social característica de las mujeres.[243]

Aunque su radicalización más clara se evidencia en su denuncia a cierto sector del feminismo por ser "modestamente reformista", poco violento y revolucionario. Les criticaba pretender compartir el poder con los hombres sin modificar previamente toda la estructura patriarcal, en vez de tener un "objetivo verdaderamente revolucionario en el que las mujeres se hacen humanamente emancipadas".[244] Esto lo manifestó en una entrevista publicada en Italia en 1975, desde donde citamos a continuación algunos de sus fragmentos más significativos.

Uno no puede entender la psicología de las mujeres y, para el caso, la psicología de los hombres, y no puede comprender el elemento de sadismo, hostilidad y destructividad en hombres y mujeres si no considera que ha habido una guerra entre los sexos en los últimos seis mil años. Esta guerra es una guerra de guerrillas. Las mujeres fueron derrotadas hace seis mil años por el patriarcalismo y la sociedad se ha construido con base en la

dominación de los hombres. Las mujeres eran posesiones y tenían que agradecer cada nueva concesión que los hombres les hacían. Pero no hay ninguna dominación de una parte de la humanidad sobre otra, de una clase social, de una nación o de un sexo sobre otro, sin que haya subyacente una rebelión, furia, odio y deseo de venganza en aquellos que son oprimidos y explotados, así como también hay miedo e inseguridad en aquéllos que hacen la explotación y la represión.

Las mujeres han sido tan completamente oprimidas que inconscientemente han aceptado el papel que el sexo dominante, el hombre, les ha dado. Hasta han creído en la propaganda masculina, que es muy parecida a la propaganda de otras guerras, guerras contra los pueblos coloniales, etc. Se ha considerado que las mujeres son ingenuas: Freud dijo que eran narcisistas, poco realistas, cobardes, inferiores al hombre anatómicamente, intelectualmente, moralmente. El hecho es que las mujeres son menos narcisistas que los hombres, por la simple razón de que no hay casi nada que el hombre hace que no tiene un propósito de hacer una impresión. Las mujeres hacen muchas, muchas cosas sin este motivo y de hecho lo que podría llamarse vanidad en las mujeres es sólo la necesidad de agradar a los vencedores. Con respecto a la falta de realismo en las mujeres, ¿qué debemos decir sobre el realismo masculino en una época en que todos los gobiernos occidentales, consistiendo de hombres, están gastando su dinero para construir bombas nucleares, en lugar de resolver las amenazantes hambrunas, en lugar de evitar las catástrofes que amenazan el mundo entero?[245]

En 1986 publica *El Amor a la Vida*, y continúa insistiendo en "la crisis del orden patriarcal", enalteciendo la "revolución feminista" y destacando sus "notorios adelantos":

Las mujeres, como los niños, se consideraban como objetos, como propiedad del marido. Eso ha cambiado. Todavía pueden estar en desventaja en un mundo masculino, recibiendo menos paga, por ejemplo, que la de un hombre por el mismo trabajo; pero su posición global, su conciencia, es considerablemente más fuerte que lo que era. Y todas las señas parecerían indicar que la revolución de las mujeres irá para adelante, así como avanzará la revolución de los niños y la de los jóvenes. Ellos continuarán definiendo, articulando y defendiendo sus propios derechos.[246]

Otro de los miembros de Frankfurt que se ocupará decididamente de este asunto será «el Padre de la Nueva Izquierda» Herbert Marcuse. Desde su conferencia *marxismo y feminismo* de comienzos de los años 70, sostiene que "más allá de todas las evidentes diferencias en lo fisiológico entre hombre y mujer las cualidades femeninas están, en verdad, determinadas por lo social". Analizando detenidamente el fenómeno y sus implicancias, llega a la siguiente conclusión: "El feminismo puede convertirse en una fuerza política en conflicto con el capitalismo".[247] Lo cual pone de manifiesto que tanto Marcuse como los sectores feministas o postfeministas no buscan realmente la igualdad y el bienestar de la mujer, pues no solo afirma que la igualdad de derechos frente al hombre no es suficiente sino que defienden abiertamente la utilización de la mujer como un sujeto político-revolucionario. Observamos pues que se continúa cosificando a la mujer, pues de haber sido –supuestamente- un objeto sexual o reproductivo, ahora, bajo la tutela de la revolución socialista, pasaba a ser un objeto meramente político. En este sentido, agregaba Marcuse, preguntándose: "¿Cómo puede convertirse la emancipación de la mujer en una fuerza decisiva en la construcción del socialismo como una sociedad cualitativamente distinta?" (¿Habrán reparado en estos los sectores verdaderamente feministas?).[248]

Marcuse ofrece además pistas de cómo lograr la "transformación verdadera", sugiriendo que "puede ser iniciado por «colectivos» de mujeres que aspiren a la descentralización y a la organización de unidades locales y regionales de oposición y revuelta".[249] En todo su ensayo –coincidiendo aquí con Fromm- sostiene que la verdadera libertad debe trascender la igualdad de derechos, ya que esta última "llevaría a la construcción de una sociedad dirigida por un nuevo principio de la realidad". Sostiene el de Frankfurt que la sociedad capitalista enfrenta a las mujeres entre ellas, pero solo un sector debe prevalecer y ser defendido. Por ello dice que la mujer que estuviera en contra de los objetivos del feminismo revolucionario sería una suerte de traidora a su propio sexo o mismo una víctima del lavado de cerebro propio de la sociedad patriarcal capitalista.

Bajo el “socialismo feminista”, sugiere Marcuse, se terminaría con la antítesis de masculino-feminismo y se lograría una síntesis, la idea imaginaria del androginismo, de la que aclara que no es una concepción exagerada, extrema o completamente mitológica: “(el androginismo) es una fusión en la que, con la superación de la dominación masculina, las características femeninas se desenvuelven libremente. Dice que el carácter andrógino de la sociedad podría aminorar la violencia y el envilecimiento de dichos conflictos”.[250] Parecería bastante claro que la sociedad actual y de los últimos años va por ese camino: hombres feminizados y mujeres masculinizadas en menor o mayor grado. En este sentido, no pareciera ser casualidad la promoción y proliferación del llamado “tercer sexo” (transexuales) en las sociedades occidentales.

“Soy de la opinión de que nosotros los hombres debemos pagar por los pecados de la civilización patriarcal y su tiranía: las mujeres tienen que liberarse para determinar ellas mismas su vida, no como esposas, no como madres, no como amas de casa, no como amantes, sino como seres humanos, individuales”, dice Marcuse con ensayada y falsa autocrítica[251]. Pues hemos visto ya que propone lisa y llanamente una nueva utilización de la mujer pero bajo el yugo socialista: servir como agente de la revolución contra el capitalismo. He allí su misión en la vida y función mayúscula. Utilización política de la mujer por parte del marxismo que llegó a reconocer la feminista radical Kate Millett, quien se entrevistó con el filósofo alemán en 1975. Notaba con cierto disgusto que la causa de la mujer era impulsada por causas políticas y oportunistas, y no por una voluntad veraz de defenderla, concluyendo que, en definitiva, “las mujeres están acostumbradas a ser usadas”.[252]

Además de Marcuse y Fromm, también serán decisivos a este propósito los trabajos del allegado a la Escuela de Frankfurt y renegado discípulo de Freud, Wilhelm Reich, quien desde su *Psicología de Masas del Fascismo* aseguraba que el matriarcado era la única forma posible de familia en la sociedad natural.[253] En conclusión, podemos colegir claramente que el origen y/o masiva difusión de las corrientes feministas y de los postulados de género utilizados actualmente por la *new left* o izquierda cultural tienen su inicio en los hombres de Frankfurt. Sobre sus trabajos y

fundamentos surgirán luego las tesis de los principales exponentes de la ideología de género y feminismo. Cabrán destacar a este respecto las hoy mundialmente conocidas teorías de Simone de Beauvoir, que afirmara que «no se nace mujer, se llega a serlo», y las de Judith Butler, afirmando que “varón y masculino podrían significar tanto un cuerpo femenino como uno masculino; mujer y femenino, tanto un cuerpo masculino como uno femenino”.

En 1970, cuarenta años después de que proclamara por vez primera la importancia de la teoría de Bachofen, Erich Fromm de la Escuela de Frankfurt examinó cuán lejos se habían desarrollado las cosas, enumerando siete "cambios sociales y psicológicos" que indicaban el avance del matriarquismo por sobre el patriarquismo:

• "El fracaso del sistema patriarcal-autoritario para cumplir su función", incluyendo la prevención de la contaminación;

• "Revoluciones democráticas" que funcionan sobre la base del "consenso manipulado";

• "La revolución femenina";

• "La revolución de los adolescentes y de los niños", basada en el trabajo de Benjamin Spock y otros, permitiendo a los niños nuevas y más adecuadas maneras de expresar su rebelión;

• El ascenso del movimiento juvenil radical, que abraza totalmente a Bachofen, en su énfasis en el sexo grupal, una débil estructura de familia, y ropa y comportamientos "unisex";

• El uso creciente de Bachofen por profesionales para corregir el análisis demasiado sexual de Freud de la relación madre-hijo. Esto haría del Freudismo algo menos amenazante y más aceptable para la población general; y

• "La visión del paraíso de los consumidores... En esta visión, la técnica asume las características de la Gran Madre, una madre técnica en vez de una natural, que cuida a sus hijos y los pacifica con un arrullo interminable (en la forma de la radio y la televisión). En el proceso, el hombre se hace emocionalmente un niño, sintiéndose seguro con la esperanza de que los pechos de la madre siempre suministrarán abundante leche, y que las decisiones ya no tienen que ser tomadas por el individuo".[254]

CAPÍTULO VII

# LIBERACIÓN SEXUAL Y FREUDOMARXISMO

*"La cultura exige continua sublimación;*
*por tanto, debilita a Eros,*
*el constructor de la cultura"*
Herbert Marcuse

Si existe una figura prominente en el proceso que ha llevado a la revolución sexual, esta persona será el neurólogo Sigmund Freud. Al menos, esto es lo que la mayor parte de la gente cree y es correcto, en parte. Pues aún visto y considerando sus desordenados apetitos, su caótica existencia, su falo-centrismo o determinismo sexual, su reduccionismo y furibundo nihilismo, en el caso que nos ocupa es tal vez menos culpable que otros. Como sabemos, el de marras afirmaba la esencia represiva de la civilización, sosteniendo por ende que la sublimación de los instintos mantiene al hombre y a las sociedades enajenadas, quitándole su libertad. Todo placer y todo deseo humano son de naturaleza sexual para él. Ahora bien, ¿qué propone como solución a tan sombrío panorama? La respuesta dependerá del Freud que elijamos abordar. Si nos remitiéramos a su trabajo de 1908 (*La moral sexual cultural*), lo encontraremos bregando por una relajación de las normas culturales y morales, lo cual a su entender beneficiaria a la sociedad. Sin embargo, si consultáramos su etapa posterior, la de *El malestar de la cultura* (1930), lo hallaremos oponiéndose tanto a la abolición como a la disminución de aquel estado represivo, es decir, se opone a la liberación de Eros, porque el hacerlo retrotraería la sociedad a

los estados barbáricos de la existencia. No solo la liberación de los instintos sería funesta para la humanidad, dice, sino que significaría el fin de toda cultura.[255]Es decir, para el austríaco la sexualidad tenía que ser ordenada y no anárquica.

Resulta interesante destacar que aun siendo un despiadado crítico de la civilización occidental y de la religión, el austríaco prefiere un orden –aun defectuoso y sublimado- al “no orden” y al caos. Posición ésta que lo hará centro de numerosos ataques dentro del ámbito comunista, y muy especialmente de sus antiguos discípulos. En rigor de verdad, resultaba ilógico que se esperara de Freud algún compromiso orgánico o ideológico con el marxismo o alguna radicalidad, puesto que ya había demostrado anteriormente su poco aprecio tanto por éste como por el socialismo, a cuales consideraba «ilusiones» equiparables a la moral y la religión. Él era un subversivo teórico de la cultura, no un revolucionario en el sentido estricto del término.

En vistas de aquello, sus discípulos frankfurtianos Herbert Marcuse, Erich Fromm y Wilhelm Reich tomarán un camino más radical, renegando prontamente de la ortodoxia freudiana y de su maestro. Sin embargo, partirán de sus postulados para ir conformando los suyos propios, abriendo paso a las teorías emancipatorias que allanarían el camino de los movimientos de liberación sexual que explotarán a fines de los años 60. Recordemos que Freud explicaba que las energías reprimidas ocasionalmente se desataban en formas irracionales, neuróticas, amenazando la estabilidad y seguridad de la civilización. Si bien la civilización occidental había logrado ordenar los impulsos del hombre, esa energía reprimida seguía allí y podía detonar. Esta es la clave para los de Frankfurt. Por eso concluye Marcuse que:

> (…) La represión de la naturaleza humana por parte del capitalismo puede ser la salvación del socialismo. La tecnocracia racional del capitalismo reprime la naturaleza humana hasta el punto de que estalla en irracionalismos, en violencia, en criminalidad, en racismo y en otras patologías de la sociedad. Pero alentando estos irracionalismos, los nuevos revolucionarios pueden destruir al sistema”.[256]

Por tanto, para sembrar el terreno para la revolución socialista había que ir detectando y luego fomentando a todo paria,

marginado e incluso al criminal, exacerbar sus particularidades, resentimientos y frustraciones, dirigiéndolos contra el «sistema» que los «oprime». Cualquier grupúsculo o elemento desechado podría "conquistar la falsa conciencia y proveer el punto de Arquímedes para una emancipación más grande".[257]

El austríaco Wilhelm Reich, que había sido colaborador de Freud en 1922, fue sin dudas el más extremista de esta primera camada de freudomarxistas –junto a Marcuse, tal vez-. La historia de este sujeto es propia de una ficción. De ser expulsado de la Asociación Psicoanalítica y del Partido Comunista por su evidente desequilibrio mental y sus absurdos postulados (sostenía, por ejemplo, que: "La salud mental de una persona se puede medir por su potencial orgásmico"), terminará preso en los EEUU por la delirante estafa de su «acumulador de orgón», que prometía a sus compradores múltiples beneficios sexuales.[258] Más allá del dato anecdótico, Reich sostenía que había que rechazar al último Freud, «el pesimista», y abrazar en cambio al de *«La moral sexual cultural».* Afirma Reich que liberando totalmente los instintos desaparecería la violencia y la moral sexual se autorregularía, culpando a la civilización occidental cristiana de haber creado sociedades patriarcales, autoritarias, capitalistas y personalidades patológicas. La solución estribaría en liberarse de lo que llama «economía sexual» y de la familia. Por norma, cree, la familia es autoritaria en el sentido que el padre –conforme al derecho clásico- es el dueño de la mujer y de los hijos, trayendo como resultado la represión –equivalente a la alienación- de la sociedad.[259]

¿Qué sugiere? Reformar la familia a través de la revolución sexual. Debe liberarse de la opresión a los familiares sometidos al autoritarismo paterno. El modo de hacerlo es promoviendo la sexualidad infantil –mediante la masturbación-, la sexualidad adolescente –mediante el sexo no reproductivo- y las relaciones extra conyugales. En la última etapa de la revolución imaginada por Reich no existiría ningún tipo de prohibición, permitiéndose incluso la pedofilia. Todo esto se sugiere particularmente desde su libro *La revolución sexual* de 1936. Sin embargo, su perspectiva era ya clara en trabajos anteriores como *Materialismo dialectico y psicoanálisis* (1929), desde donde afirma que: "Todo lo que actualmente se llama

moral o ética está, sin excepción, al servicio de la opresión de la humanidad trabajadora".[260] Desde su trabajo titulado *The Infiltration of Marxism Into Higher Education*, el ex marxista Mike Shotwell reconoce esta realidad:

> Un gran principio de la filosofía de la Escuela de Frankfurt, desarrollado por George Lukacs, Adorno, Fromm, Wilhelm Reich, y otros, fue la siniestra creencia que el sexo sin restricciones podría ser un instrumento útil y devastador si se lo impulsaba para que corriera desenfrenadamente. Promovían «la promiscuidad imperativa, los hogares de un solo progenitor, el sexo premarital y la homosexualidad», lo que atacó el corazón de los valores centrales de la familia y los hijos como pilares de la sociedad occidental. Los detractores eran condenados de fascistas y cómplices de la depravación capitalista.[261]

Marcuse irá por un camino similar al de su colega. A fuer de lograr complementarla con el marxismo radical, clama por una revisión de la ortodoxia freudiana, acusando a su antiguo maestro de tener dos caras distintas. Una, dice, es la del revolucionario, con su crítica a la cultura occidental; la otra es la conformista, que con su terapia acomoda a la persona para que viva en la misma sociedad que critica. "Reconozco al Freud teórico", expresa el filósofo, "no al psicoterapeuta". En adelante Marcuse bregará por la realización de la –utópica- sociedad «no represiva», cual sería totalmente libre y feliz una vez liberadas las pasiones más bajas. Esta tesis es plasmada desde las páginas de su *Eros y civilización* (1953), en cual recurre a la mitología griega para anunciar su tesis. Presenta allí a Prometeo como símbolo del status quo, opuesto a las figuras de Narciso y Orfeo, que representan la satisfacción, la alegría, la rebeldía contra el orden impuesto, añorando los tiempos felices y libres en que no existían las represiones o limites morales.[262]

La carencia de recursos obligó a la restricción de los deseos, gracias a la cual habría nacido la civilización. Pero ahora, en la sociedad opulenta, de la abundancia, cree Marcuse que se dan las condiciones para una nueva revolución que traerá la liberación de los instintos vitales reprimidos. Será la victoria de Eros sobre Tanatos. Empero, el sistema vigente intenta mantener su dominación sobre la sociedad, que satisfecha materialmente resiste

cualquier cambio. Para lograr ese cambio, esa revolución, nos dice Marcuse, habrá que erradicar los valores e instituciones tradicionales. Y termina concluyendo que ante la situación de conformismo y alienación existente –incluida la clase obrera-, los únicos que podrán derribar al sistema imperante son los hombres y grupos marginales. "Por debajo de las clases conservadora y popular –dice– está el sustrato de los parias y los extraños, de los explotados y los perseguidos de otras razas y de otros colores, los desempleados y los inempleables. Ellos existen fuera del proceso democrático. Su existencia es la más inmediata y la que más perentoriamente necesita poner fin a las instituciones y a las condiciones intolerables. Así, su posición es revolucionaria aunque su conciencia no lo sea".[263] Lo mismo parecía intuir Walter Benjamin, al decir: "Solamente en nombre de los desesperados nos es dada la esperanza".[264]

De manera tal que para Marcuse la civilización puede transformarse si se cambia al hombre, y para cambiarlo hay que modificar sus instintos, "y éstos", nos dice Díaz Araujo, "se transforman cuando los actos sexuales, en lugar de practicarse como hasta ahora se ha hecho en la sociedad opresora, se orienten hacia un nuevo campo imaginativo".[265] "La instauración de una civilización no represiva", añade en el mismo sentido Pierre Masset, "supone una liberación de los instinto reprimidos por una civilización de dominación… Esta reorganización de los instintos, con reactivación de ciertos dominios tabúes de goce, sería una verdadera reestructuración de la psiquis y modificaría totalmente la existencia humana".[266]

David Horowitz, quien fuera uno de los referentes más importantes de la *new left* americana por aquellos años, dirá:

> El marxismo es un credo en bancarrota y estaba en bancarrota en los años 50´ e incluso antes. La gente entendió que no funcionaba. No había clase trabajadora para hacer una revolución. Las personas estaban contentas con el capitalismo, básicamente porque tenía sentido. Repartió más dinero a más gente que cualquier otro sistema en la historia. Entonces intentaron encontrar otras fuentes de energía revolucionaria. Una era la idea de la represión sexual de los 60´ (…) Había que encontrar nuevos sujetos, fueran

estudiantes, negros, mujeres o gays o lo que sea, y Marcuse tenía un marxismo fluido que encajaba perfecto con esto”.[267]

Los jóvenes estudiantes –que le darían el tiquete a la popularidad en 1968- serían el vehículo perfecto para transmitir la contracultura. "Por naturaleza -dice Marcuse- los jóvenes están en la primera línea de los que luchan por Eros, contra la muerte y contra la civilización que acorta los caminos hacia la muerte".[268]

La esencia represiva de la civilización y su necesidad de liberar los instintos para lograr la sociedad ideal constituye básicamente la tesis del citado libro. No pocos –con razón- han remarcado el carácter simplista de la obra y el exagerado pesimismo sobre las sociedades occidentales, pues reduce la civilización y sus memorables realizaciones -y, sobre todo, sus motivaciones y valores- a una mera historieta de represiones. Otrosí, el hecho de calificar indistinta y automáticamente a toda represión como algo necesariamente negativo es un absurdo de escuela. Bajo esta lógica, nada podría reprocharle Marcuse o sus acólitos a quien mantenga relaciones sexuales con su mujer o hijos o a la empleada o estudiante que no se presente a horario. ¿Pues para qué reprimir los instintos e impulsos, sean de la naturaleza que sean? Aquí queda de manifiesta el carácter utópico de Marcuse, pues resulta evidente que una sociedad en la que nadie modere o maneje sus impulsos generará una violencia mucho mayor que aquella que tenga la capacidad de sublimación. No obstante, si nos guiáramos por sus actitudes, Marcuse solo acepta la limitación o cercenamiento de los instintos si el afectado no es él mismo (recordemos el ya mencionado caso con Adorno).[269] Hipocresía que también vemos en Wilhelm Reich, que mientras difundía por doquier cuanta perversión sexual hubiese y bregaba por la destrucción de la familia y sus roles tradicionales, manejaba a su propia familia dentro de los cánones conservadores, con disciplina prusiana y bajo la estructura patriarcal[270] (mismo caso que Marx, como se ha dicho).

Inequívocamente, corresponde a Marcuse[271] y a Reich el dudoso honor de haber sido cultores fundamentales del llamado «freudomarxismo», o a lo menos sus referentes más visibles y conspicuos. Pero hay otros dos miembros de la Escuela de Frankfurt que merecen un lugar en el podio de *Eros*. Uno es el

director del instituto Max Horkheimer, que fue el primero en proclamar abiertamente esta nueva dimensión de materialismo (distanciándose así de la fetichización del trabajo del marxismo dogmático), expresando que el pórtico a la “felicidad humana” era más accesible por la vía sensorial -sensualidad y sexualidad, hedonismo-. En uno de sus ensayos, *Egoísmo y el Movimiento para la Emancipación* (1936), discutía “la hostilidad al goce personal inherente a la cultura burguesa”[272], apoyándose para ello en el perverso marqués de Sade por su oposición al ascetismo en nombre de una más elevada moralidad. Su mayor acierto, empero, fue el haber considerado y abordado la cuestión de la sexualidad desde el día uno de su gestión, otorgándole incluso un lugar de primacía. A él se debe la incorporación de Erich Fromm –quien era bien conocido por su ‘Psicología Marxista Radical’- al instituto y la adopción del freudomarxismo a la filosofía y teorías del mismo. A tal punto resultaba fundamental aquel híbrido que, como señala Martin Jay, Franz Newmann no era aceptado en el núcleo central del instituto por su indiferencia hacia la psicología.

La psicología fue considerada fundamental por los de Frankfurt, y uno de los proyectos más importantes hasta entonces realizados será aquel sobre moralidad sexual, a cargo del psicoanalista Fromm. La investigación tomó lugar en 1932 y consistía en la elaboración de un cuestionario enviado a 360 doctores alemanes especializados en enfermedades venéreas y de piel y en desórdenes ginecológicos y nerviosos. Las preguntas eran cinco, entre las cuales destacamos las siguientes: ¿Conserva la mayor parte de la juventud la castidad antes de casarse o no? ¿Ha notado algún cambio a este respecto en el período de posguerra en comparación con el período de preguerra? ¿Ha notado algún cambio a este respecto desde 1930? ¿Hasta qué edad deben los jóvenes abstenerse de practicar sexo? Contestadas las preguntas, se les pedía a los médicos que especificaran a que clase social pertenecía cada caso. La información obtenida de este tipo de proyectos, combinados con el psicoanálisis y la psicología, fueron sentando las bases para las teorías sobre la libido, allanando poco a poco el camino a la revolución sexual.

Es cierto no obstante que algunos de los principios freudianos de Marcuse habían sido ya adelantados de algún modo en *Dialéctica de la Ilustración*, libro escrito por Teodoro Adorno y Max Horkheimer 15 años antes. Lo cual pareciera bastante evidente en un ejemplo que los filósofos citan en el trabajo de marras. Se trata del caso de Ulises en la Odisea, quién para llegar a su destino debe pasar primero por la Isla de las Sirenas. No quiere oír sus cantos porque sabe que ceder ante tal placer lo haría enloquecer y perder el rumbo prefijado. De manera que, siendo el capitán del barco, ordena a sus ayudantes que lo aten al mástil, se tapen los oídos y siguiesen remando. Al momento de pasar por la isla de las sirenas intenta liberarse, pero eran tantas las ataduras que tenía encima que no pudo lograrlo. Con este ejemplo, los autores –siguiendo aquí a Freud y Nietzsche- quisieron significar que el hombre de la civilización ata sus pulsiones de placer y que la cultura existe porque nos prohibimos nuestras pulsiones de placer. Seríamos, según los de Frankfurt, hombres maniatados porque buscamos solo la seguridad y la mediocridad, "y no el riesgo de la locura ante el gozo descontrolado", en palabras del filósofo marxista José Pablo Feinmann. Tal proceder sería el generador de la sociedad capitalista y de la razón burguesa -como razón instrumental que domina a los hombres-, "llevando aquella instrumentalidad hacia el campo de exterminio de Auschwitz donde son racionalmente exterminados 6 millones de personas".[273] En pocas palabras, según estos filósofos, prácticamente todos los actos macabros de la humanidad provienen de la represión de los instintos sexuales.

¿Por qué en aquel entonces –los años 60- los estudiantes franceses, los intelectuales rupturistas del espectro marxista y la nueva izquierda en general fueron deslumbrados por Marcuse y no por sus colegas del instituto que ya habían abordado y sistematizado la cuestión? La respuesta pueda encontrase en ciertos rasgos de la personalidad del filósofo y en la maquinaria de difusión puesta a su disposición por las universidades estadounidenses. Contrariamente al resto de los intelectuales de Frankfurt –de enroscada prosa y distantes frente a los hechos-, Marcuse se distinguía por una mayor claridad a la hora de definir y

transmitir sus postulados y era además un hombre de acción, cuya militancia trascendía los claustros universitarios.

Su elocuencia a la hora de trasmitir sus ideas, sumado a cierto carisma y capacidad como orador, tuvo un efecto casi magnético sobre todas las esferas del marxismo heterodoxo, especialmente entre los estudiantes estadounidenses y franceses. Aunque probablemente el mayor servicio en términos de popularidad se lo prestó su indisimulada vanidad y su notorio pragmatismo, que muchos –incluidos algunos de sus colegas- le criticaron, interpretándolo como oportunismo. Asimismo, se vio favorecido por el gran aparato editorial y de difusión que tanto las universidades como el gobierno de EEUU pusieron a su disposición, financiando sus libros, que pasaban a convertirse casi en *best sellers* –cuando antes gozaban de tiradas muy modestas-. Toda esta combinación de factores hizo que adquiriera el estatus de un *rock star* entre las juventudes, convirtiéndose en el abanderado por antonomasia del mayo del 68 y de la *new left* americana –y luego del mundo occidental-, influenciando decisivamente a los futuros referentes de la izquierda cultural.

Su obra más influyente en este sentido fue su mencionada *Eros y Civilización*, en cual pretende trazar un diagnóstico y una solución de la «enfermedad» que aquejaba a occidente. Como se ha dicho ya, afirma allí que el problema fundamental de la civilización estribaría en que al reprimir ésta sistemáticamente los instintos sexuales y la libido, termina fortaleciendo los instintos destructivos, trayendo como consecuencias las guerras, autoritarismo, censura, odio y resentimiento. Por consiguiente, esta civilización reprimida y represora es incapaz de controlar la agresividad que genera. Puesto que las categorías freudianas son ahistóricas, se hacía necesario revisar la teoría freudiana enmarcándola históricamente, y propone una sexualidad no productiva ni concorde con la organización social específica del trabajo y de la familia. Hemos referido también que Marcuse parte de la tesis sustentada por Freud –particularmente en *El malestar de la cultura*, según la cual la civilización se basa y sostiene en la restricción del “principio del placer”-, reinterpretándola, sosteniendo que la existencia misma de esta civilización depende de la abolición gradual de todo lo que constriña

las tendencias instintivas del hombre, del fortalecimiento de los instintos rivales y de las liberaciones del poder constructivo de Eros.

En lógica a este razonamiento comenzará a bregar por una utópica civilización «no represiva» y a proclamar el potencial liberador y creador de la sexualidad y de todo instinto contestatario. El filósofo germano llevará la teoría de Freud un paso más adelante, pretendiendo demostrar que la teoría psicoanalítica no es mera o exclusivamente biológica sino también socio-histórica. Empero, lo novedoso de Marcuse, su mayor aporte a la revolución fue el declarar el carácter político del proceso de subversión cultural, llamando a trascender los claustros universitarios y la mera enunciación de teorías. Lo deja claro en el prefacio a la edición de 1966, señalando que el nuevo lema "Haz el Amor, No la Guerra" era exactamente de lo que él estaba hablando: "La lucha por el Eros es una lucha política".[274] Señalado el nuevo rumbo de esta nueva izquierda, la feminista Carol Hanisch publica su ensayo *Lo personal es político*[275], que será estandarte del movimiento estudiantil y de la segunda ola del feminismo, proclamando una supuesta e inescindible vinculación entre la experiencia personal y las grandes estructuras sociales y políticas.

La síntesis entre marxismo y freudianismo propulsada por la Escuela de Frankfurt, como vemos, pagó con creces a la revolución, resultando en la fórmula más exitosa y efectiva contra los fundamentos de las estructuras occidentales: una contracultura que, por su amplitud y vaguedad, suscitó una serie de –falsas- contradicciones sociales que por momentos pareció hacer tambalear definitivamente al régimen y sus baluartes.

En rigor, el freudomarxismo propugnado por Marcuse debe más a su colega Wilhelm Reich (1857-1957) que al neurólogo austríaco. Como adelantamos, la obra más influyente del austrohúngaro será *La revolución sexual* (*Die sexualitat im kulturkamp*), escrita en 1936. Desde allí plantea y reclama Reich el lugar de la sexualidad en la lucha cultural, sosteniendo que la manera de romper con el estancamiento de la energía del organismo era mediante la experiencia sexual completa: el orgasmo. Reich fue un crítico temprano del economicismo y tal vez el primero en afirmar y explicar que el modelo cultural y la sexualidad se

condicionan mutuamente, desarrollando entonces la idea de «revolución integral» en la vida moderna, creando lo que con posterioridad será conocido como «freudomarxismo». Valdrá la pena recordar que una de sus tesis principales –y por demás absurda- fue que el Nacionalsocialismo –y el fascismo en general- habían sido causados por la monogamia… Otro de sus postulados principales consistía en asegurar que “la salud mental de una persona se puede medir por su potencial orgásmico”[276], concluyendo que el capitalismo era incompatible con la salud mental de la población, que solo se podría sanar a través de la abolición de la sociedad de clases, es decir, a través de la revolución socialista.

Cómo se ha dicho, Reich había sido discípulo de Freud, pero termina alejándose de modo abrupto -volviéndose incluso crítico de algunas de sus tesis- al considerar que éste había perdido radicalidad en algunos de los planteos relativos al instinto sexual –focalizándose ahora en el *instinto de muerte*- y que se había volcado –en algunas cuestiones- hacia cierto conformismo y conservadurismo. En síntesis, Reich se constituyó en el *avant-garde* de las interpretaciones freudianas, llegando a extremos nunca antes vistos. Marcuse comparte con Wilhem Reich la teoría de que los instintos son reprimidos y deformados por las estructuras capitalistas, de manera que las vanguardias esclarecidas han de servir de guías revolucionarias en el reencuentro de naturaleza y civilización.

El pensamiento de Marcuse queda sintetizado claramente en un trabajo que publica al año siguiente de la rebelión estudiantil por él azuzada, que lleva de título *Un ensayo sobre la liberación* (1969). Deja asentadas allí las bases de la nueva vanguardia comunista, esto es, de los grupos «marginados» u «oprimidos». “Los que hoy se rebelan contra la cultura establecida”, escribe, “también se rebelan contra lo bello en esta cultura, contra sus formas demasiado sublimadas, segregadas, ordenadas, armoniosas. Sus aspiraciones libertarias aparecen como la negación de la cultura tradicional: como una desublimación metódica”.[277]

Poco a poco, Marcuse irá extremando sus posturas, criticando a aquella porción del feminismo que considera “moderada” por el hecho de apuntar solo a la igualdad de derechos

frente al hombre, afirmando que el único y verdadero feminismo debía ser radical en todos sus objetivos y postulados. Solo así, creía, sería posible lograr una verdadera transformación del sistema social. Sostiene que el movimiento feminista:

> (…) tiene un potencial radical, subversivo, que trascienda solo la búsqueda de la «igualdad» entre hombres y mujeres, pues este se daría dentro del marco capitalista, que no podría lograrlo por ser patriarcal. En la jerarquía de valores del capitalismo se manifiesta una estructura de instintos en que la energía primaria de la agresividad tiende a reducir y debilitar los instintos de vida, esto es, la energía erótica. Según Freud las tendencias destructivas irán cobrando más y más fuerza en la sociedades; la civilización tiene que intensificar necesariamente la represión, a fin de mantener la dominación, frente a las posibilidades, cada vez más realistas, de liberación, y la elevación de represión conduce por su parte a una activación suplementaria de la agresividad y a su encauzamiento en una agresión socialmente útil.[278]

El ideólogo e instigador del mayo francés, la revolución sexual, el hipismo de los años 60 y 70 y los movimientos de transgresión tuvo además la decisiva influencia de otros dos personajes: Georges Bataille (1897-1962, influencia también en Erich Fromm) y al Marqués de Sade (1740-1814). Del primero se nutre especialmente de su obra *El erotismo,* donde se reivindica el libertinaje más extremo y al satanismo, promoviendo incluso el sacrificio humano desde la sociedad secreta que fundó (*Acéphale*; sin cabeza).[279] Del segundo, toda su literatura de la transgresión extrema, que naturaliza y promueve las aberraciones más graves, como las violaciones, el sadomasoquismo, la parafilia, etc. Recordemos que el aristócrata francés había pasado un tiempo en prisión por torturar y mutilar a una mujer en un prostíbulo. En una de sus novelas más lamentables y afamadas, habla por boca del hedonista y perverso personaje Dolmancé: “Dadme vuestro culo, señora (...) uno de mis mayores placeres es blasfemar a Dios cuando la tengo rígida. Me parece entonces que mi espíritu, mil veces más excitado aun, aborrece y desprecia con mayor intensidad esa repugnante quimera [se refiere a Dios Padre]. Quisiera encontrar el modo o las mejores invectivas para ultrajarlo más; cuando mis malditas reflexiones me llevan a la convicción de la

nulidad de ese repulsivo objeto de mi odio, me excito (...)".[280] Sade fue tal vez el primero en proclamar lo que hoy llaman «diversidad sexual», oponiéndose a la concepción determinista de sexo-género, criticando además la heterosexualidad normativa[281] (de aquí que haya sido referencia en Simone de Beauvoir y Michel Foucault, entre otros).

No debería sorprender, pues, la pública veneración que hacia este último sintió Foucault, quien junto a Marcuse irán introduciendo en las sociedades occidentales la pornografía, el sadomasoquismo, la violencia sexual e incluso la naturalización del bestialismo, el incesto, la pederastia, etc. Que a nadie escandalice, por tanto, que Foucault, el confeso admirador de Marcuse y de la Escuela de Frankfurt, fuera un promotor de la pedofilia. Incluso llegando a sugerir que había que abolir completamente las sanciones criminales contra los delitos sexuales, aun aquellas que castigan la violación: "Creo que, en principio, se podría decir que en ninguna circunstancia debería someterse la sexualidad a algún tipo de legislación... Cuando uno castiga la violación debería castigar la violencia y nada más. Y decir que sólo es un acto de agresión: que no hay diferencia, en principio, entre introducir un dedo en la cara de alguien o el pene en sus genitales".[282]

Estas fueron las influencias de los hombres de Frankfurt y sus discípulos.

Marcuse (junto a Simone de Beauvoir, que estudió la obra del marqués, y luego Foucault, entre otros) se propone entonces socializar y politizar las depravaciones de Sade y Bataille, es decir, sacarlas de su marginalidad, naturalizarlas y masificarlas. Marcuse, como recuerda Martin Jay –a quién entrevistó para su libro sobre el instituto- criticaba la *"ideología burguesa del amor, que ubicaba al deber y la fidelidad por sobre el placer".[283]* Para el mentado filósofo, la tradición es el primer enemigo de la libertad, y el camino hacia la liberación, escribe, "exige un rompimiento histórico con el pasado y el presente".[284] Los «viejos» conceptos morales deben ser redefinidos, invertidos, destruidos, como clama desde su *Ensayo sobre la liberación*:

> La "obscenidad" entraña un concepto moral en el arsenal verbal del sistema establecido, que violenta el término aplicándolo, no a las expresiones de su

propia moralidad, sino a las de la ajena. No es obscena en realidad la fotografía de una mujer desnuda que muestra el vello de su pubis; sí lo es la de un general uniformado que ostenta las medallas ganadas en una guerra de agresión; obsceno no es el ritual de los hippies, sino la declaración de un alto dignatario de la Iglesia en el sentido de que la guerra es necesaria para la paz. La terapia lingüística —esto es, la tarea de liberar las palabras (y por tanto los conceptos) de la total distorsión de sus significaciones, operada por el orden establecido— exige el desplazamiento de los criterios morales (y de su validación), llevándolos desde el orden establecido hasta la revuelta contra él. De modo similar, el vocabulario socio-lógico y político debe ser remodelado radicalmente: debe despojársele de su falsa neutralidad; debe ser metódica y provocativamente "moralizado" en términos del Rechazo.[285]

En resumen, Marcuse sostiene que el capitalismo solo puede ser destruido por «minorías activas» que traigan consigo «una nueva sensibilidad» como factor político, lo cual –explica- "señala un cambio de rumbo en la evolución de las sociedades contemporáneas, exige que la teoría crítica incorpore la nueva dimensión entre sus conceptos, que proyecte sus presupuestos para la posible construcción de una sociedad libre. La nueva sensibilidad, que expresa la afirmación de los instintos de vida sobre la agresividad y la culpa, La conciencia liberada promovería el desarrollo de una ciencia y una tecnología libres para descubrir y realizar las potencialidades de las cosas y de los hombres en la protección y el goce de la vida".[286]

Para ir ya cerrando este capítulo, compartimos con el lector algunos pasajes de su trabajo de cabecera (*Eros y civilización*), que terminarán por reflejar su pensamiento:

La organización social de los instintos sexuales convierte en tabúes como perversiones prácticamente todas sus manifestaciones que no sirven o preparan para la función procreativa. Sin las más severas limitaciones, ellas contraatacarían a la sublimación, de la que depende el crecimiento de la cultura.

La libido es desviada para que actúe de una manera socialmente útil, dentro de la cual el individuo trabaja para sí mismo sólo en tanto que trabaja para el aparato, y está comprometido en actividades que por lo general no coinciden con sus propias facultades y deseos.

> La obscenidad es un concepto moral en el arsenal verbal del establishment, que abusa de la duración de su aplicación, no a las expresiones de su propia moralidad, sino a los de otra.
> (…) La cultura exige continua sublimación; por tanto, debilita a Eros, el constructor de la cultura.
> (…) La desexualización al debilitar eros, desata los impulsos destructivos. Así la civilización está amenazada por una separación instintiva en la que el instinto de la muerte lucha por ganar ascendencia sobre los instintos de la vida.
> (…) Las perversiones parecen rechazar el completo esclavizamiento del ego del placer por el ego de la realidad. Exigiendo libertad instintiva en un mundo de represión, a menudo están caracterizadas por un fuerte repudio de ese sentimiento de culpa que acompaña a la represión sexual.
> (…) La lucha contra la libertad se reproduce a sí misma, en la psique del hombre, como la propia represión del individuo reprimido, y a su vez su propia represión sostiene a sus dominadores y sus instituciones. Es esta dinámica mental la que Freud revela como la dinámica de la civilización.

Marcuse, escribe Friedman, “anunció el espíritu de la nueva época: la época de Eros. La conquista de la naturaleza, junto a la ruptura mesiánica de las estructuras mentales y educativas sustentadas por Tanatos, creó un momento histórico nuevo en el que los goces del placer sensual triunfaron sobre el mundo del sufrimiento. Elogia Marcuse a la tolerancia represiva cuando se dirigía a los objetivos revolucionarios. El llamamiento de Marcuse en favor de la tolerancia represiva es un llamamiento en favor de la intolerancia como único camino eficaz para trascender (por definición) la tolerancia inauténtica”.[287]

-----

Resulta interesante reparar en que la revolución sexual y las corrientes radicalizadas surgidas con posterioridad (promovidas por Michel Foucault, Kate Millett y Shulamith Firestone, entre otros) parten fundamentalmente de las teorías elaboradas por los miembros de la escuela de Frankfurt. Bajo la influencia de *El segundo sexo* de Simone De Beauvoir y de la tradición freudomarxista de la Escuela de Frankfurt (Wilhelm Reich, Erich Fromm y Herbert Marcuse), Firestone considera que el antagonismo de las clases sexuales impregna todo el curso de la historia.

Confiando en el desarrollo técnico puesto al servicio de la reproducción (control de la fertilidad, reproducción artificial, etc.), propone "(…) la destrucción de la tiranía de la familia biológica", y específicamente "(…) una vuelta a la pansexualidad sin trabas" que reemplazaría a la hetero/homo/bi-sexualidad.[288]

En definitiva, para Marcuse y los de Frankfurt, todos los que no comulguen con el libertinaje sexual propuesto serian inequívocamente «sadomasoquistas», «autohumillados», «reprimidos» y potenciales fascistas. Una teoría, nos dice el filósofo Eliseo Vivas, "que se proyecta hacia la liberación, cuando en realidad a Marcuse no le interesa la libertad o libertades del hombre. Le interesa la libertad de regresar, aunque se quiera o no, a un estado de sexualidad polimorfa y narcisista (…) la libertad de Marcuse de obligarnos a ser la clase de hombres que él ha decidido que seamos".[289] Vivas ha escrito una de las mejores refutaciones contra el ideólogo alemán en su libro *Contra Marcuse* (1971), al cual recurre Díaz Araujo para analizar al personaje y su pensamiento, concluyendo que las tesis marcusianas se encuentran viciadas de nihilismo, hedonismo, torpe hedonismo, ignorancias técnicas y epistemológicas, etc.: "La crítica de la sociedad occidental se ha hecho infinitas veces, algunas de ellas con genuina perspicacia, tino y agudeza, al lado de las cuales, las objeciones de Marcuse –como la molesta existencia de «coches grandes»- no son otra cosa que trivialidades".[290] Vivas además se encarga de refutar el núcleo central del pensamiento de Marcuse, que es el utopismo y su connatural y parvulario *futurologismo*, señalando lo siguiente:

> Lo único que puede darnos es una idea muy rudimentaria del futuro reino del cielo en la tierra. Y cuando llegue el día, camarada, mejor que te guste (…) Que el pasado es inútil es algo que el revolucionario da por sentado sin expresarlo, sin examinarlo, pero que está siempre presente en sus sueños milenarios. En este sentido Marcuse es un revolucionario típico… Marcuse repite con frecuencia que su análisis crítico de la sociedad es «histórico». Pero no quiere decir que haya consultado archivos, examinado documentos amarillentos, estudiado inscripciones y monedas o realizado excavaciones, ni tampoco que haya leído la obra de hombres que hayan llevado a cabo actividades de este tipo. A él no le interesa el proceso real de los acontecimientos tal como refieren los historiadores. Cuando él dice

histórica, quiere decir filosofía de la historia, y es desde este punto de vista que interpreta el desarrollo de la sociedad. Le permite decir de manera apriorística como ocurrirán los hechos…; las frecuentes referencias de Marcuse a la historia subrayan el fluir, y nunca su valor como fuente de inspiración o sabiduría. Si Marcuse se ocupa del efecto poderoso del pasado sobre el presente es para deplorarlo, para condenarlo por irracional, para denunciar iniquidades. Para él el pasado es algo que hay que superar, no que utilizar sabiamente. La razón se ocupa de sus crímenes para suprimirlos y asegurarse de que no se repitan".[291]

Finalizando, otro tanto nos dice Pierre Masset desde su libro *El pensamiento de Marcuse*, señalando que la respuesta del filósofo germano a los defectos de la sociedad occidental "es no solo insuficiente y vacía, sino falsa y peligrosa. Y el remedio que preconiza nos parece peor que la enfermedad".[292] Como señalara entonces el Papa Pablo VI, la teoría de liberación del alemán "abre el camino para la licencia disfrazada como libertad... una aberración del instinto".[293]

---

**Homosexualismo**

Contrariamente a lo que podría pensarse *prima facie*, la cuestión de la sodomía no despertó demasiado entusiasmo inicialmente en los de Frankfurt, a pesar que muchos de sus miembros eran consumados libertinos, experimentando algunos de ellos encuentros homosexuales (caso Walter Benjamin). A pesar de que hoy los simpatizantes del marxismo se muestren como el principal defensor de los colectivos LGTB, lo cierto es que sus creadores entendían a la homosexualidad como una perversión aberrante propia de la burguesía y de la aristocracia. Para Engels, por ejemplo, la homosexualidad era una práctica similar a la pederastia, «moralmente deteriorada», «abominable», «extremadamente contra natura», «despreciable» y «degradante». Marx, por su parte, pretendía desprestigiar al sindicalista socialdemócrata Jean Baptista von Schweitzer denunciando su condición homosexual.

Esta concepción sobre la homosexualidad es bien clara en la mayor parte de los líderes comunistas, desde Stalin hasta Fidel Castro y el Che Guevara, que cuando no los exterminaban los

confinaban a campos de concentración a efectos de «re-educarlos». Desde El arte de amar, Erich Fromm define a la sodomía como una «desviación» y Harry Oosterhuis, escribiendo sobre el antifascismo de la década de 1930, observa que “teóricos socialistas como Wilhelm Reich tendían a ver la homosexualidad sociológica y psicológicamente como una aberración de la derecha, nacionalista y sobre todo fascista [...] En contra de la supuesta inmoralidad y perversión de los nazis, los antifascistas hacían hincapié en su propia racionalidad y pureza”.[294] No obstante, si atendemos a escritos posteriores de Reich, ya alejado del comunismo ortodoxo, admite la homosexualidad y reclama abiertamente por la “abolición de las leyes contra el aborto y la homosexualidad”.[295]

En este sentido, los primeros que comenzaron a tolerar –primero- y reivindicar –después- la homosexualidad dentro del espectro izquierdista provienen de la Escuela de Frankfurt. Ya hemos mencionado a Reich. El otro es Herbert Marcuse, que si bien no realiza inicialmente una clara y decidida defensa de esta práctica, comienza a sembrar el terreno para su proliferación. La explicación a esto seguramente pueda encontrarse en que el filósofo no concebía aun a este grupo como un sujeto revolucionario importante (de esta opinión, por ejemplo, es el activista gay Jearld Moldenhauer). Resulta asimismo significativo que ni siquiera les concediera demasiado tratamiento en su libro de 1972 *Contrarrevolución y revuelta*.

Pero aun así los trabajos de Marcuse –muy particularmente su *Eros y civilización*- fueron muy populares entre los movimientos de liberación gay, pues a partir de éstos fueron moldeándose y enalteciéndose las subculturas y grupos marginales de los años 60’, y abrieron el abanico para la visualización de todas las tendencias que en adelante ocuparán un lugar central en la revolución marxista. Un destacado vocero del movimiento gay, Jeffrey Escoffier, sostiene que el citado trabajo del de Frankfurt “tuvo un rol influyente en los escritos de los primeros exponentes del movimiento gay”, como Dennis Altman y Martin Duberman, “e influyeron en grupos gays radicales como el Gay Liberation Front's Red Butterfly Collective", que adoptó como lema la última frase del libro de Marcuse "Political

Preface" (de la edición de 1966): “Hoy, la lucha por la vida, la lucha por Eros, es la lucha *política*”.[296]

Incluso los activistas de la llamada “generación Stonewall” (homosexuales violentos, causantes de disturbios en Nueva York en los años 60) reconocen su influencia en Marcuse, y en 1969 crean el primer movimiento político y militante homosexual: el Frente de Liberación Gay. Entendían éstos que solo un cambio radical haría que la sociedad no solo tolerara sino que abrazara la diversidad sexual. Ese mismo año, más precisamente el 28 de junio de 1969, los nuevos discípulos del filósofo germano organizaron la primera marcha del Orgullo Gay, evento que se ha extendido en el mundo hasta nuestros días, celebrándose anualmente en esa misma fecha a modo de homenaje.[297] A este propósito, no parece un dato menor el público apoyo e impulso ofrecido por el filósofo alemán a la militante afroamericana, lesbiana, feminista y comunista Angela Davis, quién llegará a convertirse en la principal referente del «antirracismo» en EEUU y el mundo en los años 70´ (vinculada a la organización criminal *Panteras Negras*, promotores del supremacismo negro y del odio contra el hombre blanco)[298].

La influencia de Marcuse en todos los movimientos de transgresión en EEUU –especialmente- fue muy grande. Será él quien dará el puntapié inicial para la habilitación del homosexualismo, afirmando, entre otras cosas, que algunas actividades e impulsos tenidos como perversos no son incompatibles con la civilización *per se*. Menciona tres: la homosexualidad, la coprofilia (comer heces, excremento) y el sadismo.[299] Acierta aquí Marvin Harris al advertir que la revolución homosexual o liberación gay debe su éxito tanto a la revolución feminista como a la revolución sexual, que abrieron el camino a toda revolución o movimiento contracultural. De manera que el homosexualismo debe mucho a Marcuse y a sus colegas.

El efecto más evidente y entitativo de esta ola liberalizadora lo vemos pocos años después, en 1973, cuando la homosexualidad fue abruptamente abolida del manual psiquiátrico DSM, dejando no solo de constituir una perversión, desviación o enfermedad, sino incluso algo deseable (de aquí que se la haya promovido constantemente hasta nuestros días). Este hecho demuestra

acabadamente el grado de fuerza que habían adquirido desde 1968 las otrora *minorías marginales y oprimidas*, constituyéndose ahora en poderosos lobbies capaces de ejercer una decisiva presión en las mismísimas academias de Medicina y de Psicología y luego en la propia Organización de las Naciones Unidas. Para ese entonces, el psicólogo judeo-estadounidense George Weinberg había escrito *Society and the Healthy Homosexual* (1967), libro desde el cual acuña el hoy tan popular término «homofobia» –a todas luces un absurdo semántico- para referir a todo aquel que reivindicara la tradicional heterosexualidad, afirmando que el rechazo a la homosexualidad es una enfermedad mental. El mentado neologismo se ha convertido en pieza clave del correctismo político actual.

En esa lógica, toda acción no tendiente a la reivindicación de la homosexualidad es tenida indefectiblemente, cuanto menos, como un acto irracional y antihumanista. Hay quienes sostienen que la sodomía sería no solo una práctica normal y natural sino incluso deseable, argumentando en tal sentido que ésta habría sido practicada en todas las épocas por todas las sociedades -incluidas la más preponderantes-, lo cual es absolutamente falso, como lo es la pretensión que incluso habría sido practicada masivamente. Lo cierto es que las crónicas históricas no registran una sola cultura de fuste que haya promovido la homosexualidad y/o donde hubiera predominado esta desviación sexual sino todo lo contrario. Otrosí, el argumento esgrimido en pos del homosexualismo no explica por qué las culturas más importantes de la historia lo rechazaban tajantemente. Resulta evidente que el motivo estaba dado en su condición de anormal, de antinatural, y la filosofía de la historia enseña que las grandes civilizaciones se sostenían por su respeto irrestricto al orden natural. Luego, el trillado y falaz argumento sobre que la homosexualidad sería natural en tanto, al parecer, es practicada por algunos animales en algún momento, no resiste análisis. Primero, porque no puede traspolarse el mundo animal al ser humano de un modo tan ligero, y segundo, que la excepcionalidad reconocida de tal práctica entre los animales constituye la mejor muestra de su anormalidad, en tanto sale de la norma.

Es asimismo evidente que una práctica no puede ser considerada natural o deseable por el solo hecho de existir o de haber sido común en tiempos pretéritos. Aplicando la misma lógica, el sacrificio humano, el canibalismo y la pedofilia deberían ser normalizados dada su inobjetable existencia a lo largo de la historia. Para ir cerrando, digamos lo evidente: la cantidad de homosexuales es infinitamente menor al número de heterosexuales. Ergo, la homosexualidad es anormal y minoritaria. Pero la dialéctica marxista nunca descansa. De normalizar la sodomía, los panegiristas del homosexualismo pasarán ahora a declararla como un ideal.

---

## Lukács y la Educación sexual (ESI)

Resulta interesante constatar que la idea de imponer la educación sexual como contenido obligatorio en todas las instituciones educativas tuvo su origen y primer ensayo hace más de 100 años, a manos del frankfurtiano George Lukács. El filósofo húngaro era considerado por muchos como el teórico marxista más brillante después del propio Karl Marx y fue el primero en intuir la importancia decisiva de la cultura para lograr imponer la dictadura del proletariado, todo lo cual queda expuesto en el prefacio de su *Teoría de la Novela* (1919), donde se pregunta: "¿Quién nos salvará de la cultura occidental?".

Sin lograr jamás despegarse totalmente del comunismo institucional y de su vicio economicista, Lukács destacará prontamente el rol «alienante» de la familia y la moral cristiana, siendo el primero en lanzar una violenta ofensiva contra ella. En 1919, durante el breve interregno de la República Soviética de Hungría presidida por Béla Kun, fue nombrado comisario responsable de Instrucción Pública (Cultura y Educación) y, sin perder tiempo, se lanzó a implementar una profunda revolución cultural. Siendo él literato y amante del teatro, vio en este arte una herramienta fundamental para desalienar a la sociedad y estampar los nuevos principios revolucionarios, procediendo inmediatamente a nacionalizar todos los teatros y controlar sus contenidos. Como mentor de la «nueva cultura», modificó la curricula de todas las instituciones educativas del país e incluso la tradicional Academia

Húngara de Ciencias fue suspendida hasta que se renovaran sus contenidos.

Lukács fijó su atención especialmente en los niños y adolescentes, puesto que serían ellos los «hombres nuevos» de la sociedad sin clases. En función de ello, entre otras cosas, promoverá los cuentos de hadas, ya que creía (como otros marxistas) que estos otorgan la fantasía necesaria para borrar los límites de lo posible, de lo que existe y está por venir (inculcándoles así el apego por la utopía, es decir, por el comunismo). Introdujo además el plan de quitar a los hijos del cuidado parental, incorporando la educación sexual en la curricula de escuela primaria. En este novedoso y perverso programa de educación sexual se animaba a los niños a rebelarse contra la autoridad de sus padres e ignorar los preceptos morales, instruyéndolos en las «bondades» del «amor libre» y los intercambios sexuales, enseñando asimismo el carácter opresor de la familia tradicional, la monogamia y la religión.

En un artículo sobre esta temática, leemos lo siguiente:

> En 1919, Georg Lukacs se convirtió en el Comisario de Cultura del breve régimen de Bela Kun en Hungría. Inmediatamente pone en ejecución su plan para descristianizar Hungría. Entendiendo que si la ética sexual cristiana podría ser minada entre los niños, entonces tanto la odiada familia patriarcal como la Iglesia serían destruidas. Lukacs lanzó un radical programa de educación sexual en las escuelas. Se organizaron lecturas sexuales y se repartió literatura donde se instruía gráficamente a los menores en el amor libre (la promiscuidad) y en las relaciones sexuales mientras simultáneamente se los motivaba para rechazar la ética moral cristiana, la monogamia y la autoridad paternal y de la Iglesia. Todo esto fue acompañado por un reino de terror cultural perpetrado contra los padres, los sacerdotes y los disidentes.[300]

Laszlo Pasztor, diplomático y líder de la resistencia anticomunista en Hungría, explica por qué los niños se convirtieron en el objetivo: “Intentaban socavar la unidad de la familia, y esa es una de las razones por las que intentaron introducir educación sexual. Siempre resulta más difícil conseguir que un adulto haga lo que se le enseñó a no hacer”.[301]

Pero el flamante comisario de cultura fue traicionado por su incontrolable impulsividad y fanatismo revolucionario, encontrando un escollo que no había previsto. Su "programa" encontró una férrea resistencia por parte de los padres e indignó a la mayor parte de la sociedad -incluso en los sectores socialistas-, todavía conservadora y cristiana. No supo ver entonces el húngaro que todavía no estaban dadas las condiciones para tal subversión cultural. Michael Lowy, apoyándose en Victor Zitta, dice:

> La furia burguesa e indignación ante las políticas profundamente subversivas de Lukacs han encontrado recientemente eco en los escritos de Victor Zitta. Calificando a Lukacs de 'fanático… se dedicó a destruir el orden social establecido'. Zitta refiere que la educación se volvió 'algo perverso' bajo la orientación de Lukacs (…) 'instruyendo a los niños en la irrelevancia de la religión que priva a los hombres de todo placer (…) En un prefacio de 1967 a su Historia y consciencia de clase (1926) Lukacs se refiere a los tiempos en que favorecía un "total quiebre con cada institución y modalidad de vida proveniente del mundo burgués.[302]

Lo interesante y novedoso de Lukács es haber intuido la importancia de la «educación» de los niños para lograr la implantación de la revolución. En síntesis, los hombres de Frankfurt han hecho posibles los vaticinios de Bertrand Russell, quien para los años 50´ advertía que los psicólogos sociales del futuro lograrían implementar cambios profundos en las sociedades occidentales -y dominarlas- aprehendiendo las siguientes máximas:

> Primero, que la influencia del hogar es obstructora. Segundo, que no se puede hacer mucho si el adoctrinamiento no empieza antes de los diez años. Tercero, que las directrices a las que se les pone música y son cantadas resultan muy efectivas. Cuarto, que opinar que la nieve sea blanca debe mostrar un gusto mórbido por la excentricidad… El trabajo de los científicos del futuro es perfeccionar esas máximas y calcular cuánto costará hacer que los alumnos crean que la nieve es negra, y cuánto costará convencerlos de que es solamente gris oscura.[303]

CAPÍTULO VIII

# TOLERANCIA REPRESIVA Y CORRECTISMO POLÍTICO: DE FRANKFURT AL MUNDO

*"El correctismo politico es marxismo cultural. Es el marxismo traducido de términos económicos a culturales"*

Bill Lind

Lo más probable es que el vertiginoso y violento ascenso de los nuevos postulados de este marxismo reconfigurado y de sus nuevos sujetos revolucionarios -suscitados en el absurdo y en evidentes contradicciones- se hubieran visto frenados en algún momento de no ser por la creación de dos nuevas categorías instrumentales que actuaran como barreras ante cualquier crítica y ante cualquier objetor: la «tolerancia represiva» y el «correctismo político». Urgía proteger a estos nuevos grupos disruptivos y su discurso que por primera vez lograban resquebrajar mortalmente las estructuras tradicionales de Occidente y sus paradigmas socioculturales. ¿Qué hacer? Había que censurar, reprimir y -en lo posible- castigar toda opinión contraria. ¿Cómo hacerlo? Había que

elaborar una teoría que en nombre de la libertad y la diversidad justificase aquello.

Y en este sentido, indudablemente el contexto histórico era ideal: la experiencia de los derrotados fascismos -a los que la propaganda había criminalizado hasta el paroxismo- había causado un pánico y rechazo sin precedentes en las sociedades occidentales, generándose por consiguiente una notoria sensibilidad hacia todas las minorías o disidentes que éstos habrían perseguido. Este sentimiento pos Yalta será rápidamente materializado por la entonces embrionaria Organización de las Naciones Unidas (ONU), que convertirá a los DDHH en dogma universal y política fundamental de todas las naciones, aunque pronto será evidente el sesgo ideológico y la instrumentalización política de aquellos principios. Ven aquí entonces los de Frankfurt el marco ideal para orquestar una condena legal y social contra todo disidente. ¿Cómo justificar tal persecución? Acusarlo de «fascista» y/o de «antidemocrático». *Deus ex machina!* Estas serán las palabras «talismán» por antonomasia para descalificar y penalizar cualquier opinión contraria a la nueva hegemonía cultural de izquierdas.

Así entonces, a fuer de no ser alcanzado por los efectos de estas palabras «talismán» muchas personas han renunciado a expresar su opinión, sea por la consiguiente condena social seguida de esto o por la penalización estatal. Esta ingeniería social de la corrección política impone el uso de ciertas palabras y conceptos, proscribe el de otras y/o mutila su significado, instrumentalizándose así un claro adoctrinamiento ideológico. Bastará con que algún organismo internacional de alguna fama afirme taxativamente que la nieve es negra para que el individuo termine por aceptarlo, porque de no hacerlo se lo acusará de violentar los DDHH en su totalidad, de insensible, de antidemocrático y hasta de fascista.

Si debiéramos mencionar un solo responsable de este *modus operandi*, sin dudas aquel dudoso honor le corresponderá a Herbert Marcuse, prominente miembro de la Escuela de Frankfurt. Y en este sentido, la obra que mejor servicio le prestó fue aquella escrita en 1965: *Tolerancia Represiva*. En este trabajo, que muy pronto se convertiría en lectura de culto en los ambientes académicos, deja consignado con total claridad el plan de acción para imponer lo que

hoy llamamos «corrección política» o «tolerancia represiva». En pocas palabras y dicho de modo sencillo, el autor sostiene que no deben tolerarse todas las opiniones, sino solo aquellas que estén de acuerdo con la suya. De manera tal que cualquier opinión en disidencia o desacuerdo debe censurarse, y en lo posible, castigarse punitivamente, coercitivamente (como sucede en la actualidad). Nos dice el de Frankfurt:

> Pero esta tolerancia no puede ser indiscriminada e idéntica con respecto a los contenidos de expresión, ni de palabra ni de hecho; no puede proteger falsas palabras y acciones erróneas que de manera evidente contradicen y frustran las posibilidades de liberación. …aquí ciertas cosas no pueden decirse, ciertas ideas no pueden expresarse, ciertas orientaciones políticas no pueden sugerirse, cierta conducta no puede permitirse sin hacer de la tolerancia un instrumento para el mantenimiento de la sumisión abyecta.[304]

Agrega seguidamente la operatoria a seguir en su particularísimo sistema de libertad: “Entonces la tolerancia liberadora significaría intolerancia hacia los movimientos de la derecha, y tolerancia de movimientos de la izquierda”.[305] Para él, las derechas no solo significan fascismo y fuerzas antidemocráticas, sino también los grupos que “se oponen a la ampliación de los servicios públicos, la seguridad social, los servicios médicos sociales, etc.”.[306] ¡Y este era el mismo hombre que, auto erigido en paladín del antitotalitarismo, había condenado enérgicamente a la URSS de Joseph Stalin y a los regímenes fascistas! Pareciera que le cabe a Marcuse el diagnóstico *orwelliano* del oprimido que llega al poder, pues de exiliado del nacionalsocialismo pasaba ahora, dos décadas después, a implementar lo mismo que denunciaba, oficiando ahora de S.S. o Gestapo, envileciendo y persiguiendo al disidente y permitiendo solo el nuevo discurso hegemónico o Pensamiento Único.

Pero lo cierto es que el muy libertario Marcuse no hacía otra cosa que replicar las normativas de órganos comunistas como el Comité Central del PCUS, que en 1943 ordenaba lo siguiente a sus intelectuales: “Nuestros camaradas y los miembros de las organizaciones amigas deben continuamente avergonzar, desacreditar y degradar a nuestros críticos. Cuando los obstruccionistas se vuelvan demasiado irritantes hay que

etiquetarlos como fascistas o nazis. Esta asociación de ideas, después de las suficientes repeticiones, acabará siendo una realidad en la conciencia de la gente”.[307] En rigor, esta operatoria se inscribe dentro de la histórica lógica contradictoria del marxismo. Los casos de este orden abundan. Izquierdas que a la par de denunciar crímenes y excesos por doquier, apoyan con denuedo regímenes visiblemente totalitarios como los de Cuba, China, Venezuela o la ex URSS.

A propósito de esta palabra vuelta hoy dogma («tolerancia») resulta interesante la lectura que del fenómeno hace Correa de Oliveira, señalando que “sólo hay tolerancia en la anomalía y, proclamar la necesidad de mucha tolerancia, es afirmar la existencia de mucha anomalía”. ¿Cuál es o debería ser el límite de la tolerancia? ¿Debe acaso ser limitada? Lo cierto es que cualquier persona que conserve algo de sentido común y de decencia podrá responder al interrogante planteado. ¿Se debe ser tolerante con el crimen y con el criminal, con el sádico, el violador, el ladrón, el asesino, el degenerado?[308] Resulta evidente que no, pues de lo contrario sería imposible vivir en sociedad. Es importante destacar que en una sociedad saludable no basta con abstenerse de practicar el mal: es un deber y una necesidad que nunca se lo apruebe, fuere por acción o por omisión. Muchos autores han calificado a la tolerancia como “una virtud peligrosa”, pues, en efecto, como nos dice Plinio Correa de Oliveira: “La tolerancia consiste en dejar subsistir un mal para evitar otro mayor. Ahora, la subsistencia impune del mal crea siempre un peligro, pues el mal tiende necesariamente a producir efectos malos y, además, tiene una seducción innegable. Así, existe el riesgo de que la tolerancia traiga por sí misma males aún mayores que aquellos que se desea evitar”.[309]

Aun reconociendo que “la intolerancia ha retrasado el progreso y ha prolongado la ejecución y tortura de inocentes por siglos”, Marcuse se hace una serie de preguntas: “¿Es esto un argumento definitivo a favor de la tolerancia indiscriminada, ‘pura’? ¿Hay condiciones históricas en las cuales tal tolerancia impide la liberación y multiplica las víctimas que son sacrificadas al status quo? ¿Puede ser represiva la garantía indiscriminada de derechos y

libertades políticas? ¿Puede actuar tal tolerancia en el sentido de obstaculizar el cambio social cualitativo?". Marcuse responde negativamente a la primera y positivamente a las demás. Resulta claro –especialmente en la actualidad- que la forzada y tendenciosa hermenéutica que ofrece en modo de pregunta deja allanado el camino para censurar cualquier tipo de opinión contraria al nuevo orden propuesto.

La opinión del "otro", nos dice, no sería verdaderamente una opinión ya que no se haría en libertad y de modo consciente, puesto que estaría en realidad condicionado por un sistema totalitario de pensamiento. Éste es, en rigor, un sujeto alienado del sistema, siervo del *status quo*, de modo que tal opinión perdería valor por su falta de objetividad frente a la realidad que le es en verdad desconocida. En suma, este hombre sería una víctima o esclavo de un sistema capitalista que solo produce caracteres y seres homogéneos, casi indistinguibles unos de otros. Así lo señala cuando advierte que el principio de la tolerancia resulta manipulado "cuando su doctrina racional ya no prevalece, cuando se administra la tolerancia a individuos controlados y adoctrinados que a la manera de papagayos repiten, como si fueran propias, las opiniones de sus amos, para los cuales la heteronomía se convirtió en autonomía".[310]

En tal escenario imaginado y propuesto por el germano, la tolerancia universal es una montura de la falsa conciencia, que obstaculiza el avance hacia una sociedad libre, única en la cual la tolerancia puede realizarse. Siguiendo este criterio, sostiene que la intolerancia hacia lo establecido es liberadora y la tolerancia hacia los métodos de los que eufemísticamente denomina "movimientos de liberación" –incluidos los violentos, como las guerrillas del marxismo-. En tal sentido, su opinión coincide con la del filósofo norteamericano John Rawls, que sostiene que permitir el curso normal de las cosas tal como marchan hoy implica una pérdida mayor de libertad que la insurrección violenta

Distingue Marcuse la violencia reaccionaria (practicada por los conservadores) de la violencia revolucionaria (practicada por los oprimidos por su liberación), siendo solo lícita y conveniente la última. No condena la violencia en sí misma, como hemos dicho ya,

sino que en muchos casos la declara como una urgente necesidad. Para él, “la no violencia normalmente es no sólo predicada sino exigida al débil, es una necesidad más que una virtud, y normalmente no daña en forma grave al fuerte”.[311] Lo que no toma en consideración Marcuse, denotando importante ingenuidad –él mismo se ha calificado a veces de “utopista”-, es que nada garantiza que el camino violento de los revolucionarios traiga como resultado una sociedad “no represiva”. En verdad, lo más probable es que suceda justamente lo contrario. Remitirse sino, por caso, a la historia del marxismo en ejercicio en todas sus variantes.

Para Marcuse, el capitalismo oculta su opresión y totalitarismo bajo máscaras de libertad y tolerancia, fingiendo ser abierto a la crítica y a la libertad de expresión. Todo es «disidencia controlada» para el filósofo alemán. “Peor aún”, nos dice Hicks, “la apariencia de haber sido abierto y tolerante servirá solo para reforzar el control del capitalismo. La tolerancia capitalista, entonces, no es tolerancia real: se trata de «tolerancia represiva»”.[312]

A efectos de aplicar el mismo mecanismo que denunciaban contra el capitalismo y los enemigos de la izquierda, la Escuela de Frankfurt ideó el perfil de la «personalidad autoritaria», que veremos con más detalle seguidamente. Previo a la Segunda Guerra Mundial, su trabajo sobre la llamada «personalidad autoritaria» tuvo como objeto identificar a la gente que no era lo suficientemente revolucionaria, de modo que pudiera ser «reeducada». Cuando la Escuela de Frankfurt amplió su investigación después de 1945 - por orden del *American Jewish Committee* y de la *Fundación Rockefeller*-, su objetivo pasó a ser medir la adhesión a las creencias principales de la civilización cristiana occidental, procurando luego caracterizar a tales creencias como "autoritarias" y desacreditarlas. Así las cosas, toda persona que pretendía defender sus convicciones ético religiosas y cuestionara algunos de los postulados de la «nueva moral» decretada por la izquierda sería acusada penalmente de cometer «crímenes de odio». Como hemos visto, los casos de personas encarceladas, perseguidas y/o multadas abundan en la actualidad y se multiplican día a día.

En Marcuse queda perfectamente reflejada la hipocresía y contradicción del intelectual marxista. Este presunto *gurú* del pacifismo -creador de la famosa frase *«haz el amor y no la guerra»*- y de la libertad –famoso con su «*prohibido prohibir»* en el mayo del 68- fue simultáneamente el creador y promotor de la intolerancia institucionalizada, esto es, de la persecución de toda opinión disidente. Rasgo característico que no pudo ocultar ni siquiera Martin Jay, admirador de la Escuela de Frankfurt y uno de sus historiadores más excelsos, reconociendo que Marcuse exhibía un carácter intolerante y que algunas de sus nociones exudaban un rancio dogmatismo. En su citado ensayo, el de Frankfurt pretendía justificar su concepto de tolerancia acudiendo a los iluminados de la revolución francesa, recordando que "la tolerancia no implicaba justicia para todos los partidos existentes. Significaba, en realidad, la abolición de uno de los partidos".[313]

Ante la propuesta sectaria e intolerante del filósofo germano, comenta Díaz Araujo lo siguiente: "Marcuse lo dice muy en serio. Tolerancia para el pensador negativo y sus seguidores, los destructores… ¿Y los que no están de acuerdo? Al paredón, por supuesto… Estos obstruccionistas son enemigos de la humanidad… No se debe dar cuartel a la oposición. Fíjense que este es el programa considerado de un hombre que lucha bajo la bandera de la ¨razón¨, cuyo programa lleva el lindo título de ¨tolerancia liberadora¨. ¿Y de que libera a quien tiene la imbecilidad de disentir? Cuando a uno lo ponen contra el paredón está enteramente liberado, liberado de más dolor, ansiedad, disensión, trabajo: uno esta liberado de la vida".[314]

El promotor de la muy utópica «sociedad no represiva» y de la violencia selectiva, escribe desde *El fin de la utopía*, publicada en 1968: "No hay duda de que un movimiento revolucionario da nacimiento a un odio sin el cual la revolución es simplemente imposible. Nada más irritante que el mandamiento del amor: ´No odies a tu enemigo´, en un mundo en el que el odio esta institucionalizado en todas partes. En el curso del movimiento revolucionario, este odio puede naturalmente transformarse en crueldad, en brutalidad, en terror. El límite, en ese dominio, es terriblemente móvil".*[315]*

Asimismo, por último, resulta curioso comprobar que Marcuse se queje del hombre alienado occidental, de la falta de libertad del sistema capitalista, llamando abiertamente a su destrucción, cuando él no sólo jamás recibió ningún tipo de censura -pudiendo por tanto diseminar su odio libremente-, sino que incluso encontró apoyo e ingentes recursos para hacerlo nada menos que desde la «meca capitalista»: los EEUU.

Recapitulando, de algún modo u otro, la obra define al autor. Si algo sobresale con claridad meridiana de los trabajos del hombre de Frankfurt es el odio desmesurado no solo a la vida sino a aquellos que la disfrutan o intentan hacerlo. En cada una de sus líneas subyace un fanatismo irreflexivo que le impide reconocer la belleza en los actos más simples. Es, en fin, un hombre que no solo odia estar vivo: odia, por sobre todo, que otros lo estén. A esto ha intentado dar respuesta el filósofo Eliseo Vivas, que bien podría extenderse a todos los teóricos del marxismo:

> ¿De dónde provienen todas esas negaciones tan irracionales? Algo lo ha herido profundamente. Un odio tan intenso, tan implacable, tan puro, debe tener una raíz profunda en su alma… ¿No hay nada en esta epoca, de este mundo, que le parezca bueno? ¿Alguna pieza de música, poesía, amigos, una buena comida con buen vino, una mañana clara y fresca en el campo, un atardecer junto al mar?... Si se juzga por sus libros, el lector no tiene ni la menor sospecha de que Marcuse haya pensado alguna vez que vale la pena vivir. Si pueden tomarse como prueba sus libros, especialmente El hombre unidimensional, Marcuse no ha vivido ni una hora que atesore o que le gustaría volver a vivir.[316]

De este odio, de este furibundo nihilismo y pesimismo han nutrido los marxistas a las generaciones del pasado y presente siglo. Este fue el «regalo» de Frankfurt y sus discípulos posmodernos al mundo y a la humanidad. Por ello llama Vivas a Marcuse “el Torquemada de la Nueva Izquierda” y Díaz Araujo “*la Cosa Nostra* intelectual de la Nueva Izquierda”.

----

## «La personalidad autoritaria» y la escala F (Fascismo) de Teodoro Adorno

Como si se tratara de la precuela de *1984* de George Orwell, en los años '30 Erich Fromm había ideado un cuestionario para ser usado para analizar a los trabajadores alemanes psicoanalíticamente como «autoritarios», «revolucionarios» o «ambivalentes», de manera que pudiera detectarse el grado de adhesión de la clase obrera al comunismo e identificar al mismo tiempo las motivaciones de cada individuo y las razones de ello. Como era presumible esperar, el rótulo de «autoritario» estaba invariablemente dirigido a aquellos que manifestaban apego a la familia, al cristianismo, a la patria y a la moral tradicional. Para desilusión del discípulo de Freud y sus colegas del instituto, aquellas voluntades proclives a la revolución conservaban un profundo sentido patriótico, adhiriendo por consiguiente a un socialismo nacional, esto es, al nacional socialismo u otros fascismos: acérrimos enemigos del comunismo y del inmanentismo marxista.

En la década siguiente, ya asentado en los EEUU, Teodoro Adorno tomará como núcleo para su investigación la escala psicoanalítica de Fromm[317], aunque cambiando el título de «personalidad revolucionaria» por «personalidad democrática», a fin de hacer las cosas más aceptables para una audiencia de posguerra. Conservando la misma lógica que el anterior experimento, *la personalidad democrática* sería la única opción aceptable, teniendo al conservador como «autoritario», y por tanto, deleznable. Su trabajo dará origen a cinco volúmenes, siendo el último de ellos el más determinante y el que logrará amplia aceptación y difusión. Se trataba de su conocida obra *La personalidad autoritaria* (1950)[318] que de algún modo profundizaba y desarrollaba de un modo más claro lo expuesto en su importante trabajo *Dialéctica de la Ilustración*. Lo que se intentaba allí era obtener una definición empírica de lo que Adorno llamó "un nuevo tipo antropológico": la *personalidad autoritaria*.

La idea de este trabajo surge durante su exilio norteamericano. Luego de una fallida experiencia en la Universidad de Princeton (New York), en 1941 se traslada junto a su amigo Max Horkheimer a Los Ángeles, vinculándose prontamente al denominado Grupo Berkeley como investigador, donde comienza a estudiar, analizar y desarrollar una teoría relacionada al origen del

autoritarismo-totalitarismo en las sociedades. Tal investigación respondía a un encargo del Comité Judío Norteamericano, cuyo objeto estribaba en detectar en la sociedad estadounidense todo posible germen o tendencia de antisemitismo o fascismo.

Pero en rigor de verdad, lo que se buscaba con esto era más bien estereotipar de un modo negativo –presuntamente científico- ciertas actitudes, tradiciones y valores de la sociedad occidental cristiana, para lograr primero su condena social –y luego su castigo-, arrastrándolos a cierta marginalidad mientras al mismo tiempo eran directa e indirectamente *empoderados* los sectores minoritarios, naturalizando sus particularidades en tanto fueran contrarias al viejo y vigente orden sociocultural y religioso. De modo discreto pero seguro, Adorno fomentaba el multiculturalismo, sabiendo que era el mejor modo de diluir el *status quo* e ir erradicando los factores esenciales y constitutivos de las sociedades –especialmente las de aquellas naciones donde existiera una marcada homogeneidad étnica-racial y religiosa-. De algún modo u otro, podemos decir que fue la base necesaria para la postrera tesis *marcusiana* de la «tolerancia represiva», donde como hemos referido se llama abiertamente a censurar e incluso perseguir la opinión disidente.

El estudio concluye que el pueblo estadounidense tenía tics fascistas, señalando que quienes reivindican la cultura americana y la tradición occidental estaban desequilibrados psicológicamente; patología que podrían tratar a través de un “entrenamiento en sensibilización” –eufemismo para adoctrinamiento-.[319] Desde el vamos, cualquier lector con sentido común será capaz de detectar el absurdo de este pretendido dictamen científico. Y sin embargo, su influencia y efectividad se hará sentir prontamente, generando en la sociedad americana una suerte de “síndrome del mea culpa”, avergonzada por su condición de blanca, patriota, heterosexual y cristiana, puesto que el nuevo *vademecum adorniano* les decía que su propia identidad y tradición eran signos inequívocos de fascismo y autoritarismo.

¿Y quién es el responsable de la creación de esta «personalidad autoritaria»?, preguntan retóricamente los hombres de Frankfurt: la institución familiar. Pues, nos dice Adorno que: “Toda jerarquía está basada sobre la prepotencia por un lado y la sumisión

por el otro. La familia es una fábrica de la ideología reaccionaria en la que el padre es el ser superior ante quien el niño es obligado a identificarse masoquistamente”.[320] Cuestión que había ya detectado su colega y amigo Max Horkheimer: “Los sentimientos, las actitudes y las convicciones que hunden sus raíces en la familia mantienen unido nuestro sistema cultural. Constituyen un elemento del cemento social”. Según éste último, para revertir la situación no debía aspirarse a la destrucción inmediata, visible y abrupta de familia, sino a su “remodelación”.[321]

Ahora bien, ¿aplicaba esto necesariamente a todas las constituciones familiares? No, solo a aquellas concebidas bajo el sistema capitalista que, según éstos, promueve un tipo de estructura familiar patriarcal que genera en los niños una evidente deformidad del carácter. ¿Cuál es el componente esencial de aquellas estructuras? La religión, de la cual se ocupa Erich Fromm. Según el psicoanalista, las religiones monoteístas educan a los individuos en la obediencia ciega a una autoridad superior, que pone las normas por encima de cualquier razón o discusión. “Así, el individuo queda reducido a un mero servidor de un dios omnipotente. Esta ´mentalidad masoquista´, adquirida desde la infancia, sería la base psicológica que ha hecho que muchos hombres sigan ciegamente a dictadores como Hitler”, nos dice un conocido autor.

A todas luces resulta evidente que tratamos aquí con un abordaje superficial de la cuestión, basado en un análisis claramente reduccionista de la realidad objetiva, viciado de pura ideología. No vemos aquí otra intencionalidad que forzar el cerramiento de una tesis cuanto menos muy discutible. Por lo pronto, lo probado e incontestable con un caso muy práctico: el máximo genocidio de la historia, el comunista, no fue obra del capitalismo y de su tipo de familia presuntamente alienante. La tesis de Fromm queda asimismo desacreditada por la evidencia empírica y documental, puesto que si la religión fuera una promotora sistemática de déspotas como pretende, no se explican los casos de Lenin, Stalin, Castro, Guevara, Marat, Voltaire y sus jacobinos, que fueron no solo ateos sino furibundamente anticristianos. Aun reconociendo –como reconocemos- que algunos hombres nominalmente cristianos o religiosos cometieron barbaridades, la

conclusión será la misma: el psicoanalista alemán estaba equivocado. Lo llamativo del caso es que fuera Fromm quien expusiera más decididamente esta tesis sobre las religiones monoteístas, puesto que hasta el fin de sus días veneró y practicó la religión judía.

Sintetizando, los pensadores alemanes consideraban a la familia como el primer obstáculo para imponer los postulados contraculturales y revolucionarios que permitieran desintegrar los fundamentos de las naciones occidentales. Se imponía, pues, destruir completamente a esta institución esencial, y para hacerlo había que primero desnaturalizarla poco a poco. Creían que una rotura parcial de la autoridad del padre en la familia permitirá incrementar la preparación de una nueva generación que aceptara los cambios sin resistencia.

-------

Para el estudio de marras se incorporó la disciplina del psicoanálisis y una serie de técnicas entre las que destacaban el perfeccionamiento de las escalas de actitud de un Thurstone o un Likert, las medidas de correlación y los tests proyectivos, convirtiéndose prontamente en una de las obras más importantes de la psicosociología política. El trabajo consta de veintitrés capítulos divididos en cinco partes que responden a los nombres de «medida de tendencias ideológicas», «la personalidad a través de entrevistas clínicas», «la personalidad a través del material proyectivo», «estudios cualitativos sobre ideología» e «individuos y grupos especiales» (dedicada a individuos que puntúan poco o mucho en las escalas y a los subgrupos de presos y pacientes psiquiátricos). Para dicha investigación (de casi mil páginas), los autores realizaron –supuestamente- más de 2000 entrevistas entre una muestra no siempre heterogénea, a pesar de incluir por momentos a estudiantes universitarios, profesores, trabajadores sociales, militares, trabajadores, mujeres y hombres de clase media, presos y pacientes psiquiátricos.

De acuerdo a las respuestas ofrecidas por los sujetos entrevistados, se los calificaba con alguna de las siguientes cuatro escalas: antisemitismo (A-S), etnocentrismo (E), conservadurismo político-económico (PEC), y fascismo (F). Sin embargo, será esta

última (“F”) la que tomara más relevancia – utilizada con alguna que otra modificación aun en la actualidad-, siendo mejor conocida como la “Escala F de Teodoro Adorno”. Además de considerar cuestiones de orden general como la clase, la religión, ideología declarada, entre otros, los factores utilizados para medir la tendencia del individuo hacia el fascismo eran las siguientes: • Convencionalismo o adherencia a valores establecidos. • Sumisión autoritaria o actitud acrítica ante unos puestos de autoridad idealizados. • Agresión autoritaria o tendencia a rechazar a quienes se comportan de forma no convencional. • Antisubjetividad (anti-intraception) u oposición a lo imaginativo. • Superstición y estereotipo. • Rudeza de conducta y culto al poder. • Destructividad y cinismo o desconfianza y desprecio del género humano. • Proyectividad o identificación con el catastrofismo y los impulsos emocionales del subconsciente. • Obsesión y actitud morbosa para con el sexo.

Adorno distingue entre quienes puntúan alto y quienes puntúan bajo, categorizándolos de modo poco convincente. Los que puntúan alto serían personalidades dominadas por alguno de los siguientes «síndromes»: • «Resentimiento» (actitudes extremas fruto de la proyección contra los demás de las frustraciones personales). • «Convencionalismo» (seguimiento de pautas no democráticas en un contexto que no se caracteriza por su proclividad democrática). • «Autoritarismo» (coherencia entre la personalidad y la cultura autoritarias). • «Rebelión» (agresividad, eventualmente psicopática, contra un liberalismo que actuaría como moral social mayoritaria). • «Tendencia maniática» (crank en inglés) (rigidez y compulsividad en los hábitos con resultado de intolerancia). • «Manipulación» (simplificación deliberada de la realidad con objeto de sacar adelante posturas protodictatoriales).

En relación a quienes puntúan bajo, los «síndromes» serían: • «Rigidez» (adopción de pautas no autoritarias, no por convicción, sino por acatamiento de una ortodoxia liberal percibida como deber de conducta). • «Protesta» (apoyo en los valores liberales como contraste crítico con una realidad que se sabe desigual e injusta). • «Tendencia impulsiva» (proselitismo, propagandismo de ideales, en este caso democráticos). • «Conformismo» (easy going) (versión liberal del convencionalismo de quienes puntúan alto). •

«Liberalismo auténtico» (convicciones democráticas meditadas y practicadas por propia iniciativa y sentido de la responsabilidad).[322]

Como era de esperar, las conclusiones arrojadas por esta metodología pretendidamente científica eran cuanto menos dudosas, acusándose a este sistema de forzar o simplificar ciertas variantes o factores que eran en realidad mucho más complejos que lo que presumía Adorno y los suyos. Entre las críticas más comunes que se le dirigieron a este estudio, podemos mencionar las siguientes:

• Sesgo en el resultado de las entrevistas por causa de la falta de imparcialidad de los entrevistadores, que habrían orientado las preguntas sin respetar las normas profesionales.

• La formulación de los ítems de las escalas también adolecería de sesgo al buscar abiertamente complicidades o pronunciamientos políticos.

• El autoritarismo quedaría identificado exclusivamente con el fascismo, olvidando que hay también un autoritarismo de izquierda.

• El tratamiento de los testimonios personales revestiría una dosis excesiva de generalización no justificada.

• Las actitudes políticas aparecerían definidas como rasgos permanentes de la personalidad más que como aspectos del orden social.

• El recurso al utillaje psicoanalítico sería desmedido.

• Las técnicas de correlación habrían sido empleadas en un sentido reverencial, como si fueran infalibles.[323]

En suma a esto, podríamos objetarle a Adorno lo que bien apunta la autora Eva María Rodríguez: que el estilo de crianza no siempre produce individuos con perjuicios; que algunos prejuicios no se ajustan al tipo de personalidad autoritaria; y que la teoría no explica por qué las personas tienen prejuicios contra ciertos grupos y otros no. Asimismo podríamos criticar al estudio por su muestra limitada, ya que los participantes habían sido reclutados a través de organizaciones formales, lo que imponía un sesgo de partida y cuestionaba la representatividad de la muestra de cara a generalizar las conclusiones de su estudio.[324] Aunque tal vez la falencia más visible de esta investigación es que los ítems de la escala F estaban

redactados en forma tendenciosa y no eran mutuamente excluyentes.

No obstante la clara tendenciosidad de la metodología empleada para identificar a los sujetos potencialmente autoritarios, la escala "F" de Adorno se ha continuado utilizando hasta la actualidad. En algunos casos se proponen algunas modificaciones, pero en esencia, casi todos se orientan en el mismo sentido, es decir, estigmatizar a los grupos o individuos contrarios a los postulados izquierdistas –sostenidos y promovidos incluso por sectores sedicentemente de "derecha" como los neoconservadores o el ala progresista del movimiento libertario-. Algunos de los estudios más destacados realizados con posterioridad al de Adorno –tomando siempre su esencia- son los de Bob Altemeyer (y su *Right Wing Authoritarism,* 1981), Jost, Glaser, Kruglanski y Sulloway (*Political conservatism as motivated social cognition*, 2003) y Milton Rokeach (*The Open and Closed Mind*, 1960), entre otros. Aunque indudablemente el trabajo más popular a este respecto es el libro de Hannah Arendt *Los orígenes del totalitarismo*, publicado en 1951 (la autora fue amiga de Adorno y editora de los trabajos de Walter Benjamin).

En el prefacio a la obra, Adorno indica el objeto perseguido por la investigación:

> Buscamos desarrollar y promover una comprensión de los factores socio-psicológicos que hacen posible que el tipo de hombre autoritario amenace reemplazar al tipo individualista y democrático que ha prevalecido en el último siglo y medio de nuestra civilización, así como una comprensión de los factores mediante los que se puede contener esta amenaza. Nuestra confianza en que se puede realizar un estudio más sistemático de los mecanismos de discriminación y especialmente de un tipo discriminatorio basado en el carácter".

Siguiendo a Freud, sostiene que los sucesos de la primera infancia son de gran importancia y que influyen necesariamente en la formación de la personalidad de la persona. En este sentido, ya en el apartado reservado a las conclusiones finales, afirma lo siguiente: "(…) una relación padre-hijo, de carácter fundamentalmente jerárquico, autoritario y explotador, puede derivar en una actitud de dependencia, explotación y deseo de dominio

respecto a la pareja o a Dios, y puede culminar en una filosofía política y una perspectiva social que sólo dé cabida a un desesperado aferramiento a lo que parece fuerte y un desdeñoso rechazo de todo lo relegado a posiciones inferiores”.[325]

Entiende el de Frankfurt que el verdadero y más importante germen de la personalidad autoritaria se inicia y reside en el núcleo familiar, en la familia tipo occidental y en su orden de jerarquías y valores. Destruyendo o al menos alterando ese orden interno de retroalimentadas lealtades, tradiciones y roles, quitándole a la familia y a su patriarca el poder y derecho de educar a sus hijos y entregándolos al Estado y a sus órganos de adoctrinamiento, podría crearse, desde la más tierna infancia, un sujeto adulto libre de rasgos autoritarios.[326]

La voluntad de adoctrinamiento sociocultural queda primero claro en las escalas utilizadas, o más bien, en las no incorporadas o consideradas. Con respecto a la primera, la del antisemitismo (A-S), no define propiamente que actitudes o acciones deberían ser tomadas por tal, pues, por ejemplo, hemos visto como la oposición al sionismo es adoptado como sinónimo de “anti judaísmo”, lo cual es absurdo ya que el primero es una categoría puramente política-geopolítica –no racial o religiosa- y el segundo un prejuicio biologicista.[327] Entre las escalas omitidas deberíamos mencionar la del «anticristianismo», que suele ser mucho más usual y violenta que el presunto antisemitismo. Tampoco considera el estudio la amplitud del fascismo en este tema específico, existiendo ciertas variantes abiertamente anticristianas -lo cual es claro en algunos ideólogos del nacionalsocialismo y en vertientes esotéricas, ocultistas, satanistas y/o paganas- y otras que no son ni fueron antisemitas –de hecho, ni Francisco Franco ni Mussolini lo fueron-.

El etnocentrismo (E), que es la siguiente categoría mentada, resulta también tendenciosa. Primero, porque el término en sí mismo guarda una evidente carga negativa y estigmatizadora cuando en verdad, el reunirse con los semejantes es una cuestión de orden natural, no ideológica y mucho menos “discriminatoria” –en su lamentable acepción corriente-. Por otro lado, esta tendencia es común a todas las razas humanas y hasta en el reino animal. El llamado “etnocentrismo” no implica en modo alguno un rechazo u

odio hacia otras razas o culturas: lo que se busca es la preservación y promoción de lo propio. Cada raza, cada cultura, cada sociedad, tiene derecho a elegir su destino y forma de vida. Además, la violencia no es monopolio de ninguna raza. Observemos el caso norteamericano, donde los denominados "afroamericanos" son muchas veces quienes mayores prejuicios raciales manifiestan –tanto contra los blancos como contra latinos y asiáticos-, rechazando tajantemente la asimilación racial, cultural y social. Si de números se tratara, hágase notar que la tasa de asesinatos de hombres negros contra blancos es mucho mayor que la contraria, como podremos corroborar en el sitio oficial del FBI.[328] Si lo que se rechaza son las agrupaciones extremistas y supremacistas, no puede erradicarse de la ecuación a las "Panteras Negras", asociación delictiva compuesta enteramente por ¨afroamericanos¨, encontrada culpable de múltiples asesinatos a sangre fría. Casos como estos prueban que la agresión, la violencia, el autoritarismo y la discriminación pueden provenir también de sectores minoritarios y presuntamente oprimidos. Por último, notemos que ni Adorno ni sus colegas aclaran que actitudes o manifestaciones cabrían bajo el apartado de "etnocentrismo": solo sabemos que tal categoría la aplican a los hombres blancos.

Retomemos la escala referente al fascismo (F). No pocos de los defectos o rasgos que le atribuye (autoritarismo, adoctrinamiento, alienación, patriotismo, etc.) son también –en menor o mayor medida- propios de regímenes como el comunista y de ciertas democracias o socialdemocracias. En adición a esto, la investigación no toma en cuenta que hay individuos que toman postulados de distintas ideologías sin definirse por ninguna en concreto y que quienes adhieren o simpatizan con ideologías o movimientos tenidos como malvados por la opinión pública –u opinión publicada- raramente lo admitirán públicamente (especialmente siendo entonces el fascismo enemigo de los EEUU en la Segunda Guerra Mundial) y mucho menos en una serie de entrevistas monitoreada por el propio Estado y sus instituciones laderas. El propio Adorno reconoce estas limitaciones. En la página 171 de su citado ensayo advierte lo siguiente: "Puede haber discrepancia entre lo que dice en determinada ocasión y lo que

«realmente piensa» Hemos de reconocer, sin embargo, que el individuo puede tener pensamientos «secretos» que no revelaría a nadie bajo ninguna circunstancia, si esto puede ayudarle. Puede tener pensamientos que no se admita a sí mismo, y también pensamientos que no exprese porque son tan vagos e indefinidos que no logra verbalizar”. Adorno escribe esto con la evidente intención de adelantarse ante probables objeciones, pero no cae en cuenta que este reconocimiento pone en duda la fiabilidad de las conclusiones de la investigación.

La intencionalidad de Adorno es evidente en todo momento, recurriendo a cuanta falacia cuaje mejor con su tesis. En un apartado de su trabajo, dice lo siguiente: “Si se arguye que la propaganda fascista engaña a la gente haciéndole creer que mejorará su suerte, entonces aparece la siguiente pregunta: ¿por qué es tan fácil engañar a la gente?”. No se le ocurrió pensar a Adorno en la posibilidad de que las millones de personas simpatizantes del fascismo –alemán, italiano, belga, rumano, etc.- no fueron engañadas sino que adhirieron a éste libre y racionalmente, por el sencillo motivo que ese sistema mejoró notablemente su situación material –en Alemania, por caso, se acabó con el desempleo y los trabajadores contaron con un sin fin de beneficios-, por ser acérrimamente antimarxista y por sostener –en menor o mayor medida- los valores tradicionales y fundacionales de la nación. Se podrá estar a favor o en contra de los sistemas fascistas en general –o de alguno en particular- y discutir algunos eventos específicos, pero lo antedicho no admite discusión. Adorno se horroriza por los regímenes nacionalistas europeos pero calla ante el genocidio comunista y los crímenes cometidos por los Aliados en la Segunda Guerra Mundial.

*La personalidad autoritaria* es presentada como un estudio altruista y humanista que buscaba evitar el resurgimiento del antisemitismo y de los regímenes fascistas, prestando un gran servicio a los EEUU pero también al comunismo soviético. Sin embargo, pronto será claro que su objetivo no era proteger a los judíos del prejuicio sino la creación de una definición de autoritarismo y anti-semitismo que pudiera ser explotada para forzar la "reeducación científicamente planeada" de estadounidenses y

europeos lejos de los principios de la civilización cristiana, a la que la Escuela de Frankfurt despreciaba. Que el objeto del estudio estaba muy lejos de pretender erradicar verdaderamente el antisemitismo del mundo queda manifestado en un artículo de Max Horkheimer titulado *Anti-Semitismo: Una Enfermedad Social*. Declara allí que: "Actualmente, el único país donde no parece haber ninguna clase de anti-semitismo es Rusia". Este tipo de aserciones reflejan no solo el poco rigor científico empleado para desarrollar sus conclusiones sino un clarísimo sesgo ideológico, pues nadie puede desconocer la feroz persecución de Stalin al colectivo hebreo.

Sobre las conclusiones finales arrojadas por la investigación, dice Minnicino:

> (…) pueden ser interpretados de maneras diametralmente diferentes. Uno podría decir que el estudio demostró que la población de Estados Unidos era generalmente conservadora, que no quería abandonar una economía capitalista, que creía en una familia fuerte, que pensaba que la promiscuidad sexual debería ser castigada, que pensaba que el mundo de posguerra era un lugar peligroso, y que todavía recelaba de los judíos (y de los negros, los católicos, los orientales, etc., lamentablemente verdadero, pero corregible en un contexto social de crecimiento económico y optimismo cultural). Por otra parte, uno podría tomar los mismos resultados y demostrar que los pogroms anti-judíos y las reuniones de Núremberg estaban ebullendo justo bajo la superficie, esperando por un nuevo Hitler para encenderlos. Cuál de las dos interpretaciones usted acepte es una decisión política, no científica.[329]

A pesar de su indemostrable tesis central de «tipos psicoanalíticos», la metodología de evaluación interpretativa de la Escuela de Frankfurt llegó a ser dominante en las ciencias sociales, y permanece esencialmente así hoy. La escala de marras no solo demostró ser anticientífica sino por momentos absurda por su parvulario simplismo y reduccionismo. Tal es así, que si empleáramos indistintamente los criterios *adornianos* a todos, habría que concluir taxativamente que Sigmund Freud debería ser censurado y perseguido por sus posturas conservadoras acerca de la mujer y de la homosexualidad e incluso por su coqueteo con el fascismo italiano, como prueba Michel Onfray en su libro *El crepúsculo de un ídolo, la fábula freudiana*.[330]

En rigor, pareciera claro que el objetivo de la investigación jamás tuvo pretensiones serias. Lo que buscó fue estigmatizar –y criminalizar- los valores fundantes de la civilización occidental cristiana.[331]

Indudablemente, la obra del frankfurtiano ha influenciado decisivamente en la filosofía aplicada por instituciones como la Liga Anti-difamatoria, la ONU y demás organismos internacionales erigidos como defensores y garantes de los DDHH y de la antidiscriminación. En la Argentina, por ejemplo, se encuentra el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI, alineado a la ONU), que estigmatiza en sus documentos al «hombre blanco, heterosexual y cristiano».

CAPITULO IX

# ARTE Y SUBVERSION: TEODORO ADORNO Y LA ATONALIDAD MUSICAL Y EL «AURA» EN WALTER BENJAMIN

*"La buena literatura es siempre subversiva"*

Mario Vargas Llosa

Indubitablemente, uno de los procesos subversivos más importantes que ha escapado al ojo corriente es éste, el del campo del «arte». Me atrevería incluso a sentenciar que ha sido éste –aún lo es- tal vez el más decisivo de los pretores de la contracultura, su vehículo más incisivo y peligroso, por el motivo de que rara vez se es consciente de sus efectos en las personas y su pensamiento, condicionando su accionar. A partir del psicoanálisis y especialmente de los descubrimientos de Freud, se pudo establecer la existencia de un estado «inconsciente» en la constitución del aparato psíquico del ser humano que se sumaba al consciente y al preconsciente. Y este sistema inconsciente está constituido principalmente por contenidos reprimidos a los que se les ha impedido el acceso a la conciencia, justamente por obra del mecanismo de la represión. Cómo hemos ya dicho, partiendo de esta tesis, el marxismo se encuentra frente a una inestimable herramienta para condicionar al hombre: bajo una fachada de arte o cultura, había que generar solapados mensajes disruptivos y revolucionarios que una vez aprehendidos por el inconsciente rompiesen sus barreras represivas y pudieran ser transpolados a la esfera «consciente» del individuo.

Pero primero lo primero: ¿Qué es el arte y cuál es su objeto? Comencemos diciendo que desde el inicio de la civilización el arte fue considerado a la misma altura que la filosofía y la teología, entendido como medio y vía legítima de trascendencia. Aristóteles, por ejemplo, nos dice que: “En el arte tiene capacidad de conmover el espíritu y, en consecuencia, llevarlo a una catarsis que signifique una purificación espiritual de los sentimientos”. En completa simetría con la visión clásica, enseña Juan Pablo II que: “El arte invita a desarrollar la belleza de la existencia, viviendo plenamente sus exigencias morales, y a buscar incansablemente la verdad”. La definición más concreta al respecto la encontramos en un trabajo recientemente publicado por el artista chileno Ricardo Ramírez:

> Arte es: la vía de creación, creación con estética y ética, de obras armónicas, bellas, verdaderas y buenas, sin utilidad práctica; (valiéndose del cuerpo y la materia haciendo acciones, imágenes, sonidos, lenguaje, y combinaciones de ellas) Las que comunican certera y objetivamente aspectos esenciales de la realidad interna y externa, uniendo el mundo material con el espiritual, con una finalidad axiológica en pos de la “Belleza Original” aquella que resplandece e ilumina el alma. Con el fin de elevar la espiritualidad del espectador, logrando una conexión entre lo trascendental y su interioridad.[332]

Evidentemente, la belleza es –debe ser- parte inescindible de la obra de arte. ¿Pero qué es la belleza? Enseñaban los antiguos que las cosas son bellas en la medida que son buenas y son buenas en tanto que persiguen su finalidad, y la finalidad es el bien de cada cosa. ¿Podemos conocer lo bello? ¿Cuáles serían sus atributos? Desde luego, lo bello es cognoscible como también lo feo. ¿Cuántas veces hemos quedado anonadados ante piezas artísticas sublimes o mismo estupefactos ante la repugnancia que nos generó determinada obra tenida como arte -por su carácter grotesco o absurdo-, teniendo la impresión que un niño de cinco años podría haberla hecho? Esto último –lo que hoy prevalece en el mundo artístico- sucede cuando esta disciplina se aleja de sus propósitos y normativas constitutivas. Por eso el arte, al igual que la filosofía y la

teología, actúa como instrumento pedagógico y vehículo de acercamiento del ser humano hacia lo verdadero y lo trascendente, tendiendo o debiendo tener entre sus cualidades "la armonía, el orden, la proporción, la simetría, la perfección, equilibrio, ritmo, canon, sección aurea, etc., propias de una arquitectura invisible, capaz de agradar a la vista y al oído, y cautivar al espíritu. Toda belleza no es más que un fragmento de una gran belleza universal", nos dice Ramírez. Su descripción es validada por el propio Platón, para quien la característica fundamental de la belleza es la luminosidad, y su función la de despertar el amor (y por ello, la belleza es lo bueno, el bien)- y por Aristóteles, que define a la belleza como «armonía".

Con la irrupción de Emmanuel Kant (1724-1804) –particularmente a través de su *Crítica del juicio*[333]- se comienza un proceso de desfiguración del arte y sus objetos, especialmente al afirmar que la belleza es solo subjetiva y que el ser humano no tendría la capacidad de acceder a la realidad. En suma, entonces, lo bello no dependería del valor objetivo de la obra (no obedece a juicios estéticos) sino de la percepción y sensibilidad del recipiente. Y a partir de concepciones como estas surgirán al siglo siguiente los principales movimientos rupturistas dentro de esta esfera; el llamado «arte de vanguardia», que romperá totalmente con la visión tradicional del mismo.[334] Para Hicks, el arte modernista "es una declaración de contenido, una demanda de un reconocimiento de la verdad de que el mundo no es bello. El mundo está fracturado, es decadente, horrible, deprimente, vacío y, en última instancia, ininteligible".[335]Y esta lógica se inscribe nuevamente en Kant, quién niega que el hombre sea capaz de conocer objetivamente aquello que se encuentra fuera de su mente: todo juicio humano es relativo en la medida en que su idea de las cosas provienen de su propio pensamiento y no de una cosa que existe de modo independiente a la existencia humana. No existen universales ni verdades absolutas para ellos.

Este movimiento artístico surgido y consolidado a comienzos del siglo XX abarcará todas las dimensiones culturales (pintura, literatura, escultura, música, etc.) y tendrá una serie de características particulares y distinguibles, que podrían resumirse en

su espíritu abiertamente revolucionario. Desde aquí se reclama la ruptura total con el arte tradicional, a cual consideran no solo obsoleto sino funcional al status quo, dominado aun por las estructuras tradicionales y la moral cristiana. Para ellos, el arte no debe ser neutral o descriptivo sino eminentemente ideológico, contestatario, político. Conforme a ello se le irá imprimiendo un carácter netamente provocador, exaltando en sus representaciones la violencia y la agresividad de los objetos, sus colores estridentes, los diseños geométricos, el enaltecimiento del inconsciente, de lo meramente racional, de la pasión y del individualismo, etc. Donde más claramente se manifiesta la intencionalidad destructora de aquel arte moderno es en la modificación de la estructura esencial de la obra de arte, afirmando por ejemplo que la forma debía coincidir con el contenido. De este modo, ese arte debería prescindir ahora del empleo de las tradicionales formas de perspectiva y color, puesto que aquello supone una realidad ordenada, integrada y, sobre todo, cognoscible.[336]Y esta es la clave y objetivo central de aquel arte disolvente: eliminar toda conexión cognitiva hacia una realidad externa.

Ya no importa aquí lo verdadero, lo bello, lo deseable ni lo objetivo sino la novedad original que lleva dentro el artista. Lo novedoso, lo escandaloso, lo absurdo, es para ellos lo verdaderamente auténtico (ver sino el «urinario» de Marcel Duchamp, 1917). El arte ahora se califica y evalúa a partir del disgusto y el impacto conceptual que cause en el espectador. Consultemos por caso el acta fundacional del «dadaísmo»:

> El sistema DD os hará libres, romped todo. Sois los amos de todo lo que rompáis. Las leyes, las morales, las estéticas se han hecho para que respetéis las cosas frágiles. Lo que es frágil está destinado a ser roto. Probad vuestra fuerza una sola vez: os desafío a que después no continuéis. Lo que no rompáis os romperá, será vuestro amo.[337]

En el caso de la pintura, a comienzos de siglo pasado, el pintor Kandinsky rompió con los últimos contenidos sagrados que había en pintura, porque hasta entonces era lo trascendente lo que impregnaba el espíritu del arte. Detectando entonces a la religión

como factor alienante en el arte, los revolucionarios comenzaron a ocuparse de todas sus manifestaciones. Así, el pintor Georges Mathieu afirmaba que: "Hay que desencadenar la liberación de toda la estética anterior. Un arte estético de la conciencia sustituirá a una conciencia estética del arte", y agregaba: "Estamos en los albores de un arte nuevo que desencadenará procesos indecibles, un arte nuevo que creará un hombre nuevo".[338] En este sentido, Pablo Picasso fue sin dudas el mayor revolucionario en las artes plásticas, especialmente a través del «cubismo»; "un monstruo de la demolición", llama Joaquín García de la Concha al pintor español.

Son estos los tiempos en que los artistas dejan de lado las obras realistas y comienzan a trasmitir sus propias miserias, resentimientos y experiencias en las obras, generando una vanguardia artística cuyo rasgo distintivo es la provocación, lo grosero y degenerado, la exaltación de lo novedoso u original y el rechazo a todo lo anterior. Todo lo cual resulta evidente en las corrientes impresionistas, faubistas, futuristas, dadaístas, surrealistas y cubistas.[339] Otra característica propia del arte moderno es el reduccionismo, que procurando evitar la realidad objetiva y la verdad de la realidad externa en la obra, aleja la atención del contenido para focalizar su atención en la singularidad del arte. Así entonces, "los pintores deben, deliberadamente, eliminar todo lo que pueda ser eliminado (de la pintura) y ver lo que sobrevive. Entonces conoceremos lo esencial de aquella.[340]

En la literatura, por ejemplo, se altera la estructura de las obras, eliminando la puntuación, la estrofa, la sintaxis y la métrica de los versos. Con esta nueva técnica de crear poesía surge el caligrama. Surge asimismo la escultura biomorfica y un lenguaje escultórico expresionista, donde las obras transmiten angustia, pesimismo, inquietud, rechazo, desesperación. Las innovaciones plásticas están basadas en la masa y su deformación, en el volumen (abierto/cerrado) y se va experimentando con nuevos como hierro, plásticos, plexiglás, sintéticos, resinas, etc. Alberto Boixados explica mejor la cuestión:

> Lo que antes se representaba como trivialidad del cuadro abstracto, se convierte en poderoso conductor ideológico, con todo lo que ello supone, en

su proyección política. Tal vez convenga insertar dentro de este panorama a la llamada "pintura conceptual", que en la mayoría de sus realizadores se torna combativa. Un lienzo con el diseño de un pan, inscribe en una esquina su alusión que lo trasciende: "El pueblo tiene hambre". Esta y otras frases conllevan significaciones extrapictóricas, de claro contenido político. Un arte de este tipo, o pseudo arte, que se limita a ser conductor propagandístico comercial o político está totalmente desvirtuado como arte, lo que no significa que deje de ser eficiente respecto a sus objetivos. Por eso dice Möller: "La liberación del «arte» de sus vínculos religiosos y artesanales [y por tanto, éticos no ha conducido a la libertad. A estos vínculos se les podía llamar positivos, ya que no desembocan en una manipulación directa del hombre. Ahora han quedado sustituidos por otros que diríamos son negativos, por carecer de ética, hallándose íntimamente ligados a la manipulación directa del hombre, manipulación que se sirve de procedimientos estéticos, a pesar de ser política. "El sentimiento que despertaba un cuadro gótico incorporado a un altar, y, a otro nivel, una simple cuchara de madera tallada, era positivo; estimulaba, sin más, un estado de armonía interior, acorde con la armonía del mundo. Un tal "sentimiento" no manipulaba a nadie; era perfectamente natural. No se introducía en él, ni por asomo un elemento ajeno al objeto mismo y a su función [trascendente o cotidiana]. Se producía tal emoción, tanto por las características estéticas del objeto, como por la ética que lo legitimaba [aunque todo esto, claro está, sucedía de modo espontáneo, inconsciente]. "Ahora, empero, en el arte, la ausencia de vínculos sublimados ha provocado el establecimiento de otros, no sublimados, tergiversando sus leyes éticas. ¿Quién negará que la religión, y la belleza inconscientemente añadida a la utilidad del "útil" humano, son, en último término, sublimaciones muy complejas de impulsos humanos primarios? El hombre necesita crear un orden, es decir, someterse a leyes y normas que se autoimpone, establecer vínculos, para sentirse hombre. Sólo si se limita, es capaz de avanzar. Todo orden es una limitación, un esquema selectivo. La libertad absoluta sería el caos absoluto". Pretender liberarse de la naturaleza de las cosas es una corrupción del espíritu.[341]

Este cultismo hacia lo feo y grotesco en el arte contemporáneo es advertido asimismo por la filósofa y artista Annie Le Brun, una de las mayores estudiosas de la obra del marqués de

Sade –reivindicado por los hombres de Frankfurt-: "Así como la belleza abre el horizonte, iluminando de repente lo que existe con otra luz, la fealdad reduce, rebaja y paraliza hasta hacer desaparecer toda perspectiva, como una suerte de reclusión que incita al servilismo". Allí la tenemos a la poeta Anne Sexton (premio Pulitzer en 1967) incluyendo la menstruación, el aborto y las drogas en sus poemas; a Francis Bacon con su demoníaco retrato de Inocencio X (1953); y a las esculturas de la diseñadora singapurense Qimmyshimmy –quien se define como "amante de lo horrible"-, cuyo "arte" consiste en diseñar obras de bebes decapitados, mutilados y deformes mostrados como alimentos, haciendo apologética a la antropofagia de niños recién nacidos.

Esta es la calidad de artistas creada por los hombres de Frankfurt, generando el ámbito propicio para ello.

El proceso de degradación será cada vez mayor a través de las décadas, a partir del cual no solo se relativiza lo «bello» sino que se invierte completamente su significación y/o apreciación: lo deseable, lo verdaderamente artístico era ahora lo objetivamente «feo» y lo indefinible. Jean-Francois Lyotard (1986) explica que lo posmoderno "seria aquello… que niega las formas bellas".[342] El arte posmoderno, pos marxista, había hecho definitivamente suyos los gritos de las brujas de Macbeth: «lo bello es feo, lo feo es bello».

Como se ha dicho, el puente hacia este arte posmoderno que rinde culto a lo monstruoso y horrible (alejado de cualquier valor estético) será en gran medida la Escuela de Frankfurt, especialmente a través de Teodoro Adorno, Walter Benjamin, George Lukács y Herbert Marcuse. Los de Frankfurt detectaron antes que nadie no solo lo atrayente de lo grotesco, sino que esa estética conquistaba el gusto popular y podía condicionar su pensamiento y acciones: ven, en suma, el potencial revolucionario del arte y la cultura, su poder de transformación política y social. ¿De qué modo operaban? Nos lo dice Ramírez: "La escuela de Frankfurt dirigió sus ataques hacia la estética, quitando forma, fondo, color, armonía, estructura y técnica". Agrega seguidamente lo siguiente: "El modelo usado por la escuela de Frankfurt es dicotómico, molecular y disipado, lo que significa que no necesitan tener una estructura unitaria, los grupos presentan sendas

contradicciones entre sí, sin que esto importe finalmente, y los grupos están disociados en áreas completamente diferentes, lo que busca erosionar y deconstruir todas las partes de la sociedad”.

Además, el arte posmoderno –más radical que el moderno- se propuso romper con un principio esencial del arte que es la confianza en la estructura. Un caso claro de esto podemos apreciarlo en el terreno de la arquitectura, por ejemplo el edificio *Stata Center* de Frank Gehry, donde el autor socava deliberadamente el principio básico de la arquitectura de crear estructuras que inspiren confianza en su solidez. Quien vea aquel edificio verá que parece que va a colapsar en cualquier momento, y éste es el propósito de su cultor: debilitar y minar aquella confianza. Como vemos, está lógica destructiva será dirigida por modernos y posmodernos contra cada esfera del arte (pintura, escultura, fotografía, música, literatura, cine, poesía, danza, etc.).

Sintetizando, para Adorno el arte debe ser subjetivo, cambiante, novedoso y original; político y revolucionario. Por su parte, Walter Benjamin rechaza la actitud contemplativa ante la obra de arte por entender que ello da como resultado la alienación, entendida como la auto marginación del individuo y la parálisis de la crítica. De manera tal que si se pretendía generar una reacción contra el status quo había que crear un arte contestatario y provocador que fuera capaz de mover las fibras más íntimas del receptor.

Algo hemos dicho ya en capítulos anteriores sobre Benjamin y su obra cumbre *El arte en la era de la reproductibilidad técnica* y su concepto del «aura», pero no hará daño abundar algo más en ello.

Para Benjamin el aura es la grandiosidad específica de cada obra, su singularidad: es lo que ilumina al cuerpo -el cuerpo es el arte-. Cuando surge la reproducción, masificación e industrialización del arte y sus nuevas técnicas, éste habría perdido ese halo de luz que le otorgaba aquella grandiosidad. En este sentido, bajo esta nueva realidad, el mejor camino que podría tomar el arte es transformarse en «arte político», y ve aquí el de Frankfurt el potencial revolucionario que ya se ha mencionado en otro capítulo. Entiende Benjamin que el arte tradicional previo a la

reproductibilidad técnica resulta muy peligroso ya que puede ser tomado por «la derecha» o por los conservadores, pues en ese tipo de obras sublimes el hombre es tomado por el arte, se acerca humildemente a esa experiencia y se eleva, perdiéndose en su grandiosidad, en su belleza, en lo trascendente.

Por eso propone la generación de un arte mediocre de baja intensidad donde el ser humano no pueda ser cooptado ni sublimado por éste; un arte que la persona pueda tomar y meterlo en su bolsillo e incorporarlo a lo que él sea, que pueda confirmarlo y justificarlo en sus propias acciones, experiencias y pasiones (especialmente en las bajas pasiones e instintos). Este sería para Benjamin el arte que lograría desalienar al individuo, dejándolo presto a la revolución y sus designios. Señalando la finalidad perseguida por la Institución frankfurtiana, Francisco R. Pastoriza confirma que Benjamin tenía esperanzas en el potencial liberador y revolucionario de algunas manifestaciones de la nueva cultura como el jazz, la música grabada y el cine: "y vio en la reproducción mecánica una forma de emancipación de la dependencia que la cultura tenía en relación con espacios de culto como museos o salas de conciertos, de acceso privilegiado para unos pocos. Los medios de comunicación serían los mejores instrumentos para divulgar esa nueva cultura en vez de promover los productos de la industria cultural".[343]

Los intereses de Benjamin fueron variados, girando en torno a la literatura y la sociedad, la religión y el arte, el misticismo judío (cábala), la historia y la teoría, la dialéctica entre materialismo y teología, las instituciones, etc., aunque indubitablemente su principal foco estuvo centrado en el estudio de la conexión entre el arte y la política, llamando a *la estetización de la política y la politización de la estética*, bregando asimismo por una «estética materialista» en contra de lo que denominaba «estética idealista». En este sentido, su obra más influyente será su ensayo de 1936 *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, donde luego de señalar que los conceptos de la estética idealista (perenne, tradicionalista) son utilizados por el "fascismo" (término que utiliza para referir a todo sector antimarxista), propone que la tarea del crítico es elaborar una estética materialista que sea utilizable sólo por la revolución.

Benjamin afirma que los cambios en la tecnología de la producción de la obra artística tienen efectos sobre “todas las áreas de la cultura”.[344]

Para el filósofo, la idea de “arte puro” no es entonces otra cosa que una “teología negativa”, remarca María Mercedes Andrade:

> (Es) una secularización de prácticas y creencias originalmente ligadas al culto de lo sagrado. Con la pérdida del “aquí y el ahora” de la obra se desvanece la preocupación por su autenticidad y se esfuma su valor de culto. Dichos cambios, por lo tanto, exigirían una actitud diferente por parte del público que se aproxima a obras de este tipo, obligándolo a abandonar actitudes de veneración ligadas a la producción de obras anteriores a la reproducción técnica” (…) Adicionalmente, Benjamin señala que las nuevas formas artísticas fundamentadas en la reproducción técnica requieren modos de aprehensión para los cuales la “concentración y evaluación” ya no son apropiadas: “las masas buscan distracción”, dice Benjamin, con lo cual se refiere, por un lado, a su interés por buscar la diversión a través del espectáculo, así como a la ausencia de concentración que propician las nuevas tecnologías. Para Benjamin la actitud contemplativa ante la obra de arte da como resultado la alienación, entendida como la automarginación del individuo y la parálisis de la crítica.[345]

De este modo, Benjamin procuró fundar una estética materialista reconsiderando la relación que el marxismo había establecido entre la estructura y la superestructura. El filósofo le otorga al arte un poder transformador que depende de la voluntad del artista, donde la obra no es juzgada ya por su calidad o valor literario sino por su compromiso político o ideológico. Benjamin desarrolla y potencia una teoría marxista del arte distinta a la entonces sostenida por los formalistas rusos, quienes pretendían abordar y estudiar científicamente la especificidad del arte entendiéndolo “como un orden de fenómenos autónomo y no como la expresión epifenoménica de otros órdenes a los que se encontraría subordinado (como la economía, pero también la psicología, la historia, la biografía, la intención del autor, etc.) (…) el

arte es entendido como una esfera autónoma respecto de las esferas de la verdad y la moral"[346].

Desde su *Arte y política en Walter Benjamin*, prosigue la socióloga Adriana D´Ottavio:

> Con esto planteó la posibilidad de estudiar el arte no como esfera separada de la vida y la sociedad sino en tanto que parte de ella. Pero no como epifenómeno, como resultado superficial de un modo de producción, sino como llave de su transformación. Este nuevo concepto de arte, en el que atisba las posibilidades de superar las dicotomías burguesas, tiene un potencial político en cuanto permite deshacer la alienación de la percepción. Si el proyecto de Benjamin fue configurar la superestructura onírica de la sociedad capitalista, dar cuenta del re-encantamiento de la sociedad moderna, del fetichismo de la mercancía que reactiva poderes míticos en la forma de fantasmagorías, creemos que es en el arte transformado en la época de su reproductibilidad técnica donde encontró la posibilidad de provocar el despertar de este sueño colectivo. En este sentido, el arte ya no restringe su validez a la esfera particular de la experiencia estética, sino que a partir de esta experiencia, pone en cuestión la percepción en general y, con esto, cuestiona y conmociona la vivencia cotidiana, las formas de transmisión del pensamiento, la manera de entender la historia, las posibilidades de acción. Se vuelve, podríamos decir con Menke, soberano. En el espíritu del romanticismo y de las vanguardias surrealistas, Benjamin plantea la posibilidad de un arte que no signifique "para nuestras prácticas y discursos no estéticos una dimensión 'interactiva', compatible con ellos, sino una crisis y una interrupción" (Menke, 1997: 291). No por sus contenidos, sino por sus efectos, el arte politizado produce, para Benjamin, una nueva forma de percepción que, provocando una conmoción en la tradición, pone en cuestión la continuidad –es decir, la catástrofe de que las cosas sigan así- activando el potencial político de resolución de las oposiciones burguesas que se encuentra inscripto en la técnica como posibilidad.[347]

Un análisis interesante sobre este asunto puntual lo encontramos en un trabajo de 1991 del controvertido Michael Minnicino titulado *La Nueva Edad Media: La Escuela de Frankfurt y*

*la "Corrección Política"*, donde se ocupa de analizar otras esferas artísticas abordadas por los filósofos alemanes:

> La dirección adecuada en pintura, por lo tanto, es aquella tomada por el Van Gogh tardío, que comenzó a pintar objetos en la desintegración de ellos, con el equivalente del ojo de un fumador de hachís que "desencadena y atrae cosas fuera del mundo familiar de ellas". En música, "no se sugiere que uno pueda componer mejor hoy" que Mozart o Beethoven, decía Adorno, sino que se debe componer atonalmente, ya que el atonalismo es enfermo, y «la enfermedad, dialécticamente, es al mismo tiempo la cura... La extraordinariamente violenta protesta reactiva que tal música enfrenta en la sociedad actual... parece sin embargo sugerir que la función dialéctica de esta música pueda ser sentida ya... negativamente, como "destrucción"» (…) El propósito del arte, la literatura y la música modernos debe ser destruir el potencial elevador —por lo tanto, burgués— de aquéllos, de modo que el Hombre, privado de su conexión con lo divino, vea su única opción creativa en la rebelión política. "Organizar el pesimismo no significa otra cosa que expulsar la metáfora moral de la política y descubrir en la acción política una esfera reservada en un 100% para las imágenes". Así, Benjamin colaboró con Brecht para trabajar estas teorías en forma práctica, y su esfuerzo conjunto culminó en el Verfremdungseffekt ("efecto de distanciamiento"), el intento de Brecht de escribir sus obras dramáticas para hacer que el auditorio abandonara el teatro desmoralizado y enojado sin un propósito concreto.[348]

Como hemos referido anteriormente, esta intencionalidad destructora y disruptiva se dará en todas las manifestaciones artísticas. Veamos por caso un ejemplo paradigmático. Recientemente, el Premio Nobel de Literatura Mario Vargas Llosa declaraba sin tapujos que “la buena literatura es siempre subversiva”, agregando seguidamente que éste tiene un efecto social y puede llegar a provocar cambios sociales y, en vista de esto, “la literatura se convierte inmediatamente en un instrumento subversivo”.[349]

----

La música como agente revolucionario e instrumento de sometimiento ha sido también algo sumamente estudiado y

reconocido. Tal vez el antecedente más vistoso sea el de los trovadores medievales de los países de la "langue d'oc" (Francia), que encubrían en sus canciones de amor, mensajes esotéricos que difundían la herejía político religiosa de los cataros. Aquí la estrategia estribaba en enviar mensajes subliminales revolucionarios a través de las letras y tonadas aparentemente inocentes; modalidad subversiva que se ha extendido hasta nuestros días.

Pero Teodoro Adorno llevó esto un paso más adelante, abrazando y promoviendo la música atonal. El interés de Adorno por la música comienza de niño, influenciado por su madre, que había sido cantante lírica, y por su tía, que se había dedicado a la música. Según indica Arthur Koestler, "Adorno era un joven loco, tímido y esotérico"[350] y tanto en su infancia como en su juventud fue sobreprotegido por su madre[351]. Promediando los años 20 irá vinculándose profundamente con todos los artistas ubicados en los ámbitos de la vanguardia musical, especialmente de la atonalidad. La música atonal será para el germano casi una obsesión que lo acompañará durante toda su vida, publicando numerosas obras en relación a ello.

Hasta fines del siglo XIX prevalecía la tonalidad como sistema musical, con Bach y Beethoven como sus máximos exponentes. Este sistema había sido desarrollado en el siglo XVII y está compuesto de escalas de siete notas, donde una de ellas es el punto focal o clave tónica (la función de cada una de las otras notas de la escala, la determina su relación con la nota clave). Todo aquel que haya escuchado alguna vez música clásica ha experimentado una sensación de espiritualidad, de elevación del alma; una tranquilidad y paz mental, una limpieza, transparencia y claridad estética. En una palabra, es música que edifica en todos los sentidos. "Al igual que la jerarquización entre armonía, melodía y ritmo, la tonalidad es una muestra más del orden de la naturaleza de la Creación en general y de la música en particular", escribe el musicólogo Eduardo Peralta.[352] Dicho sencillamente, el sistema tonal es lo que hace que podamos escuchar una obra de Mozart o un cumpleaños sin que suene extraño a nuestros sentidos; puesto que es el idioma musical en que se basa la mayor parte de la música occidental que conocemos y a la que estamos habituados.

La tonalidad es lo natural al ser humano, acompañando un desarrollo equilibrado de su personalidad y abriendo una puerta hacia la dimensión trascendente. El mejor ejemplo de su naturalidad es la experiencia de los niños al ser expuestos a este sistema musical. Violeta Hemsy de Gainza, en su trabajo *La iniciación musical del niño*, se ha explayado en este sentido:

> A través de la música que oye habitualmente, desde que nace el niño va preparándose para la percepción espontánea de la tonalidad. Algunos pequeños de dos a tres años ya son capaces de advertir cuándo una melodía no ha arribado a una conclusión tonal acertada, aun tratándose de ejemplos poco familiares. Saben también improvisar finales de frases que por movimiento ascendente o descendente llegan a la tónica (…) la educación auditiva que propugnamos se apoya fundamentalmente en una concepción tonal, que se encuentra muy arraigada entre los niños aún antes de que emprendan estudios musicales. De ahí la importancia que conferimos a la calidad y selección del material de enseñanza.[353]

Sin embargo, hacia fines del siglo XIX esta música tradicional irá experimentando una manipulación, especialmente a través de compositores como Schoenberg, Stravinsky, Varèse y otros., inaugurando el primero de ellos el período atonal en 1908, en Viena, es decir, el método de componer en 12 tonos, "técnica de doce tonos" o "dodecafonía". Estas piezas musicales eran compuestas con reglas contrarias al sistema tonal, permitiéndose al artista la divagación libre, sin respetar orden alguno o estructura. Si bien este sistema permite reordenar a discreción los doce sonidos, ninguno de ellos puede repetirse. Este deliberado desorden y anarquía en la composición se ve traducido en un caos casi infernal que turba tanto los oídos como el alma.[354] Sobre este proceso de transformación nos dice Oscar Mandel, desde su libro *Una crítica de la cacofonía*: "En conjunto, tal es la principal corriente artística del siglo XX. Es esta doble explotación lo que, sobre todo, la separa del arte que la precedió. Todavía en la década de 1890, cuando el movimiento del arte por el arte estaba rompiendo con tanto de lo que formaba el pasado, y prometiendo tanto para el futuro, el culto de lo bello permanecía casi intacto (…) La liberación inicial de la moral

burguesa tenía que ser seguida por una segunda liberación: había que acabar con el culto de lo bello. . . y todas las artes se unieron para llevar a cabo esa revolución”.[355]

Adorno tomó bien pronto nota de ello, descubriendo que el mejor modo de subvertir la música tradicional y burguesa era corrompiendo su propia estructura, modificando la jerarquía de sus elementos constitutivos. Se muestra por ello cercano al atonalismo radical de Schoenberg, alejándose del atonalismo más conservador de Stravinsky, que si bien estaba de acuerdo en la idea de superar y evolucionar el sistema tonal, entendía que no podía hacerse de modo tan abrupto, rompiendo con absolutamente todo lo anterior. Sobre su admirado compositor, nos dice Adorno: “Él [Schönberg] reniega de la fidelidad por él fundada a esa omnipotencia del material. Rompe con la evidencia directamente presente, cerrada, de la obra que la estética clásica había designado con el nombre de lo simbólico y a la que en verdad nunca ha correspondido ningún compás suyo. Como artista, reconquista para los hombres la libertad del arte. El compositor dialéctico impone un algo a la dialéctica”.[356]

Recordemos que en toda estructura tonal existe «orden musical», donde cada elemento tiene una determinada jerarquía y función. Sus componentes son esencialmente tres: ritmo, melodía y armonía. Explicado de modo sencillo, el ritmo apunta predominantemente a lo físico y sensorial, la melodía se dirige a la afectividad y los sentimientos, y la armonía se vincula principalmente a lo racional. Sin embargo, en el plano musical estos elementos están íntimamente ligados y entramados de modo que se relacionan unos con otros conformando un “todo” ordenado y proporcionado armónicamente. No es posible entender una armonía desprovista del factor melódico o rítmico. Por tanto, la prevalencia que se le dé a cada uno de estos componentes estructurales terminará por exaltar o predisponer al receptor de determinada forma. Por caso, una estructura en la que predomine desproporcionadamente el ritmo por encima de otros elementos dará como resultado una composición inmanente, más corpórea o terrenal que espiritual y reflexiva. Un caso de lo opuesto es el canto gregoriano, que al carecer de ritmo, vuelve su objeto en puramente

espiritual; motivo por el cual, conociendo sus efectos, la Iglesia Católica adoptó este tipo de música sacra.

Añadiendo algo más en este sentido, nos dice Carmelo E. Palumbo desde su trabajo *Expresiones de la Persona Humana a través del cuerpo*:

> ...Se puede afirmar, con fundamento filosófico, que la melodía o armonía apunta a los sentimientos y valores superiores del espíritu; el ritmo en cambio, temporal, ata más al cuerpo, tanto que llega a hacerlo vibrar, contornear y bailar. En la medida que la armonía deja de tener como objeto directo a Dios, lo Sublime, en esa medida se hace profana, es decir temporal y en esa proporción aumenta el ritmo, que puede llegar a constituirse como el elemento esencial y principal, por lo que su audición aturde y hasta puede conducir al paroxismo con gesticulaciones exorbitadas y psiquismo completamente fuera de control racional.

Continúa párrafos más adelante:

> ...en la medida que en la música se privilegie el ritmo sobre la melodía, de la cual debe ser como el cortesano, en esta medida, se ata la pieza musical al tiempo y pasa rápido, como decía el poeta Horacio: “fugit irreparabile tempus” (huye irreparablemente en el tiempo), y cuanto más se acentúe la melodía, más duradera y penetrante será la expresión musical, pues sus notas se “enganchan” en la eternidad. Las canciones populares de nuestra niñez, salvo alguna que otra que tiene más melodía, han pasado al olvido; en cambio las tocatas y fugas de Bach; los conciertos de Vivaldi, el canto gregoriano, las sinfonías de Mozart, Beethoven, Schubert, tienen aún tiempo por venir asegurado y se diría inacabable. Pasa lo mismo con las danzas: los ballets y danzas clásicas en general, siguen gustando y apreciándose; en cambio, los bailes populares van cambiando los pasos, modos y movimientos del cuerpo continuamente, tanto que una generación rápidamente queda desactualizada y “no puede bailar” las piezas de la generación siguiente.[357]

Generalmente, en la atonalidad existe una clara intencionalidad del artista por romper con la tradición y con las concepciones de lo bueno, lo bello, lo deseable. En este sentido,

podemos considerar a tal sistema como revolucionario en tanto tiene como objeto subvertir el orden natural. Pero existe también otro motivo por el cual Adorno y compañía promovieron este tipo de sistema. Advirtiendo la elevación espiritual generada por la música tonal, intuía Adorno -y no se equivocó- que a través de la música contranatural y contracultural podía generarse lo contrario, es decir, la perturbación física y mental del individuo para eventualmente dirigirlo hacia una determinada ideología o postulado. Hemos dicho que estuvo en lo cierto, puesto que a la fecha se ha probado científicamente que la música atonal activa áreas en el sistema límbico relacionadas con sensaciones desagradables, y la música tonal, en cambio, involucra áreas de sensaciones placenteras.

En rigor, este es un hecho ya conocido hace décadas. Por caso, la prestigiosa «Medical Tribune» afirmaba hace más de medio siglo que la música orquestal moderna produce tensión nerviosa, irritabilidad, impotencia y agresividad". Otra publicación especializada -revista "Selecta"- describe los efectos que esta música causa en los individuos, haciendo referencia a lo que denomina "rapto del auditorio" bajo los efectos de la nueva música: "La acelerada fluencia de adrenalina y noradrenalina, así como de ácido clorhídrico provocan espasmos intestinales y aumento 21 en la producción física de coagulantes con inminentes riesgos circulatorios de agresión y neurosis, con detrimento del equilibrio del sistema nervioso vegetativo" (…) a causa de sus "cascadas de ruidos, notas discordantes y pavorosas señales de alarma". Los cambios de ritmo producen, además, otro efecto importante en este verdadero "lavado cerebral". Por ejemplo, la polirritmia musical propia de la música progresiva acentúa la penetración del mensaje sea éste subliminal o no aumentando la intensidad de la respuesta del sujeto[358].

Trabajos como los del padre Jean-Paul Regimbal y estudios científicos elaborados por el *American Academy of Child and Adolescent Psychiatry* y el *Journal of Personality and Social Psychology*, entre tantos otros, advierten sobre los graves daños de todo tipo que genera el rock (y otros géneros como el reggaetón). Algunos de los problemas son: aumento de enfermedades cardiovasculares, desequilibrio de las hormonas sexuales y

suprarrenales -como también un cambio radical en la tasa de insulina en la sangre- y severas alteraciones psicológicas como las siguientes:

> 1º. Modificación de las reacciones emotivas, que van de la frustración a la violencia incontrolable. 2º.Pérdida del control de los reflejos y de la capacidad de concentración. 3º.Considerable disminución del control de la inteligencia y de la voluntad sobre los impulsos subconscientes. 4º.Sobreexitaciones neurosensoriales que producen euforia, sugestionabilidad, histeria y también alucinaciones. 5º. Serias anomalías de la memoria, de las funciones cerebrales y de la coordinación neuromuscular. 6º.Estado hipnótico o de catalepsia, que vuelve a la persona una especie de bufón o de robot. 7º. Estado depresivo que puede llegar a neurosis psicosis, sobre todo cuando se combinan música y drogas y drogas. 8º.Tendencias suicidas y homicidas, considerablemente aumentadas por la audición diaria y prolongada de música rock. 9º.Automutilaciones, autoinmolaciones y autocastigos, especialmente en los grandes encuentros. 10º. Impulsos irresistibles de destrucción, de vandalismo y de tumulto, a continuación de festivales y conciertos de rock. [359]

¿Por qué nuestra insistencia en la naturalidad del sentido tonal y en la jerarquía de los elementos musicales?, se pregunta E. Peralta:

> Porque precisamente la revolución en la música se traduce en la ruptura del sistema tonal. Obró a favor de la eliminación de toda jerarquía de los elementos musicales. En suma, hacia la subversión de lo más bajo contra lo más perfecto. Refiriéndose a la melodía Edgar Willems expresa: “Muchos compositores de canciones se inspiran actualmente en los negros y llegan a inventar melodías que se creían auténticas. Pero se puede observar que se apartan entonces de la melodía, tal como la entienden los occidentales; van, de hecho, hacia la negación de la melodía misma, abandonando el terreno de la afectividad emotiva para limitarse al de las sensaciones dinámicas y fisiológicas. Si la melodía propiamente dicha casi no existe en los negros del África, no sucede lo mismo con el ritmo, en el que descuellan. Con todo, puede haber decadencia en este terreno, allí donde

el ritmo, en lugar de permanecer en la simplicidad y pureza de las leyes físicas, cae en aberraciones y se esfuerza por imitar hasta las manifestaciones orgánicas menos nobles.[360]

Todo orden y toda ley en la composición musical va a ser radicalmente rechazada por los actores de la revolución, y conviene remarcar que no solo apuntan a destruir la naturaleza de las cosas sino, principalmente, su ataque se dirige al orden sobrenatural, a Dios, al Creador de la civilización occidental y sus principios. Apoyándose en Freud, señala Adorno que: "El psicoanálisis apoya esta misma idea. Según él, todo arte, como negación del principio de realidad, se subleva contra la imagen del padre y es por esta razón revolucionario". Esto lleva a Ramón Bau a afirmar que "la base en que se sustenta el llamado 'arte llamado moderno', y la música concretamente, es la idea de la 'liberación' de los sonidos respecto a las normas y sentido último, no solo de la armonía y de la tonalidad sino de todo objetivo superior o indicador inmanente".[361] A lo cual agrega que este proceso "se basa en un combate contra 'el arte de siempre', una búsqueda desesperada de originalidad y a la vez de eliminar todo tipo de mensaje superior, elevado, en las artes". Como se ve, el ataque revolucionario se dirige tanto contra el orden natural como a su Creador.

Todo fue realizado por etapas, como indica Peralta. Tomando su orden esquemático, diremos que el primer paso consistió en desligar a la música de su aspecto religioso, de su ordenación al Creador. En segundo término se pasó a considerar la melodía por sobre el aspecto armónico para, finalmente y en tercer lugar, dar paso a la eliminación total de la tonalidad y del elemento melódico y armónico, y a la sublevación de lo rítmico por sobre los elementos superiores. En el caso de la música culta o clásica, de la que se ocupara el citado Teodoro Adorno, esta subversión, revolución musical es representada por el atonalismo, serialismo y dodecafonismo.

Aquí una buena síntesis de lo referido hasta el momento:

Aquí se plantea la destrucción del aspecto melódico y armónico, reduciéndolo a una serie de combinaciones y de invención numérica y

> matemática. El máximo exponente de esta subversión es el compositor judío-vienés Arnold Schoenberg y sus seguidores Alban Berg y Anton Webern (conocidos como la Segunda Escuela Vienesa). También forman parte de este apartado músicos como Igor Stravinsky, Sergei Prokofiev, Penderki, Boulez, Stockausen, etc. (…) Arnold Schoenberg es el principal revolucionario, el autor de la subversión más radical. Es un compositor "bisagra", que marcó el antes y el después de la música llamada clásica, poniendo por obra la "emancipación de la disonancia", como él mismo expresara. Es quien puso fin a la era tonal por medio del atonalismo en un primer momento, y luego, con el sistema de los doce tonos o método "dodecafónico". Por su parte, Igor Stravinsky, desde el neoclasicismo y oponiéndose al sistema dodecafónico, incursionaría en el atonalismo y el politonalismo. El mencionado Edgar Várese, posteriormente, precursor de la música electrónica, creó una estructura sin melodía que dependía exclusivamente del ritmo y la sonoridad. En cuanto a los demás (Prokofiev, Penderki, Stockausen, Boulez, etc.), son una proyección y variación y fruto de la revolución desatada por Schoenberg. (…) John Cage, defensor del giro revolucionario, explicaba: "lo que se hará es liberar cada vez más a los sonidos de las ideas (relaciones) abstractas sobre ellos y dejarlos ser, en lo físico, sólo ellos mismos". Esta idea, señala Ramón Bau, es "la reducción de la música a un conjunto inconexo de sonidos, que no tengan entre sí normas de tonalidad ni de melodía u objetivo sentimental o espiritual que reflejar.[362]

No sorprende que a pesar de la insistencia de Adorno la música atonal no haya logrado popularidad, puesto que es realmente insufrible, lo cual queda demostrado en las experiencias del propio Schoenberg siendo abucheado en cada teatro que pisó. Quien procurara escuchar este tipo de composiciones se verá desbordado prontamente por el desorden y el caos, generándole tal nivel de irritabilidad que lo hará desistir de modo casi inmediato (nada de «bello» hay en la disonancia). Y sin embargo, el sistema atonal continúa siendo enseñado en todas las academias musicales del mundo, incluidas las más reputadas. Pero el legado de Adorno no pasa por allí, sino por haber sido el primero en descubrir el potencial revolucionario de la música y en efectuar un ataque sistemático contra todas sus estructuras fundamentales.

Con respecto al rock, algo deberemos decir. Hay quienes aseguran que existe una conexión directa entre los de Frankfurt y el entonces incipiente *rock and roll*, como Daniel Estulin y el filósofo brasileño Olavo de Carvalho, asegurando este último que: «Los Beatles eran analfabetos musicales; ni sabían tocar la guitarra; quien componía las canciones era Theodor Adorno».[363] Con respecto al cuarteto de Liverpool, resulta bastante sorprendente el reconocimiento que de aquel género musical hace quien fuera su manager, Brian Epstein: "Si supiéramos realmente lo que la música rock está diciendo, no lo que las palabras, sino lo que la música está diciendo, nosotros la prescribiríamos, la aplastaríamos y arrestaríamos a cualquiera que intentara tocarla".[364]

Evidentemente, aquel rapto de sensatez y sinceridad de Epstein estaba motivado por el conocimiento de las consecuencias entonces inadvertidas de aquel género musical. Principalmente, la ligazón entre el proceso de subversión musical y la revolución sexual y contracultural de los años 60: todo, las drogas, la música predominantemente rítmica y/o psicodélica (como el rock progresivo) y la liberación sexual son parte de un mismo proceso. Estas cuestiones serán pronto estudiadas de modo sistemático por distintas instituciones o think tanks como el Instituto Tavinstock o la Fundación Rockefeller, detectando entre otras cosas los efectos producidos en el hombre por la alteración de las frecuencias musicales y el añadido de determinados ruidos y distorsiones. Sobre los efectos físicos y mentales que este tipo de música genera en el receptor existen a la fecha una multitud de estudios científicos, algunos ya referidos.

Como hemos visto –evidente hasta nuestros días-, la decisiva influencia de los frankfurtianos en la degradación del arte y de la cultura resulta innegable. A partir de la conformación de la nueva estética revolucionaria sostenida por Lukacs y Benjamin, fueron eliminados del arte los conceptos griegos de belleza, del bien, lo verdadero, lo justo y lo armonioso en forma y fondo, rompiendo así con los cánones tradicionales. El arte como recreación de la belleza de la vida y la naturaleza, de la belleza como experiencia positiva y gratificante, será pronto relegada por el más abyecto pesimismo, por el culto a la fealdad y el esplendor de lo objetivamente

desagradable, decadente, horrendo, grotesco, caótico, fragmentario, absurdo.

Contrariamente a lo que el establishment artístico burgués y neomarxista quisiera creer, no hay en esta contracultura ni en el artista atisbo alguno de talento, raciocinio o naturalidad. Se trata, pues, de un feísmo deliberado, no espontáneo, forzado y hasta escolar, cuando no abiertamente demoníaco. Sin dudas, un claro ejemplo de esta decadencia evidente es el mingitorio (urinario) de Marcel Duchamp creado en 1917, iniciando así la etapa del vanguardismo o *avant-garde*, caracterizado por la alteración de la estructura de las obras, abordando temas tabú y desordenando los parámetros creativos.

Así, la cultura es desacralizada y la belleza se convierte en una categoría anacrónica porque no da noticia de nada a un hombre conflictuado, mecanizado, sin voluntad, que prefiere adoptar el reflejo de sus miserias antes que abrazar el ideal que podría sacarlo de su oscuro pozo.

Finalicemos este apartado con las palabras que el gran Saint-Exupéry dedica al pope del surrealismo André Breton pero que bien podría hacerse extensivo a todos aquellos movimientos corrosivos:

> El hombre no tiene necesidad de odio sino de fervor. No se muere «contra», se muere «por». Vos habéis usado vuestra vida para desmantelar todo aquello que el hombre podía reclamar para aceptar la muerte. Vos habéis luchado contra la moral usual, contra la idea religiosa, la idea de patria, la idea de familia… eres partidario de la destrucción absoluta de todos esos conjuntos… La libertad que quiero no tiene ninguna relación con la tuya… Ella es pudor y derecho al silencio… Vosotros no habéis conocido franceses que aceptaran la muerte. Yo he conocido muchos franceses que han reivindicado el riesgo de morir y han muerto. Creo en los actos no en las palabras grandilocuentes. Mis actos prueban simplemente que mis amigos valen más que los tuyos (…) En tanto que vuestra libertad de pensar no compromete vuestra libertad que, a propósito de la libertad de pensar de André Breton, ella me parece como una fórmula vacía. Vos no podéis sino escribir «contra» alguna cosa. ¿Por qué, en sentido positivo, sos vos? Por André Breton exclusivamente (…) Mi posición es coherente con mis actos, con mis deseos. Los medios están conformes a los fines que me propongo. Vuestro punto de vista, de una rigidez de gendarme, os

obliga a deshonrar a cualquier que se preocupa en Francia de abastecer de pan a los niños, y para obrar, mantener necesariamente contactos con el gobierno de Vichy. Vos estimáis que tal afecto a los niños estaría signado de ignominia. Al contrario que vos, pienso que… conviene tratar de salvar aquello que queda cd un mundo deseable.[365]

CAPITULO X

# CONCLUSIONES FINALES

*"Dios no nos pedirá cuentas*
*de las batallas ganadas,*
*sino de las cicatrices de la lucha"*
Leonardo Castellani

Pues bien, de modo sumario, desde estas hojas se ha intentado develar la identidad y signos vitales de los hagiógrafos de esta «nada» institucionalizada que hoy subyace bajo la forma de aquel engendro conocido como Nueva Izquierda, posmarxismo o posmodernismo. Conforme a Jean Paul Sarte y los frankfurtianos, la «nada» es la destrucción de lo dado para crear nuevas realidades, y como la existencia sería anterior al «ser», cada cual sería capaz de idear su propia identidad, puesto que no estaría condicionado o determinado por una naturaleza o una esencia. De manera tal que el rechazo a priori, la crítica sistemática, la completa autodeterminación, la subjetividad como única realidad y la facultad creadora serían los elementos necesarios y suficientes para lograr «la liberación». ¿Liberación de qué? De aquellas pesadas cadenas opresoras de las que hablaba Rousseau, que para los fungidos en salvadores quedarían sintetizadas básicamente en el cristianismo,

en la filosofía realista y en la moral clásica. “Hay que destruirlo todo”, nos dicen.

Bien, hasta aquí todo claro.

El aprieto surge cuando alguien los interpela sobre «la alternativa», exigiendo una respuesta, es decir: “¿destruir para qué?”, “destruir ¿y luego qué?”. Al igual que Lenin –con quién tienen mucho más en común que lo que quisieran reconocer-, nadie les dijo que hacer una vez consumada la revolución o la desalienación social. Pero por otro lado, pensemos, ¿por qué habrían de tener un plan o una respuesta? ¿Puede acaso exigirse al odio algun remedio a algo? ¿Puede el mal oponerse a sí mismo? No nos engañemos: “un odio redentor” es un oxímoron, esto es, una falacia de escuela cuya aplicación práctica dejó la friolera de 100 millones de muertos en 70 años de comunismo (en todas sus variantes). Si atendemos a concepciones filosóficas clásicas, deberemos decir que los posmodernos se encuentran incapacitados para brindar respuesta por el sencillo motivo de que «no existen» (ergo, están fuera de la historia), puesto que tanto el mal como el odio no tienen entidad en sí mismas sino que constituyen reflejos, consecuencias, de la falta de bien y amor. Cómo odian no existir, odian entonces todo lo que existe: odian la existencia misma.

Para convalidar la mentada aserción no habrá más que recurrir a los oscuros y enmarañados textos de Sartre y los hombres de Frankfurt. No hay respuesta propiamente dicha pero sí una aspiración: la de contagiar a la humanidad con sus resentimientos y experiencias personales, pretendiendo darle carácter de verdad inconcusa y universal. Sus textos respiran repulsa y bilis neroniana: “La náusea es la existencia”. “La vida no es más que una pasión inútil. Existo, eso es todo. Y lo encuentro extremadamente desagradable (…) la vida del hombre es vacía”, nos dice el francés. Alguno podrá objetarme que en realidad éstos sí tienen una propuesta para subvertir tal estado y «desalienar» al hombre: el rechazo y la negación de lo dado, de lo existente, de lo prevalente. Pero esta presunta solución es una «no solución», puesto que el rechazo a priori de aquello que podría sacar al hombre de tal vacío existencial no hará más que profundizar y agravar su doliente estado.

En suma, resulta evidente que lo que quieren es que todos caigan con ellos. Existe en éstos una patológica obsesión por lograr que el mundo asuma como propio y necesario un pesimismo y una desesperación que en realidad les corresponde solo a ellos, por deméritos propios. Y así entonces –y he aquí la manifiesta perversidad que los impulsa-, todo aquel que rechace aquel sombrío panorama sería un hombre alienado, enajenado, reificado, sometido, atontado, un autoritario y hasta un potencial fascista. Cuanto no rinda culto a lo inmediato, a la fealdad y al *non serviam*, sea anatema y aplastado en las mazmorras y gulags de la *intelligentzia* posmoderna.

Bien podría alguien preguntarse qué es lo que esperan encontrar los asiduos y acríticos lectores de Marcuse, Sarte, Reich, Lukács, Benjamin, Adorno, Foucault, etc. en sus obras, más allá de alguna crítica y rechazo. ¿Esperarán tal vez hallar allí una confirmación y justificación de sus propias (malas) acciones o por el contrario buscan alguna pista para comprender la existencia y sus fines? Estimo que debe haber de todo entre los lectores de esta literatura, pero aquí nos interesa particularmente el segundo grupo: aquel que busca con sinceridad la verdad, aun navegando en mares tenebrosos de los que difícil es salir. A ellos cabría advertirles una obviedad: nadie puede ofrecer lo que no tiene o no conoce, lo hemos dicho ya. La obra del autor recorre y despliega, lo quiera o no, su propia existencia, su propio espíritu. Y no hay que indagar demasiado en sus biografías para comprender que estos hombres odiaron visceralmente la vida y la belleza. Entre los mentados y sus discípulos y colegas encontraremos suicidas, pederastas, estafadores, presidiarios, enfermos psiquiátricos, etc.; todos, todos, compartiendo un odio sideral hacia todo lo distinto y el mismo rostro apagado, gris, envejecido por aquellos pecados capitales que son la envidia, la soberbia y la ira.

Contemplar con regocijo el esplendor y vitalidad de una catedral gótica y su iconografía, llenarse el alma con la poesía de Juan de la Cruz o un poema épico, un cuento de Chesterton, una pieza de Bach o un concierto de Vivaldi, un himno patriótico o el testimonio de un mártir sea anatema… Contemplar y sentir la belleza en algo tan sencillo y cotidiano como un paseo en el parque,

un paisaje, la amistad desinteresada, una copa de vino con amigos, el amor generoso, un cielo estrellado o una lluvia en primavera, son para estos filósofos actos irracionales y decididamente contrarrevolucionarios. Pues esa meridiana claridad, esa incontenible sensibilidad hacia lo objetivamente bello, ese apetito voraz por lo verdadero, épico, sempiterno y cristalino resulta vomitivo a los *sesentayochistas*.

El primer paso para la restauración de la civilización es recuperar y enaltecer la belleza en todas sus formas y en cada espacio donde ejerzamos alguna actividad.

-----

El combate que se nos presenta es político, ideológico y cultural, sí, de acuerdo… pero grave error supondrá soslayar el carácter eminentemente teológico de esta lucha, como bien detectaba el filósofo decimonónico español Donoso Cortes. Cada día que transcurre resulta más evidente la polarización de esta contienda, que solo tiene dos actores, más allá de la multifacetidad y número de agentes visibles: el bien y el mal; entidades solo comprendidas rectamente desde la mirada sobrenatural. Nada explica mejor y más convincentemente el catastrófico estado actual del mundo y la humanidad que la apostasía colectiva de gran parte del cristianismo y de sus líderes, pues sobre sus valores y principios fue construida la sociedad occidental que hoy se pretende destruir por completo. “Estamos en plena lucha -escribía el cardenal Antonio Caggiano en 1961- y no acabamos de persuadirnos que se trata de lucha a muerte organizada y dirigida con inteligencia y sin frenos morales de ninguna clase; llevada con decisión y sin rehuir medios de conquista”.

Por los años 70´, advertía Jean Ousset que lo que debe examinarse, ante todo, es el espíritu de la Revolución y no tanto sus manifestaciones exteriores o visibles. ¿Pero qué es la Revolución y cuáles sus rasgos constitutivos y esenciales? Esta pregunta se la hizo un prelado en 1877, Monseñor Gaume:

> Si, arrancándole la máscara, le preguntas ¿Quién eres?, te dirá: ¨No soy lo que crees. Muchos hablan de mí pero pocos me conocen. No soy el carbonarismo… ni la revuelta… ni el reemplazo de la monarquía por la república, ni la sustitución de una dinastía por otra, ni la alteración

> momentánea del orden público. Ni los alaridos de los jacobinos, ni la furia de la Montagne, ni el combate en las barricadas, ni el pillaje, ni el incendio, ni la ley agraria, ni la guillotina, ni los anegamientos. No soy Marat, ni Robespierre, ni Babeuf, ni Mazzini, ni Kossuth. Esos hombres son mis hijos, pero no soy yo. Esas cosas son mis obras, pero no soy yo. Esos hombres y esas cosas son hechos pasajeros y yo soy un estado permanente… Soy el odio a todo orden no establecido por el hombre y del que él no sea rey y Dios a la vez….

De manera tal que, como nos recordarán algunos en justicia, el "mal" –en términos humanos- no es únicamente el marxismo. Esto no está en discusión. Sin embargo, forzosamente se deberá conceder que éste ha sido su mejor intérprete y aliado en los últimos 100 años hasta la actualidad. De modo que dedicaremos nuestros esfuerzos a denunciar y eventualmente destruir al mayor agente corrosivo que afecta la humanidad toda y que amenaza con arrojarla definitivamente sobre el abismo, que es precisamente el marxismo y sus pluriformes tentáculos inmanentistas, que no actúa ya desde su carácter afirmativo tradicional -de la revolución inmediata y visible-, sino desde una dialéctica negativa, solapado diluyente de lo perenne; agente subversivo que pretende hacer implosionar a la civilización occidental. Todo lo cual había sido advertido ya en los premonitorios mensajes de la Virgen de Fátima -¿casualmente?- pocos meses antes de la revolución bolchevique, avisando entonces que Rusia "esparcirá sus errores por el mundo" si no se convertía verdaderamente. El comunismo llegó a regir un tercio del planeta por 70 años. La ideología de género obligatoria fue primero impuesta por la URSS, siendo además el primer país en legalizar el aborto; cuestiones hoy hegemónicas. El marxismo continúa, sólo que por otros métodos.

Hace unas décadas señalaba Enrique Díaz Araujo que ya no podía hablarse de «decadencia de Occidente» o de «crisis de nuestra civilización», por el sencillo motivo que hoy la cultura occidental está en las catacumbas. Cuánto más cierto y evidente es esto en el 2021. Indudablemente, los responsables principales de tal vertiginoso y organizado avance de la contranatura activa y militante los encontraremos en la Escuela de Frankfurt. Nos enfrentamos a la «rebelión de la nada», es decir, a una revolución

que solo ofrece destrucción de las cosas más nobles y sagradas del ser humano.

----

En este sentido, alguna pista podrá darnos la filosofía de la historia y algunos de sus más preclaros exponentes como Oswald Spengler, Arnold Tonybee, Ortega y Gasset, Christopher Dawson y Wil Durant, entre otros. Tuvieron el mérito de detectar y probar empíricamente -hace casi cien años- que la cultura habían sido un factor determinante en los procesos florecimiento, auge y decadencia de cada civilización preponderante a lo largo de la historia. Indagando meticulosamente en la historia de los pueblos, sus características y motivaciones, llegan a la conclusión que cuanto distinguía a Occidente de los bárbaros y de la barbarie era esa cultura tan particular que toma lo mejor del mundo clásico, perfeccionándolo con la doctrina cristiana. Porque la cultura, la palabra «cultura», hay que saberlo, supone una etimología doble que refiere a «cultivo» y «cultual», es decir, de capacidad cultual, de rendir culto, lo cual supone la existencia de una vida, esfera, religiosa: no hay cultura sin culto, no hay cultura sin sacralidad, no hay cultura sin religiosidad.[366] Esta fue la cultura que impulsó e imprimió nuestra civilización, logrando resplandecer a través de los siglos.

Ha sido justamente el rechazo a esta cosmovisión, el proceso de desacralización, la que ha puesto a nuestra civilización al borde del abismo. Por eso dice bien Toynbee que casi todas las civilizaciones mueren por suicidio, porque es el rechazo a la propia identidad la que las lleva a perecer. Empero, nos dicen, este cuadro es reversible si se hacen presentes aquellas «minorías esclarecidas» e incorruptibles capaces de despertar a las sociedad del ensueño que los mantiene cautivos, pasivos y acríticos. Y entiendo que la reacción ha llegado, siendo cada día más visible, mas consiente y mejor dispuesta al combate, entendiendo que el «triunfo» se encuentra en la resistencia y en la búsqueda y permanencia en la Verdad.

Este modesto ensayo debe prestarse a la esperanza. Si bien asoma el enemigo como suerte de Leviatán o Hidra de Lerna,

enorme bestia policefálica aparentemente omnipresente y omnipotente, a no engañarse: todo es humareda, ruido y distracción, porque eso es la nada. A lo mucho es barro… Barro cuya sustancia y tonalidad expone su negritud e inconsistencia.

Nuevos vientos soplan por estos lares en las arenas políticas e intelectuales. Fenómenos como Donald Trump ("el exorcista de lo políticamente correcto", lo llama H. W. Crocker), Jair Bolsonaro y mandatarios de la Europa oriental, junto al surgimiento y proliferación de laboratorios de ideas, institutos de investigación, centros de pensamiento, etc. dan cuenta de este cambio. En el mundo hispanoamericano, el éxito e influencia en los últimos años de autores como Agustín Laje, Nicolás Márquez y Olavo de Carvalho ofrecen otra clara confirmación de lo antedicho. La revitalización de la filosofía realista (aristotélico-tomista) y de los inconmensurables aportes de los clásicos contrarrevolucionarios europeos (Joseph De Maistre, Donoso Cortes, Jean Ousset, Marcel Clement, etc.) y americanos (como Plinio Correa de Oliveira, Antonio Caponnetto, Julio Menvielle, Enrique Díaz Araujo, Juan Claudio Sanahuja, entre otros), sumado a una pléyade de autores conservadores, constituyen asimismo un fiel reflejo de lo aseverado.

Por primera vez desde el final de la Guerra Fría, Occidente cuenta con una potente, decidida e influyente generación de hombres y pensadores de 30 a 45 años que producen un verdadero pensamiento de ruptura y ofrecen resistencia a este malvado y acientífico engendro del marxismo (aquellas necesarias «minorías esclarecidas» de las que hablaba Arnold Toynbee y Ortega y Gasset), recuperando las banderas fundantes de la civilización occidental que, como bien apunta y fundamenta el conservador estadounidense Thomas Woods, es creación de la Iglesia Católica.

-----

Al lector que se pregunta cómo revertir o resistir el actual estado de situación, le respondemos con tres sencillas pero poderosas palabras: **fe**, **arrojo** y **estudio**. La «fe» nos dota de la vitalidad, la luminosidad y del armazón espiritual necesario para resistir ante el embate del padre de la iniquidad. Luego, el «estudio» nos hace conocer recta y precisamente nuestra identidad y la de aquel exterminarla. No podemos amar lo que no conocemos del

mismo modo que no podemos combatir lo que ignoramos. Pero todo será en vano si esta fe y estos conocimientos no van acompañados del «arrojo» por la verdad, esto es, de una actitud decididamente viril, proactiva y gallarda. No hay ya lugar para titubeos, temores, consensos *kerenskianos* y centrismos tanto inconducentes como contraproducentes. La hora de estos tiempos nos reclama.

No queremos que la historia nos recuerde como al rey Babdill, aquel que quedará inmortalizado en la frase que su madre le dedica al entregar las llaves de Granada: "no llores ahora como mujer lo que no supiste defender como hombre". No. El camino que elegimos es el trazado por los gloriosos tercios españoles que enseñoreaban virilmente la mejor Europa: "Si se debe, me atrevo".

He aquí emergiendo una nueva generación de hombres: los genuinamente rupturistas, los rebeldes necesarios, que lejos de arrodillarse ante la barbarie omnímoda y contemplarla pasivamente, no temen llamar «enemigo» al enemigo, y con lanza en ristre, le arrancan la carótida de un mordisco en defensa de Dios, la Patria y la Familia.

Porque como decía Gracián: **CONTRA MALICIA, MILICIA**.

# BIBLIOGRAFÍA

Adorno, Teodoro: *La personalidad autoritaria*, Proyección, Buenos Aires, 1965.
Benjamin, Walter: *La obra de arte en la época de su reproductividad técnica*, Ediciones Godot, Buenos Aires, 2019.
Berry, David: *Revisiting the Frankfurt School. Essays on Culture, Media and Theory*, Ashgate Publishing Company, UK, 2011.
Boixadós, Alberto*: Arte y subversión*, Areté, Buenos Aires, 1977.
Buchanan, Patrick: *The Death of the West: How Dying Populations and Immigrant Invasions Imperil Our Country and Civilization*, St. Martin's Press, 2002.
Díaz Araujo, Enrique: *La rebelión de la nada o los ideólogos de la subversión cultural*, Cruz y Fierro Editores, Buenos Aires, 1983.
Firestone, Shulamith: *La dialéctica del sexo: En defensa de la revolución feminista*, Editorial Kairós SA, Madrid, 1976.
Friedman, George: *La filosofía política de la Escuela de Frankfurt*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
Fromm, Erich: *El arte de amar*, Paidós, Barcelona, 2014.
Fromm, Erich: *El miedo a la libertad*, Paidós, Madrid, 2006.
Hicks, Stephen: *Explicando el posmodernismo, la crisis del socialismo*, Barbarroja Ediciones, Buenos Aires, 2014.
Habermas, Jürgen y otros: *Conversaciones con Herbert Marcuse*, Gedisa, Barcelona, 1980.
Horkheimer, Max / Adorno, Teodoro: *Dialéctica de la Ilustración*, Akal, Madrid, 2007.
Horkheimer, Max: *Teoría tradicional y teoría crítica*, Paidós, Madrid, 2000.
Irasuste, Andrés: *Revolución sexual, subversión cultural y Psiquiatría: El ascenso de Ganímedes*, Amazon, 2019.
Jay, Martin*: The Dialectical Imagination: A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*, University of California Press, EEUU, 1973.
Jeffries, Stuart: *Gran Hotel Abismo. Biografía coral de la Escuela de Frankfurt*, Turner Noema, Madrid, 2018.
Laje, Agustín / Márquez, Nicolás: *El libro negro de la nueva izquierda*, Grupo Unión Editorial, Buenos Aires, 2016.
Lefebvre, Henri: *Introducción al marxismo*, Eudeba, Buenos Aires, 1961.
Lukács, George: *Historia y conciencia de clase*, Ed. Razón y Revolución, Buenos Aires, 2013.
Marcuse, Herbert: *El hombre unidimensional*, Planeta Agostini, Barcelona, 1993.
Marcuse, Herbert: *Eros y civilización*, Sarpe, Madrid, 1983.
Marcuse, Herbert: *Un ensayo sobre la liberación*, Joaquín Mortiz, México, 1969.
Marcuse, Herbert: *La tolerancia represiva y otros ensayos*, Catarata, Madrid, 2010.

Masset, Pierre: *El pensamiento de Marcuse*, Amorrortu, Buenos Aires, 1972.
Miniccino, Michael: *New Dark Age: The Frankfurt School and 'Political Correctness'*, Schiller Institute, Fidelio Magazine Vol. 1 No. 1, 1992.
Muñoz, Blanca: *Escuela de Frankfurt*, Universidad Carlos III, Madrid, 2011.
Ousset, Jean: *Marxismo y revolución*, Cruz y Fierro Editores, 1977.
Peralta, Eduardo: *La música ayer y hoy: los pasos de la revolución musical*, Buenos Aires, Ed. Autor, 2021.
Reich, Wilhelm: *La revolución sexual*, Planeta Agostini, Barcelona, 1993.
Reich, Wilhelm*: La función del orgasmo. El descubrimiento del orgón. Problemas económico-sexuales de la energía biológica*, Paidós, Buenos Aires, 1955.
Reich, Wilhelm: *Materialismo dialectico y psicoanálisis*, Siglo XXI, México, 1970.
Ramírez, Ricardo: *El arte y la guerra cultural. Occidente bajo ataque*, Editorial Artistas Libres, Santiago de Chile, 2021.
Rapoport, Mario: *Bolchevique de salón: Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt*, Debate, Buenos Aires, 2014.
Iturralde Rodrigo, Cristián: *El libro negro del INADI o la Policía del Pensamiento*, Grupo Unión Editorial, 2015.
Vivas, Eliseo: *Contra Marcuse*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1973.
Walsh, Michael: *The Devil's Pleasure Palace: The Cult of Critical Theory and the Subversion of the West*, Encounter Books, EEUU, 2017.
Wiggerhaus Rolf: *La Escuela de Francfort*, Fondo de Cultura Económica, EEUU, 2012.
Woods, Thomas: *Como la iglesia construyó la civilización occidental*, Ciudadela Libros, Madrid, 2010.

**ARTÍCULOS / PAPERS**

Sánchez Valiente, Gil: *La Escuela de Fráncfort y los creadores del discurso marxista-victimista de la corrección política*. Publicado en 2020 en http://www.kosmospolis.com/.
Shotwell, Mike: *La infiltración del marxismo en la educación superior*, 19-12-18. Cfr. es.theepochtimes.com.

**DOCUMENTALES / VIDEOS / ENTREVISTAS / CONFERENCIAS**

*Political Correctness: The Frankfurt School Story*. Producida por la Fundación ¨Conservative Citizens¨.
Michael Hoskinson: *The History of Political Correctness-The Frankfurt School*, 2016.
Jordan B Peterson: *Postmodernism and Cultural Marxism*, 2017.
Herbert Marcuse entrevistado por Ivo Frenzel y Willy Hochkeppel, 1976.
Herbert Marcuse entrevistado por Bryan Magee, 1978.
Feinmann, José Pablo Feinmann: *La razón iluminista y Auschwitz. Adorno y Horkheimer: La dialéctica del Iluminismo* (documental), Canal Encuentro, 2013. Cfr. https://www.youtube.com/watch?v=NUfR2gYN6Co.
Link, Fabian: *Cooperation and Competition: Re-establishing the Institute of Social Research and the Emergence of the "Frankfurt School"*, N.T.M. 24, 2016, pp. 225–249. Cfr. https://doi.org/10.1007/s00048-016-0139-2.

---

[1] *¨La presidenta Cristina Fernández firmó un convenio de investigación con la Escuela de Frankfurt¨*, 5/10/10. Boletin de Presidencia de la Nación. Cfr. https://www.casarosada.gob.ar/informacion/archivo/22688. La noticia trascendió fronteras inmediatamente, pero no por el convenio en si mismo, sino por el furcio de la ex presidenta, al decir que la Escuela de Frankfurt había sido creada luego de la Segunda Guerra Mundial. Ver: Cristina se inspira en la Escuela de Frankfurt, pero confunde la historia. Cfr. https://chequeado.com/ultimas-noticias/video/.

[2] Mario Rapoport, *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil. el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt*, Debate, Buenos Aires, 2014, p. 52. También lo menciona Thomas Wheatland en *¨The Frankfurt School in Exile¨*, University of Minnesota Press, EEUU, 2009, p. 273

[3] Anderson, Perry. Consideraciones sobre el marxismo occidental. España, Siglo XXI, 2015.

[4] Algunos de sus escritos más célebres al respecto: ¿Qué hacer?; Dos tácticas de la socialdemocracia; Un paso adelante, dos pasos atrás; Las lecciones del levantamiento de Moscú; El Estado y la revolución, etc.

[5] La necesidad del terror de clase está expuesta, por ejemplo, en V.I. Lenin. El Estado y la revolución. Buenos Aires, Editorial Sol 90, 2012. Un buen estudio sobre el pensamiento totalitario de Lenin puede encontrarse en Rojas, Mauricio. Lenin y el totalitarismo. Santiago de Chile, Debate, 2017.

[6] “Ni antes ni después de ser llamado a la docencia en la universidad he pertenecido a partido alguno”, se excusaba en una carta Horkheimer al Ministro de Ciencias, Artes y Educación Popular, en Brelín, el 21 de abril de 1933, pocas semanas después de que el nacional-socialismo clausurara el Instituto de Investigación Social que aquél dirigía. Citada en Wiggershaus, Rolf. La escuela de Fráncfort. México DF, Fondo de Cultura Económica, 2009, p. 169. En conversación con Herbert Marcuse, Jürgen Habermas le supo preguntar:

"¿Alguna vez tomó, digamos, posición el instituto en relación con los grupos políticamente más organizados del exilio?" Aquél respondió: "Eso estaba rigurosamente prohibido. Horkheimer dejó muy claro desde un principio que éramos huéspedes de la Universidad de Columbia, filósofos y científicos". Citado en Wiggershaus, Rolf. Ob. Cit., p. 173.

[7] El distanciamiento respecto de la praxis política de Adorno se expresa con toda claridad en una carta que éste enviara a Horkheimer el 27 de diciembre de 1949: "solamente se pueden representar los intereses de los seres humanos estando lejos de ellos. (…) lo que escribimos es infinitamente más importante que la realidad inmediata". Citado en Wiggershaus, Rolf. Ob. Cit., p. 511.

[8] Compárese esta nueva realidad con, por ejemplo, la de la II Internacional, cuyos miembros como Luxemburgo y Kautsky denominaban con desprecio como "socialistas de cátedra" a aquellos que, en lugar de estar agitando la práctica política con arreglo a la teoría, sencillamente se dedicaban a dar clases universitarias.

[9] Citado en Wiggershaus, Rolf. Ob. Cit., p. 767.

[10] Ver Maddison, Angus. La economía mundial en el siglo XX. Rendimiento y política en Asia, América Latina, la URSS y los países de la OCDE. México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 45.

[11] Marcuse, Herbert. Un ensayo sobre la liberación. México DF, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1969, p. 24.

[12] Wilhelm Reich, un conocido allegado a la Escuela de Frankfurt, escribía (sin ninguna prueba) por ejemplo lo siguiente: "la experiencia médica enseña que de la inhibición sexual nacen la enfermedad, la perversión y la lascivia" (desde ya que no nos especifica absolutamente nada sobre esa presunta "experiencia médica"). Y es por ello que su sugerencia consiste en que "si no se tiene vergüenza de estar desnudos delante del niño, éste no desarrollará en sí ni la timidez, ni la lascivia; querrá, sin duda, satisfacer su curiosidad sexual. Difícilmente se le podrá negar este deseo porque se le crearía un conflicto mucho más grave: mayor dificultad de represión de sus impulsos, más probabilidad de perversión sexual. (…) ¿qué se podría responder a un moralista cínico que preguntara por la razón que impide al niño asistir al acto sexual? ¿No lo han escuchado casi todos los niños, como lo confirma la experiencia psicoanalítica? ¿No ha visto el niño el apareamiento de animales? Ante estas preguntas se debe tener el coraje de la honradez y confesar que no hay objeciones de peso —si no es el peso moral, lo que reforzaría la posición de nuestro moralista cínico— para que el niño asistiera al espectáculo". Reich, Wilhelm. La revolución sexual. Buenos Aires, Planeta, 1993, p. 87.

Además, Reich afirmará que la fidelidad conyugal resulta "patológica en sí misma", que "la felicidad sexual de la juventud en vías de maduración es un punto central de la prevención de las neurosis", que "la educación sexual familiar daña, por necesidad, la sexualidad del individuo", que la familia "también perpetúa la represión sexual y sus derivados: trastornos sexuales, neurosis, alienaciones mentales, perversiones y crímenes sexuales", y que por todo esto y más hay que concluir la existencia de "la enfermedad universal llamada familitis". Reich, Wilhelm. La revolución sexual. Cit., pp. 54, 161, 100, 101, 20.

[13] Aquello de "lo personal es político" del feminismo radical en verdad ya está mucho tiempo antes en Reich (y de éste pasa a Marcuse): "Se ha dicho siempre que la sexualidad es un asunto privado y ajeno, por completo, a la política. ¡La reacción política no lo cree así!". Reich, Wilhelm. La revolución sexual. Cit., p. 23. Reich llegó a declarar que el "onanismo en los niños es política". Reich, Wilhelm. Materialismo dialéctico y psicoanálisis. México DF, Siglo XXI, 1970, p. 174.

[14] Es notable en qué medida autoras feministas y queer contemporáneas están en deuda intelectual con Marcuse, aunque no lo reconozcan. Por ejemplo, escribe este último en Eros y civilización: "Contra una sociedad que emplea la sexualidad como medio para un final útil, las perversiones desarrollan la sexualidad como un fin en sí mismo; así se sitúan a sí mismas fuera del principio de actuación [principio de la realidad establecida] y desafían su misma base". Como conclusión, "permitir la práctica de perversiones pondría en peligro la reproducción ordenada no sólo del poder de trabajo, sino quizá inclusive de la humanidad". Marcuse, Herbert. Eros y civilización. Barcelona, Ariel, 2015, pp. 56-57. Ahora pensemos en Beatriz Preciado, que sintetiza su propuesta de una revolución "contra-sexual" en los siguientes términos: "La contra-sexualidad afirma que el deseo, la excitación sexual y el orgasmo no son sino los productos retrospectivos de cierta tecnología sexual que identifica los órganos reproductivos como órganos sexuales, en detrimento de una sexualización de la totalidad del cuerpo". Si bien con un lenguaje mucho más provocativo, Preciado parece concluir algo similar a Marcuse cuando dice que "los trabajadores del ano son los proletarios de una posible revolución contra-sexual". Preciado, Beatriz. Manifiesto contra-sexual. Prácticas subversivas de identidad sexual. Madrid, Opera Prima, 2002, pp. 20-26. Por su parte, la filósofa Leonor Silvestri sigue una línea muy similar cuando asevera que "la renuncia a mantener relaciones sexuales naturalizantes heteronormales habilita la resignificación y deconstrucción de la centralidad del pene y critica la categoría 'órganos sexuales' (cualquier parte del cuerpo u objeto puede devenir

en juguete sexual)". Manada de Lobxs. Foucault para encapuchadas. Buenos Aires, Colección (im)pensados, 2014, p. 25.

[15] Por ejemplo, en los Studien über Autorität und Familie (Estudios sobre autoridad y familia) escribe Horkheimer: "la familia se ocupa en especial, como uno de los más importantes agentes educativos, de la reproducción de los caracteres humanos tal como los reclama la vida social y les da, en gran parte, la indispensable capacidad para la conducta específicamente autoritaria, de la que en gran medida depende la existencia del orden burgués". Horkheimer, Max. "Autoridad y familia". En Teoría crítica, Buenos Aires, Amorrotu ediciones, 1974, pp. 123-124.

[16] Hasta entonces, las tentativas revolucionarias más importantes del socialismo fueron entre otras la llamada Revolución o revoluciones de 1848 (mismo año en que Marx publica *El manifiesto comunista*) que empezó en Francia y se extendió a otras naciones europeas, intentando terminar con toda la burguesía y las monarquías, siendo rápidamente reprimidas. En 1871, en un suceso conocido como La Comuna de Paris (1871), movimientos insurreccionales -compuesto mayormente de artesanos y obreros- logran tomar el poder en aquella ciudad por dos meses, momento en que el gobierno provisional reprime duramente a los insurrectos. En Rusia, en 1905, surge otra tentativa revolucionaria, esta vez contra el gobierno zarista, que es aplastado en pocos días.

[17] Se acusaba al Zar de absolutista y de gobernar para los ricos en detrimento de los pobres. Además, la Primera Guerra Mundial había generado una situación de desabastecimiento que llegó a afectar a parte importante de la población. Todo ello, sumado a la desunión de la nobleza y a la traición de altos mandos del ejército ruso descontento con el régimen, fue aprovechado por los revolucionarios.

[18] Consultar fuentes en ensayo de Agustín Guillamón: *La revolución rusa, una interpretación crítica y libertaria*, Re-memorant, Barcelona, 2020 (ISBN: 978-84-18283-05-5). Cfr. https://kaosenlared.net/la-revolucion-rusa-una-interpretacion-critica-y-libertaria-2/.

[19] Alexander Solzhenitsyn, *Archipiélago Gulag*, Tusquets Editores, Barcelona, 1998.

[20] Cit. en Cornelius Castoriadis, *El ascenso de la insignificancia*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1998 p. 48.

[21] Henri Lefebvre, *Introducción al marxismo*, Eudeba, Buenos Aires, 1961, p. 45.

[22] Cit. por Roberto Gorostiaga, *¿Es posible la coexistencia pacífica?*, Fundación Speiro, Número 121-122: Serie XIII, 1974. Cfr. https://fundacionspeiro.org/revista-verbo/1974/121-122/documento-4127.

[23] Cit. en Gabriel Alférez Callejón, *El proletariado como protagonista de la revolución: Fin de un mito*, Revista de Estudios Políticos, número 204, Noviembre/Diciembre 1975, p. 235. Agrega Lenin: "Casi todos los socialistas de entonces y, en general, los amigos de la clase obrera veían en el proletariado una plaga y contemplaban con espanto como crecía a medida que se desarrollaba la industria. Por eso buscaban todos los medios para detener el desarrollo de la industria y el proletariado. Marx y Engels, por el contrario, ponían todas sus esperanzas en el crecimiento continuo de este último. A mayor número de proletarios, mayor fuerza tienen como clase revolucionaria y más posible y cercano está el socialismo". Lenin, *Karl Marx et sa doctrine*, Edit. Sociales, Paris, p. 42. En Jean Ousset*, Marxismo y revolución*, Cruz y Fierro, Buenos Aires, 1977, p. 106.

[24] Recordemos que la primera Revolución industrial había cambiado sustancialmente el mundo, especialmente a Occidente. Este proceso de transformación económica, social y tecnológica se había iniciado en la segunda mitad del siglo XVIII en Gran Bretaña, concluyendo en el primer tercio del siglo XIX y abrió el paso de Durante este periodo se vivió el mayor conjunto de transformaciones económicas, tecnológicas y sociales de una economía rural basada fundamentalmente en la agricultura y el comercio a una economía de carácter urbano, industrializada y mecanizada. La Revolución Industrial marca un punto de inflexión en la historia, modificando e influenciando todos los aspectos de la vida cotidiana de una u otra manera (la maquina de vapor es el invento más relevante). La producción tanto agrícola como de la naciente industria se multiplicó a la vez que disminuía el tiempo de producción. A partir de 1800 la riqueza y la renta per cápita se multiplicó como no lo había hecho nunca en la historia, pues hasta entonces el PIB per cápita se había mantenido prácticamente estancado durante siglos. La Durante la Segunda Revolución Industrial (1870-1914) los cambios anteriores sufrieron una fuerte aceleración. Los cambios técnicos siguieron ocupando una posición central, junto a las innovaciones técnicas concentradas, esencialmente, en nuevas fuentes de energía como el gas, el petróleo o la electricidad; nuevos materiales y nuevos sistemas de transporte (avión, automóvil y nuevas máquinas a vapor) y comunicación (teléfono y radio) indujeron transformaciones en cadena que afectaron al factor trabajo y al sistema educativo y científico; al tamaño y gestión de las empresas, a la forma de organización del trabajo, al consumo, hasta desembocar también en la política.

[25] Deidre McCloskey, *Review of The Cambridge Economic History of Modern Britain*, Times Higher Education Supplement, Roderick Floud y Paul Johnson

editors, 2004.

[26] Robert E. Lucas, *Lectures on Economic Growth*, Harvard University Press, 2002, ISBN 978-0-674-01601-9, pp. 109-110. Citado en Wikipedia.org

[27] *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia. Problemas del socialismo. El revisionismo en la socialdemocracia*, ed. José Aricó, trad. Irene del Carril y Alfonso García Ruiz, Siglo XXI, México, 1982. Para 1895 Bernstein divulgaba cinco tesis revisionistas: 1) El marxismo no es puramente materialista ni puramente económico; 2) En la Historia no actúan exclusivamente fuerzas económicas; 3) La teoría de la plusvalía es simplista y demasiado abstracta; 4) Aun admitiendo la lucha de clases, no se da exclusivamente entre capitalistas y proletarios, sino entre los capitalistas entre sí y los proletarios entre sí; 5) No es precisa una revolución violenta para alcanzar el socialismo, porque puede llegarse a él mediante una evolución pacífica a través del sindicalismo y de la acción política. En S. Rábade, J. L. Arce, J. M. Benavente y A. Curras, *Historia de la filosofía*, G. del Toro, Madrid, 1978, p. 316.

[28] Si hiciéramos una economía comparada, veríamos que la renta *per cápita* se ha multiplicado por más de diez en Occidente desde comienzos del siglo XIX.

[29] Cita en artículo: «Acerca del "marxismo empalagoso" de Erich Fromm» (2012). Cfr. http://www.luchadeclases.org/teoria/112-materialismo-dialectico-y-filosofia/702-acerca-e-fromm-en12.html.

[30] Categoría luego extensiva, de algún modo u otro, al caso chino, camboyano o cubano, entre otros.

[31] *Marxismo y revolución*, Cruz y Fierro Editores, Buenos Aires, 1977, p. 22.

[32] *Mis ideas políticas*, Huemul, Buenos Aires, 1962, p. 183. Resulta imperativo comprender lo señalado por los pensadores galos, especialmente en estos tiempos de tanta confusión y anemia intelectual. Ud. puede vestir una remera con consignas antimarxistas o neutras, pero si luego, en el día a día, adopta categorías de pensamiento, estructuras, razonamientos, falacias y un lenguaje propio del materialismo dialéctico, será Ud. entonces un marxista «de hecho». Existen millones de personas que son marxistas sin saberlo… No tengo duda. Y esto el marxismo lo sabe y lo celebra.

[33] Ob. Cit., p. 68.

[34] Cit. en Cornelius Castoriadis, Ob. Cit., p. 48. Para que se entienda de un modo más claro: el marxismo vendría a ser el corpus doctrinal esencial y el comunismo el *aggiornamiento* de éste al terreno político. Y como aquel proceso de adaptación a la praxis depende de la interpretación –o conveniencia- del líder ejecutor, nos encontramos con que existen regimenes comunistas con distintas características

a través del orbe, si bien la esencia es la misma. Dicho llanamente: se puede ser marxista sin ser comunista pero no existe comunismo sin marxismo.

[35] La cita textual de Lenin es: "Es moral todo lo que favorece al partido; es inmoral lo que le perjudica". Tomado de Carlos Díaz, *Política y moral*, Teorema, Madrid, 1971, p. 97.

[36] Jean Ousset, pp. 131-132.

[37] El alto dirigente marxista Dimitri Z. Manuilsky, presidente del Consejo de Seguridad de la ONU, dijo lo siguiente en 1949, en una conferencia en la Escuela Lenin de Guerra Política: "La guerra a muerte entre el comunismo y el capitalismo es inevitable. Hoy, evidentemente, no somos bastante fuertes para atacar. Nuestra hora llegará dentro de veinte o treinta años. Para vencer necesitaremos un elemento sorpresa. La burguesía deberá ser adormecida. Empezaremos lanzando el más espectacular movimiento de paz que jamás haya existido. Habrá proposiciones electrizantes y concesiones extraordinarias. Los países capitalistas, estúpidos y decadentes, cooperaran con alegría a su propia destrucción. Se precipitaran sobre la nueva oportunidad de amistad. En el instante mismo en que bajen la guardia, los aplastaremos con nuestro puño cerrado". En Ousset, p. 144. En 1927, Stalin escribió: "como decía Lenin, esta guerra es inevitable, pero ella puede ser demorada hasta que la revolución proletaria madure en Europa o hasta que estallen las revoluciones coloniales". Desde el Informe del VII Congreso Mundial del Komintern (2 de agosto de 1933), podemos leer: "Todos estos desvíos, todos los zigzags de nuestra política no tienen sino un solo objetivo: la revolución mundial". En Ousset, p. 145.

[38] El teórico marxista Henri Lefebvre reconoce abiertamente la amplitud conceptual del marxismo: "Si aceptamos la definición amplia de «marxismo» como concepción del mundo y como expresión de la época moderna con todos sus problemas, se ve claramente que el «marxismo» no se reduce a la obra de Carlos Marx y que no debemos concebirlo como el «pensamiento de Marx» o la «filosofía de Marx» El genio de Marx (y de Engels) consistió en aprehender todas esas doctrinas en sus relaciones hasta entonces ocultas, en ver en ellas las expresiones, fragmentarias pero inseparables, de la civilización industrial moderna, de sus problemas y de las claridades nuevas arrojadas sobre la naturaleza y la historia por esos tiempos nuevos. Considerado en toda su amplitud, como concepción del mundo, el marxismo se denomina materialismo dialéctico. Sintetiza y unifica, en efecto, dos elementos que Marx halló separados y aislados en la ciencia y en la filosofía de su tiempo: materialismo filosófico, ciencia ya avanzada de la naturaleza, por una parte; y, por otra, esbozo de una

ciencia de la realidad humana, dialéctica de Hegel, es decir, teoría de las contradicciones. La denominación de «materialismo dialéctico» se ajusta a la doctrina así designada más exactamente que el término habitual de marxismo. Muestra mejor, en efecto, los elementos esenciales de esta vasta síntesis”. Henri Lefebvre, *Introducción al marxismo*, Eudeba, Buenos Aires, 1961, p. 12.
[39] En Ramón González Férris, *Daniel Bell: cien años del sociólogo que anticipó nuestros conflictos* (artículo), 6/8/19. Cfr. blogs.elconfidencial.com. A su vez, el intelectual marxista Alfred Andersch se lamentaba que la posguerra occidental hubiera dejado a una izquierda “vagabunda, sin casa” (“homeless left”), denunciando también la traición de la clase trabajadora hacia la causa del materialismo histórico.
[40] Ante el evidente error de pronóstico, años después Daniel Bell pretendió justificar su fallida tesis desde su obra *Las contradicciones culturales del capitalismo* (1976), ¡culpando a la prosperidad económica! por aquel estado situacional de la juventud.
[41] Reseña del libro de Stuart Jeffries *¨Gran Hotel Abismo¨*. Biblos vol. 6, nº11, p. 228, 2019. Cfr. www.e-revistes.uji.es.
[42] Transcripción hecha por el autor del video documental: «Political Correctness: The Frankfurt School Story. What Was the Frankfurt School?». Producida por Conservative Citizens' Foundation (Citada en la bibliografía final de este trabajo).
[43] Resumiendo, desde los años 20 hasta los 90, la izquierda en el orbe se mueve básicamente –sintetizando- en dos grandes esferas: la dogmática (ortodoxa, generalmente orgánica, revolucionaria, del marxismo clásico) y la anti dogmática (heterodoxa, inorgánica, revisionista), aunque, dependiendo del autor y su exegesis del fenómeno, ciertamente podrían establecerse mayores distingos y desprendimientos (que a efectos prácticos no acometeremos ahora). Las manifestaciones políticas mejor conocidas del primer grupo (que podríamos ubicar dentro del marxismo clásico, con un mayor o menor grado de apego a los postulados teóricos de Marx y Engels) incluyen a bolcheviques (marxismo-leninismo revolucionario), mencheviques (socialdemócratas), trotskistas (marxismo revolucionario aunque inorgánico, es decir, no sujeto a Moscú), etc. Bajo la segunda esfera señalada caerá la Escuela de Frankfurt (y luego de los 50’s la “escuela francesa”, con Sartre, Beauvoir, etc., sumándose luego Foucault), planteando la revolución cultural como vehiculo de la revolución. Si bien la esencia de todos ellos es puramente inmanentista y su metodología para el análisis de la humanidad es el materialismo histórico, criticando y denostando al modelo occidental cristiano-católico -coincidiendo en la necesidad de un cambio

de orden, es decir, de una revolución-, no se acordaba en los tiempos y estrategias para alcanzar el poder. Cada uno tomó un camino distinto y en ocasiones el mutuo recelo llegara a enfrentarlos duramente –las purgas y disidencia internas siempre fueron una constante dentro del marxismo-. A tal punto fue así, que los EEUU, sirviéndose de estas disputas internas, llegarán a financiar y promover a los grupos trotskistas y a los marxistas revisionistas (caso Marcuse, Adorno, Foucault, entre otros) para resquebrajar y desestabilizar el poder e influencia de la Rusia soviética sobre el resto del mundo.

[44] Autoproclamado como foro de partidos y grupos de izquierda, el Foro de San Pablo fue creado por la dictadura castrista de Cuba con el Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil para debatir sobre los efectos de la caída del Muro de Berlín e ir generando nuevas estrategias para difundir e implementar el ideario marxista en América.

[45] Stuart Jeffries, *Gran Hotel Abismo*. *Biografía coral de la Escuela de Frankfurt*, Turner, Madrid 2018, p. 17.

[46] Max Horkheimer, *Teoría crítica*, Amorrortu editores, Buenos Aires 1998, p. 12.

[47] A diferencia del marxismo clásico aceptaban la propiedad privada. La Sociedad Fabiana fue fundada el 4 de enero de 1884 en Londres por Sidney Webb y su esposa Beatrice Webb. A la institución pertenecían entre otros Bernard Shaw, H. G. Wells y Eduard Bernstein. El nombre de la sociedad está tomado de Quinto Fabio Máximo, el denominado Cunctator (que significa "el que retrasa"), un general de la antigua Roma que había conseguido frenar los enfrentamientos directos contra Aníbal buscando desgastar al ejército del general cartaginés dejando pasar el tiempo, utilizando tácticas de hostigamiento y de guerrilla, cortando las vías de aprovisionamiento de víveres y de material, etc. (recuérdese que los romanos tuvieron que lamentar varias derrotas con los cartagineses, a cual peor, por enfrentarse directamente en campo de batalla). Los fabianos, a diferencia de Karl Marx, que predicaba el cambio revolucionario, creen en la evolución gradual de la sociedad hacia el socialismo, y apuestan por el trabajo discreto y reformas graduales que, en su opinión, llevarán poco a poco al socialismo. Su influencia es notable. De hecho, durante la primera mitad del siglo XX la mayoría de los ministros que aportaron los laboristas británicos eran o habían sido miembros de la Sociedad Fabiana. En el parlamento británico de la primera década del siglo XXI hay más miembros del partido laborista que pertenecen a la Sociedad Fabiana que diputados de los partidos Conservador y Liberal y Liberal Demócrata juntos. Consultar el trabajo: ¨*Fabian Thinkers: 120 years of progressive thought*¨, Fabian Society publications, London, 2004.

[48] Un caso claro nos lo ofrecen los llamados ¨progre-libertarios¨ y referentes como la guatemalteca Gloria Álvarez, cuya deficiencia cognitiva queda expuesta en los fútiles argumentos esbozados a la hora del análisis político, filosófico, histórico e ideológico.

[49] En Stuart Jeffries, Ob. Cit., Introducción.

[50] Michael Miniccino, *New Dark Age: The Frankfurt School and 'Political Correctness'* (artículo), Schiller Institute, Fidelio Magazine Vol. 1 No. 1, 1992. En cuanto a la religión católica y a la cultura clásica como barrera para la implantación del socialismo, resulta interesante el reconocimiento que ofrece un revolucionario ruso de las primeras décadas del siglo pasado: "Carecemos de todas las riquezas de Occidente, de toda herencia. Nada romano, nada antiguo, nada católico, nada feudal, nada caballeresco, casi nada burgués en nuestros recuerdos. Así, pues, ningún remordimiento, ningún respeto, ninguna reliquia puede frenarnos". En Enrique Díaz Araujo, *La revolución de la nada o los ideólogos de la revolución cultural*, Cruz y Fierro, 1983, p. 104.

[51] Stuart Jeffries, Ob. Cit., Introducción.

[52] Señala Stephen Hicks: "Mao declamó que la voluntad y la afirmación de los campesinos, y especialmente de los líderes, contaban más, que esperar pasivamente que las condiciones materiales de la revolución funcionasen por si solas de manera deterministas". Stephen Hicks, *Explicando el posmodernismo. La crisis del socialismo*, Buenos Aires, Barbarroja Ediciones, 2014, p. 136.

[53] Ibíd., p. 137.

[54] Marx llama «superestructura» al Estado, la ideología, la religión, la cultura, etcétera, y «estructura» a las cuestiones de orden económica. Lo explica muy bien Agustín Laje: "El marxismo analiza a la sociedad de manera topográfica o, metafóricamente hablando, con la forma de un "edificio". En la base o "estructura" de la sociedad, el marxismo coloca las fuerzas productivas y sus relaciones de producción —es decir, las tecnologías para producir y las relaciones de propiedad existentes—. En la "superestructura" que se levanta a partir de esta base de carácter económico, los marxistas ubican al Estado, la ideología, la religión, la cultura, etcétera. Siguiendo con la metáfora edilicia, va de suyo que la manera más fácil de demoler un edificio consiste en reventar los pilares sobre los que éste se apoya, y en esto se ha basado precisamente el marxismo tradicional: las verdaderas revoluciones se pergeñan al nivel de las relaciones económicas, pues todo lo demás —ideología, Estado, cultura, etcétera— es apenas un reflejo de aquéllas. Lo que hay que hacer es transformar el sistema económico, y lo otro se va dando por añadidura". Véase Nicolás Márquez / Agustín Laje (2016), *El libro*

*negro de la nueva izquierda: ideología de género o subversión cultural*, Unión Editorial, Buenos Aires, p.16.

[55] Stephen Hicks, ob. Cit., p. 138.

[56] Ibíd., p. 138.

[57] Se conoce como Mayo francés o Mayo de 1968 a la serie de protestas generadas en Francia y muy especialmente en Paris entre mayo y junio de aquel año. Los manifestantes provenían inicialmente del estudiantado, que se oponía al capitalismo, imperialismo, autoritarismo y las categorías morales de la época. Luego se sumarán a la protesta los obreros y los sindicatos, aunque estos lo hicieron por distintos motivos, reclamando mejoras laborales, bajándose de la protesta una vez que el presidente De Gaulle hizo lugar a varias de sus demandas. El mayo de 1968 es considerada la mayor revuelta estudiantil y la mayor huelga general de la historia de Francia, y según algunos, de Europa occidental. El movimiento estudiantil estuvo influenciado grandemente por el incipiente movimiento hippie y las lecturas de Marcuse y Adorno.

[58] Motivo por el cual el pontífice Benedicto XVI se refirió a aquellos sucesos como un «segundo iluminismo», comparándolo con el proceso descristianizador y desmoralizador de la Ilustración del siglo XVIII. Cfr. Mscperu.org.

[59] Antes de 1970 solo se interesaron por los trabajos de Gramsci algunos comunistas afiliados al Partido Comunista, especialmente en Italia, donde los grupos antifascistas de ese país habían incluso organizado protestas para lograr su liberación. Si bien algunos de sus artículos estaban ya disponibles en su idioma original, tuvieron una limitada circulación. En Argentina, por ejemplo, el PCA (Partido Comunista Argentino) publica algunos trabajos de Gramsci en los años 60´, momento en que estos comienzan a estudiarlo, logrando una mayor influencia en los grupos de izquierda a partir de la década siguiente. Sobre la presencia del pensamiento de Gramsci en Argentina, consultar: https://www.centrocultural.coop/revista/910/sesenta-anos-de-presencia-gramsciana-en-la-cultura-argentina-1947-2007#sdendnote13sym.

[60] El titulo original de la obra es ¨*Quaderni del carcere*¨, publicado por Giulio Einaudi Editore en Turín, en 1975. La edición mexicana es publicada por Ediciones Era, D.F., en 1981. Si bien como se ha dicho, algunos de sus artículos estaban ya disponibles en su idioma original y otros habían sido traducidos, tuvieron una circulación limitada.

[61] Editada por Cambridge University Press. Las primeras referencias a su trabajo aparecen publicadas por la *new left* británica en los primeros años 70´, publicando a fin de esa década la reconocida biografía de Giuseppe sobre Gramsci: ¨*Antonio*

*Gramsci: Life of a Revolutionary and by selections¨* (en 1990 la editorial Verso publicó una edición revisada del original de 1971).

[62] Alfred A. Knopf editor, New York, 1953. La primera edición en francés vendió unas cuantas miles de copias en sus primeras semanas pero su influencia en la Francia conservadora de entonces fue muy limitada. A la fecha el libro ha sido traducido a más de 40 idiomas.

[63] Beauvoir es testigo de aquella rebelión y le dedicará luego algunos párrafos reivindicatorios. Pero el mayo de 1968 no tuvo al movimiento feminista y sus consignas como banderas, motivo por el cuál la escritora francesa no tuvo ninguna influencia en este levantamiento estudiantil que tuvo entre sus instigadores casi exclusivamente a hombres. La semilla plantada por el 68 dará prontamente origen a la ruidosa irrupción del feminismo a escala global, revalorizándose por tanto su trabajo. Conviene reparar no obstante que el citado libro fue desestimado como estudio académico y científico por importantes figuras cercanas a su pensamiento. Por nombrar solo uno, el afamado biólogo y sexólogo Alfred Kisney -que era ateo y bisexual- sostenía que a pesar de la interesante producción literaria, el libro de Beauvoir "no contenía información original de interés o importancia para la ciencia". Wardell Pomeroy, Dr. Kinsey and the Institute for Sex Research. Yale University Press, New Haven, 1982 p. 279.

[64] Si bien el «68» no fue un levantamiento con tintes feministas, la experiencia de este evento dará posteriormente un gran impulso al feminismo. Sobre este tema, consultar artículo de Gonzalo Ugidos: "Mayo del 68: la revolución que se olvidó de las mujeres", Diario El Mundo, 28/4/18. Cfr. https://www.elmundo.es/yodona/lifestyle/2018/04/28/5ae31b01268e3e224a8b456e.html.

[65] Cita en Didier Eribon, *Michel Foucault y sus contemporáneos*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, pp. 273 y ss. Las palabras de Foucault son también citadas por Martin Jay, Ob. Cit., p. 225.

[66] Claudio Véliz, *Benjamin con Derrida Lenguaje, crítica y deconstrucción* (artículo). Cfr. http://conti.derhuman.jus.gov.ar/2010/10/mesa-33/veliz_mesa_33.pdf. Consultar también Emmanuel Biset, *Dar el Nombre. Derrida lector de Benjamin*, Papel Máquina, num. 8, 2013, pp. 107-130. Cfr. https://www.aacademica.org/emmanuel.biset/9.pdf. Martin Jay también reconoce esta influencia (Ob. Cit., p. 334).

[67] Gramsci, a diferencia de los de Frankfurt, provenía de la clase trabajadora -lo cual siempre sintió como un orgullo-, era un autodidacta sin educación superior; un hombre práctico con un estilo directo y claro, que además se ocupaba del

diseño de una ingeniera social para la aplicación del marxismo. Por ello Gramsci fue y es particularmente popular en los países iberoamericanos. Cuestión evidente en el tipo de marxismo predominante en Europa y en Iberoamérica. En el Viejo Continente destaca el estilo frankfurtiano, mesurado, institucional y educado, y en el continente americano lo característico es el populismo y su estilo barbárico, cuasi anárquico.

[68] Martin Jay, Ob. Cit., p. 36,

[69] Su publicación más importante hasta entonces había sido un intento por sintetizar el marxismo con la fenomenología de Heidegger.

[70] *El pensamiento de Marcuse*, Amorrortu, Buenos Aires, 1972, p. 7.

[71] Díaz Araujo menciona en esta categoría a libros *como Razón y revolución. Hegel y el nacimiento de la teoría social, Marxismo soviético, La caída en desuso del marxismo, Pesimismo. Un estado de la madurez, Cultura y Sociedad*, etc. Enrique Díaz Araujo, ob. Cit., p. 16.

[72] Ibídem.

[73] Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, Sarpe, Madrid, 1983, p. 47. Marcuse llega a EEUU en 1934, siendo profesor en distintas universidades de prestigio. De 1950 a 1952 es profesor de sociología en la Universidad de Columbia; de 1952 a 1956 es miembro del Centro de Investigaciones Soviéticas de la Universidad de Harvard; de 1956 a 1965 es profesor de filosofía y ciencias políticas en la Universidad de Boston; y luego, finalmente, en la Universidad de San Diego, California, como profesor de ciencias políticas. En Díaz Araujo, ob. Cit., pp. 17-18.

[74] Ob. Cit. Éste y otros autores ensayan una defensa de Marcuse, sosteniendo que éste, sin embargo, nunca había creído que los estudiantes iban a suplantar a la clase trabajadora como agente principal de transformación social. Marcuse habría visto en ellos un vehículo para ir sembrando el terreno para la revolución, destacando en ellos tres características culturales principales: su utilización de lenguaje provocativo, su consumo de drogas psicotrópicas y su apoyo a los movimientos artísticos de vanguardia. Como veremos luego, Marcuse recibe la influencia decisiva de un allegado a la Escuela de Frankfurt, el psicoanalista Wilhelm Reich, quien vio claramente el potencial revolucionario de los jóvenes, creyendo muy posible que "los niños de la abundancia, criados sin presiones para el aprendizaje de su control de esfínteres, con libertad para masturbarse, y con informalidad en el vestir, fueran temerarios, desobedientes y confiados". Citado en Díaz Araujo, p. 91.

[75] Mientras Adorno y Horkheimer destacaban ciertos aspectos positivos de la sociedad y sistema norteamericano, Marcuse celebraba cada elemento, evento y

sujeto que se rebelara contra ella.

[76] En Díaz Araujo, pp. 36-37.

[77] Transcripción del ya citado video documental: ¨*Political Correctness: The Frankfurt School Story. What Was the Frankfurt School?*

[78] Herbert Marcuse, *An essay on liberation*, Beacon Press, 1969, p. 59. En Stephen Hicks, *Explicando el posmodernismo, la crisis del socialismo*, Barbarroja Ediciones, 2014, Buenos Aires, p. 144.

[79] En Díaz Araujo, p. 18.

[80] *Un ensayo sobre la liberación*, J. Mortiz, México, 1969, p. 9.

[81] Herbert Marcuse, *Psicoanálisis y política*, Península, Barcelona, 1970, p. 139.

[82] Martin Jay, *The Dialectical Imagination: A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950*, University of California Press, EEUU, 1973, p. 358. Martin Jay contó con la colaboración de Leo Lowenthal, que le permitió revisar sus archivos personales sobre la Escuela de Frankfurt, logrando entrevistar asimismo a Max Horkheimer, quien escribió el prólogo a su obra. Además del trabajo de Jay, resulta fundamental el estudio de la obra de Rolf Wiggershaus (comprende casi 1000 páginas) *La Escuela de Francfort* (Fondo de Cultura Económica, EEUU, 2012). Este trabajo contó con la colaboración de Jurgen Habermas y Leo Lowenthal, entre otros, a quienes el autor agradece en el prólogo.

[83] En Díaz Araujo, p. 35.

[84] El francés Wilhelm «Willi» Münzenberg fue el primer presidente de la Internacional Comunista de la Juventud en 1919-1920 e iniciador de la Ayuda Internacional de los Trabajadores en 1921, aunque se lo ha reconocido particularmente por sus dotes de propagandista. La mentada frase del epígrafe es atribuida al activista comunista por distintos autores, como Michael Minnicino en su ensayo "New Dark Age: The Frankfurt School and 'Political Correctness'", citada en la bibliografía final de este trabajo. A su vez, sitios como *conservapedia.com* también le endilgan esta frase, aunque no hemos podido encontrar la fuente original que corrobore aquello.

[85] Esta directiva fue establecida por Stalin en el quinto congreso de la "Tercera Internacional", celebrada en Moscú entre junio y julio de 1924, luego de la muerte de Lenin. La III Internacional había sido fundada en marzo de 1919, en la ciudad rusa de Moscú.

[86] Hay autores que señalan que tal encuentro se llevó a cabo a partir del 20 de mayo de 1923 en un hotel en Geraberg al sur de Weimar en Alemania, cerca del bosque de Turingia.

[87] Rolf Wiggershaus, Ob. Cit., p. 356.

[88] Mario Rapoport, *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt*, Debate, Buenos Aires, 2014, p. 181.

[89] Rolf Wiggershaus, ob. Cit., p. 381.

[90] El Ministerio de Cultura estaba dominado por los socialdemócratas.

[91] "Acorde a los estándares de la época –escribe Rapoport- sus recursos eran realmente prominentes: una biblioteca de 42 mil volúmenes, un archivo de materiales únicos acerca de la revolución bolchevique de 1917 y del movimiento obrero mundial, así como acceso a 412 revistas y 40 diarios, muchos de ellos extranjeros. Los idiomas manejados eran (en orden de importancia): alemán, inglés, francés y ruso. Hacia 1928, alrededor de 6 mil personas habían pasado por las salas del Instituto". Rapoport, Ob. Cit., p. 220.

[92] Rolf Wiggershaus, p. 235. Hasta ese momento el marxismo como sistema económico y sociológico era rechazado en todas las universidades alemanas; en algunos pocos países podía ser tolerado, pero jamás promovido. Las universidades del país enseñaban las doctrinas político-económicas del liberalismo, y algunas pocas promovían algunos postulados del socialismo reformista (socialismo nacional). Ninguna, empero, la doctrina del marxismo. Recordemos que los socialistas revolucionarios se unirán a la III Internacional Comunista, rompiendo con los socialistas reformistas que habían apoyado el esfuerzo bélico de sus naciones en la Primera Guerra Mundial.

[93] Jürgen Habermas y otros, *Conversaciones con Herbert Marcuse*, Gedisa, Barcelona, 1980, p. 125.

[94] Martin Jay, Ob. Cit. Prólogo.

[95] Herbert Marcuse entrevistado por Bryan Magee, 1978. Cfr. https://www.youtube.com/watch?v=4jFIfJBKdaw.

[96] George Friedman, *La filosofía política de la Escuela de Frankfurt*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986. Conviene destacar asimismo la influencia de la obra de Max Weber en los filósofos alemanes, especialmente en lo referente a su refutación al determinismo económico de la teoría materialista de Carl Marx, combinando así la Economía con la Sociología, probando que la relación causa-efecto histórica no sólo dependía de variables económicas. Asimismo, reparan los hombres de Frankfurt en la teoría plasmada en el libro de cabecera del sociólogo «La ética protestante y el espíritu del capitalismo», según la cual la Ética protestante del trabajo fue una fuerza importante detrás del surgimiento del capitalismo moderno.

[97]Max Horkheimer, *Teoría crítica*, Amorrortu editores, Buenos Aires 1998, p. 10.

[98] En Friedman, Ob. Cit., p. 36.
[99] Cita en Gil Sánchez Valiente, *La Escuela de Fráncfort y los creadores del discurso marxista-victimista de la corrección política* (artículo). Publicado en 2020 en http://www.kosmospolis.com/.
[100] Cita en Díaz Araujo, p. 72.
[101] En Friedman, Ob. Cit. 37.
[102] Herbert Marcuse, *El final de la utopía,* Ariel, Barcelona, 1968, p. 12.
[103] Herbert Marcuse, *One-Dimensional Man*, Beacon Press, Boston, 1964, p. 256. El pasaje citado fue traducido por el autor de este libro.
[104] En George Friedman, p. 40. Misma metodología que décadas después empleará el gramsciano brasilero Pablo Freire para que sus trabajos trascendieran al núcleo duro del marxismo latinoamericano y pudiesen filtrarse en los distintos estamentos sociales: sus tesis eran indudablemente marxistas, pero tomaba todos los recaudos posibles para no darse a conocer como tal (lo que le valió la pública reprensión de no pocos de sus propios camaradas).
[105] Inicialmente, Kurt Albert Gerlach había sido designado como primer director del instituto, pero su repentina muerte en 1923 dejó el cargo a manos de Grunberg. Gerlach, marxista moderado, se había afiliado a la Sociedad Fabiana cuando se encontraba cursando estudios en Londres en 1912, dictando luego clases en economía y sociología en la Universidad de Frankfurt.
[106] Martin Jay, Ob. Cit., p. 26.
[107] Ob. Cit., p. 26.
[108] Su compañía multinacional se llamaba ¨Gebrüder Weil & Cie.¨.
[109] *The dialectical Imagination*, Brown and Co, Boston, 1973, p. 5.
[110] Nota al margen: no dejaba de resultar extraño que este millonario comerciante beneficiado por el sistema económico del libre mercado bregara paralelamente por la instauración de regímenes anticapitalistas en el otro lado del mundo.
[111] Según Pollock informó al historiador Martin Jay, Weil aportaba 30mil USD anuales, que en 1970 equivalían a 120.000.
[112] Stephen Hicks, ob. Cit., p. 140.
[113] Stuart Jeffrey, ob. Cit., p. 6.
[114] Ob. Cit., Introducción.
[115] Nuestro objeto es señalar que en la Escuela de Frankfurt se encuentra el inicio de la «Nueva Izquierda» o «marxismo cultural». Y esto sucede antes de que pueda referirse a una segunda generación de Frankfurt (iniciada por Habermas en 1970).

[116] Grunberg tenía como asistentes a Friedrich Pollock y a Henryk Grossmann.
*[117]* En Martin Jay, Ob. cit., p. 39.
[118] Horkheimer era una *rara avis* dentro del incipiente espectro marxista, puesto que a la vez de ser revisionista y renegar de no pocas de las teorías "científicas" de Marx, tenía una profunda amistad con los ortodoxos Weil y Pollock, lo cual no era común en el mundillo marxista, donde cualquier disidencia doctrinal u operativa se pagaba con el desprecio o la persecución.
[119] Luego se enviará allí también a Marcuse.
[120] En Rolf Wiggershaus, p. 474.
[121] En Rolf Wiggershaus, Op. 48.
[122] Stephen Hicks, Ob. Cit., p. 140.
[123] Horkheimer había estudiado filosofía, completando en 1923 su tesis doctoral sobre la filosofía de Kant, focalizando sus esfuerzos a partir de entonces en la psicología social y la política práctica.
[124] Rolf Wiggershaus, p. 117.
[125] En su famoso discurso inaugural ofrecido en ocasión a la mentada publicación -que lleva por título "La situación actual de la filosofía social y las tareas de un Instituto de Investigación social"- Horkheimer hizo especial hincapié en la necesidad de la creación de una teoría crítica de la sociedad.
[126] Como veremos a lo largo de este breve ensayo, las más de las veces asoman un doble estándar en el pensamiento y accionar de los de Frankfurt. Sus proclamas de tolerancia, libertad y justicia suelen ser selectivas, y van modificando su discurso si así lo aconsejan las circunstancias, pues a fin de cuentas sus salarios serán pagados tanto por comunistas como por capitalistas… (A esto llamamos una paradoja).
[127] De los mencionados, indudablemente serán Adorno, Marcuse, Horkheimer, Fromm y Benjamin sus principales estandartes (aunque se discute el grado de pertenencia de este último).
[128] Lenin se había recibido por correspondencia en una universidad menor.
[129] Tal vez la única excepción e importancia la encontraremos en los *espartaquistas* Rosa Luxemburgo (licenciada en Ciencias Políticas) y Karl Liebknecht (doctor en Derecho), que además manifestaban conocimientos generales más amplios y sólidos, aunque no eran bolcheviques sino mencheviques.
[130] Los trabajos de Benjamin se han ido rescatando y revindicando en los últimos años y hoy es un pensador de moda para la burguesía izquierdista.

[131] Gumperz había nacido en Norteamérica y dominaba perfectamente el inglés, siendo por tanto el mejor hombre para la tarea.
[132] Los historiadores de la Escuela de Frankfurt refieren la siguiente anécdota al respecto. Cuando se le hace semejante ofrecimiento, Horkheimer, cuyo dominio oral del inglés era muy limitado, dudando de haber comprendido correctamente, le escribió una carta de cuatro hojas para corroborar aquello. La lacónica respuesta de Butler fue: "¡Me has entendido perfectamente!". Otro gran aliado americano de los de Frankfurt en esta universidad fue el reputado sociólogo izquierdista Robert S. Lynd. Erich Fromm estaba en los EEUU desde 1932, trabajando en el Instituto de Psicoanálisis de Chicago. En agosto de 1934 llega Lowenthal y en septiembre Pollock y Wittfogel. Horkheimer había arribado a comienzos de ese año y poco después aterrizarán en dicho país Adorno y Marcuse.
[133] En estos años centran sus estudios primariamente en el análisis de las causas del fascismo y de la personalidad autoritaria en el pueblo alemán (a quien Fromm acusó de tener miedo a la libertad, como el título de su obra, por su presunto sometimiento a Hitler), lanzando la tesis según la cual la «razón iluminista» había conducido a Auschwitz, entendiendo que ésta había sido una obra «racionalmente organizada».
[134] Mike Shotwell, *La infiltración del marxismo en la educación superior* (artículo), *19-12-18.* Cfr. es.theepochtimes.com.
[135] En Michael Minnicino, Ob. Cit.
*[136]* Ibíd.
*[137]* Ob. Cit., prólogo.
[138] Referencia mencionada y citada a pie de página en la Nota de Autor de este trabajo. Los primeros contactos de la Escuela de Frankfurt con la UNESCO se establecen en 1950 a través de Horkheimer, Pollock y Adorno. Fue la organización internacional la que buscó a los hombres de Frankfurt. Sobre ello, consultar el siguiente *paper*: Fabian Link, *Cooperation and Competition: Re-establishing the Institute of Social Research and the Emergence of the "Frankfurt School"*, N.T.M. 24, 2016, pp. 225–249. Cfr. https://doi.org/10.1007/s00048-016-0139-2.
[139] Alicia Entel, *Escuela de Frankfurt, razón arte y libertad*, Eudeba, Buenos Aires, 1999, p. 44 (edición digital). Es importante señalar que la teoría crítica no siempre será interpretada del mismo modo por los hombres de Frankfurt, especialmente por la diversidad de trayectorias y perspectivas de cada uno de éstos. Cuestión que será evidente en los años 50, cuando, como señala Jeffries, comienza a dividirse entre la versión pesimista de Frankfurt —Adorno y

Horkheimer— y las mutaciones estadounidenses más optimistas de Marcuse y Fromm. Las nuevas generaciones de Frankfurt tendrán una nueva lectura de ella, criticando algunos de sus postulados y pretendiendo una readaptación de la misma –caso Habermas-. El impedimento de considerar a la teoría crítica como una unidad indiferenciada es tal vez más claro en el caso del citado Marcuse, que a diferencia de gran parte de sus colegas, "manifestará un acercamiento más explícito al ámbito político. Por ello, aunque algunos de estos han desembocado en un pesimismo respecto a las posibilidades de la razón y de la historia, como Horkheimer, Adorno y Marcuse otros en cambio, alejándose del formalismo positivista y del históricamente rígido empirismo, han intentado abrirse camino hacia una racionalidad más abierta, menos negativa y pesimista, unida a una teoría general de la comunicación humana".

[140] Max Horkheimer, Teoría tradicional y teoría crítica, Paidós, Madrid, 2000, pp. 221, 229, 233, 241, 249.

[141] Ambas citas tomadas de Enrique Díaz Araujo, p. 30.

[142] Bajo el concepto de «Teoría Crítica», sintetiza Blanca Muñoz, entienden "el análisis crítico-dialéctico, histórico y negativo de lo existente en cuanto "es" y frente a lo que "debería ser", y desde el punto de vista de la Razón histórico-universal. Lo irracional, lo racionalizado o convertido en un principio de dominación, pasa a convertirse en el gran problema y tema de investigación de la Teoría Crítica. En definitiva, para comprender el rumbo y la dinámica de la sociedad burguesa que se organiza económicamente a través del capitalismo, se hace indispensable la síntesis de las tres grandes concepciones críticas anteriores a la Escuela: Hegel-Marx-Freud aplicados dialécticamente en el examen de las direcciones de la relación entre racionalidad-irracionalidad y sus efectos sociales e históricos". Blanca Muñoz, *Escuela de Frankfurt* (artículo), Universidad Carlos III, Madrid, 2011. La preocupación por el asunto de la "dominación" ya se enunciaba en la primera publicación de la "Zeitschrift", especialmente en los *Estudios sobre Autoridad y Familia* realizados en 1936.

[143] No obstante, se le criticará al sociólogo su afirmación sobre la neutralidad valorativa de las ciencias.

[144] Conviene advertir que la dialéctica hegeliana no es solo proponer la negativa como una contradicción posible a la positiva (pues nosotros a veces hacemos esto: si tenemos una duda y se le opone una objeción, revisamos la premisa, pero siempre en vistas a la verdad). Su error reside en otorgarle tal fuerza a la negativa que ésta se lleva todo con ella. En general, existe en los marxistas y posmodernos

una cooperación consiente y voluntaria por imponer lo negativo o, en términos teológicos, el mal.

[145] Dice Engels: “Nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por trascendentes que nos parezcan, no son sino el producto de un órgano material corporal: el cerebro”. Añade Lenin: “Los conceptos son los productos más elevados del cerebro, que a su vez es el producto más elevado de la materia”. Citas tomadas de Jean Ousset, pp. 76-77.

[146] Sobre la religión había escrito Lenin: “Millones de inmundicias, suciedades, violencias, enfermedades, contagios, son mucho menos temibles que la más sutil, la más depurada, la más invisible idea de Dios”; “Dios es el enemigo personal de la sociedad comunista”. Jean Ousset, p. 152. Los de Frankfurt comparten el rechazo total hacia la religión de Marx y Lenin, pero hacen su crítica de un modo más aceptable a las sociedades occidentales.

[147] No obstante, como hace notar Jean Ousset, es falso que la metafísica niegue el cambio o el movimiento o “la moviente complejidad de los fenómenos materiales”. Ob. Cit., p. 81.

[148] En Jean Ousset, p. 102.

[149] Jean Ousset, pp. 57-58.

[150] En Ousset, p. 100.

[151] Santo Tomas agrega algo muy importante: enseña que la felicidad es la contemplación de lo que rectamente amamos. Si no amamos rectamente lo hacemos subversivamente, tergiverzadamente; hay que amar ordenadamente para que no se convierta en egoísmo, posesividad, dominio o esclavización del prójimo.

[152] El concepto recibe el nombre de Henry Ford -quien popularizó línea de ensamble inventada por Ransom Eli Olds- y es atribuido al teórico marxista Antonio Gramsci, quien lo usó por primera vez en su ensayo “Americanismo y fordismo” (1934), perteneciente a sus *Cuadernos* de la cárcel).

[153] Francisco R. Pastoriza, *La Escuela de Frankfurt y la cultura de masas* (artículo), 14/7/18. Cfr. www.laopiniondemalaga.es.

[154] Diario Patria Argentina, *La revolución cultural*, n. 162, noviembre 2010.

[155] Por motivos que desconocemos no lo citan ni reconocen en sus trabajos.

[156] La mentada teoría crítica traza un diagnóstico del cuadro situacional europeo, estudiando las influencias, causas y consecuencias, tanto materiales como inmanentes, de los eventos modernos, lo cual les permite inteligir con claridad la verdadera identidad y modus operandi del mencionado obstáculo, que lleva la forma de la cruz y, paradójicamente, de la ¨razón¨. Pues si bien reconocen, como

Marx, que la Ilustración y el positivismo fueron necesarios para acabar con el viejo orden monárquico, cristiano, aristocrático y feudal, entienden que el proceso no fue lo suficientemente revolucionario, y que la ¨razón¨ imperante a partir de entonces ha socavado los potenciales liberadores que debe tener la modernidad. Esto llevó a Habermas a señalar que la modernidad tiene un proyecto emancipador truncado, que podría concretarse si se vuelve a reinterpretar la racionalidad desde un punto de vista libre de dominación. Desde su obra en conjunto, sostienen Adorno y Horkheimer que el devenir del proceso de civilización se entabla como relación dialéctica entre el mito y la ilustración. Así como en la antigüedad la mitología había constituido un intento de dominación y explicitación de la naturaleza, la ilustración despojo al mundo de esa dimensión mágica, pero, subrepticiamente, inventó sus nuevos mitos. Para Horkheimer y Marcuse, el positivismo, por su unidimensionalidad, había actuado como un paralizador de fuerzas que rechazaba alternativas potenciales al capitalismo. Es decir, el proceso de racionalización instrumental introducido entonces terminó engendrando un efecto contrario al deseado: habría servido para el desarrollo, sostenimiento y justificación del capitalismo y de los fenómenos fascistas.

[157] En Ricardo Dudda, *La Escuela de Frankfurt: los marxistas melancólicos* (artículo). Cfr. https://www.letraslibres.com/espana-mexico/revista/la-escuela-frankfurt-los-marxistas-melancolicos.

[158] Stephen Hicks, ob. Cit., p. 145.

[159] Ibíd. Por caso, repasemos algunas de las organizaciones terroristas que irán surgiendo por ese entonces: Panteras Negras (EEUU, 1960), Weathermen (EEUU, 1960), ALN (Brasil, 1960), Tupamaros (Uruguay, 1962), Montoneros (Argentina, 1960), Septiembre Negro (Medio Oriente, 1970), SWAPO (África del suroeste, 1960), Brigada Roja (Italia, 1968), etc. Más sobre esto en Hicks, p. 147. No obstante su visibilidad y activismo, estos grupos terroristas comienzan a ser desacreditados, mostrándose incapaces de poder tomar el poder de un modo inmediato y/o permanente. Es entonces cuando en la década del 70 comienzan a tomar gran vuelo autores como Michel Foucault, Jean Lyotard, Jacques Derrida y Richard Rorty, entre otros., señalando la nueva dirección de la izquierda académica, dando inicio a la orientación y epistemología posmoderna aún vigente.

[160] Cfr. https://kosmospolis.com/2020/01/la-escuela-de-francfort-y-los-creadores-del-discurso-marxista-victimista-de-la-correccion-politica/.

[161] Crítica a la que con ironía respondía el frankfurtiano Leo Löwenthal del siguiente modo: "Nosotros no abandonamos la praxis, fue la praxis la que nos

abandonó a nosotros". Cit. en Francisco Colom González, *Las caras del leviatán: una lectura política de la teoría crítica*, Anthropos, Barcelona, 1992, p. 43.
[162] En Stuart Jeffries, Ob. Cit. Jeffries basa su libro en una novela de 1924 escrita por Joseph Roth llamada «Hotel Savoy». La acción transcurre en un moderno edificio de siete plantas con todas las comodidades, ocupadas por distintos personajes que representan una verdadera jerarquía social. "El narrador en la novela, Gabriel Dan, es un intelectual escéptico que lo observa todo pero sin intervenir en nada, que simpatiza con los más desfavorecidos aunque sin compartir su destino y quien, tras una revuelta fracasada y el incendio del hotel, decide emigrar a América. La mentada obra representa con precisión lo que Lukács pensaba de sus antiguos compañeros. El objetivo de Jeffries en su libro es defender a la Escuela de Frankfurt de sus detractores". Al respecto de la controversia entre Lukács y la Escuela de Frankfurt consultar también: María Rita Moreno, *Lecturas divergentes de la modernidad. Un ángulo de la controversia entre Georg Lukács y Theodor Adorno* (Dosier: Feminismos latinoamericanos: trayectorias, junturas, tensiones y aperturas, Vol. 22 CONICET, 2020) y Cesar Rendueles, *La Escuela de Frankfurt y el ¨cóctel Molotov¨* (artículo), diario El País, Madrid, 24/2/18. La crítica original de Lukács –dirigida especialmente a Adorno- aparece en el prólogo de *Teoría de la novela*.
[163] Ibíd.

[164] Ibíd.
[165] Ibíd.
[166] Ibíd.
[167] Sus biógrafos coinciden en que la profunda depresión en la que cayó el autor de la *personalidad autoritaria* por esta situación, será el causante del ataque al corazón que llevó a su muerte pocos meses después.
[168] Aunque como veremos seguidamente, Teodoro Adorno no se había caracterizado por su tolerancia ante las disidencias, lo cual queda claro en el papel jugado –junto a Herbert Marcuse- en los eventos que desembarcarán en la renuncia de su colega Erich Fromm del instituto, en 1939.
[169] Realidad ésta que ya había hecho notar George Orwell desde su *Rebelión en la Granja*, señalando que cuando el presunto "oprimido" derroca al "opresor", termina por comportarse de modo más totalitario. Los 100 millones de muertos que dejó en el mundo el comunismo en 70 años ofrece acabada muestra de ello.
[170] Eisler había escrito en 1947 el libro *Composing for the Films* (Componer para el cine) con Theodor Adorno y será el compositor del himno nacional de la

República Democrática Alemana (Auferstanden aus Ruinen).
[171] Ibíd.
[172] Ibíd. El biógrafo de Henryk Grossman, Rick Kuhn, escribe que: "La prosperidad de la familia Grossman lo escudó de las consecuencias de los prejuicios sociales, las corrientes políticas y las leyes que discriminaban a los judíos". Rick Kuhn, *Henryk Grossman and the Recovery of Marxism*, University Illinois Press, 2006.
[173] Rolf Wiggershaus, Ob. Cit., p. 476.
[174] En Díaz Araujo, ob. Cit., p. 61.
[175] Stuart Jeffries, Ob. Cit., p. 77.
[176] Ibíd.
[177] Ibíd. Hecho que también aparece mencionado en el libro de Thomas Wheatland titulado "The Frankfurt School in Exile" (2009), proporcionando más información sobre la colaboración de Marcuse con el Departamento de Estado de los EEUU, en concreto con la Rama Centro-Europea de la OSS.
[178] Ibíd.
[179] En Edgar Cherubini Lecuna, *Los filotiránicos* (artículo), París, 16/9/12. Cfr. www.14ymedio.com.
[180] Rolf Wiggershaus, Ob. Cit., p. 354.
[181] Comenta el escritor sobre "la excesiva preocupación" de Horkheimer por el dinero, obteniendo por escrito del instituto la garantía de un pago de 1500 marcos alemanes mensuales ¡de por vida!, señalando además que parte de su exilio norteamericano lo vivió junto a su esposa en uno de los hoteles mas caros del Central Park, en Nueva York. En Ob. Cit., p.143.
[182] Fuentes en Claudia Peiró, *Cuando la CIA elogiaba al filósofo Michel Foucault por considerarlo funcional al sistema* (atículo), Infobae, 26/9/20. Cfr. https://www.infobae.com/america/mundo/2020/09/26/cuando-la-cia-elogiaba-al-filosofo-michel-foucault-por-considerarlo-funcional-al-sistema/.
[183] Uno de esos estudiantes fue llevado a juicio. Era un alumno de Adorno llamado Hans-Jürgen Krahl. En David Berry, ob. Cit., p. 57. En su ponencia de 1969 "Apostillas sobre teoría y práctica", Adornó se indigna porque que a un estudiante marxista le destruyeron su cuarto porque prefirió trabajar antes que participar en las protestas estudiantiles. Indudablemente, Adorno se identificaba con la personalidad y parecer de este alumno. era el tipo de personalidad que buscaba Adorno.
[184] En David Berry, *Revisiting the Frankfurt School. Essays on Culture*, Media and Theory, Ashgate Publishing Company, UK, 2011, p. 58.

[185] David Berry, p. 275. Los pasajes más significativos de la correspondencia entre Adorno y Marcuse puede consultarse aquí: https://www.jornada.com.mx/2000/05/28/sem-marcuse.html.

[186] En el libro *La promesa incumplida* (1994), publicado por uno de sus discípulos mexicanos, se lo acusa no solo de maltrato sistemático a sus colegas sino de haber hecho suicidar a uno de sus pacientes y de haber agravado el cuadro de alcoholismo de otro. Gravísima acusación que si bien no fue probada de modo fehaciente, resulta sugestiva por lo inusual de la misma y por provenir de una persona que sentía una gran admiración por el germano.

[187] Lo que decía el psicoanalista alemán es que mientras el marxismo percibió los factores inconscientes en la conducta social pero era ciego para visualizar las motivaciones individuales, los freudianos vieron el inconsciente individual pero no llegaron a visualizar el inconsciente social. El tema lo trata David Berry, Ob. Cit., p. 5. Según Martin Jay, el distanciamiento entre Fromm y sus colegas del instituto comienza a fines de los años 30. *"Sus trabajos se volvieron anatema para sus antiguos colegas en la década de 1940"*, dice Jay. Ob. Cit., p. 367.

[188] Recordemos no obstante que aunque Marx los utiliza como sinónimos –a fines prácticos, lo mismo hemos hecho nosotros-, etimológicamente "alienación" tiene un origen psicológico y "enajenación" económico (En Hegel su contenido no es negativo). Será Erich Fromm quien se ocupará más detenidamente del concepto de "alienación religiosa", sumando luego a Herbert Marcuse.

[189] Adorno distingue la Industria cultural de la "cultura de masas", que surgiría espontáneamente de las masas.

[190] Según Stuart Jeffries, el término «industria cultural» es acuñando por Teodoro Adorno, pretendiendo distinguir arte de cultura. Para éste, el arte es algo que eleva y que desafía al status quo mientras la cultura sería lo contrario, ya que utilizaría al arte de un modo conservador, para mantener el orden existente. En el caso norteamericano, la ideología constitutiva de la industria cultural sería el consumismo, que -como señala Marcuse en *El hombre unidimensional*- terminaría por generar un conformismo generalizado que hace que ya nadie quiera rebelarse contra ningún tipo de opresión. «Tanto la cultura de masas como la propaganda fascista -escribió Adorno- satisfacen y manipulan necesidades de dependencia promoviendo actitudes convencionales, conformistas y de satisfacción».

[191] Ob. Cit., pp. 21-22.

[192] Sara Sefchovich, *La teoría de la literatura de Lukacs*, UNAM-IIS, México, 1979, p. 36. Nos señala su autora:

"A mi entender [es] el primer libro en lengua alemana en el que aparecen emparejadas una ética de izquierdista orientada hacia una renovación radical y una interpretación muy tradicional y convencional de la realidad".

[193] Martin Jay (editor), *Unmastered Past. The Autobiographical reflections of L. L.*, University of California Press, Berkeley, 1987, p. 124.

[194] Teodoro Adorno, *Kierkegaard. Construcción De Lo Estético*, Akal, Madrid, 2006, pp. 265-266.

[195] Ibíd.

[196] Michael Minnicino, ob. Cit.

[197] En Michael Minnicino.

[198] Max Horkheimer y Teodoro Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*, Trotta, Madrid, 2006, p. 166. No obstante, como veremos más adelante, Benjamin tiene una actitud positiva y afirmativa hacia la industria cultural, viendo en ella su claro potencial revolucionario. Adorno, por ejemplo, pretende destruir a partir del pesimismo cultural. Si bien reconoce el potencial revolucionario de varias esferas artísticas, cree que lo verdaderamente revolucionario es la crítica negativa y sistemática de la cultura.

[199] Teodoro Adorno, *Intervenciones. Nueve modelos de crítica*, Monte Avila, 1969. Citado en: https://agrippi.wordpress.com/2014/05/14/la-television-como-ideologia-theodor-w-adorno/.

[200] Solo la izquierda marginal, trasnochada, sigue combatiendo a personas, sistemas o naciones por móviles económicos (pero su influencia es minúscula en el acontecer actual, de modo que no nos interesa).

[201] En Stephen Hicks, p. 142. Para Marcuse el capitalismo no solo oprime a las masas existencialmente, además las reprime psicológicamente.

[202] Acerca de las marcadas diferencias entre Adorno y Benjamin en este asunto, recomendamos consultar el trabajo de Ricardo Diviani, *El debate Adorno-Benjamin. Elementos para una lectura en relación a la reproducción tecnológica en el arte y la cultura*, Depto. de Cs de la Comunicación Social UNR. Cfr. https://core.ac.uk/download/pdf/61695701.pdf.

[203] Según Rolf Wiggershaus, estos dos filósofos fueron las influencias más importantes de Marcuse. Walter Benjamin llamó «conciencia onírica» a la falsa conciencia de una subjetividad colectiva alienada.

[204] Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, Planeta Agostini, Barcelona, 1993.

[205] Ob. Cit., p. 143.

[206] Ibíd.

[207] Ibíd. En consonancia con Marcuse, Adorno afirmaba que la tecnología nunca es neutral.
[208] Ob. Cit.
[209] *El hombre unidimensional*, Ob. Cit., p. 29.
[210] Ibíd., p. 28.
[211] *El hombre unidimensional*, Ob. Cit.
[212] *El arte de Amar*, Paidos, Barcelona, 2004. Hemos tomado las citas de la reseña realizada al libro en el sitio virtual ¨Devaneos Diario de lecturas 2006-2020¨. Cfr. http://www.devaneos.com/libros/el-arte-de-amar-erich-fromm/.
[213] Ibíd.
[214] La experiencia de cada día otorga la razón a la teología.
[215] Según Habermas, *El hombre unidimensional* era un libro profundamente pesimista, no solo expresión de un estado de ánimo pesimista, sino también un libro negativista en sus supuestos básicos.
[216] Enrique Díaz Araujo, p. 31.
[217] La experiencia de Adorno con Lazarsfeld terminó pésimamente, apartando a éste último del proyecto. "Con sus inacabables solipsismos epistemológicos y sus latiguillos en latín –comenta Rodríguez Ibáñez-, nuestro autor exasperó a Lazarsfeld, quien acabó por apartarle del programa, acusándole, entre otras cosas, de despreciar injustamente al público desde una atalaya de supuesta infalibilidad". José Enrique Rodríguez Ibáñez, *La Personalidad Autoritaria* (Prefacio, Introducción y Conclusiones), EMPIRIA, Revista de Metodología de las Ciencias Sociales, núm. 12, julio-diciembre, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, España, 2006, pp. 161.
[218] Michael Minnicino, Ob. Cit.
[219] Ibíd.
[220] Ibíd.
[221] Los experimentos de conformidad con el grupo de Asch fueron una serie de experimentos realizados en 1951 que demostraron significativamente el poder de la conformidad en los grupos.
[222] El libro fue publicado en 1973. La primera edición en español aparece en Buenos Aires en 1974 (publicada por Editorial Granica).
[223] *The Rockefeller Foundation and the patronage of German Sociology*, 1946–1955. Minerva 33, 251–264 (1995). Cfr. https://doi.org/10.1007/BF01117502.
[224] El hecho es mencionado por Laura Angélica Moya López *en José Medina Echavarría y la sociología como ciencia social concreta (1939-1980)* y en el trabajo de John Abromeit: *Max Horkheimer and the Foundations of the Frankfurt*

*School.* Las referencias las hemos tomado de un artículo titulado *«¿Marxismo cultural o rockefellerismo cultural?»*, publicado el 20/1/20 en el siguiente sitio: https://www.lasinterferencias.com/tag/marxismo-cultural/.

[225] Max Horkheimer, *Estudios sobre la autoridad y la familia*, París, 1936.

[226] Rolf Wiggerhaus, *La Escuela de Francfort,* Fondo de Cultura Económica, EEUU, 2012, p. 135.

[227] Ibíd., pp. 139-141.

[228] Ibíd., p. 170.

[229] Fromm se apoya principalmente en el libro de Bachofen "*El matriarcado, Una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica"* (editado por AKAL en 1987).

[230] Andres Irasuste, *Revolución sexual, subversión cultural y Psiquiatría: El ascenso de Ganímedes*, Amazon, 2017, p. 64. (Edición Kindle).

[231] Wilhelm Reich, *La función del orgasmo. El descubrimiento del orgón. Problemas económico-sexuales de la energía biológica*, Paidós, Buenos Aires, 1955, pp. 17, 20 y 161. Tomado de Díaz Araujo, p. 44.

[232] Cita en Díaz Araujo, p. 44.

[233] Wilhelm Reich, *Materialismo dialectico y psicoanálisis*, Siglo XXI, México, 1970, pp. 139, 149, 153-155.

[234] Shulamith Firestone, *La dialéctica del sexo: En defensa de la revolución feminista*, Editorial Kairós SA, Madrid, 1976, p. 93 y ss.

[235] Cfr. https://www.bbc.com/mundo/cultura_sociedad/2010/04/100424_francia_polemica_libro_freud_lissardy_lh

[236] El alejamiento de Fromm de la ortodoxia freudiana se vuelve particularmente evidente en los años 40´, criticándole ahora cierto conservadurismo, aunque resulta indudable la influencia que el psicoanalista austríaco ejerció –al menos al inicio- sobre el alemán, animándolo a indagar sobre la cuestión de la sexualidad, dándole así el puntapié inicial para sus postreras tesis.

[237] Citas tomadas de Kellner, D., *Erich Fromm, Feminismo y la Escuela de Frankfurt. Simposio Interdisciplinario Internacional sobre Erich Fromm y la Escuela de Frankfurt*, Stuttgart-Hohenheim, 1991. Obtenido de cfr. http://www.geocities.ws/manuelgonzalez/frommyfeminismo.html.

[238] *Sex and character* (ensayo), Revista Psychiatry, Interpersonal and Biological Processes, Volume 6, 1943, pp. 22-23.

[239] Ibíd., p. 28.

[240] Erich Fromm, *El arte de amar*, Paidós, Barcelona, 2014.

[241] *La crisis del psicoanálisis. En la vida contemporánea*, Paidós, Madrid, 1970. Las citas las hemos tomado de entre las páginas 106 y 154.
[242] Ibíd, p. 103.
[243]Douglas Kellner, *Erich Fromm, Feminism, and the Frankfurt School*. Cfr. http://www.geocities.ws/manuelgonzalez/frommyfeminismo.html.
[244] Ibíd.
[245] Ibíd.
[246] *El amor a la vida*, Paidós, Madrid, 1986, p. 25.
[247] *Marxismo y feminismo*, 1975, p. 7. Primera edición en español en Barcelona, 1976. Publicado digitalmente por Colección Socialismo y Libertad nro. 152, El sudamericano, Buenos Aires. Cfr. https://elsudamericano.files.wordpress.com.
[248] A este respecto resulta altamente sugestiva la cita que el filosofo alemán hace de un trabajo de Angela Davis (*Women and capitalism*, 1971), donde se dice que las condiciones de entrada que deben darse para utilizar a la mujer como sujeto revolucionario es, entre otras cosas, la producción de vestidos cómodos y baratos, la liberación de la moral sexual, el control de nacimientos y la cultura general .Ibíd., p. 20.
[249] Ibíd., p. 21.
[250] Ibíd., pp. 24-25.
[251] Ibíd., p. 35.
[252] *Dialog: Millett and Marcuse*. Cfr. https://www.marcuse.org/herbert/booksabout/70s/Brown1975MillettMarcuse.pdf.
[253] *Psicología de masas del fascismo*, Roca, México, 1973.
[254] Esquema tomado de Michael Minnicino, Ob. Cit.
[255] A mucho sorprenderá su posición frente a aquel que no fuera capaz de adoptar una sexualidad orientada a la reproducción. Sostiene que ese hombre tiene dos opciones: o bien reprime las pulsiones -transformarse en neurótico- o cede ante éstas, volviéndose un “perverso sexual” (sic), moral y socialmente marginado. Serían estas perversiones asociales y clínicamente tratables.
[256] En Stephen Hicks, ob. Cit., p. 144. En su trabajo *Psicoanálisis y política* (Península, Barcelona, 1970, p.123), nos dice Marcuse: “Todas las fuerzas de la oposición actúan hoy como una preparación, y sólo como una preparación para una posible crisis del sistema”.
[257] Herbert Marcuse, *Represive tolerance*, 1965, p. 111. Citado por Stephen Hicks, ob. Cit., p. 144.
[258] *Wilhelm Reich: los controvertidos tratamientos sexuales de uno de los psicoanalistas más radicales de la historia* (artículo), BBC Mundo, 13/1/19. Cfr.

https://www.bbc.com/mundo/noticias-46846221. Hacia 1947, la FDA norteamericana inició una serie de investigaciones sobre la teoría del orgón. Sus inspectores secuestraron 300 acumuladores de energía orgónica y determinaron que no había el menor rastro de energía en el aparato. El orgón simplemente no existía y su descubridor no podía ser más que un estafador. Cfr. Jean Michel Palmier, *Introducción a Wilhelm Reich. Ensayo sobre el nacimiento del Freudo - Marxismo*, Anagrama, Barcelona, 1970, p. 147. Reich morirá en la cárcel en 1957. Reich había sido paciente psiquiátrico y catalogado como paranoide y esquizofrénico por el psiquiatra de la penitenciaria federal de Danbury, Connecticut, EEUU, en 1957. El dictamen fue compartido incluso por varios psiquiatras admiradores del psicoanalista allegado a la Escuela de Frankfurt. Ver Enrique Díaz Araujo, pp. 39-40.

[259] Ob. Cit., p. 57. A su vez, Freud sentía gran desconfianza hacia Reich, especialmente por su insistencia en las bases sexuales de toda neurosis. Tanto Freud como sus discípulos terminaron por rechazar a Reich por el reduccionismo y extremismo de sus postulados.

[260] Wilhelm Reich, *Materialismo dialectico y psicoanálisis*, Siglo XXI, Mexico, 1970, p. 10. Originalmente, este ensayo fue publicado en ruso y en alemán por el jornal soviético «Pod znamenem marksizma» (*Unter dem Banner des Marxismus* en alemán).

*[261]* *The Infiltration of Marxism Into Higher Education* (artículo), 3/12/12. Cfr. www.theepochtimes.com.

[262] Marcuse pareciera aquí emular a Nietzsche, que exigía el retorno de los hombres a Dionisos, el dios de la rebelión y la alegría.

[263] *Eros y civilización*, Ob. Cit.

[264] Marcos Santos Gómez, *Los oprimidos como luz. Benjamin, Kafka, teología de la liberación*, Revista de Filosofía Vol. 34 Núm. 2, Universidad de Granada, Granada, 2009, p. 158.

[265] Ob. Cit., p. 27.

[266] Ob. Cit., p. 42.

[267] Citado en el capítulo II de nuestra obra. Transcripción del video documental: ¨Political Correctness: The Frankfurt School Story. What Was the Frankfurt School?

[268] Ob. Cit. 153.

[269] Cuando los estudiantes tomaron la universidad, Marcuse dijo que estaba a favor de cualquier toma o expropiación, a menos que se tratara de su casa…

[270] Consultar Enrique Díaz Araujo, p. 122. En este trabajo hay un capítulo completo dedicado a Wilhelm Reich.
[271] Son muchos los autores que ven la clara y decisiva impronta de Fromm en los trabajos que escribe Marcuse en su período americano, al que sin embargo no otorga ningún crédito –que sí concede, por ejemplo, a Reich y a Freud-. Actitud que al parecer estuvo motivada por sus desencuentros tanto personales como intelectuales, que, como se ha dicho, terminará con la renuncia del psicoanalista. No será esta la única vez que se acusará a algún miembro del instituto de apropiarse de las tesis de sus colegas: por caso, Adorno concibe su teoría de la «personalidad autoritaria» de los trabajos que Fromm había emprendido en Europa (Londres, París y Ginebra), relegando al ostracismo también a Walter Benjamin, de indudable influencia en su pensamiento sobre la «industria cultural». Marcuse fue en realidad un freudomarxista tardío, que recién comienza a interesarse por la psicología y las obras de Freud y su discípulo Wilheim Reich a mediados de la década de 1930, al llegar a América.
[272] Max Horkheimer, *Egoísmo y movimiento emancipador. Contribución a una antropología de la época burguesa* (1936), en *Teoría Crítica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974, p. 160.
[273] José Pablo Feinmann, *La razón iluminista y Auschwitz. Adorno y Horkheimer: La dialéctica del Iluminismo* (documental), Canal Encuentro, 2013. Cfr. https://www.youtube.com/watch?v=NUfR2gYN6Co.
[274] En relación al freudomarxismo como teoría justificativa de los nuevos sujetos revolucionarios, sería justo y exacto afirmar que Marcuse –como antes Fromm- manipulan ciertos elementos del pensamiento de Freud a efectos de cooptar el psicoanálisis para el marxismo. No de otro modo podría haberse logrado tal síntesis, puesto que *prima facie* ambas posturas resultaban difícil de conciliar, ya que si para Marx el determinismo tiene unas causas sociales y materiales que explican el devenir histórico, para Freud el determinismo es exclusivamente mental e individual. De aquí que en adelante fueran tenidos por «revisionistas» -en términos marxistas viene a ser el equivalente a un traidor- tanto por la ortodoxia marxista como por la freudiana.
[275] Carol Hanisch, «Lo personal es político», consulta 12/12/20. Cfr. http://biblioteca.edf.uy/document/133.
[276] Esther Peñas, *Wilhelm Reich o el poder del orgasmo* (artículo), 22/12/17. Cfr. http://semanal.cermi.es/. Según Paul Robinson, "Marcuse elaboró su teoría de la sexualidad liberadora a partir de la lectura de Jean-Paul Sartre. Así, en su comentario «Existentialism: Remarks on Jean-Paul Sartre's l'Étre et le Néant»,

publicado el 3 de marzo de 1948 en Phylosophy and phenomenological Research J» afirma: El deseo sexual revela su objeto como despojado de todas las actitudes, gestos y afiliaciones que lo convierten en un instrumento estandarizado, revela el cuerpo como carne, y con ello, como una fascinante revelación de facticidad. La esclavización y la represión quedan anuladas, no en la esfera proyectiva intencional sino en el cuerpo vivido como carne, en la red de la inercia». No obstante, equivoca Robinson al sugerir que Sartre había intuido por si mismo esa realidad, puesto que el francés reconoce la influencia de Freud en este sentido ” .

[277] Ob. Cit., p. 58.

[278] *Un ensayo sobre la liberación*, Joaquín Mortiz, México, 1969.p. 16.

[279] *El erotismo*, Tusquets Editores, Buenos Aires, 2009.

[280] *Las perversiones del marqués de Sade*, diario digital La Vanguardia, 14/8/19. Cfr. /www.lavanguardia.com/historiayvida/edad-moderna. El pasaje citado aparece originalmente en su libro *La filosofía del tocador*.

[281] Consultar al respecto: Andrés Solano-Fallas, *Marqués de Sade: en contra del sexo-género determinista y la heterosexualidad excluyente* (ensayo), Universidad de Costa Rica, Humanidades, vol. 7, nú,. 2, 2017. Disponible en: redalyc.org.

[282] En James Miller, *La pasión de Michel Foucault*, Ed. Andrés Bello, Santiago de Chile, 1995, pp. 346-347.

[283] Ob. Cit., p. 357.

[284] *Ensayo sobre la liberación*, Ob. Cit., p. 39.

[285] Ibíd.

[286] Ibíd.

[287] Ob. Cit., p. 275.

[288] Shulamith Firestone, *The dialectic of sex: The case for feminist revolution*, W. Morrow, New York, 1970, p. 11.

[289] En Enrique Díaz Araujo, Ob. Cit., p. 27.

[290] Ob. Cit., p. 31.

[291] Eliseo Vivas, *Contra Marcuse*, Paidós, Buenos Aires, 1973, pp. 130, 226, 224-225. En Díaz Araujo, p. 32.

[292] En Díaz Araujo, p. 37.

[293] Ibid.

[294] Harry Oosterhuis, *The ”Jews” of the Antifascist Left: Homosexuality and the Socialist Resistance to Nazism*, New York, 1995.

[295] En Díaz Araujo, ob. Cit., p. 62. Consultar también artículo del diario izquierdista argentino Página 12: cfr.

https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-4246-2007-11-11.html
[296] Jeffrey Escoffier, *Marcuse, Herbert* (artículo), Glbtq, 2004. Cfr. http://www.glbtqarchive.com/ssh/marcuse_h_S.pdf. Sobre la influencia de Marcuse en el movimiento gay, consultar también: Dennis Altman, *Homosexual: Oppression and Liberation*, Outbridge & Dienstfrey, New york, 1971; Jeffrey Escoffier, *American Homo: Community and Perversity*, University of California Press, Berkeley, 1998; Carl Wittman, *A Gay Manifesto. We Are Everywhere: A Historical Sourcebook of Gay and Lesbian Politics*, Routledge, New York, 1997, pp. 380-88.
[297] Recordemos que en aquel entonces la homosexualidad se encontraba prohibida en los EEUU y que el DSM (el manual que diagnostica, califica y cataloga las enfermedades mentales elaborado por la Asociación Psiquiátrica de Estados Unidos) consideraba a la homosexualidad como una enfermedad mental.
[298] Marcuse había sido su profesor y director de tesis en la Universidad de California en San Diego, forjando una estrecha amistad. Previamente, Davis había entablado muy buena relación con otro frankfurtiano, Teodoro Adorno, que la animará a estudiar filosofía en la Facultad de Filosofía de la Universidad J. W. Goethe de Fráncfort (es decir, en la "Escuela de Frankfurt"). A pesar de su condición homosexual, Davis nunca militó en pos de ese colectivo, lo cual le generó ciertos cuestionamientos de parte de esa facción. Acorralada por sus pares años más tarde, pretendió justificar su actitud diciendo que en aquel entonces (los 70') el movimiento gay y lésbico era enteramente blanco y que por tanto, siendo ella negra, no se sentía identificada con éstos. Cree que la categoría "queer" es la más indicada para definirse, puesto que esta palabra no solo refiere la tendencia sexual sino que incluye la condición "de anticapitalismo y antirracismo". Aunque probablemente la verdad se encuentre en que el Partido Comunista –al que ella estaba afiliada- no aceptaba la homosexualidad, y Davis, temiendo perder su influencia, prestigio y prebendas dentro del mundillo rojo, prefirió callar. Señalemos por último que esta gran amiga de los filósofos alemanes (a quien el entonces presidente Richard Nixon se refirió como ¨terrorista¨) había estado en el listado de las 10 personas mas buscadas del FBI, siendo incuso acusada de los delitos de conspiración, secuestro y asesinato, y algunos de sus colegas del grupo ¨Panteras Negras¨ fueron encarcelados por mas de 50 años. La militante afroamericana siempre había mostrado devoción por Marcuse y sus enseñanzas, especialmente aquellas que justificaban la violencia (esto reconocido por ella). A esto conducían los caminos del filósofo germano.

[299] Daniel Burston, *The legacy of Erich Fromm*, Harvard University Press, 1991, p.223

[300] *Historia De La Escuela De Frankfurt: Los Orígenes Del Marxismo Cultural* (artículo), EFYR, 26/2/18. Cfr. https://entrefachasyrojos.com/?p=7846. Traducción del autor.

[301] Michael Lowy, *Georg Lukacs: From Romanticism to Bolshevism*. Citado también en el video documental: ¨Political Correctness: The Frankfurt School Story. What Was the Frankfurt School?

[302] Ibid. En el libro se ofrecen los siguientes trabajos de referencia sobre el asunto: Victor Zitta, *Georg Lukacs' Marxism Alienation, Dialectics, Revolution: A Study in Utopia and Ideology*, Yale University Law School, 1964; David Kettler, *Culture and Revolution: Lukacs in the Hungarian Revolution of 1918/19*, Telos, No. 10, Winter 1971, pp. 35-92.

[303] *El Impacto de la Ciencia en la Sociedad*, 1951.Cita tomada de: cfr. https://riquezavital.org/es/la-nieve-es-negra/.

[304] Herbert Marcuse: *La tolerancia represiva y otros ensayos*, Catarata, Madrid, 2010.

[305] Ibíd.

[306] Ibíd., p. 111.

[307] Enrique Díaz Araujo, Ob. Cit., p. 147.

[308] Michel Foucault, Wilheim Reich o el juez penalista argentino Eugenio Zaffaroni responderían afirmativamente, pero los primeros dos quedan disculpados por su enfermedad siquiátrica –ambos estuvieron confinados en instituciones- y el último –con la misma patología, pero no reconocida- por su afición a la trata de blancas.

[309] Catolicismo, N. 78, junio de 1957. Indubitablemente, el relativismo es parte esencial en la constitución del correctismo político. Frases recurrentes hoy vueltas máximas del correctismo político o de lo políticamente correcto como “toda opinión es respetable” o “cada uno tiene su verdad”, traen tanto implícita como explícitamente la creencia que todo, indistinta y sistemáticamente, debe ser aprobado y respetado, aun las más evidentes perversiones, crímenes, absurdos o mentiras. Si nos remontáramos a la sabiduría griega –pues en definitiva allí se encuentran nuestros orígenes como civilización- nos toparíamos con una respuesta no demasiado grata a los oídos marxista. Nos dice Aristóteles que quien pregunta si la nieve es blanca no merece respuesta: “Merece un castigo. Merece un castigo porque ha perdido el sentido de lo obvio. Merece la reacción punitiva porque ha degradado a sabiendas el sentido común”.

[310] Ob. Cit., p. 84.
[311] Ibíd., p. 93.
[312] Stephen Hicks, Ob. Cit., p. 143.
[313] En Martin Jay, Ob. Cit., p. 236.
[314] Enrique Díaz Araujo, Ob. Cit., p. 25.
[315] *El fin de la utopía*, Ed. Du Seuil, Paris, 1968, p. 11.
[316] En Díaz Araujo, p. 34.
[317] Muchos le atribuyen a Fromm la creación del concepto de «personalidad autoritaria», ya que como se ha dicho, fue él quien inició los primeros estudios en relación a la temática dentro de la Escuela de Frankfurt, destacándose asimismo la investigación publicada por el instituto en 1939 sobre el antisemitismo. Cuando Adorno retoma el estudio sobre la personalidad autoritaria obtiene el apoyo del Estudio de Opinión Pública de Berkeley, que se había focalizado en el estudio del prejuicio en relación a la Psicología Social.
[318] Teodoro Adorno, *Estudios sobre la personalidad autoritaria, Obra Completa*, vol. IX/1, Akal, Madrid, 2009. El libro incluye un prefacio de su amigo Max Horkheimer.
[319] Teodoro Adorno, ob. Cit., pp. 198-199.
[320] Ob. Cit., p. 57.
[321] Max Horkheimer, *Sociedad, razón y libertad*, Trotta, Madrid, 2005, pp. 83-84.
[322] José Enrique Rodríguez Ibáñez (Universidad Complutense), *La Personalidad Autoritaria (Prefacio, Introducción y Conclusiones)*, EMPIRIA, Revista de Metodología de las Ciencias Sociales, núm. 12, julio-diciembre, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, España, 2006, pp. 155-200. Cabe destacar que el sociólogo Rodríguez Ibáñez es admirador confeso de Teodoro Adorno e incluso de la militante feminista y revolucionaria Angela Davis (a quién le dedicara un artículo laudatorio), de manera tal que las críticas hacia el trabajo de Adorno «La personalidad autoritaria» y su metodología no provienen de sectores que podrían tenerse como «conservadores».
[323] Rodríguez Ibáñez, ob. Cit., pp. 160-161.
[324] Cfr. https://lamenteesmaravillosa.com/la-teoria-de-la-personalidad-autoritaria-de-t-adorno/.
[325] *La personalidad autoritaria*, p. 195.
[326] Resulta evidente que el marxismo -o el progresismo en general- tomaron debida nota de ello, pues vemos de como de modo cada vez más exacerbado y violento los estados nacionales imponen programas culturales y educativos obligatorios para los niños y jóvenes tendientes a modificar su comportamiento y

esencia, adoctrinándolos en la más abyecta contranatura y pasando por encima de la autoridad familiar (de hecho, en la actualidad se castiga punitivamente a aquel padre o autoridad familiar que se resista a este avasallamiento ideológico estatal; los casos en este sentido abundan).

[327] Esto es bien claro en la cantidad de judíos y rabinos que no solo se declaran abiertamente antisionistas sino que militan activamente contra su causa.

[328] Cfr. https://ucr.fbi.gov/crime-in-the-u.s/2017/crime-in-the-u.s.-2017/topic-pages/tables/expanded-homicide-data-table-6.xls.

[329] Ob. Cit. Continúa diciendo más adelante: "Esta tentativa egoísta de maximizar la paranoia fue posteriormente reforzada por Hannah Arendt, quien popularizó la investigación de la personalidad autoritaria en su ampliamente leído «Orígenes del Totalitarismo». Arendt también añadió la famosa expresión retórica acerca de la "banalidad del mal" en su posterior libro «Eichmann en Jerusalén»: incluso un simple tendero como Eichmann puede convertirse en una bestia nazi bajo las apropiadas circunstancias psicológicas, por lo que cada Gentil es, psicoanalíticamente, sospechoso (…) Ésta es la versión extrema de Arendt de la tesis de la personalidad autoritaria, que es la filosofía influyente de la Red de Vigilancia de las Sectas de hoy (Cult Awareness Network, CAN), un grupo que trabaja con el Ministerio de Justicia estadounidense y la Liga Anti-Difamación del B'nai B'rith, entre otros. Usando el método stándard de la Escuela de Frankfurt, la CAN identifica a los grupos políticos y religiosos que son sus enemigos políticos, y luego los etiqueta de nuevo como una «secta», a fin de justificar sus actuaciones contra ellos".

[330] Onfray afirma que Freud coqueteó con el fascismo y reproduce en su trabajo una elogiosa dedicatoria del psicoanalista a Benito Mussolini en 1933. Cfr. https://www.bbc.com/mundo/cultura_sociedad/2010/04/100424_francia_polemica_libro_freud_lissardy_lh

[331] En rigor, el correctismo político esconde siempre un gran resentimiento, especialmente por parte de aquellos que se creen marginados u oprimidos, sea porque pertenecen a un estrato social inferior o por no poder lograr que su pensamiento, desviaciones o estilo de vida sean aceptados y normalizados por la sociedad en la que están inmersos. Partiendo de la infantil falacia de que por su presunta condición de «relegados» estos serían siempre y necesariamente buenos, se pretende justificar, idealizar e imponer su modus vivendi sobre el resto de la población. Como este absurdo es rechazado por el más elemental sentido común y por la mayoría de las personas -por implicar la abolición de toda jerarquía y de toda ley natural-, se recurre a la coacción directa de nuevas leyes

*ad hoc* y a la persecución de los disidentes. Lo curioso del caso es que tanto las minorías como sus amos y explotadores de izquierda bregan insistentemente por los valores democráticos, reivindicando por tanto al sistema democrático: presunto gobierno del pueblo para el pueblo –es decir, de las mayorías-, a quien destacan su defensa de la libertad. Y sin embargo nos encontramos ante un régimen totalitario de pensamiento regido por los sentimientos de las minorías. Curiosa democracia la moderna…

[332] Curiosamente, la marxista Hanna Arendt, en un rapto de sinceridad, reconoce que lo que distinguía a los griegos de los bárbaros era una diferencia cultural: era la posibilidad de apreciar culturalmente los objetos y la vida, "una actitud diferente hacia la belleza y el saber". Ricardo Ramírez: *El arte y la guerra cultural. Occidente bajo ataque*, Editorial Artistas Libres, Santiago de Chile, 2021 (libro en preparación al cual el autor me otorgó acceso).

[333] Kant, *Crítica del Juicio*, Espasa-Calpe, Madrid, 1997. Este libro es publicado por vez primera en 1790, constituyendo la tercera y última de las críticas, antecedida por la Crítica de la razón pura y la Crítica de la razón práctica. Reparar especialmente en sus concepciones de juicio estético y juicio teleológico. En este ensayo, entre otras cosas, refiere la existencia de «genios» cuyas «grandes» obras de arte no se basan en la naturaleza (desdeña el filósofo a la naturaleza… Guiño a la desconexión con la realidad propia del posmoderno). Lo importante en la obra de arte sería casi exclusivamente limitarse hacer algo q no se halla visto antes. Además, sugiere el filósofo que los artistas sigan a los genios no en su trabajo artístico sino en los habitos de su vida…

[334] Al parecer, la primera vez que se utiliza el término «vanguardia» fue con Secante Rodrigues (admirador de Saint-Simon) en su trabajo de 1825 L'artiste, le savant et l'industriel (El artista, el científico y el industrial), afirmando que "el poder de las artes es, de hecho, la forma más inmediata y rápida para la reforma social, política y económica". La voluntad de transformación social es bien clara en uno de los representante más notorios de esta corriente, Arthur Rimbaud, quien decía: "Hay que cambiar la vida" (en perfecta consonancia con Marx, que llamaba a transformar el mundo).

[335] Stephen Hicks, ob. Cit., p. 199. No obstante, es de notar –como señala el autor- que previo al arte modernistas existían ya artistas que consideraban al mundo feo y horrible, pero sin embargo utilizaban las formas tradicionales de perspectiva y de colores para referir aquello. Lo que se hará posteriormente es modificar gradualmente las estructuras esenciales del arte, en todas sus dimensiones.

[336] Stephen Hicks ofrece tres ejemplos claros a este propósito, señalando primeramente la obra *El grito* de Edvard Munch (1893): “Si la verdad es que la realidad es un remolino horrendo y disgregante, entonces, tanto la forma como el contenido deberían expresar el sentimiento”. En segundo término refiere el trabajo de Pablo Picasso *Les demoiselles d´Avignon* (1907): “Si la verdad es que la realidad está frustrada y vacía, entonces ambas, forma y contenido, deben expresar eso”. Por último, aborda las pinturas del surrealista Salvador Dalí: “Van un paso más allá: si la verdad es que la realidad es ininteligible, entonces el arte puede enseñar esta lección usando formas realistas, en contra de la idea de que podemos distinguir la realidad objetiva de los sueños irracionales y subjetivos. Ob. Cit. Pp. 199-200.
[337] Louis Aragón, poeta francés. En Alberto Boixadós, *Arte y subversión*, Areté, Buenos Aires, 1977, p. 37.
[338] En Boixadós, ob. Cit., p. 38. Para Herbert Read, el movimiento moderno que comenzó a manifestarse en la primera década del siglo “fue fundamentalmente de índole revolucionaria e influyó sobre todas las artes: la prosa de Joyce y la música de Stravinsky fueron parte de él, al igualque las pinturas de Picasso y Klee”. Y termina diciendo: “cuando califico a este movimiento de fundamentalmente revolucionario, doy a estas conocidas palabras su significado literal”. Herbert Read, *Filosofía del Arte Moderno*, Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1960, p. 140.
[339] Sobre el «dadaísmo», nos dice Ricardo Ramírez: “El movimiento dadaísta es un movimiento antiartístico, antiliterario y antipoético porque cuestiona la existencia del arte, la literatura y la poesía. El dadaísmo se presenta como una ideología total, como una forma de vivir y como un rechazo absoluto de toda tradición o esquema anterior. En el fondo es un antihumanismo, entendiendo por humanismo toda la tradición anterior, tanto filosófica como artística o literaria. No por casualidad en una de sus primera publicaciones había escrito como cabecera la siguiente frase de Descartes: «No quiero ni siquiera saber si antes de mi hubo otro hombre»”. En ob. Cit.
[340] En Stephen Hicks, p. 200. Agrega en la siguiente página: “Lo que es significativo es lo que se eliminó y ahora está ausente. El arte viene a tratar sobre la ausencia”.
[341] Ibíd.
[342] Resulta interesante el señalamiento de Stephen Hicks a este propósito, advirtiendo que en rigor el arte posmoderno no significa un quiebre con el modernismo sino más bien una continuidad. “El posmodernismo jamás fue muy lejos”, comenta el autor: “Absorbió la tendencia del universo absurdo del

existencialismo, el fracaso del reduccionismo y el colapso del socialismo de la nueva izquierda. Se conectó a los pesos pesados como Thomas Kuhn, Michel Foucault y Jacques Derrida, y se inspiró en sus temas abstractos del antirrealismo, de la deconstrucción y de su postura de confrontación mayor con la cultura occidental". Ob. Cit., p. 205. El posmodernismo fue bastante más lejos que el modernismo en la deconstrucción de las categorías tradicionales que los modernistas no habían eliminado totalmente. Si bien el modernismo era reduccionista, algunos objetivos artísticos permanecieron.

[343] *La Escuela de Frankfurt y la cultura de masas* (artículo), en diario La opinión de Málaga, 14/7/18.

[344] Ibíd.

[345] *Los peligros de la estética en "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica"*, Revista de Estudios Sociales No. 34, Bogotá, diciembre 2009, pp. 72-80. Abordando y criticando la tesis filosófica de Benjamin, comenta Michael Minnucino: "Haciendo de la creatividad algo históricamente específico, usted la priva tanto de inmortalidad como de moralidad. Uno no puede creer en una verdad universal, o ley natural, ya que la verdad tiene una completa relación con el desarrollo histórico. Desechando la idea de verdad y error, usted también puede descartar el concepto "obsoleto" del bien y el mal; usted está, en palabras de Friedrich Nietzsche, "más allá del bien y el mal". Benjamin es capaz, por ejemplo, de defender lo que él llama el "satanismo" de los Simbolistas franceses y sus sucesores surrealistas, ya que en el núcleo de este satanismo "uno encuentra el culto del mal como un mecanismo político... para desinfectar y aislar, contra todo el diletantismo moralizante" de la burguesía. Condenar el satanismo de Rimbaud como malo, es tan incorrecto como alabar un cuarteto de Beethoven o un poema de Schiller como bueno, ya que ambos juicios son ciegos ante las fuerzas históricas que trabajan inconscientemente en el artista". En Ob. Cit.

[346] Adriana D'Ottavio, *Arte y política en Walter Benjamin. Hacia una estética materialista*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011, pp. 1-2.

[347] Ibíd., p. 16.

[348] Ob. Cit.

[349] "La buena literatura es siempre subversiva y una eficaz arma de combate", diario La Nación, Buenos Aires, 3/8/20.

[350] En Martin Jay, Ob. Cit., p. 375.

[351] Rolf Wiggershaus, Ob. Cit., p. 556.

[352] Eduardo Peralta, *La música ayer y hoy: los pasos de la revolución musical*, Buenos Aires, Ed. Autor, 2021 (libro pronto a publicarse. Pude acceder a su contenido con permiso del autor).

[353] Ibíd.

[354] Antonio Cardellicho, desde su trabajo *La esencia de la Historia de la Música* (Ricardi Americana, Buenos Aires, 1979 p. 69.) nos dice lo siguiente: "En la música atonal, los doce sonidos de la escala tienen el mismo valor, ya que no existe nota fundamental o tónica. Como ninguna nota debe tener más importancia que las demás, las melodías se formas de modo que no predomine ninguna. Su creador y seguidores prefieren llamar dodecafonismo y no atonalidad, ya que no desean abolir la interrelación de las notas, sino hacer música libre, sin tonalidad restrictiva. No tiene presentes los fundamentos de la acústica y las leyes naturales, ya que, acústicamente, no son iguales las notas. Es su propósito liberar de la tiranía de la tonalidad al compositor".

[355] Eduardo Peralta ob. Cit.

[356] Teodoro Adorno, Filosofía de la Nueva Música. En Eduardo Peralta, ob. Cit.

[357] Carmelo E. Palumbo, *Expresiones de la Persona Humana a través del cuerpo*, En Cursos de Cultura Católica, "El Hombre, ¿Un problema? ¿Un absurdo? ¿Un misterio?", Bol. VIII, UCA, 1990. p. 126. Hemos tomado la cita de Eduardo Peralta, ob. Cit.

[358] Boixadós, Ob. Cit., p. 59.

[359] Regimbal, pp. 35-36. En Eduardo Peralta. En este estudio, Peralta ofrece casos sobre otro tipo de alteraciones en el organismo y psiquis del individuo frente al rock y otros géneros musicales modernos (como el reggaetón), recurriendo a reputados institutos y científicos.

[360] Ibíd.

[361] Ibíd.

[362] En Boixadós, ob. Cit.

[363] No obstante, si bien no puede descartarse tal posibilidad, lo cierto es que no existen registros o evidencia –nosotros no los hemos encontrado- que prueben su veracidad. La directa vinculación entre Adorno y los Beatles fue manifestada por Carvalho en un video reciente en ocasión a un Seminario de Filosofía que se encuentra dictando. El teórico de la conspiración Daniel Estulin dice que la *beatlemanía* fue parte de una guerra psicológica contra los EEUU orquestada por el M16 británico contra los EEUU. Estulin asegura haber accedido a archivos secretos de inteligencia británicos y norteamericanos pero no ofrece ninguna prueba concreta al respecto. Daniel Estulin, *La Escuela de Frankfurt, Theodor*

*Adorno, el Instituto Tavistock, los Beatles y la droga*. Reproducción de fragmentos de la obra *"Los Secretos del Club Bilderberg"* (versión libre en archivo PDF), pp. 8, 15 a 17 y 24 a 25.

[364] Brian Epstein, "The Age of Rock",Eisen, p 190. Citado de Eduardo Peralta, ob. Cit.

[365] En Bernardino Montejano, *Saint-Exupéry. Jardinero de hombres*, Ed. Distal, Buenos Aires, 2017, pp. 233 y 234. Ver también Tomás González Pondal, *Conociendo a «El principito»*, Ed. Sol de noche, Buenos Aires, 2018.

[366] En consonancia con los filólogos y filósofos especializados, el Dr. Antonio Caponnetto aborda la cuestión, señalando que la cultura es un cultivo exterior, un cultivo interior y un cultivo vertical. Abreviando, como cultivo exterior supone la relación con otros hombres y con las cosas; como cultivo interior, la relación del hombre consigo mismo; y como cultivo vertical, la relación del hombre con Dios, y es aquí cuando se vuelve en esa capacidad cultual, contemplativa, sacralizante. Es decir, la relación entre cultura y religión se encuentra en la misma naturaleza de la palabra «cultura», en su misma etimología. Al respecto, consultar conferencia impartida por el Dr. Antonio Caponnetto "La carencia de la forma en la Educación en el sentido Metafísico", 2018. Disponible en Youtube: https://www.youtube.com/watch?v=l7wYgu_fHYE.